G. M. WILSON

ME HAN ASESINADO



SIRUELA

G. M. Wilson

ME HAN ASESINADO

Traducción del inglés de
Natalia Zarco

Siruela

Libros del Tiempo Biblioteca de Clásicos Policiacos

Edición en formato digital: octubre de 2026

Título original: *I Was Murdered*
En cubierta: En cubierta: ilustración © rawpixel
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Gertrude Mary Wilson, 1957
© De la traducción, Natalia Zarco
© Ediciones Siruela, S. A., 2026

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-88289-60-6

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18

1

La casita de campo no estaba nada mal. Se encontraba en total soledad, y la parte trasera daba al río. Así la vio la señorita Purdy la primera vez: una casita blanca completamente aislada, con el río fluyendo tranquilo justo detrás y la brisa de mediodía cargada con el aroma de la reina de los prados. Un extraño silencio se imponía en el lugar, pero tenía connotaciones siniestras, algo que supo de inmediato. Era como una sensación de suspense, de incertidumbre, casi de espera, y la percibió nada más llegar, cuando se detuvo, pensativa, con la mano en el cerrojo de la deteriorada verja blanca.

Waterside Cottage.

El nombre le gustaba. Era corriente y despojado de toda fantasía; sin embargo, de alguna forma era agradable. A ella le gustaban las cosas directas, y Waterside Cottage era exactamente lo que anunciaba, ni más ni menos.

En apariencia no era una casa con encanto, pero tenía carácter. Sí, de eso estaba segura. De repente, se le pasó por la cabeza una idea que parecía haber salido del suelo como un árbol. ¿Cuántos años podía tener? El agente inmobiliario no se había pronunciado al respecto, pero ella pensó que, como mínimo, tenía un siglo, y que llevaba un buen tiempo olvidada. La reina de los prados crecía frondosa entre el herbazal que alguna vez fue una pequeña pradera, y las rosas trepaban desordenadas por el pórtico en ruinas. Las paredes encaladas estaban manchadas de verde, y el tejado de paja tenía un aspecto bastante descuidado, como si hubiera estado expuesto al sol demasiado tiempo. Una de las contraventanas estaba rota.

—Como verá, la casa necesita algunas reparaciones —le había explicado el agente de la inmobiliaria en tono de disculpa—. Lleva desocupada desde enero, como sabe. Queda un poco apartada para visitantes de paso, y además el tramo de río al que da es privado, por lo que, al menos, no la molestará el ruido de las embarcaciones a motor. En esa parte, el río es propiedad de la casona, la residencia señorial que verá en la otra orilla, pero de todas formas usted tiene derecho a un permiso de pesca.

—Yo no pesco —respondió la señorita Purdy, invadida por la repentina sensación de que sus caros estudios fueran de algún modo un inconveniente.

Pero el señor Capper era un hombre amable. Creía que el mundo es hermoso precisamente por ser variopinto.

—Tendría también permiso de navegación; tenga en cuenta que la casa dispone de una pequeña chalupa. En fin, como le decía, le vendría bien algún arreglo, pero de cara al verano no habrá ningún problema. El tejado resiste perfectamente la intemperie, se lo aseguro. Y, estará de acuerdo conmigo, el precio del alquiler es ridículo.

La señorita Purdy no pudo más que estar de acuerdo, e incluso preguntó por qué el precio era tan barato.

—Bueno, para empezar, el alquiler va a ser solo de tres meses, ¿no?

Ella asintió.

—Con la opción de prolongarlo.

—Exacto. Por eso no podemos pedirle a usted una fortuna como haríamos con los turistas ocasionales —dijo el señor Capper en tono chistoso—. Además, tenga presente que no se puede juzgar Norfolk con los parámetros londinenses. Con lo que cuesta un alquiler al mes allí, aquí podría pagar, al menos durante un año, el precio de la mayor parte de las casas, aunque en este caso no me refiero a los excursionistas de paso.

—Pero incluso teniendo todo eso en cuenta…

Ella habría jurado, de tener la costumbre de hacerlo, que el señor

Capper había mostrado una extraña expresión, como de alarma.

—Bueno, en parte tiene que ver con la excentricidad de la propietaria, ¿sabe? Una señora ya anciana con un pie en la tumba. No necesita el dinero, y al fin y al cabo todo lo que gana acaba en una especie de hospicio para gatos. Por eso no le preocupa demasiado que su vieja casa se quede vacía o se caiga a pedazos. Lo que me recuerda que la señora no asumirá el gasto de ninguna reparación. Si tiene que hacer cualquier arreglo, será por cuenta suya, ¿queda claro?

—Por supuesto, pero de esa manera quizá el precio no resulte tan bajo —sugirió la señorita Purdy.

El señor Capper se echó a reír con ganas.

—Veo que le gusta bromear, señorita. Quizá no, pero le doy mi palabra de que en esa casa no encontrará nada estructuralmente inestable. En fin, supongo que está interesada en verla. Puedo acompañarla ahora mismo, si quiere. Deme un momento para recoger estos papeles y luego…

—Gracias, pero preferiría verla sola, si no le molesta. Así me será más fácil tomar una decisión.

Le pareció que el hombre dudaba.

—Pero son ocho millas, señorita, y los autobuses llegan solo hasta el pueblo.

—Tengo mi coche ahí fuera.

Por la ventana, el hombre vio aparcado enfrente un biplaza de aspecto modesto de los años treinta. La luz del sol incidía en la pintura azul del coche, un poco desconchada, y en las aguas tranquilas del Wrexley Broad al fondo.

—Muy bien, señorita, aquí tiene las llaves. Coja la carretera por Liddon y…

Le completó las indicaciones con un plano rudimentario que se puso a garabatear allí mismo.

—Liddon es el pueblo más cercano —le explicó—, pero aun así se encuentra a una distancia considerable, a poco más de una milla de la casa. No obstante, si lo que usted busca es tranquilidad…

—Exactamente eso.

—Pues entonces en Waterside Cottage la encontrará.

Tranquilidad…

Sí, el lugar era insólitamente tranquilo. De nuevo experimentó esa sensación mientras abría la verja y recorría el sendero de piedra cubierto de hierba crecida. Ese silencio cargado de expectación… Nunca se habría descrito como una persona fantasiosa, pero tenía la extraña convicción de que la casa se alegraba de verla. Por un instante contuvo el aliento, como si temiera dejar pasar la oportunidad sin más, pero enseguida una ligera brisa, que parecía un suspiro de alivio, le acarició el rostro levantándole un mechón de pelo gris. La duda pasó de largo y ella siguió avanzando.

—¡Dios mío! —exclamó en voz alta parándose de golpe—. ¿Qué más tonterías me pasarán por la cabeza en los próximos minutos?

La casa se alegraba de verla, ¡claro que sí!

La imaginación era vital para una escritora como ella, y le estaba dando de comer desde hacía años, pero si la iba a dejar galopar libremente mejor haberse quedado en Putney, con nueva novela o sin ella. Trató de controlarse y siguió adelante por el sendero. Tendría que arrancar las malas hierbas, claro, y quizá habría que pedir ayuda a algún jardinero de Liddon. Había que arreglar también las rosas y la clemátide púrpura, casi asfixiada por otras plantas, pero esas eran cosas que podía hacer ella. La pintura y el encalado, en cambio, eran otra historia. Sería caro para cualquier empresa enviar trabajadores tan lejos, y quizá ni siquiera valía la pena, a menos que ella así lo decidiera. Advirtió, con cierta sorpresa, que estaba haciendo planes como si ya hubiera decidido alquilar la casa esos tres meses.

Como no podía ser de otro modo, siguiendo el principio que afirma que un cobertizo es más elocuente que un salón, lo primero que hizo fue rodear toda la casa hasta la parte de atrás. La caseta de herramientas de Waterside Cottage parecía bastante ordenada,

aunque estaba oscura, polvorienta y olía un poco mal. Pero claro, a quién le iba a extrañar llevando como llevaba tanto tiempo cerrada. Dejó la puerta abierta para que entrara el aire y la luz del sol, y vio con aprobación una variada cantidad de aperos de jardinería, incluido un cortacésped un poco oxidado que, pese a todo, parecía estar aún en servicio. Colgada de una viga del techo había una bicicleta de mujer también oxidada, que contempló con una aprobación aún mayor. Hacía mucho que no montaba, al menos treinta años: desde que, en efecto, renunció a recorrer el tramo de carretera diario para llegar a la escuela elemental en la que enseñaba y decidió dedicarse al trabajo que más le gustaba, escribir novelas policiacas. Como se suele decir, sin embargo, esa habilidad no se pierde nunca una vez adquirida, y en el fondo pensó que le gustaría volver a intentarlo y recorrer aquellas tranquilas carreteras. Algo que además sería de lo más sencillo. Ya disfrutaba con la imaginación su primer paseo.

De la caseta pasó al pequeño embarcadero, que era poco más que un tejado de paja en ruinas y dos muros que protegían un pavimento construido con tablones. Era no obstante lo bastante grande para albergar la deteriorada barca de remos guardada allí, llena de telarañas, hojas secas y… sí, un nido de pájaros ahora deshabitado; quizá de un petirrojo, a juzgar por su aspecto, pensó la señorita Purdy recordando sus viejas lecciones de historia natural. La luz bajo el voladizo era débil y solemne, y el agradable chapoteo del agua contra los palos cubiertos de ovas sonaba reconfortante…

Al salir de nuevo al cálido sol de julio, se acercó hasta la orilla y contempló el lado opuesto del río. El uso de aquel tramo de aguas estaba reservado exclusivamente a los propietarios de la casona, le había dicho el señor Capper. La señorita Purdy no había vuelto a Norfolk desde su primera juventud, y las referencias a la zona significaban muy poco para ella. No sabía quién vivía en aquella gran residencia y tampoco cómo llegar allí, suponiendo que quisiera conocer a esas personas. Sin embargo, no era difícil discernir que los altos caminos más allá del bosquecillo de alisos de la margen

opuesta pertenecían a aquella residencia. Alcanzaba a ver una barca y un muelle en buenas condiciones. Los ingleses llamaban a ese tipo de muelles *staithe*, a menos que ese nombre se refiriera exclusivamente a los embarcaderos de los pueblos reconocidos por las autoridades comunales.

El sentido común le decía que, pese a que Liddon Broad fuera un área privada y pareciera, a simple vista, sin salida, tenía que haber un paso. Amarrado al muelle había bote, y era raro que la gente de la casona tuviera una embarcación a motor tan veloz solo para recorrer arriba y abajo unos pocos metros de agua invadidos por las cañas. Y, por supuesto, también dudó de que ese tramo de río fuera navegable por una embarcación de ese calado, salvo en el estrecho canal marcado por palos y cadenas que llevaba del muelle a lo que parecía un remanso cerrado en el cañaveral, a su derecha. Allí, seguramente, las aguas se abrían. El canal se mantenía limpio de cañas y vegetación de forma que la embarcación pudiera pasar sin dificultad.

La señorita Purdy contuvo la respiración cuando de repente un gran somormujo con cresta salió lento y solemne del cañaveral y se le plantó delante con una cría entre las plumas del cuello. Era su primer avistamiento de un ave de ese tipo. Lo observó fascinada y al mismo tiempo temerosa de que la madre se alarmara por la posible caída de la cría. Pero al oírse un ruido lejano, el somormujo desapareció bajo el agua y reapareció poco después a una cierta distancia con su tierna carga aún aferrada a las plumas, nadando a toda prisa hacia su casa.

La señorita Purdy se echó a reír con ganas. Le iba a gustar este sitio. Al fin y al cabo, ¿qué más le podía pedir a la vida una soltera que ya pasaba de los cincuenta? Una tumbona a la orilla del río y un libro, sus agujas de punto al alcance de la mano, o quizá incluso su máquina de escribir, y todo el encanto del espectáculo de la naturaleza ante sus ojos. Fue entonces cuando tuvo la sensación extraña e inquietante de que estaba siendo observada. Por alguien o algo, y con la misma intensidad con la que ella acababa de observar

la aparición del somormujo. Le parecía que alguien, algo, estaba a su espalda. Se volvió de golpe, pero no vio a nadie salvo la ansiosa casita, que unos metros de exuberante hierba separaban del agua.

Ansiosa…, ¿por qué había pensado que la casa era ansiosa? Y por si fuera poco, que la mirara. Era una idea del todo fantasiosa, pero luego recordó la rara sensación de duda que había sentido mientras abría la verja, y la ligera brisa, como un suspiro de alivio, que se había levantado mientras recorría el sendero. De alguna forma, lo de ansiosa ya no le pareció tan raro. La casa quería que ella entrara. No quería que siguiera fuera perdiendo el tiempo. La llamaba con extremada claridad, como si pudiera hablarle.

La señorita Purdy sintió un primer y preciso escalofrío de miedo.

De tener un poco de sentido común, pensó a continuación, daría la vuelta sobre sus talones de inmediato y volvería a la agencia de Wrexley a decir que la casa no le interesaba. Cualquier excusa serviría: demasiado aislada, el entorno demasiado silencioso, demasiado cerca del agua, demasiado todo. Pero no se movió, y muy despacio, visiblemente, el conflicto de voluntad se fue convirtiendo en algo muy real. No había nada hostil en la casa. Es más, la casa le suplicaba con cierto matiz de desesperación. Como si necesitara compañía o buscara ayuda. «Entra, por favor. Te lo ruego, te lo ruego…».

Por fin echó a andar a trompicones, rígida, pensando que estaba comportándose de una forma ridícula: no por obedecer a la casa, sino por imaginar que hubiera algo a lo que obedecer. Ella, una maestra de escuela, una escritora de novelas policiacas de modesto éxito, una mujer de mundo (se podría decir), barajando esa serie de absurdas fantasías sobre esa pequeña casa un poco ruinosa y absolutamente ordinaria. Y sin embargo sentía un ligero miedo, no de la casa en sí, sino de… de…

¿De qué?

De nada, se dijo tratando de apelar a su sentido común. Y a continuación, respiró hondo, volvió a la puerta principal y metió la llave.

A fin de cuentas, solo es una casa. La tensión se desvaneció en cuanto puso un pie dentro.

La puerta se abría directamente al salón, que a primera vista le pareció agradable. Olía a cerrado, claro, por lo que enseguida corrió las cortinas y abrió las ventanas. Luego se volvió a contemplar el espacio. Sí, era muy agradable, aunque un poco pequeño y con el techo bajo. La chimenea de ladrillo estaba entre un aparador empotrado a la izquierda y varias estanterías llenas de libros a la derecha. El reloj de péndulo, pensó, debía de ser muy antiguo. El aparador de oscura madera de roble había visto tiempos mejores, pero resultaba un fondo perfecto para el buen conjunto de cerámicas brillantes que tenía encima. La alfombra india, aunque descolorida, era aún lo bastante gruesa para contrarrestar el frío del suelo de piedra. El resto del mobiliario podía haber salido de cualquier respetable tienda de baratijas, pero no había nada en aquella habitación que una buena barrida y un buen fregado no pudieran resolver.

La otra estancia en esa planta era la cocina, casi tan grande como el salón y con una puerta de servicio que daba al río. Le gustó la mesa junto a la ventana, también con vistas al río, y no le fue difícil imaginarse comiendo allí. La dotación de cacerolas y sartenes parecía adecuada, pero no pudo evitar arrugar el ceño al observar la maciza encimera y el fregadero amarillento. El fregadero, pese a todo, tenía grifo (lo que indicaba que había agua corriente); y un extraño y diminuto cuarto cerca de la despensa albergaba una estufa de gas que parecía incluso grande para sus mínimas necesidades culinarias. El barreño para asearse colgado en la pared fue una decepción, pero enseguida pensó con filosofía que no se podía tener todo en esta vida.

Un empinado y estrecho tramo de escalera subía entre esas dos habitaciones. El dormitorio principal estaba invadido de forma algo deprimente por una cama eduardiana de latón y un aguamanil de porcelana junto al que había unos iris marchitos; mientras que en la habitación de atrás, la que daba al río, la atmósfera era moderna y,

en su opinión, incluso fascinante. Apartando los visillos amarillentos, volvió a ver al somormujo nadando sin miedo con su pequeño a cuestas. Parecía una buena señal, aunque no sabría decir de qué, y sonrió dándose la vuelta para contemplar de nuevo la habitación. Sí, *fascinante* era la palabra exacta. Apreció las esteras de junco que cubrían el viejo pavimento y los muebles sencillos de roble. El sofá cama parecía casi nuevo. Lo probó y asintió satisfecha por su elasticidad. Al abrir un cajón, encontró sábanas limpias y una colcha compuesta de muchos hexágonos de algodón cosidos, un tipo de trabajo que admiraba particularmente. Fue la colcha la que la empujó a decidirse. Bajó al salón casi convencida de lo que le diría al señor de la inmobiliaria. El lugar le iría de maravilla para el resto del verano, porque era exactamente lo que había esperado encontrar: lo bastante pequeño para poder gestionarlo una sola persona y lo bastante remoto para que las posibles interrupciones se redujeran al mínimo. El escenario, además, era esplendido, la cama cómoda, y el trabajo de jardinería suficiente para ocupar de forma enérgica sus ratos de asueto.

—Me lo quedo —dijo en voz alta, en medio del salón. Un instante después se preguntó por qué había sentido esa necesidad de hacérselo saber a la casa.

Pura fantasía, como es natural, pero la señorita Purdy salió con la sensación de que la casa la vigiló durante todo el camino hacia el coche.

Firmó el contrato en cuanto volvió a Wrexley.

—Me complace que haya decidido quedarse aquí, con nosotros —le dijo el señor Capper con un tono un pelín exagerado, tal vez, aunque quizá siempre se comportaba así en esas ocasiones—. Es una lástima, lo digo siempre, que un rinconcito tan encantador como ese lleve vacío tanto tiempo. Fíjese, se habría podido alquilar a los turistas de paso unas cien veces, pero eso es algo a lo que la propietaria se opone siempre. Nada de alquileres cortos para ella. En

fin, tampoco es criticable, ¿no? De entrada, tampoco creo que la gente de la casona esté muy de acuerdo con tener que ver cuerpos en bikini, oír gramófonos a todo volumen o encontrarse cáscaras de naranja en la puerta de casa. Y sí, lo sé, hay turistas y turistas —concedió con generosidad—, pero el problema fundamental es que hasta que no se prueba es imposible saber de verdad qué tipo de persona es la que se interesa por el alquiler. Y como la propietaria tiene la posibilidad económica de esperar hasta que llegue, por ejemplo, *usted…*

La señorita Purdy agradeció el cumplido implícito.

—Entonces, ¿la señora vive en el pueblo?

—Santo cielo, no, y no se acerca siquiera. No tiene intereses aquí, aparte de la casita, la cual para ella no es más que una gota en el océano, por así decirlo. La señora vive en Norwich, en una de esas viejas casas del Close. Una casa preciosa, ¿sabe? Es la viuda del párroco y andará por los ochenta años. Puede estar segura de que no aparecerá por aquí a molestarla.

—¿Y la…, ejem…, la gente de la residencia?

—Una pareja joven muy simpática —dijo el señor Capper con respeto—. En serio. Llevan allí casi un año. Son los Shaw, Nicholas Shaw y esposa. Pero no le quepa duda de que los verá antes o después. Eran muy amigos de… —El hombre se calló de repente.

—¿De quién? —preguntó la señorita Purdy.

—Oh, de alguien que no creo que se vaya a encontrar nunca, señorita —respondió él y se levantó apresurado—. Bueno, si su intención es volver a Londres esta misma noche…

—Sí.

—Entonces no la entretengo. —El señor Capper la acompañó a la puerta y la despidió con una inclinación.

Los dos días siguientes estuvieron ocupados por la preparación del equipaje. Una prima lejana que tenía en la India estaba esperando instalarse en su confortable apartamento de Putney mientras ella

estuviera ausente; y como esta prima tenía tendencia a curiosear, al menos según la ponderada opinión de la señorita Purdy, había algunas cartas y tesoros personales que prefería reunir en una pequeña alcoba que quedaría desocupada y que podía cerrarse con llave.

Luego estaba el problema de qué llevarse. Su nuevo abrigo de piel, por ejemplo. Antes de que acabaran los tres meses de alquiler ya sería octubre, y ese mes podía ser muy frío. Sin embargo, un abrigo de castor no parecía la prenda más adecuada para pasear por las callejuelas de Norfolk, todavía muy primitivas. Y además, ¿sería seguro? No pensaba tanto en los ladrones como en lo rápido que se deterioran las prendas cuando se vive en el campo. El barro y la vegetación, para sus ojos acostumbrados a la ciudad, eran más contaminantes que el polvo y las emanaciones petrolíferas, y ese abrigo era tan nuevo y tan bonito que…, en fin, tampoco estaba obligada a ponérselo para ir en barca o en bicicleta, ¿no? Y sin duda se presentarían ocasiones en que podría resultar un agradable confort.

Luego estaban los libros que había que elegir y empaquetar, sobre todo los de consulta. Nadie podía tratar de escribir novelas policiacas sin tener algún manual de jurisprudencia médica cerca, por no hablar de un vocabulario o un diccionario de sinónimos. Miró con nostalgia sus muchos volúmenes de la Enciclopedia Británica; los echaría de menos, pero no tenía más alternativa que dejarlos donde estaban. Su viejo biplaza azul iba a tener que viajar a plena carga, con la máquina de escribir y…

Esto le recordó que debía llevarse una buena cantidad de folios y de papel carbón.

Salió el martes por la mañana temprano, comió en Newmarket y llegó a Norwich después de las tres. Allí tomó una taza de té y visitó algunas tiendas antes de seguir viaje. Era un día cálido, sin nubes, con una débil bruma que envolvía el paisaje. Los caminos estaban polvorientos; las cunetas, llenas de perejil silvestre; los arbustos, asfixiados por el escaramujo y la madreselva. Entre Wrexley y Liddon

la campiña se extendió ante sus ojos solitaria, salvo por alguna vaca suelta aquí y allá.

Le vino a la mente que no había viajado nunca por una comarca tan soñolienta. La mayor parte de las comarcas inglesas tenían sus adjetivos de referencia: Surrey la brillante; Kent la florida; Devon la roja; Yorkshire la sincera, etcétera, y siguió un rato divirtiéndose recordando e inventando otros. Pero Norfolk no era nada más que indolente. El aire de aquella tarde de julio daba sueño, las vacas estaban lánguidas y hasta el nombre de Norfolk sonaba en sí mismo soporífero. De repente, sacudió la cabeza sobre el volante y enderezó los hombros con un respingo recordando que estaba allí para trabajar.

Quizá debería haber elegido la alegre Lancashire, pensó, o la laboriosa Buckinghamshire. Esa sensación de pequeña e inocua presunción la divirtió, tanto que todavía sonreía cuando paró el coche delante de la verja blanca.

2

No había tiempo para ensoñaciones ni para sutiles emociones ocultas. Estaba demasiado ocupada instalándose en la casa.

El día anterior, el señor Capper había enviado a una mujer del pueblo para limpiar, y si bien el resultado no estaba a la altura de los elevados estándares de la señorita Purdy, se sintió muy agradecida de que las telarañas hubieran desaparecido y de que las camas se hubieran aireado.

Solo la sorprendió, cuando salió a aparcar el coche, ver que no había dónde dejarlo. Había sido un fallo tonto por su parte no haberlo pensado antes, aunque en realidad era verano y el coche no corría demasiado riesgo por quedarse a la intemperie por la noche. De manera que lo aparcó en el prado, lo cerró con llave y volvió a la casa. Ya le buscaría otro sitio más tarde.

En cuanto la tetera empezó a silbar, preparó el té. Se lo tomó al lado de la ventana abierta, contemplando los juegos de la luz en la corriente y esperando ver de nuevo a sus amigos los patos. Lo consideraría una suerte de bienvenida. Pero salvo alguna familia de gallinetas de agua, de paso, los únicos pájaros a la vista eran un par de golondrinas que rozaban a increíble velocidad la superficie del río. El bote no se veía en el amarradero de la casona, y la única señal de actividad humana era una voluta de humo azulado que salía de una de las chimeneas de la residencia.

Subió a las habitaciones a deshacer el equipaje. Después de haber vestido el sofá cama con sábanas y almohadones limpios, soltó el cepillo del pelo en el tocador y luego, para completar la sensación de estar en casa, quitó el mediocre cuadro floral que había en el cabezal de la cama y lo sustituyó por una de sus reproducciones favoritas de la alegoría de la Esperanza. El armario acogió

cómodamente todos sus vestidos, incluido el abrigo de piel, y empezó a preguntarse si la casa tenía algún defecto. Notaba la extraña sensación de que la casa quería complacerla de una forma que para ella era precisamente…, eso es, sí, acogedora. Una idea absurda, lo sabía; sin embargo…

—Sí, es del todo absurdo —repitió secamente en voz alta, y bajó a preparar la cena.

Reconfortada después del jamón y la ensalada, se dispuso a colocar sus libros en las estanterías del salón. Los que había allí eran unos cuantos clásicos y modernos de misterio de un estilo bastante convencional, pese a que, comprobó con regocijo, en esa misma colección se habían publicado también dos de sus libros. Pensó que sería muy agradable trabajar allí por las tardes, con las cortinas corridas y la lámpara de aceite encendida, pero en los días cálidos de sol se llevaría la máquina de escribir a la cocina para obtener inspiración del fresco paisaje que la rodeaba. No podía imaginarse nada más sereno y placentero.

Después de ordenar todo con gran satisfacción, llevó la radio de viaje a la cocina y la encendió. La mesa junto a la ventana era ya su rincón preferido. Se sentó allí un rato, sin escuchar nada en particular, observando la caída del sol en un triunfo de luz rosa salmón por detrás del cañaveral. Se había levantado una brisa ligera, y estuvo contemplando cómo la superficie del agua de aquella parte del río se cubría de ondas color rojo ambarino. Lentamente, los colores se desvanecieron, dejando solo un resplandor traslúcido de un tono verde pálido. Enseguida este también desapareció, y en ese instante el mundo pareció extrañamente vacío. Vacío y… y de algún modo irreal. La señorita Purdy se sentía sola, abandonada, como si la humanidad hubiera desaparecido por completo y ella fuera la última superviviente en un planeta silencioso y desolado. La música de baile de la radio sonaba vacía también, como un disco que siguiera girando una vez llegado al final. Cuando alargó el brazo para apagarla, se dio cuenta de que estaba temblando. Luego creció en ella la sensación de no estar del todo sola. Le parecía que la

humanidad no había muerto, sino que se hubiera apartado discretamente, convirtiéndose en algo remoto e irreal, como para tener contacto con…

¿Con qué?

Se levantó percibiendo con una repentina y aterradora intensidad las cuatro paredes que la rodeaban. Había algo en aquella casa, algo que estaba encerrado ahí dentro con ella, algún tipo de fuerza que no se podía negar y que, aunque ya no estaba a la espera, parecía urgente y obstinada. Algo que le introducía ideas en la cabeza. Ideas que ella no quería. Ideas de…

¡No, no!

Se encontró gritando esa simple palabra.

¿Qué la había empujado a pensar en el crimen?

Se notaba las rodillas débiles, pero de todos modos consiguió alcanzar el fregadero y servirse un vaso de agua. Un par de sorbos la reanimaron y la vida volvió a discurrir con normalidad. El instante de pánico había pasado. Con un largo y atormentado suspiro fue a sentarse. La cocina era de nuevo real, y la casa era… solo una casa. Sin embargo, hacía un momento…

No quería pensar, pero debía hacerlo. Tomó otro sorbo de agua y trató de poner orden en su cabeza. Los hechos eran claros. O se lo estaba imaginando todo o había algo extraño en aquel lugar. Miró a su alrededor y volvió a ver la encimera de la cocina, las sartenes colgadas, el barreño, el fregadero…, era todo tan banal y prosaico, y sin embargo no era capaz de desembarazarse de esa rara sensación de estar a la expectativa, como si lo que la turbaba estuviera aún allí, al otro lado de los límites de su conciencia; o como si se hubiera retirado porque no quería mostrarse de forma tan simple y rápida y prefiriera tomarse su tiempo.

Trató de apartar aquel pensamiento, pero el problema seguía allí. ¿*Qué* le había metido en la cabeza esas extrañas fantasías? ¿Estaba quizá algo exhausta? Es cierto que había trabajado mucho en su

último libro, y el capítulo final había sido particularmente difícil, tanto que, una vez escrita a máquina la última palabra y el paquete enviado a su editor por correo certificado, recordó haber suspirado de alivio. Pero eso había ocurrido tres semanas atrás y desde entonces había tenido tiempo de descansar, sin contar con el tónico que le había recomendado su farmacéutico, que le estaba yendo estupendamente bien. Preparar las maletas para trasladarse a la casa campestre había sido un poco cansado, sí, y dejar atrás las raíces siempre es un trance. Pero en el fondo, consideraba ese traslado una especie de vacaciones, y había disfrutado mucho del viaje. Por no hablar de que su primera experiencia con esas extrañas fantasías se había dado tres días atrás, cuando fue a inspeccionar la casa antes de quedársela, y en ese momento aún no había tenido que fatigarse preparando equipajes.

No, estaba segura de que la desorientación que sentía no venía de sí misma, sino de la casa. Allí se percibía…, ¿cómo decirlo? Una cierta atmósfera… Un aura…

Había otra palabra, menos agradable, que le había anidado en el cerebro, aunque sentía cierta reticencia a pronunciarla pese a la recién tomada decisión de mirar de frente a la realidad. Sin embargo, no se podía decir que a la señorita Purdy le faltase valor; así que, después de otro sorbo de agua, se lanzó al fin a pronunciarla.

—Embrujada.

¿Una casa embrujada?

Ella no creía en espíritus, pero tampoco era incrédula por principios. Sencillamente, nunca había tenido una experiencia al respecto. Las historias de fantasmas siempre la habían fascinado, pero como historias, acontecimientos de pura fantasía del todo ajenos a su tranquila existencia, igual que los cadáveres ensangrentados y los detectives sagaces que recreaba en su estudio. Le gustaba visitar las grandes residencias campestres y creía haber empleado muy bien su media corona cuando le decían que en tal o cual casa había una habitación embrujada. No obstante, aunque

esto no probaba nada ni en un sentido ni en otro, como es lógico, no podía decir que se le hubiera puesto la piel de gallina en alguna de esas habitaciones. En definitiva, estaba dispuesta a aceptar la palabra de otras personas de que los espíritus existían, pero hasta el momento no se había preguntado nunca cómo reaccionaría de encontrarse con una de esas apariciones. E incluso ahora no conseguía aceptar la idea de que esa fuera una posibilidad real.

El problema del aura, en cambio, era del todo distinto, y la señorita Purdy no tenía inconveniente en declararse mucho menos escéptica respecto a ese asunto. A saber por qué relacionaba un aura con un determinado color, y luego trataba de combinar esos colores con las personas que conocía. La prima india —lo vio de inmediato— tenía un aura cruda, impaciente, amarillenta. La del señor Capper era más anónima, de un cobrizo claro. La suya —o eso esperaba— era la de una señora: una mezcla de color gris y lavanda. En cuanto a la casa…

Cerró los ojos y trató de visualizar el aura de esa sencilla casa de campo. Y de golpe, de manera absolutamente definitiva, supo que su aura era roja. Una idea muy desagradable. Se levantó rápidamente a beber otro vaso de agua.

Pensó con cierto deleite que quizá tenía dotes de médium, al menos en cierto sentido, pero no estaba del todo segura de que la idea le gustara. Significaba que estaba abierta a recibir impresiones; que su mente no era por completo de su propiedad. Y no cabía duda de que algo, o alguien, le había inspirado la idea del crimen.

¿O estaba reaccionado a la situación de forma ridícula? Al fin y al cabo, había venido a la casa a escribir sobre homicidios. Su cerebro había aprendido a moverse entre venenos y proyectiles desde hacía mucho tiempo, cuando caía presa de las complicaciones de cada nueva trama. ¿No era acaso posible que en su subconsciente se hubiera dado cierta confusión y que esto hubiera producido resultados poco fiables? Sí, era posible. Quizá en verdad estaba exhausta, aunque hasta el momento no lo hubiera siquiera sospechado. Se había convertido en víctima de su propia

imaginación. Nadie le estaba metiendo en la cabeza ideas de fuera; era ella la que había generado esos mismos pensamientos sin darse cuenta.

Esta conclusión no le supuso tampoco un gran consuelo, sobre todo porque delataba de forma alarmante su estado de salud. Aun así, tras un instante de reflexión reunió la suficiente lucidez para rebatirla. No estaba agotada. Los treinta años que llevaba inventando tramas escabrosas podían tal vez haber condicionado su mente, al menos hasta cierto punto, pero ella se sentía aún capaz de distinguir entre sus pensamientos conscientes y esa… esa intromisión del exterior. No, ahora ya no tenía ninguna duda: había sido la casa la que le había sugerido la idea del crimen. Y eso significaba…

Eso, ¿qué es lo que significaba?

Obviamente que, entre esas paredes tan normales, en un momento determinado, se había cometido un crimen.

No era una idea nueva. Los edificios absorben parte de las pasiones y de los temperamentos de las personas que viven en ellos. Algunas casas, como se puede percibir nada más cruzar el umbral, son felices y transmiten alegría, mientras que otras inspiran rechazo sin ninguna razón en particular. Y es cierto, esas sensaciones no son siempre tan fuertes, y las emociones deben ser muy potentes para poder imprimirse en el cemento y entre los ladrillos, pero entre todas las pasiones humanas el deseo de matar es el más poderoso, y se acompaña siempre con el incontrolable terror de la víctima. ¿Tan raro era que emociones de ese tipo continuaran viviendo en…?

Ahí fue donde la señorita Purdy se paró de golpe.

Si su hipótesis tenía algún fundamento, ella debería sentir repulsión por la casa, sin embargo no era así. Sentía en cambio…, eso es, un cierto disgusto. Por absurdo que fuera, en aquel momento la invadía una intensa y oprimente piedad. Pero ¿era una sensación suya o procedía de fuera?

Trató de reconsiderar la situación con objetividad. Parecía verosímil la idea de que allí se hubiera cometido un homicidio. En un principio

había decidido que la casa tenía al menos cien años, pero no era imposible que tuviera incluso cincuenta más. Y en ciento cincuenta años pueden ocurrir muchas cosas.

Seis generaciones de personas que nacen, se casan y mueren, aman y odian, sienten felicidad y dolor, esperanza y desesperación…, hasta que hace su aparición el crimen. No era para nada inverosímil esa idea.

Y tampoco había nada que impidiera comprobarla. Los homicidios, a menos que queden ignotos o carentes de la más mínima sospecha, pertenecen a la historia o a la crónica. Y de los archivos locales se podrían sacar algunos detalles más. Pero había también otras fuentes de información. El señor Capper, por ejemplo.

La señorita Purdy recordó de pronto aquella expresión casi alarmada que había visto en su rostro redondo cuando salió en la conversación lo del precio tan bajo. Además, no había quedado satisfecha con las explicaciones despreocupadas sobre los alquileres de larga duración y sobre el hecho de que no aceptaran turistas de paso. Había eludido sus preguntas, de eso estaba segura. No le había explicado verdaderamente por qué el alquiler tenía un precio tan rebajado.

Exacto, ¿por qué? ¿Y por qué la casa no estaba alquilada por alguno de los vecinos, en especial en estos tiempos en los que hay tanta escasez de alojamientos? ¿Un prejuicio local por algo ocurrido allí en el pasado? ¿La convicción de que la casa estaba en efecto embrujada? Con rostro preocupado, la señorita Purdy decidió que haría otra visita al señor Capper al día siguiente para sonsacarle alguna información al respecto.

Se sentía muy cansada, más cansada de lo que creía. Y estaba oscureciendo. Encendió la lámpara y echó las cortinas de la cocina, luego vertió leche en un cazo y la puso a calentar. Quizá una aspirina…

Se tomó la leche y la aspirina, y después se llevó la lámpara al salón con la intención de no entretenerse, sino solo asegurarse de que todo estuviera en orden antes de retirarse a dormir. Sin

embargo, la mirada reparó en la máquina de escribir y de repente sintió el impulso irreprimible de soltar la lámpara y ponerse a trabajar.

A partir de ahí, sus movimientos fueron casi automáticos. No fue siquiera consciente de haber llevado su Corona a la mesa y de haberle retirado la funda, ni consiguió recordar jamás haber metido una hoja y a continuación haber empezado a teclear. Lo que era seguro es que no había ninguna palabra preparada en su cabeza cuando se sentó. Su mente cansada estaba vacía como el folio, a la espera de algo que la llenara. Sin embargo, sin ningún pensamiento consciente por su parte y sin la más mínima voluntad, sus dedos empezaron a teclear algunas palabras. O mejor dicho, una única palabra, repetida una y otra vez. La palabra «ayuda».

El tintineo de la campanilla al final de la línea la hizo volver en sí. Recuperada del todo, se quedó mirando estupefacta su trabajo. ¿Qué es lo que la había empujado a escribir precisamente «ayuda»?

Se levantó. Ahora tenía de verdad miedo; miedo no de la casa, sino de ese eterno y extraño Desconocido, de la fuerza que habitaba allí dentro, invisible e intangible, que empujaba pensamientos dentro de ella, controlando su mente y observando cada uno de sus movimientos; de eso que pertenecía a otra dimensión y que deseaba hacer uso de su persona de forma tan desesperada.

Apoyándose en la mesa, escrutó la estancia con los ojos llenos de pánico, pero allí no había nada que ver salvo el cerco de luz amarilla que emitía la lámpara y las sombras alrededor. Y no había nada que oír, salvo el tictac del reloj de péndulo y los latidos de su corazón. Nada, absolutamente nada.

—Me estoy comportando de manera ridícula —dijo en voz alta solo por el consuelo de oír una voz humana.

Pero poco a poco el pánico se fue extinguiendo, la tensión aflojó y sintió cierta liberación. Sus articulaciones rígidas volvieron a moverse, y de una manera del todo insólita en ella, casi a trompicones, se acercó a la mesa, cogió la lámpara y subió a las habitaciones. Nada la detuvo. Después de desvestirse, se deslizó

entre las sábanas frías, se echó el embozo sobre los hombros y cogió el sueño casi de inmediato.

La casa podía esperar.

Fue un sueño, se dijo a la mañana siguiente. La luz del sol y la brisa fresca que se había levantado convertían en absurda cualquier otra idea. El río irradiaba reflejos dorados y plateados, unos patos salvajes pasaron volando y el humo salía de las chimeneas lejanas. Suspiró profundamente. Solo había sido un sueño, por supuesto.

Echó un vistazo al reloj. Las siete y media. Había dormido de un tirón casi nueve horas.

Se lavó y se vistió con el habitual esmero, se puso un vestido gris de algodón y se recogió el pelo en la nuca en un moño. La casa estaba muy tranquila. Bajó al salón, aún segura de que todo había sido un sueño. La Corona, encerrada en su funda tal y como la había sacado del coche, debía esperarla en el pequeño aparador de la alcoba. El hecho de haberla movido hasta la mesa, de haber metido en el carro un folio sin siquiera darse cuenta, de haber escrito varias veces una palabra insensata…, en fin, eran cosas que solo ocurrían en los sueños.

Pero aquello no había sido un sueño. La máquina de escribir, sin la funda, estaba en la mesa con el folio metido en el carro. Y en el papel solo una línea escrita, una palabra repetida muchas veces, la palabra «ayuda».

El desayuno no tenía sabor aquella mañana. Solo el café la reconfortó un poco. Se tomó tres tazas, luego se puso el sombrero y salió directa hacia el coche.

El señor Capper silbaba alegre mientras revisaba papeles en su escritorio. El anterior había sido un buen día, sobre todo porque había conseguido vender Holly Lodge. Llevaba esa casa desde Semana Santa y ya casi había renunciado a la posibilidad de librarse

de ella. Pero siempre aparece algún tonto, pensó con sarcasmo. Una semana de verdad afortunada. Waterside Cottage, por ejemplo…

Pensando en Waterside Cottage, en cambio, dejó de silbar y miró a la ventana un instante, preguntándose con cierto cargo de conciencia cómo le habría ido a la señorita Purdy en la primera noche. Quizá tendría que haberle contado algo más. Sobre todo, porque tenía que admitir que le había caído simpática. Una señora educada, no el tipo de mujer que podía uno esperar en un lugar como ese. Aunque, en realidad, nunca se podía estar seguro. A saber cómo se ganaba la vida, se preguntó, y continuó silbando y pasando documentos. Quizá era una maestra de escuela jubilada, o quizá una mujer independiente. El silbido se hizo espasmódico. Solo esperaba que no hubiera ocurrido nada durante la noche. Aunque no tenía por qué ocurrir nada, claro. La casa estaba en orden. Solo esperaba que alguien se instalara allí a vivir y acabase con el mal de ojo. ¿El mal de ojo? Pero ¿de qué diablos estaba hablando? Era un verdadero disparate de cabo a rabo. Porque nunca había existido nada más allá de algunas estúpidas habladurías y…

La puerta se abrió y entró la señorita Purdy.

Un formulario en el que el propietario de un inmueble concedía permiso para enseñar su casa salió volando y acabó en el suelo. El señor Capper se agachó a recogerlo. Tenía las mejillas ligeramente rojas al incorporarse, pero quizá era solo efecto del esfuerzo o del calor. Sus modales eran la esencia de la amabilidad.

—Mira a quién tenemos aquí, ¡la señorita Purdy! Ha madrugado, por lo que veo. Pero claro, cuando cambia uno sus costumbres… —Se rio sin mucho entusiasmo, pero se recompuso de inmediato adoptando una expresión de absoluta eficiencia, que quizá era su preferida, al menos cuando se trataba de negocios—. Ningún problema, espero. ¿Funcionan los grifos? ¿La chimenea tira bien?

La señorita Purdy dijo que los grifos funcionaban perfectamente. Y que la chimenea aún no había tenido ocasión de probarla.

—Muy bien, muy bien —respondió él con sofoco—. Dudo que haya ningún problema. Por lo demás, creo que es usted afortunada por

tener agua, si me permite decirlo. La gente de la casona hizo llevar tuberías hasta allí, y como la casa está bastante cerca de la carretera…

—No he venido a hablar del suministro de agua, señor Capper. He venido para hacerle una pregunta.

—Oh, claro, claro. Lo que sea para ayudarla. —Y la invitó a sentarse.

Ella lo hizo y enseguida le preguntó:

—¿Sabría decirme si han asesinado a alguien en la casa?

El señor Capper parpadeó. Desde luego, esa pregunta era la última que esperaba.

—¿Asesinado, señora? ¿Ha dicho asesinado?

Ella le lanzó una mirada directa.

—¿Debo suponer que usted no sabe nada?

—Del modo más absoluto —respondió él con vehemencia—. Debió suceder mucho antes de que llegara yo, suponiendo, claro, que en verdad haya ocurrido. Pero le doy mi palabra, señorita, de que esta es la primera vez que oigo algo así. Aunque… —Dudó un momento y retomó los documentos, luego decidió saltar al vacío—. Aunque una tragedia sí que tuvo lugar allí, al menos en cierto sentido. No en la casa, claro —se apresuró a añadir—. Se produjo un ahogamiento en el río. La persona cayó de una barca. Una muerte accidental, se dijo entonces, aunque, entre nosotros, no me sorprendería nada que aquella pobrecita hubiera decidido quitarse la vida. Eso es lo que piensa la gente de aquí, en todo caso. Lo cierto es que no hubo pruebas y no está bien hablar en vano, pero…, en fin, así son las cosas. Ese es el episodio más parecido a un crimen que conozco; pero, estará de acuerdo conmigo, dista mucho de poder considerarse un homicidio.

—¿Cuánto tiempo hace que ocurrió?

—Unos seis meses, creo —dijo el señor Capper tras un segundo de reflexión—. Estamos en julio, y esto sucedió en enero. En una fea noche, en la que por otra parte nadie sabe qué hacía aquella pobrecita en el río. Creo que podría haber elegido una forma más

sencilla de…

—¿Quién era?

—La señorita Lilian Kemp. Un pajarillo encantador, la muchacha, por cierto. Andaría por los treinta o poco menos, diría. Era muy reservada, pocas veces se confiaba con nadie. Una mujer misteriosa, en cierto sentido.

—¿Vivía en la casita?

—Exacto. Durante casi un año. Venía de Londres, como usted, y adoraba la paz y la tranquilidad de la que se goza aquí, por eso se quedó. Como espero que hará también usted, señorita —añadió en tono hospitalario—. Podría irse más lejos y encontrarse mucho peor, no sé si me explico.

La señorita Purdy no tenía ningún interés en seguirlo. De hecho, empezó a mirarlo con verdadera antipatía. Pero tenía aún algunas preguntas que hacerle.

—¿Ella es la última persona que vivió allí?

—Bueno, en realidad no —respondió el señor Capper con cierta reticencia—. No exactamente la última, para ser sincero, aunque los otros no duraron mucho.

—¿Por qué no?

—Pues quizá se deba a la soledad del paraje. No es algo que guste a todos, ya sabe. Pero el mundo es hermoso precisamente por ser variopinto, ¿no?

Ella lo interrumpió de repente, consciente de que otra frasecita de ese tipo le haría perder los estribos.

—¿Cuánto se quedaron?

En ese momento el agente inmobiliario ya se veía a todas luces incómodo. Lanzó una mirada nostálgica a la puerta, como preguntándose cuánto tiempo pasaría aún antes de poder alejarse de aquel lugar.

—Bueno…, estuvieron los Greene —dijo con renuencia—. Alquilaron la casa en primavera. Con contrato indefinido, dijeron, pero al final se quedaron menos de una semana. Se volvieron a Norwich porque la señora era un poco nerviosa. Luego estuvo una

joven pareja de verdad muy simpática. Se acababan de casar, ¿sabe? —Con el rostro iluminado, empezó a describir a la joven pareja de verdad muy simpática, pero ella lo cortó sin ningún tipo de piedad.

—¿Cuánto tiempo se quedaron?

El señor Capper empezó a revolver de nuevo los papeles del escritorio.

—Solo una noche, si le soy sincero, luego se volvieron con los padres de ella. Y desde entonces la casa ha estado vacía.

—¿Le explicaron por qué se iban?

—Mire, señorita, no creo que me vaya a agradecer que le meta ideas extrañas en la cabeza —le respondió sintiéndose asediado.

—Dudo mucho que pueda usted meterme en la cabeza nada que no esté ya allí.

Los dos se miraron, y entonces el señor Capper se resignó a lo peor.

—Entonces…, ¿usted también lo ha oído?

—¿Oír qué?

—Ese es precisamente el problema. Tampoco ellos supieron explicarlo —respondió con franqueza—. Traté de sacarles más detalles, pero no hubo nada que hacer. Lo único que saqué en claro fue que no habían visto ni oído nada en concreto. Solo tenían la sensación de que, de alguna forma, no estaban solos. Esa es la explicación más completa, si se le puede llamar así, que conseguí que me dieran.

—¿Tampoco creían que la casa estuviera embrujada?

—En cierta manera, sí, supongo, aunque solo tenían una vaga sensación. De lo contrario —la tranquilizó con premura—, la habría avisado antes de que usted decidiera alquilarla.

La señorita Purdy lo dudaba mucho, pero se lo calló.

—¿Ha sentido usted alguna vez esa sensación? Usted en persona, quiero decir.

Ahí el señor Capper pisaba terreno más firme.

—Jamás, señorita —declaró con énfasis—. He estado tres veces en

ese sitio, dentro y fuera, pero nunca me he topado con nada extraordinario. De hecho, me atrevería a decir que toda la historia no es más que un disparate de no ser por…

—¿De no ser por qué?

—De no ser por la chica ahogada —completó él con desgana—. De eso no cabe duda. Y en su momento se habló mucho del asunto. No encontrará a nadie de por aquí que quiera acercarse a la casa por ninguna razón del mundo. Llámelo superstición si prefiere, pero deje que le diga lo siguiente, señorita: hay que ser muy supersticioso para que un lugar como ese lleve sin inquilinos tanto tiempo. —Suspiró—. Y ahora supongo que ha venido a decirme que usted también quiere marcharse, así que zanjemos el tema. No me extrañaría que al final decidieran demoler la casa o dejarla en ruinas. Una verdadera lástima, porque es un rincón de verdad encantador. —Sacudió con pena la cabeza y enseguida volvió a su papel de hombre de negocios—. Veamos, tendrá que pagar una mensualidad, lo siento, pero no sería justo retenerle las tres. En fin, si es tan amable de firmar…

—Yo no quiero irme —dijo la señorita Purdy.

—¿Eh?

El agente inmobiliario la miró desconcertado.

—No ahora, en todo caso —precisó ella—. No suelo salir huyendo así como así.

La expresión del señor Capper, en ese momento, era de absoluto respeto.

—Una decisión muy valerosa, si me permite decirlo, señorita.

Ella negó con la cabeza.

—No es valor. Es curiosidad, pero sobre todo piedad, creo.

—¿Piedad? —repitió él, incrédulo—. ¿Por mí, señorita, o por la propietaria?

—Por ninguno de los dos —dijo ella bruscamente, pero arrepintiéndose de inmediato de haber contestado así—. Una última cosa antes de irme. ¿Esa es la única tragedia relacionada con la casa?

—Hasta donde yo sé, sí. No se había hablado antes de la presencia de espíritus allí. La señorita Kemp vivió en la casa un año, como le he dicho, y era feliz como un ruiseñor. Todo le parecía estupendo, créame.

—Gracias. —La señorita Purdy se levantó—. ¿Hay algo más que pueda decirme sobre esa mujer?

El señor Capper negó con pesar.

—Lo siento, señorita. Quizá el párroco sepa algo más. Y la gente de la casona siempre fue muy amable con la señorita Kemp. Si habla con ellos…

—Gracias —dijo de nuevo ella, y salió decidida hacia el coche.

El señor Capper se secó la frente. No esperaba salir del brete tan fácilmente. Una mujer con agallas, merecía quitarse el sombrero. Pero ¿qué había querido decir con eso de «piedad»?

Negó con la cabeza.

Volverá antes de que acabe la semana, pensó con pesimismo. Mientras, al menos, me queda la satisfacción de la venta de Holly Lodge.

3

A la señorita Purdy se le daba bien conducir. Por lo general, no tenía dificultad en desplazarse a más de cincuenta millas por hora e iba siempre atenta a las señales, pero aquella mañana tenía cierta excusa para ir un poco por debajo de su buen nivel de conducción.

Fue una verdadera mala suerte que el inspector Lovick —recientemente trasladado de la policía de Southbury a la de Wrexley— estuviera dirigiéndose a pie a la agencia inmobiliaria precisamente mientras ella maniobraba al volante para marcharse.

Gracias a todo un alarde de agilidad —pese a que Lovick era un hombre robusto y de complexión fuerte, todo lo contrario de ágil—, el inspector fue capaz de esquivar el impacto, y acto seguido le espetó con cierta vehemencia lo que pensaba de las mujeres al volante que salen de un espacio público sin mirar antes a su alrededor.

Por fortuna para la señorita Purdy, el espacio público no era una carretera, sin contar con que un abogado defensor habría podido insistir en el hecho de que él, el inspector Lovick, iba leyendo un periódico y por tanto caminaba sin mirar dónde ponía el pie. Por eso el inspector no estuvo en condiciones de prometerle el placer de un eventual encuentro en los tribunales. Aun así, le tomó los datos, nombre y dirección, lo que como mínimo la ofendió, tanto que condujo hasta casa con las mejillas más encendidas de lo habitual y con la enorme esperanza en el corazón de no tener que volver a verlo nunca más. Una esperanza condenada a no hacerse realidad, lamentablemente para ella.

Ya de regreso en Waterside Cottage, aparcó en el prado y caminó hacia la orilla del río. Tenía un montón de cosas sobre las que reflexionar, y quería estar segura de que pensaba de forma

autónoma, sin estar influida por ninguna fuerza externa.

Eran las diez y media, y si bien el sol había secado el rocío, la señorita Purdy no quería correr riesgos. De manera que, antes de sentarse, extendió en el suelo una manta que sacó del coche. Desde atrás, la casa parecía observarla, como a la espera. Ella sentía esa especie de examen con la intensidad de una puñalada en la espalda. Lo curioso era seguir identificando aquella casa con Lilian Kemp, aunque ahora sabía que no era la casa la que la miraba, sino la chica muerta que seguía ocupándola. La chica que se había ahogado el pasado enero.

Enero.

Miró el agua resplandeciente, bordeada de cañas, y la zona de terreno pantanoso un poco más allá, pensando que Lilian había muerto de noche. Trato de imaginar la escena bajo las duras estrellas invernales, con el aire gélido y unas aguas negras como las de la Estigia. Pensó en el viento que, soplando, arrastraba las nubes hasta tapar la luna y erizaba la superficie del río. Pero, aunque hubiera luna y estrellas, soplase o no el viento, ¿quién sino un loco saldría en una barca de remos en una noche de enero?

Una muerte accidental: ese fue el veredicto después de la investigación. Pero eso implicaba, según el jurado, que la chica salió con un objetivo concreto y no para suicidarse. ¿Qué objetivo? No sería para hacer deporte o divertirse, eso se descartaba de entrada. ¿Quería acaso recorrer el canal para llegar al ensanche del río? La señorita Purdy miró en aquella dirección, aguzando la vista y tratando de visualizar el plano de la zona que había visto después de instalarse en la casa. Según recordaba, el canal pasaba entre las cañas y se adentraba en un estrecho y tortuoso atajo que llevaba directamente a Belton Broad; luego, desde allí, a través de otro atajo, se podía alcanzar un afluente del río principal. No había pueblos en los márgenes en varias millas, aunque, como es lógico, puede que hubiera alguna casa aislada. De ser así, entonces, ¿no habría formas más seguras de llegar a ellas que no fueran por agua? Sin contar con que era más que probable que aquellos atajos

estuvieran helados en enero, por lo que habría sido imposible pasar por allí.

Todo esto dejaba a Lilian y su barca un único objetivo: la casona.

La señorita Purdy miró pensativa las chimeneas de la suntuosa residencia. El señor Capper le había dicho que la chica tenía una relación de estrecha amistad con la gente de allí. Y, aunque seguro que existía un modo de llegar a pie (recordó haber visto un sendero que iba en esa dirección a una media milla en la carretera), también podría ser que, bien por prisa o bien por una emergencia, el río ofreciese un recorrido más breve que valía la pena utilizar, aun al precio de correr peligro en una noche de enero. Todo esto suponiendo que la gente del lugar no tuviera motivos para sospechar un suicidio.

Un suicidio. No era una idea agradable. Como le había contado al agente de la inmobiliaria, había métodos más fáciles para poner fin a la propia vida que descender entre el légamo, las cañas y la oscuridad un curso de agua parcialmente helado en pleno invierno. Sin embargo, al menos desde el punto de vista de la señorita Purdy, había una consideración más: el suicidio explicaría el hecho de que el espíritu de la pobre chiquilla estuviera inquieto, hubiera pedido ayuda y no hubiera conseguido aún abandonar el plano terrenal, incluso sin sacar a colación la fantasiosa hipótesis del homicidio. Y respecto a la ayuda que la señorita Purdy podía ofrecer…

Llegado ese punto, le pareció inevitable hacer una visita al párroco. No solo porque, como había sugerido el señor Capper, podría estar en disposición de contarle algo más sobre la vida y la muerte de la chica, sino también porque tal vez podría darle algún consejo desde el punto de vista espiritual y, quizás, exorcizar a ese patético fantasma, soltarlo de sus ataduras terrenas y devolverlo al camino de la felicidad. La señorita Purdy no era espiritista, pero creía firmemente en el más allá. Estaba segura de que el espíritu de Lilian Kemp estaba aún presente, atrapado en una desdicha que lo amarraba a la tierra, y que necesitaba algo de ella. Y quizá, si conseguía satisfacer esa necesidad, el espíritu de la difunta

alcanzaría el descanso. Aunque esa reflexión no era un dogma, sí que respondía a los principios de la lógica y, en su opinión, también a los del sentido común. Decidió que iría a visitar al párroco después de comer.

Entretanto, estaba la cuestión del trabajo.

No se había movido a Norfolk para exorcizar espíritus desdichados, sino para escribir una novela policiaca, y cuanto antes empezara, mejor. La estructura de la trama ya la tenía clara en la cabeza, y tenía también una idea de los personajes que darían cuerpo a la historia, pero hasta el momento eran solo autómatas sin nombre, modelos genéricos y no personas reales. No cobrarían vida hasta que encontrara la forma de bautizarlos y dotarlos de cierto contexto. Le gustaba empezar siempre con los nombres. El nombre adecuado podía insuflar vida a un personaje, mientras que con un nombre equivocado corría el riesgo de no llegar a ninguna parte. En su tercer libro —¿o era el cuarto?— se quedó empantanada a media historia solo porque había llamado al personaje principal Gavin. Ningún Gavin habría podido reaccionar como ella esperaba que reaccionara su héroe, pero cuando por fin decidió cambiarle el nombre y llamarlo Charles, todo se reajustó de inmediato. Era un error que no tenía intención de repetir. Sobre todo porque corregir el nombre de un personaje en un mecanuscrito de ciento cincuenta páginas puede resultar muy engorroso.

Lo que necesitaba en ese momento era un nombre adecuado para un inspector de Scotland Yard. De primeras había pensado llamarlo Stephen, pero ¿Stephen qué? ¿Forester? ¿Woods? ¿O Liddon, como el nombre del tramo de río que estaba contemplando? La idea que acababa de tomar forma en su cerebro encontró enseguida aprobación. Stephen Liddon. Un buen nombre, sólido y de confianza. Tenía que ser alto, por supuesto, y muy atractivo, aunque de carácter un poco sombrío. Y tampoco le vendría mal dotarlo de unos ojos verdes y misteriosos. Había algo intrigante en ese color de ojos,

y era fácil hacerlos alegres o siniestros según la situación. Inspector Stephen Liddon de New Scotland Yard… Sí, podía funcionar. Y la muchacha sin coartada se llamaría Susan, quizá, o mejor Marilyn…

Se levantó de golpe, ansiosa por poner negro sobre blanco algunas de esas ideas efervescentes antes de que se evaporasen. Lilian Kemp había quedado en segundo plano, y la señorita Purdy entró al salón sin percibir ninguna incomodidad, como si fuera su estudio de Putney. Se sentó a la mesa y acercó la máquina de escribir. La hoja que estaba aún en el carro le recordó de pronto el otro problema, y se quedó mirándola un momento arrugando el entrecejo. Luego, con decisión, la sacó y metió una nueva. Lilian tendría que esperar hasta después de comer.

Stephen Liddon. Sí, había algo fuerte y atrayente en cómo sonaba aquel nombre. Empezó a teclear para ver cómo quedaba sobre papel, luego miró lo que había escrito. Una sensación entre el estupor y la incredulidad fue convirtiéndose poco a poco en terror. No había escrito «Stephen». Había escrito «Dennis».

Dennis…

Ella no conocía a ningún Dennis. Nunca había pensado en Dennis, y ni siquiera le gustaba ese nombre. Aun así, lo peor de todo era no haberse dado cuenta de lo que estaba escribiendo hasta que levantó los dedos de las teclas. Siempre tecleaba con prisa, incluso si se trataba del primer borrador de sus novelas; tanto era así que, con los años, había adquirido una suerte de automatismo. Su cerebro siempre estaba un poco más allá de la siguiente palabra o de la próxima frase, y no se concentraba plenamente en el teclado que manejaba. Esta vez, en cambio, era distinto. Estaba pensando en «Stephen» con un objetivo concreto, saboreando el sonido de ese nombre. Sin embargo, no recordaba haber apretado las teclas que formaban esa palabra. ¿Cabía la posibilidad de que hubiera experimentado una especie de vacío mental?

Se llevó las manos al vientre. Eso mismo había hecho poco antes

sin darse cuenta. Y al bajar la guardia concentrada en su novela, Lilian había tomado el mando.

Aquello le pareció una indecencia, una intromisión, una violación de su privacidad. La asaltó un ataque de rabia, una rabia tan fuerte como la que habría sentido si alguien la hubiera sorprendido en ropa interior. Con enorme cuidado, concentrándose en cada movimiento de sus dedos, pulsó en el teclado las letras que formaban la palabra *Stephen* y sintió una enorme alegría cuando vio aparecer en el papel aquel nombre. A su manera, era una victoria tan grande como la de los ingleses en Waterloo. Había recuperado el autocontrol. Pero mientras saboreaba ese momento de triunfo vio que sus dedos habían empezado a teclear de nuevo de forma autónoma. Y la palabra que escribieron fue «Dennis».

Ya no le apetecía seguir trabajando.

Y mucho menos comer.

Empujó la silla hacia atrás y se levantó. No entendía nada, razón por la que tenía que ver al párroco sin perder un minuto más. No podía seguir viviendo en un lugar en el que sus pensamientos y acciones no le pertenecían. Era la negación de toda intimidad, una especie de profanación que le restaba humanidad. Por mucho que la pobre chica ligada a aquella casa necesitara ayuda, no podía obtenerla a costa de su integridad. Tenía que ir de inmediato a Liddon.

No valía la pena coger el coche para un desplazamiento tan corto, así que decidió ir a pie. Luego se acordó de la vieja bicicleta del cobertizo. Después de bajarla de los ganchos con cuidado, inspeccionó los frenos, los pedales y la robustez del bastidor. Parecía todo en orden. La siguiente media hora la pasó limpiándola y engrasándola, y encontró cierto alivio llevando a cabo esa actividad común y corriente, en la que ningún fantasma de este mundo —o del otro— se habría inmiscuido jamás. Le preocupaban un poco los neumáticos, pero después de hincharlos debidamente parecían en

perfecto estado, y decidió emprender el viaje. A fin de cuentas, podía repararlos o sustituirlos en el pueblo, en caso de necesidad, y dentro de lo malo, la posibilidad de tener que recorrer el camino de vuelta a pie tampoco sonaba tan mal.

Sin embargo, había otro aspecto más imprevisible que las ruedas. ¿Cuánto aguantaría circulando sin caerse? El sillín era demasiado alto, y estaba tan oxidado por el desuso que no se podía mover. Aun así, quiso creer a ciegas en ese dicho que asegura que la habilidad de montar en bici una vez aprendida no se olvida.

Después de lavarse las manos y peinarse, se subió en la bicicleta y enseguida vio que se le daba mejor de lo previsto. Es cierto, no había tráfico en aquella carretera remota, y tampoco curvas complicadas. No tenía más que avanzar en línea recta y esquivar los baches, pero salir airosa de tal empresa con treinta años de inactividad a la espalda no era tan sencillo. El pueblo iba a ser otra historia, pero para llegar faltaba aún una milla que recorrer entre arbustos y cantos de pájaros. Seguro que había formas peores de pasar una espléndida mañana de julio, incluso cuando…

Incluso cuando una recordaba a Lilian.

Porque iba pensando precisamente en Lilian mientras se acercaba a la casona. O al menos eso creía, puesto que no vio ningún cartel que lo indicara. La visitaría al día siguiente, pensó. La casona formó parte de la vida de Lilian; ella quería verla como una residencia donde vivía gente y no solo como un conjunto de chimeneas por encima de la silueta de los árboles. Estuvo muy tentada de cambiar el plan de ese día, pero tras dudar un momento decidió que la charla con el párroco era mucho más urgente.

Llevaba recorridos unos cientos de metros cuando oyó un coche acercarse por detrás. Seguramente había salido del desvío que llevaba a la casona y se aproximaba a bastante velocidad. La señorita Purdy se asustó mucho y el corazón empezó a latirle con fuerza. ¿Sería mejor parar y bajarse? En teoría, que la adelantara un coche no suponía ningún problema, bastaba con apartarse a un lado sin dejar de pedalear y el auto pasaría por el resto del carril hasta

desaparecer en pocos segundos. Pero la señorita Purdy no pedaleaba desde un punto de vista teórico. Estaba nerviosa y carecía de experiencia, la bicicleta le parecía poco manejable y los pies iban bastante lejos del suelo. Por eso, cuando el claxon sonó a su espalda, se desorientó de golpe. Movió el manillar a un lado y a otro y acto seguido intentó saltar del sillín…, eso sí, cinco segundos tarde. La chica que conducía el coche soltó un grito ahogado, mientras el hombre que iba a su lado giraba el volante sin poder impedir, aun así, que el parachoques golpeara la bicicleta por detrás, empujándola a una acequia que bordeaba la carretera. La señorita Purdy aterrizó ignominiosa y dolorosamente entre las ortigas y el perejil silvestre que allí crecían.

El coche se detuvo derrapando a pocos metros de distancia, y el joven corrió hacia donde había caído la señorita Purdy. La chica lo seguía a poca distancia. Cuando la señorita Purdy abrió los ojos, desconcertada, los dos estaban inclinados sobre ella, tapándole buena parte del maravilloso cielo de julio.

—¿Se encuentra bien? —preguntaron al unísono.

La señorita Purdy intentó recordar lo ocurrido, pero le pareció un esfuerzo difícil de soportar y cerró de nuevo los ojos. Se sintió algo mejor cuando él le liberó la pierna de debajo de la bicicleta. Soportar aquel peso había sido muy doloroso.

—¿La deberíamos trasladar, Mike? —preguntó la chica, ansiosa—. Quiero decir, si tiene algo roto…

—Si tiene algo roto, sería solo culpa suya —dijo Mike con repentina exasperación—. Ponerse a dar volantazos en una carretera tan accidentada como esta…

La señorita Purdy no podía estar más de acuerdo. Ahora lo recordaba todo y comprendía perfectamente que la culpa era solo suya, aunque le parecía un poco cruel por parte del susodicho Mike insistir en ello en ese preciso momento. Moviendo brazos y piernas con cautela comprobó que respondían y sintió un enorme alivio al ver que estaban intactos. Pensó que ya no había problema en volver a abrir los ojos.

—Si… si pudieran echarme una mano para levantarme…

La ayudaron ambos. Se sentía débil y algo mareada, y se alegró de que Mike la sujetara del brazo, y repitió que no había que lamentar ningún daño serio.

—No sabe lo que me alegra —dijo Mike mirando a la accidentada desde la altura de los veinte centímetros que le sacaba—. Oiga, ¿por qué no va a sentarse un rato en el coche? Cathy se quedará con usted mientras yo echo un vistazo a la bici.

—Gracias —dijo la señorita Purdy.

No se sentía capaz de continuar su viaje, con o sin bicicleta, hasta disponer de unos minutos para recuperarse del susto de la caída.

—Veo que le sangra un poco la rodilla —dijo Catherine, siempre tan práctica—. Venga conmigo, tenemos un botiquín. Lo mejor será que le desinfecte la herida con yodo.

Poco después, sentada en el coche y con la rodilla vendada, la señorita Purdy se sentía ya mucho mejor y fue incluso capaz de mirar con más atención a Catherine. Vio una hermosa muchacha de poco más de veinte años, con el pelo rubio, un poco rizado, y unos ojos grises que la escrutaban con suma atención. Iba vestida de manera sencilla y cómoda, con una camiseta amarilla y pantalones azules. En general, la señorita Purdy no aprobaba que las mujeres utilizaran pantalones, pero tuvo que admitir que en aquel caso no había nada que objetar. La chica no era una de esas típicas tontitas con la lengua suelta, pensó. Y si había que caerse a una acequia —por fortuna seca— no se podía esperar mejor socorro que el que le había prestado aquella fascinante muchacha. No pudo evitar fijarse en el solitario de la mano izquierda de la chica.

Catherine le ofreció un cigarrillo, pero la señorita Purdy lo rechazó con la cabeza. No había adquirido nunca el vicio de fumar.

—¿Le molesta si fumo?

—Por supuesto que no, querida. Imagino que tendrá los nervios tan crispados como yo.

Catherine admitió que había pasado un mal momento al verla caer.

—Por un instante creí que… —Se estremeció—. En fin, que la

habíamos matado. La vimos tambalearse en la bici justo delante de nosotros. Si Mike no hubiera girado el volante a tiempo…

La señorita Purdy tuvo una terrible visión de sí misma muerta, tumbada en la carretera, mientras su espíritu flotaba por encima, condenándola para siempre a embrujar aquel camino, igual que Lilian tenía embrujada la casa. Se pasó una mano por la frente y reparó en que Catherine la estaba mirando de forma extraña.

—Discúlpeme, querida. Ha sido estúpido por mi parte subir a una bicicleta sin practicar antes. Era la primera vez que lo hacía en treinta años.

Mike se acercó justo a tiempo de oírla y anunció con gesto resignado que harían falta otros treinta antes de que pudiera subir de nuevo a aquella bici.

—La rueda delantera está doblada, eso para empezar, y los pedales se han soltado. Dudo que valga la pena repararla.

—Ay, vaya por Dios —dijo la señorita Purdy en tono culpable—. Ni siquiera es mía.

—Bueno, yo no me preocuparía mucho si fuera usted. Quien se la prestó seguro que esperaba algo así. Lo mejor es dejarla donde está y pasar a recogerla más tarde.

La señorita Purdy estuvo de acuerdo. Su impulso de pedalear la había abandonado por completo.

Los dos se presentaron con particular cordialidad. Mike Stevens y Catherine Ware. Catherine vivía con su hermana en la casona, mientras que Mike había ido a visitarlas y se había quedado unos días.

—¿Por casualidad conoce a mi hermana? —preguntó la chica—. La señora Shaw.

La señorita Purdy negó.

—Llegué justo ayer y aún no he hablado con nadie salvo con el señor Capper, el agente inmobiliario de Wrexley.

—¡El señor Capper! —Mike parecía interesado—. ¿Quiere decir que ha comprado una casa aquí?

—No he comprado, no. He alquilado una para los próximos tres

meses.

—Ah. Antes creí que había bajado de una de las barcas.

—¡Anda! —exclamó la señorita Purdy sorprendida—. ¿Y qué iba a hacer en una barca con una bicicleta?

Los dos jóvenes se echaron a reír.

—Hay muchos sitios donde se puede alquilar una bici —dijo Catherine—. Son una buena alternativa a las barcas y te dan la posibilidad de explorar las zonas interiores. Sobre todo, porque aquí estamos un poco alejados de los caminos más transitados. No hay mucha gente que venga a Liddon, y además este tramo del río es privado, ¿sabe?

—Eso me ha dicho el señor Capper, aunque tengo entendido que yo sí tengo derecho a pasear en barca y a pescar.

Catherine la miró.

—¿Usted? Pero…

Los labios de Mike se habían quedado extrañamente pálidos.

—¿No vivirá usted en Waterside Cottage? —dijo con una expresión tensa.

La señorita Purdy asintió muy digna.

—Pero ¿ese imbécil no le ha dicho…? —Se calló de golpe, y la señorita Purdy percibió que la atmósfera había cambiado sutilmente. Ahora Catherine ya no estaba tan tranquila y cordial como antes. Se percibía en el aire una nota de tensión, de inquietud, que antes no había apreciado.

Catherine hizo un gran esfuerzo por disimular.

—¡Claro! Debí suponerlo al verla en esta carretera. Aunque también podía venir de más lejos, ¿no es así? Pero la casita lleva vacía tanto tiempo que…, en fin, casi dábamos por sentado que se quedaría así para siempre. ¿Cómo se encuentra allí?

La señorita Purdy le lanzó una mirada pensativa.

—Supongo que usted sabrá por qué la casa lleva vacía tanto tiempo, ¿no es así?

—Bueno…, ha sido un largo invierno. —El interés de Catherine parecía concentrado en la punta del cigarrillo—. Hay que ser de aquí

para apreciar el río en invierno. Una o dos personas lo han intentado, creo, pero…, en fin, supongo que encontraron el lugar demasiado aislado.

—¿Usted no lo encuentra aislado? —preguntó Mike secamente.

La señorita Purdy respondió con toda tranquilidad que era precisamente eso lo que la había convencido a trasladarse allí.

—Soy escritora, ¿sabe?

—¿Escritora? Como…

—Sí, como Lilian Kemp.

Catherine soltó un brusco suspiro.

—Entonces, usted ya sabe…

—Solo lo que me ha contado el señor Capper.

En el cielo, una alondra cantaba alegremente. Las abejas zumbaban laboriosas entre los arbustos y el coche estaba inundado por el perfume de la madreselva. Pero los pensamientos de las tres personas allí sentadas habían vuelto a un oscuro y gélido mes de enero y miraban el rostro inexpresivo de una muchacha ahogada…

Catherine hizo un extraño movimiento, casi involuntario.

—Fue un accidente, ¿sabe? Esa fue la conclusión de las investigaciones.

—Lo sé —respondió la señorita Purdy, preguntándose por qué era precisamente ese punto el que la chica creía importante destacar—. Ustedes dos la conocían bien, ¿verdad?

—Yo no —dijo Mike—. Yo ayudé a sacarla del agua, pero no llegué a conocerla. Cathy, en cambio…

—Venía a vernos a menudo —explicó Catherine—. Nick, mi cuñado, la conocía de Londres, y fue él quien le buscó la casita. A mi hermana Rosalie no le caía demasiado simpática, debo confesar, pero fue un impacto tremendo cuando… cuando…

—No pensemos en eso —dijo Mike—. No sirve de nada darle vueltas al pasado. Señorita…, hum…, aún no nos ha dicho su nombre.

—Purdy.

—Señorita Purdy, ¿qué quiere que hagamos? ¿Prefiere que la

acompañemos al pueblo, adonde íbamos, o que la acerquemos a su casa? Para nosotros no es ninguna molestia.

Estuvo a punto de decir que prefería ir andando hasta el pueblo, pero cambió de idea. La caída la había alterado más de lo que imaginaba. La cabeza empezaba a dolerle y la rodilla le daba unas punzadas terribles. Así que decidió aplazar al día siguiente la visita al párroco.

—A casa, si para vosotros no es problema. Prefiero descansar un poco, y temo que volver a pie va a ser demasiado en mis actuales condiciones.

—Por supuesto que no puede caminar con la rodilla así —dijo enseguida Catherine—. La llevamos de vuelta con mucho gusto.

Mike dio la vuelta con habilidad. Pasaron delante de los restos maltrechos de la bicicleta, y él dijo que pediría a alguien que pasara a recogerla y se la llevara a casa.

Ya en Waterside Cottage, los dos jóvenes declinaron la invitación a pasar.

—A menos, claro está, que necesite ayuda —dijo Catherine.

La señorita Purdy negó con la cabeza.

—Me recuperaré. Pero antes o después, querida, me gustaría hablar con usted, si me lo permite.

—Venga a vernos cuando quiera. Rosalie estará encantada de conocerla.

—Gracias, acepto con mucho gusto.

La señorita Purdy sintió cierto disgusto cuando los jóvenes se marcharon. Una simpática y encantadora parejita, pensó con aprobación. Usaría algún rasgo de Mike para su inspector Liddon, puesto que tenía la altura y la corpulencia idóneas. Ojos grises en vez de verdes, pero bien pensado podía reservarse los ojos verdes para el asesino. Le gustaba la forma del mentón de Mike y su manera desenvuelta de sonreír. Aun así, no había nada de *playboy* en él, y estaba segura de que, si se presentaba la ocasión, sabría adoptar una expresión sombría. Como debió de ocurrirle aquella noche de enero, por ejemplo, cuando…

Y sí, cualquier pensamiento acababa siempre en Lilian Kemp.

4

Aquella tarde, la señorita Purdy estaba adormilada en la cama cuando un ruido la espabiló.

¿Un ruido?

Se incorporó de golpe con verdadero pánico. Antes de quedarse dormida había estado pensando en Lilian Kemp, y ahora su primer pensamiento también estaba relacionado con la muchacha muerta.

Pero la casa estaba silenciosa. De una forma casi antinatural. Se quedó a la escucha, paralizada por la tensión. Los pequeños ruidos habituales parecían haber desaparecido. Era casi como si el silencio le gritase en la cara.

Pensó que no había sido un ruido de verdad, sino algo interior, una señal de alarma. Lilian está tratando de tomar posesión de mí mientras duermo, se dijo. No se está comportando de forma muy leal. No…

Entonces oyó un verdadero ruido, el de una voz inconfundiblemente humana, al otro lado de la ventana.

—¡Buenas! ¿Está usted ahí, señorita Purdy?

Mike…

La tensión se desvaneció de inmediato, la normalidad volvió a extenderse en el ambiente y ella consiguió relajarse.

Algo aturdida por aquel alivio repentino, salió de la cama y se asomó a la ventana abierta, por donde vio una barca vacía, con los remos goteando, balanceándose suavemente en la orilla, y a Mike Stevens, vestido con unos pantalones de franela gris y una camiseta roja, mirándola desde abajo. El joven le sonreía, y ella no fue capaz de imaginar una visión más grata que aquella.

—Espero no haberla despertado —dijo él—. Cathy está en la cocina y acaba de poner la tetera al fuego. Hemos venido para asegurarnos

de que se encuentra bien.

—Qué amables —dijo ella, aunque quizá sin mucho énfasis—. Bajo enseguida.

Necesitaba un momento para recomponerse, alisar el vestido arrugado y peinarse un poco.

En la cocina vio la tetera silbando y una bandeja preparada con pan, mantequilla, mermelada de fresa y una tarta de ciruelas. Catherine, que estaba cogiendo la lata del té, miró alrededor con lo que a la señorita Purdy le pareció un gesto de encantadora renuencia.

—Espero que no lo considere una invasión. Quería subirle la bandeja a su habitación pensando en su rodilla.

—Querida mía —dijo con sinceridad la señorita Purdy—, no sabe cuánto se lo agradezco.

Mike dijo que era lo menos que podían hacer, después de casi haberle partido el cuello.

—Y lo menos que puedo hacer yo —dijo la señorita Purdy con enorme cordialidad— es invitarlos a tomar el té conmigo. Catherine, querida, necesitaremos una tetera más grande.

Tomaron el té a la orilla del río como en un pícnic, los dos jóvenes en la hierba con las piernas cruzadas y la señorita Purdy en la butaca que Mike insistió en sacar del salón. Hablaron de muchas cosas, pero no, al menos al principio, de muchachas ahogadas o de fantasmas. La señorita Purdy no era capaz de adivinar cuánto sabían de la tragedia, pero percibió cierta reticencia de fondo en su conversación. La voz de Catherine le sonaba un poco agotada para ser del todo normal, y más de una vez sorprendió a Mike mirando la casa con una expresión tensa y circunspecta a la vez.

Mike sabe, o al menos siente algo, pensó la señorita Purdy. Y decidió que hablaría con él a solas en cuanto le fuera posible.

—¿Qué tipo de libros escribe? —preguntó Catherine con interés, mientras le lanzaba unas migas de la tarta a una gallineta de agua que, intrigada, rondaba por allí. En cuanto la señorita Purdy pronunció uno de sus títulos, una campanilla sonó en la cabeza de la

joven.

—¡Claro que sí! He leído varias de sus novelas. De verdad que son muy buenas.

También Mike las conocía, y asintió dirigiendo una mirada llena de simpatía a la actual inquilina de la casa.

—Sin embargo, a simple vista no se diría que sea usted capaz de reconocer un objeto contundente aunque lo tuviera delante.

En los ojos grises de la señorita Purdy brilló un destello.

—Entonces espero no tener que hacerlo nunca. —Se sirvió otra taza de té—. ¿Y Lilian qué tipo de libros escribía?

—No escribía libros, al menos que yo sepa —dijo Catherine—. Era muy reservada con su trabajo, aunque, en general, creo que se dedicaba a publicar relatos en revistas baratas. En cualquier caso, nunca he leído ninguno. Pero ¿quién le ha dicho que…?

—El señor Capper.

—Ah, claro, Capper. Él es quien se ocupa de algunas de las propiedades de Nick, ¿sabe?

La señorita Purdy no lo sabía, pero siempre le agradaba aprender. Supo que Nicholas Shaw era un hombre rico. Y tuvo la impresión de que era un tipo temperamental y complicado, pese a que ninguno de los dos jóvenes lo dijo con esas palabras. Parecía que también Rosalie Shaw podía no ser del todo amable en algunas circunstancias; no le gustaba Norfolk, por ejemplo, detestaba el agua, y tenía un miedo tremendo a las barcas de remos, puesto que casi se ahoga de niña en uno de aquellos canales. La señorita Purdy pensó que la vida en la casona no era tan idílica y despreocupada como supuso en un primer momento.

—¿Cuándo piensan casarse ustedes? —preguntó con amabilidad.

Catherine cambió de postura con cierta inquietud.

—Pronto, espero, en realidad hace poco que estamos prometidos. Desde… —interrumpió la frase de repente.

—Desde enero —completó Mike—, y en mi opinión ya ha pasado suficiente tiempo. Yo vivo en Londres, señorita Purdy, y no me resulta fácil llegar hasta aquí. Si consigue convencer a Catherine de

fijar una fecha, le estaré eternamente agradecido.

—Ha pasado muy poco tiempo desde… —empezó Cathy.

El rostro de Mike se ensombreció.

—Escúchame bien, cariño, quítate de la cabeza ya la idea de que lo ocurrido tuvo algo que ver con nosotros. Ni siquiera concierne a Nick y a Rosalie. Nadie hubiera podido impedir a esa muchacha coger la barca y aventurarse en el río, si así lo deseaba. Su muerte fue solo un trágico accidente, y la responsabilidad es únicamente suya.

—Ya, pero si supiéramos *por qué* se dirigía a nuestra casa…

—No estamos seguros de que así fuera.

—¿Adónde iba a ir si no?

—Puede que no quisiera ir a ninguna parte.

Cathy contuvo la respiración

—¿Estás diciendo que se suicidó? Pero por qué…

—Y yo qué diablos sé. No la había visto nunca antes de aquella noche.

—Lilian no se habría matado nunca. Pregúntale a Shane o a… —La voz de Cathy se apagó con pesar.

Se hizo el silencio.

Luego Mike dijo, con un tono bastante seco:

—La verdad, señorita Purdy, es que Cathy está obsesionada con ese accidente. Cree que ella y su familia son de algún modo responsables. Pero no por haber hecho que se ahogara la muchacha —añadió con impaciencia al ver el rostro estupefacto de Cathy—, sino por no haber sido capaces de impedirle que subiera a aquella barca. Y además, me parece que la situación se ha ido complicando debido a Shane Gibbs.

—¿Shane Gibbs?

—El abogado de Nick. Era el prometido de Cathy en ese momento, y…, bah, maldita sea, ¿de qué sirve hablar de todo esto? —Arrancó un poco de hierba y empezó a jugar con ella entre los dedos con cara triste—. Lo hemos discutido un montón de veces sin llegar a ninguna parte. La muchacha está muerta y punto. ¿Por qué no podemos olvidarla y vivir contentos y felices?

Porque está muerta, sí, pero no se puede poner un punto final a esa muerte, pensó la señorita Purdy. Y Cathy lo sabe. De manera inconsciente, quizá, pero lo sabe. Mientras Waterside Cottage siga en pie recordándole el episodio, y mientras el espíritu infeliz de Lilian Kemp vague por el río en busca de paz, no habrá nunca un final para nadie.

Con la vista fija en la gallineta, Cathy recordó que Shane iría a cenar esa noche a su casa.

Mike se puso de pie de un salto.

—No me lo habías dicho.

—Bueno, pues te lo digo ahora. —De repente, Cathy perdió la paciencia—. ¡Por amor del cielo, Mike! Es un amigo de Nick, no mío. ¿Por qué no puede venir a vernos?

Se arrepintió de inmediato de su respuesta y enseguida hizo las paces con Mike, pero la señorita Purdy percibió en ese momento cuán cerca de la superficie discurrían silenciosas y tensas corrientes subterráneas.

—¿Cómo era ella? —preguntó de pronto la escritora.

—¿Lilian? —respondió Cathy mirándola—. Bueno, muy guapa. Y más rubia que yo. Tenía el pelo de un color rubio ceniza. Era menudita y…

—Me refería al carácter.

—Ah, eso es más difícil, ¿no? —Cathy hizo una pausa—. Era bastante peculiar, como lo somos todos, supongo. Andaba bastante justa de dinero, para empezar, y dejaba siempre que Nick lo pagara todo. No le gustaba frecuentar hombres, a parte de él y de Shane, pero era muy buena compañía, salvo cuando… —Hizo otra pausa—. Ay, no sé, es más difícil de lo que creía. No, no soy capaz de juzgarla como persona. Solo puedo verla a través de los ojos de Rosalie, y Rosalie…

—Tenía una razón malditamente buena para no apreciarla —remató Mike—. Los celos.

—Pero yo estoy segura de que no había ningún motivo para…

—¿A qué te refieres? ¿No era acaso un antiguo amorío de Nick? Y

fue precisamente él quien le sugirió venirse aquí. Me parece que Rosalie tenía todo el derecho a estar celosa.

—Él no estaba enamorado de esa muchacha —insistió Catherine.

—Rosalie creía que sí y eso es lo que cuenta.

Y por eso es por lo que Catherine no consigue quitarse de la cabeza el episodio del ahogamiento, pensó la señorita Purdy. Creía que su hermana, con sus celos, era de algún modo responsable.

Y de ser así, ¿de qué forma? ¿Qué posible nexo podía haber entre los celos de Rosalie y el accidente? A no ser que Lilian hubiera subido a aquella barca para una cita secreta con su amante.

Pero aun así era difícil culpar a Rosalie o a Nicholas, puesto que la chica se cayó de la barca durante el trayecto.

Sin embargo, si fue un suicidio…

Pero tampoco se podía culpar a Rosalie del suicidio. Al fin y al cabo, Nicholas es su legítimo marido. La culpa era solo de Lilian, que, al meterse entre ellos dos, había pagado por su propia osadía. La señorita Purdy defendía ideas muy precisas sobre la santidad del matrimonio.

Lo de verdad inquietante en todo aquel caso, pensó observando el rostro tenso de Catherine, era el hecho de que las corrientes subterráneas de sospecha y duda no habían dejado de fluir. Y mientras la muchacha siguiera con ese sentimiento de culpa —de culpa familiar— por la muerte de Lilian, no conseguiría entregarse con todo su corazón a Mike y aceptar la boda.

Y ahora había un nuevo elemento, Shane…

La señorita Purdy quería saber algo más de Shane Gibbs, pero era un tema sensible y comprendía que era mejor esperar el momento más propicio.

—Me gustaría saber cómo sucedió todo exactamente aquella noche, si no les molesta —dijo con cierta cautela.

—Creía que ya se había informado con el señor Capper —dijo Mike mirándola.

—Solo a grandes rasgos.

—Bueno, no hay mucho más que añadir. —Miró el río con expresión seria y un poco resentida—. Yo acababa de llegar. No había estado nunca por aquí. Conocí a Gibbs en la ciudad y él me presentó a Cathy. Fue antes de Navidad, ella estaba allí de compras. Nos caímos bien enseguida y me invitó a visitarla cuando tuviera ocasión. La ocasión se presentó en el nuevo año. La llamé y me dijo que podíamos vernos ese fin de semana. Estaría también Gibbs, y Cathy me buscaría una acompañante para un baile que habían planeado. Esa acompañante, supe enseguida, iba a ser precisamente Lilian.

Catherine asintió.

—Era una gran fiesta en Norwich, un sábado por la tarde. Vendrían también Rosalie y Nick. Mike llegó el viernes por la tarde y le dije que vendríamos aquí en coche, el sábado por la mañana, para presentarle a Lilian.

—¿En coche? ¿No en la barca?

—Hacía demasiado frío para moverse en barca.

Y seguro que hacía mucho más al caer la noche, pensó la señorita Purdy.

—Continúe, se lo ruego —dijo entonces.

El rostro de Catherine se veía más tenso que nunca.

—Él subió al coche poco después del desayuno, y yo me acerqué a la orilla del río para avisar a Lilian de que Mike y yo íbamos para allá. Pero no vi a nadie, y de la chimenea tampoco salía ni un hilo de humo. Me pareció raro. Eran ya las diez de la mañana y ella solía levantarse a las siete. Y luego… luego vi su barca.

—Bocabajo —dijo Mike, lacónico—. Cathy dio la voz de alarma, y de inmediato corrimos a donde estaba la barca. No logramos distinguir a la chica con facilidad porque el cuerpo se había quedado en el fondo, enredado en las algas. La sacamos y tratamos de reanimarla con la respiración artificial, pero como era lógico ya no había nada que hacer. Seguramente llevaba horas muerta.

—No puedo olvidar su rostro —dijo Cathy desolada.

Mike añadió, un poco enfadado, que el rostro que a él le gustaría olvidar era el de la hermana de Cathy.

—Cayó en una crisis histérica, y ninguno de nosotros conseguía calmarla, como si no tuviéramos ya bastantes problemas en aquel momento.

—No pudo evitarlo. Fue una impresión muy grande.

—Ya, claro, una impresión nos llevamos los demás también.

Cathy no replicó. Parecía cansada y… atormentada. Esa fue la palabra que le vino a la cabeza a la señorita Purdy.

Todo apuntaba a que el breve encuentro debía concluir. Había muchas otras cosas que le habría gustado preguntar, pero era mejor esperar un día más.

Catherine insistió en llevar la bandeja a la cocina y lavar los platos. A la señorita Purdy le dijo que se sentara en el salón a reposar la rodilla. Mike devolvería la butaca a su sitio, añadió, y luego ayudaría a la escritora a ponerse cómoda y se ocuparía de lavar las tazas del té.

—Tiranía doméstica —farfulló Mike, pero hizo lo que le dijeron. Sin embargo, cuando se dirigía a la cocina a echar una mano, la señorita Purdy lo detuvo.

—Mike, ¿puedo hablar un momento con usted?

Le pareció captar en la mirada del joven una expresión circunspecta, pero quizá se equivocaba. Mike volvió enseguida a su lado y sacó la pitillera.

—Por supuesto —dijo encantado—. Me ha salvado. ¿Sabe que detesto secar platos? En fin, dígame, ¿qué quiere saber?

—Esta casa —dijo ella sin más preámbulos.

—¿Qué le pasa?

—Está embrujada.

Él no intentó contradecirla o pedirle más explicaciones al respecto. No parecía ni siquiera sorprendido.

—He oído historias, sí —dijo despacio—, pero no les había dado

crédito nunca hasta el té de hace un rato. Esta es la primera vez que vengo aquí desde… desde el suceso. Y mientras comíamos he sentido…, sí, como si algo nos estuviera observando. Algo horrible.

—No es horrible —lo corrigió la señorita Purdy—, es más bien infeliz, desdichado. O al menos esa es la impresión que yo tengo.

—Bueno, a mí me ha parecido atroz. Me ha dado escalofríos. Esperaba que fuera solo imaginación mía.

—No creo que haya pensado eso.

—Tampoco yo. —Suspiró profundamente y observó aquel saloncito tan simple—. ¿Usted ha notado algo?

—No, pero… —la señorita Purdy dudó.

A continuación, le indicó la hoja de papel que había en la mesa. Él la cogió arrugando el ceño. «Ayuda, ayuda, ayuda, ayuda…». Levantó bruscamente la vista.

—¿Qué significa?

—Hay otra hoja en el carro.

Mike rodeó la mesa y miró. «Dennis-Stephen-Dennis…». Ahora había una nota de estupor en su voz.

—¿Qué diablos significa esto? ¿Lo ha escrito ella?

—Lo han escrito mis dedos, pero no era mi cerebro el que los guiaba.

—¿Le importaría explicarse mejor? —dijo Mike palideciendo.

Y así lo hizo.

Cuando la señorita Purdy acabó de hablar, Mike la miraba con incredulidad.

—¿Quiere decir que ha sido Lilian la que…?

—¿Quién si no?

Se hizo el silencio en la habitación, roto solo por el tictac del reloj y el ruido de platos en la cocina. Luego, Mike preguntó con un tono de voz muy tenso:

—¿Quién diablos es el tal Dennis?

—No tengo ni idea. Hasta esta mañana no los conocía a ninguno de ustedes. Solo puedo asegurar que no conozco a nadie con ese nombre.

—Es increíble. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Aún no lo sé. Descubrir todo lo que pueda, supongo, y luego…

—Entonces, ¿piensa quedarse aquí?

—Nunca me ha gustado salir huyendo —dijo la señorita Purdy cruzando la mirada con Mike.

—Pero esta vez es distinto. Nadie se enfadaría con usted si… —Guardó silencio un momento—. ¿No tiene miedo?

La señorita Purdy recordó los momentos que había pasado en el dormitorio antes de que llegara su visita, aquel ruido —suponiendo que fuera un ruido— que la había despertado.

—Mucho —admitió.

—Entonces, por qué demonios…

—Sea lo que sea, no creo que me haga daño.

—Yo no estaría tan seguro. Ahí fuera, durante el té… —Mike volvió a suspirar y la frente se le cubrió de sudor—. No soy capaz de describirlo…, pero, como le digo, ha sido horrible.

No había duda acerca de la sinceridad del joven, e incluso ella se sintió ligeramente inquieta. Si él tenía razón y ella se equivocaba…

Mike percibió su situación de ventaja y la aprovechó.

—Oiga, no hay necesidad alguna de que se quede usted aquí. Venga a casa con nosotros. Nick y Rosalie no tendrán inconveniente en alojarla. No permitirían nunca que se quedara usted aquí si… —Se interrumpió de golpe.

La sintieron simultáneamente. Una especie de pesadez en el aire que parecía haber salido de la nada, una fuerza que iba más allá de los dos, una urgencia y una insistencia que llenaron la estancia paralizando toda voluntad y todo pensamiento. Mike tropezó hacia atrás, como si acabara de recibir un golpe. Emitió un extraño ruido con la garganta, luego lo invadió un conato de vómito y se precipitó hacia la puerta de la cocina. La señorita Purdy soltó un grito ahogado y alargó la mano. «Yo me quedo», dijo. Aquellas palabras parecían haber sido sacadas a la fuerza de su garganta, porque ella apenas era consciente de haberlas pronunciado. Pero de inmediato la tensión se suavizó, la normalidad regresó, el aire volvió a ser

respirable y el saloncito recuperó su tranquila y habitual normalidad.

Mike estaba en la orilla del río y se tapaba los ojos con la mano. Su cuerpo temblaba y la respiración no era más que una serie de hipos irregulares. Un plato se cayó en la cocina. Ninguno de ellos oyó el ruido, ni siquiera Catherine, que lo dejó caer mientras Mike salía a la carrera de la casa. Acto seguido, la chica lo siguió por la hierba.

Lo cogió por el brazo y le dijo:

—Mike, Mike, querido, pero ¿qué te ha pasado? La señorita Purdy…

Él levantó la cabeza. Parecía haber envejecido varios años. Tenía el rostro gris, desencajado, tan distinto del suyo que Catherine se puso a gritar.

—La señorita Purdy está aún dentro… —dijo él haciendo un gesto confuso hacia la casa. Luego se detuvo, tambaleante, y apretó los puños con impotencia—. No puedo. No puedo. —Tenía una voz pastosa, irreconocible—. Cathy, llámala tú, pero no entres. Llámala.

Cathy estaba paralizada de miedo. No consiguió articular palabra.

Pero no fue necesario. La señorita Purdy salió tranquilamente de la cocina y se acercó. Su rostro de piel clara estaba muy pálido y las manos le temblaban un poco, pero había recuperado el perfecto control de la voz.

—Todo está bien ahora —dijo—. Y por cierto, Mike, yo me quedo aquí.

Trataron de hacerla cambiar de idea.

Después de saber lo que había ocurrido, Cathy estuvo a punto de desmayarse, pero en breve se recuperó mostrando un inesperado coraje y sujetó a Mike con todas sus fuerzas. Mike insistía con un empeño que rozaba la violencia. En un determinado momento, la señorita Purdy pensó que iba a obligarla a subir a la barca.

—No se puede quedar aquí. Es un suicidio. Mañana por la mañana se habrá vuelto loca. Hay una atmósfera terrible ahí dentro, diabólica…

—No estoy del todo de acuerdo.

—Entonces es porque ya está usted medio loca. Dice que no le hará daño, pero ¿cómo está tan segura? ¿Cómo sabe lo que se esconde detrás de la muerte? Usted misma ha admitido que está asustada.

—Una reacción natural.

—Lo único natural en este maldito asunto. A mí me ha entrado un miedo espantoso, no me avergüenza decirlo. —La voz se le rompió en la garganta—. Y todo a plena luz del día. ¿Qué se sentirá si algo así ocurre de madrugada, estando completamente solo?

—Bueno, ayer por la noche yo estaba sola aquí.

—Pero no esta noche. No podemos dejarla aquí. No nos lo perdonaríamos nunca.

—Por favor —Catherine estaba a punto de echarse a llorar—, se lo ruego, señorita Purdy —y le tiró del brazo—, venga con nosotros.

La señorita Purdy se zafó amablemente de Cathy.

—Escuchadme bien, los dos. No soy una tonta, y tampoco soy precisamente valerosa. Si la situación se hace insostenible, dormiré en el coche. Pero mientras Lilian me necesite…

—¿Quién dice que se trata en verdad de Lilian? —exclamó Mike—. Podría ser cualquier cosa, de hace muchísimo más tiempo, de una época muy anterior al nacimiento de todos nosotros.

—Ese es uno de los misterios que espero descubrir.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo, por amor del cielo? ¿Cómo piensa descubrirlo?

—A través de mi máquina de escribir.

La respuesta lo estremeció. La miró como si no la hubiera visto jamás antes.

—¿Me está diciendo que… que le va a permitir que tome posesión de su mente?

—Es la única manera que conozco de comunicar con los espíritus.

—Pero… ¿y si esa presencia entra en usted de una vez por todas? —Un espasmo le atravesó el rostro—. Una vez leí un relato sobre un espíritu que tomaba prestado el cuerpo de un ser vivo y… y lo poseía un buen tiempo, dejando a la víctima en un estado de total

desconcierto.

—H. G. Wells escribió un relato parecido —observó la señorita Purdy—. *El cuerpo robado*. Creo que se está usted refiriendo a ese.

—¿Está dispuesta a correr un riesgo semejante?

—Al fin y al cabo, no es mayor que el que afrontan los médiums cuando entran en trance.

—¿Pero la idea no le preocupa?

—Al principio sí, claro, y debo confesar que he sentido incluso cierto temor. Pero en definitiva es el único método que conozco, por eso no tengo alternativa. —Y fue imposible persuadirla de cambiar de opinión.

Al fin, la pareja decidió subir a la barca, aunque Mike lo intentó una última vez.

—Señorita Purdy, antes de que sea demasiado tarde…

—Ya es demasiado tarde —respondió ella—. He dado mi palabra.

5

La señorita Purdy los contempló alejarse. Mike remaba con una vehemencia furiosa, impulsando la barca a una velocidad que no habría imaginado. Parecía que el único deseo del joven, ahora que había desistido de todo intento de hacerla cambiar de opinión, era lavarse las manos y abandonarla a merced de su destino sin perder un instante.

La señorita Purdy entró de nuevo en la casa realmente abatida. Mike le caía simpático, como Catherine, y no sentía ninguna satisfacción por haber tenido que oponerse a su deseo, pero lo que se traía entre manos en ese momento era muy importante para ella. Aparte de una piedad enorme por la muchacha muerta y un fuerte deseo de ayudarla, sentía una muy humana curiosidad de saber qué ocurrió en aquella noche de enero, y además ella no era de las que abandonan las cosas a medias. Hasta ahí, sus motivaciones habían conseguido superar los temores, que también sentía, aunque estaba aún por ver si la situación cambiaba a la mañana siguiente.

Tenía muchas cosas en las que pensar mientras preparaba la cena. Los hechos de enero iban adquiriendo una forma más precisa. Una forma triangular, pensó con una media sonrisa. Lilian, Nicholas y su mujer, Rosalie…

Nicholas y Rosalie eran figuras aún en la sombra, desenfocadas y bastante siniestras; aunque, por supuesto, esa impresión podía acabar siendo del todo equivocada. Pocas veces se daba que un juicio de segunda mano fuese fidedigno, y la señorita Purdy tenía la intención de formarse uno propio lo antes posible. En cuanto a Lilian… En fin, era raro que, pese a lo fragmentario de los detalles que había conocido a través Catherine, fuera capaz de reconstruir una imagen mental tan sorprendentemente clara de Lilian en vida.

La veía como una mujer menuda, sentada a la mesa del salón con la cabeza inclinada ante una máquina de escribir. Llevaba el cabello color rubio ceniza recogido en la nuca, y era de formas sutiles y delicadas. Había un aire de reserva que la envolvía, una reserva tímida y frágil tan conmovedora como sugerente. Era imposible considerar esa figura como la de un depredador. Cualquier culpa que hubiera en el asunto debía atribuirse por fuerza a otra persona. La señorita Purdy estaba tan convencida que incluso sentía una vaga inquietud. En aquellos pensamientos se involucraba también su sentido de la justicia, pero no era partidaria de posicionarse sin conocer todas las versiones. Aunque al día siguiente, quizá, su sed de conocimiento se aplacaría.

Después de quitar la mesa y lavar los platos, llevó una manta y una almohada al coche, para tener refugio ante cualquier imprevisto. Antes de entrar en la casa, se quedó contemplando largo rato el curso de las aguas. En el cielo quedaba todavía una horita de luz, poco más. Y mientras estaba allí tuvo otra visión de Lilian: un rostro delicado, sumergido, sin vida, el pelo claro ondeando con la corriente, un cuerpo pequeño envuelto en largas ovas. «Se había quedado en el fondo, enredado en las algas», recordó. Bastan palabras muy sencillas para mencionar la Muerte.

Intentó unir las dos imágenes, la viva con la muerta, luego trató de visualizar a Lilian, aún con vida, saliendo de la casa una noche de invierno, subiendo a la barca y adentrándose en las aguas bajo un manto de frías estrellas. Pero la magia había desaparecido, y la imagen, desenfocada, no tenía autenticidad alguna. Era una ficción, no un hecho.

La señorita Purdy negó en silencio y entró en la casa.

Después de correr las cortinas para que no entrara la luz, ya casi desvanecida, encendió la lámpara y se sentó a la máquina de escribir con la extraña sensación de que Lilian se había levantado para dejarle el sitio. Metió una hoja en blanco en la Corona y luego cerró los ojos unos segundos, vaciando la mente de todo pensamiento. Al poco los abrió y miró la modesta estancia iluminada

por la lámpara.

—Escucha, Lilian —dijo en voz alta—, quiero ayudarte. Lo haré, de verdad, pero necesito los hechos. Para empezar, tengo que estar segura de que eres tú. Dímelo.

Sus dedos esperaban sobre el teclado. No habría sabido decir cuándo empezó a moverlos, pero bajando la mirada hacia el papel leyó la palabra «Lilian». Aquel nombre, sin embargo, llevaba mucho tiempo en su mente, y no parecía imposible que fuera su subconsciente el que lo hubiera tecleado. No era una prueba. No era nada.

—Tu nombre completo, por favor —dijo.

Un minuto después miró la hoja. «Lilian Cecily Kemp». Lilian y Kemp eran nombres conocidos, pero Cecily…

¿De dónde había sacado ese nombre? No era muy común en estos tiempos, y no recordó a nadie entre sus conocidos que se llamara así. Lo cierto era que ese nombre no había pasado por su cabeza hasta ese momento. Si fuera capaz de comprobar que de verdad pertenecía a Lilian…

Los libros. Los libros de Lilian.

Se levantó a toda prisa y fue a las estanterías, de donde sacó algunos volúmenes al azar. Las portadillas de los dos primeros estaban inmaculadas, pero el tercero…

En el tercero, con una caligrafía que debía ser la de Lilian, ponía: «Lilian Cecily Kemp».

Entonces, era cierto.

No era posible obtener una prueba más aplastante.

El espíritu que habitaba la casa era exactamente el de Lilian Cecily Kemp.

La señorita Purdy se dirigió de nuevo a la mesa, muy impresionada. Quería una prueba y la había conseguido, pero no se puede levantar un velo prohibido y seguir imperturbable. Si hubiera percibido una atmósfera de terror en el ambiente, la escritora se habría refugiado en el coche sin perder tiempo, pero lo que percibía de Lilian era solo ansiedad y gratitud, amén del irrefrenable afán de

proporcionarle todos los hechos necesarios.

Se sentó de nuevo.

—Háblame de ti —dijo—. De tu infancia. De tu vida antes de venir aquí. Cosas que pueda comprobar y verificar. Y de aquella noche…, dime, ¿cómo perdiste la vida?

Sus dedos empezaron a moverse. Primero, con cierta vacilación, como si estuviera familiarizándose otra vez con las dinámicas del pensamiento y de la construcción de frases después de una larga enfermedad, pero luego de forma más fluida y con mayor soltura por el teclado. No se daba cuenta del paso del tiempo y tampoco era consciente de sus acciones. Su mente estaba en un campo verde calentado por el sol y cubierto de ranúnculos, y ella sentía una extraordinaria sensación de paz y plenitud… Entonces, de golpe, volvió en sí con un estremecimiento. Los ranúnculos habían desaparecido, y ella estaba otra vez en el salón iluminado por la lámpara. Junto a la máquina de escribir había tres hojas mecanografiadas, pero ella no recordaba haberlo hecho. Sin embargo, lo más extraño era la apatía que la había invadido. Se notaba cansadísima, como si hubiera escrito un capítulo entero a toda velocidad con el impulso de la inspiración. Había perdido toda curiosidad por la muerte de Lilian. No tenía fuerzas para ponerse a leer las páginas que acababa de escribir, y la sensación le resultó familiar, pues había veces que leer su propio trabajo le provocaba un rechazo incontrolable. Trató de leer alguna palabra, pero todas eran imprecisas e insignificantes. Grapó las hojas, y se levantó apoyándose en la mesa para no perder el equilibrio.

—Lo siento, pero por esta noche ya es suficiente —dijo en voz alta.

Apagó la lámpara y subió a su habitación a acostarse.

Se despertó a las siete después de dormir profundamente y sin sueños. Se notó recuperada y relajada, consciente de haber superado un obstáculo y de haber llevado a cabo un trabajo difícil de manera satisfactoria. Bueno, quizá no exactamente «llevado a

cabo», claro. En realidad, no había hecho más que empezar. Pero aquellas hojas mecanografiadas en el piso de abajo representaban un éxito notable, un gran paso adelante en el objetivo que se había fijado. Estaba impaciente por leerlas.

Ya no le dolía la rodilla, aunque aún se resentía un poco al moverla. Se vistió deprisa, se peinó con el moño habitual, y decidió, con su característico sentido de la autodisciplina, que desayunaría antes de enterarse de lo que le había comunicado Lilian. Cuando acabó, se asomó a la puerta de servicio, mirando las chimeneas de la casona. Las habituales fumarolas se dibujaban en el aire, pero al otro lado del río no se veía ningún signo de actividad, y sintió cierta desilusión. ¿La habrían borrado Mike y Catherine de sus vidas? De estar en su lugar, la señorita Purdy se habría presentado en la casa al amanecer para saber qué había pasado durante la noche, pero, claro, eran solo las ocho y los jóvenes necesitaban dormir. Pensó que en la práctica era una desconocida para ambos y que no podía esperar que se preocupasen tanto por ella, puesto que no había querido aceptar sus consejos y sus imploraciones. De todos modos, le habría gustado ver que alguien se interesaba aún por su suerte.

Volvió dentro, convencida de que ahora podía ocuparse de Lilian con la mente más lúcida. Estaba impaciente y no deseaba otra cosa en el mundo que ponerse a leer lo que ella misma había escrito por la noche. Tres páginas, según recordaba. Las había unido con una grapa y dejado en la mesa junto a la máquina de escribir. Estaba demasiado cansada la noche anterior para pararse a ponerle la funda, pero por una vez eso no tenía importancia. Solo importaban aquellas tres páginas y…

No estaban.

No podía creer lo que veían sus ojos. Esa era una frase que utilizaba a menudo de forma superficial en sus libros, pero en este caso era la pura y simple verdad. No podía creer lo que veían sus ojos. La Corona seguía en la mesa, pero ahora estaba bajo su funda y los únicos papeles que se veían era el montón sin usar al lado.

Dio una vuelta a la mesa en una suerte de niebla mental, casi

esperando que el mecanuscrito de la noche anterior se materializase sobre el brillante tablero de roble. Tratando de serenarse, empezó a registrar la resma de papel con la esperanza, aunque del todo improbable, de haber metido sin querer las hojas escritas entre las blancas. No las encontró, lógicamente, y en efecto había sido una tontería esperar que así fuera. ¿En qué otro lugar podrían estar?

Pasados unos minutos, que empleó en abrir cajones y armarios, se detuvo. Estaba afrontando la situación de manera equivocada. Lo que tenía que hacer era recordar de forma clara y precisa qué hizo antes de acostarse.

Recordó haber grapado las páginas; una acción que llevó a cabo no sin dificultad, pero que recordaba con toda claridad. Era algo a lo que estaba acostumbrada, pues sabía perfectamente que perder un folio suelto podía resultar catastrófico. Recordó también haber leído una frase o dos, o mejor dicho, haber seguido las palabras con los ojos, porque su cerebro estaba demasiado exhausto para asociarles cualquier significado. Luego había dejado los folios junto a la máquina de escribir, también recordaba bien ese gesto. Los vio en su mente, sobre el tablero de madera marrón, junto a la máquina sin funda. Porque la dejó precisamente así. Estaba segura de no haberle puesto la funda a la Corona. Una insólita omisión dadas sus costumbres siempre meticulosas, pero estaba tan cansada que lo dejó correr. Luego apagó la lámpara y…

Y se fue a la cama.

Eso era todo. No había vuelto a entrar en el salón hasta ese momento, a menos que…, y aquí la asaltó una idea del todo fantasiosa…, a menos que hubiera bajado mientras dormía.

Pero era ridículo. Nunca había sido sonámbula. Y aun suponiendo que lo hubiera hecho, ¿dónde había escondido los folios? No, era imposible. Incluso de sonámbulo hay que tener una motivación fuerte para hacer una determinada cosa, una motivación capaz de guiar al cerebro y empujar a una persona a actuar de manera inconsciente. Era plausible que hubiera bajado a mirar las hojas, quizá incluso a leerlas sin saberlo, pero ¿por qué las iba a esconder

o destruir? Estuviera despierta o dormida, aquello era lo último que se le ocurriría hacer.

Lilian…

No, también esa idea rozaba lo increíble. Lilian no tenía ningún control en lo ocurrido. Ella era una fuerza espiritual, y podía imponer su voluntad solo a través de un humano. Por otra parte, si existía alguna motivación lógica en todo lo que estaba sucediendo, también Lilian querría que las páginas fueran leídas y conservadas. Nunca permitiría que se tiraran antes de producir el efecto para el que fueron escritas.

Entonces, ¿qué había pasado? ¿Que lo había soñado todo? ¿Había soñado que se sentaba a la máquina de escribir, y también que grapaba las tres páginas? Todo aquello le parecía un disparate. O quizá…

O quizá alguien había entrado en la casa durante la noche para llevarse el mecanuscrito.

Suspiró. No era del todo imposible. No dejó la puerta cerrada con llave antes de acostarse, y se durmió tan profundamente que habría hecho falta un terremoto o un bombardeo para despertarla.

Pero ¿quién?

Bueno, era más que obvio. Alguien que no quería que saliera a la luz el relato de la muerte de Lilian, o que, en caso de haber llegado demasiado tarde para impedirlo, intentaba al menos que no se supiera. Lo que significaba que era alguien de la casona, puesto que solo Mike y Catherine sabían lo que tenía intención de hacer. Quizá le dieron información a alguien más y…

Y como consecuencia ese era resultado: el robo, la intromisión, el ultraje.

La primera reacción de la señorita Purdy a esa idea fue una rabia enorme; la segunda, una inflexible determinación de llegar al fondo del asunto. Ahora le quedaba claro que alguien en la casona tenía un conocimiento más detallado de la muerte de Lilian que el de las fuerzas del orden. Alguien había decidido que esa muerte debía continuar en el olvido. Alguien tenía miedo de lo que la muchacha

muerta pudiera revelar, o al menos no quería correr riesgos al respecto.

Pero ese alguien, decidió la señorita Purdy, no se saldría con la suya.

Antes, no obstante, tenía que asegurarse de que lo ocurrido la noche anterior no había sido un sueño. La prueba era simple: había escrito «Lilian Cecily Kemp» o no. O ese nombre estaba escrito en la portadilla de uno de los libros o era fruto de su imaginación. Se acercó a la estantería para comprobarlo.

No había tomado nota del título del libro, pero no le fue difícil dar con él. Y dentro, con una caligrafía redonda y casi escolar, tal y como recordaba, estaba la inscripción: «Lilian Cecily Kemp».

Entonces, no había sido un sueño.

Volvió a soltar un profundo suspiro.

No había sido un sueño. Las tres páginas de verdad se escribieron. Y alguien había ido en plena madrugada para llevárselas o destruirlas.

En fin, al menos ahora pisaba un terreno más seguro. Iría de inmediato a casa de los Shaw para acusarlos de robo, de ser necesario, y como última baza daría parte a la policía. Pero no quería hacerlo sin darles la oportunidad de explicarse; sin embargo, de no obtener una argumentación sensata, no dudaría.

Ni Cathy ni Mike, a quienes apreciaba, podrían detenerla.

Devolvió el libro a su sitio en la estantería. Tenía la extraña convicción de que esos volúmenes aún querían decirle algo. Recorrió las hileras con la vista, tomando nota de un título o un autor aquí y allá, pero no encontró nada que diera consistencia a su teoría.

¿Qué esperaba encontrar?

Sacó al azar algunos ejemplares, y miró las portadillas. En general estaban todas en blanco, pero una contenía el nombre de Lilian y una dirección de Highgate, y en otra habían pegado un refinado marcapáginas ganado (como podía leerse) en una prueba de inglés en la St. Fursey’s School de Bristol. Ambos podían resultar elementos útiles para una comprobación, si el mecanuscrito contenía los hechos

que la escritora había solicitado. Suponiendo, claro, que consiguiera recuperarlo. Pero tal y como estaban las cosas en ese momento, no eran de ninguna utilidad.

Luego, de repente, se encontró mirando la portadilla de un libro que parecía relatar la fuga de un campo de prisioneros en tiempos de guerra. Allí había un mensaje escrito con una caligrafía distinta de la redonda y escolar de Lilian. El mensaje decía: «¿Te acuerdas de Bill? Él ha escrito este libro. Y además jura que es verdad. Bueno, bueno». Y había una firma al final: «Dennis».

Dennis.

Dennis era una persona real, existía, había conocido a Lilian y también a un tal Bill. Esa debía de ser su letra. La fe de la señorita Purdy en que los mensajes eran de Lilian estaba ya plenamente justificada.

Tendría que haber sido su momento triunfal, pero estaba pensando precisamente en Dennis mientras leía las palabras sutilmente burlonas que aquel hombre había escrito tiempo atrás a una chica ahora difunta. Por una especie de truco de su mente, la señorita Purdy parecía estar mirando las palabras que ella misma había escrito la noche anterior, palabras que habían anidado en su mente desde el desayuno y que por fin habían encontrado una vía para manifestarse.

«Me han asesinado». Así empezaba el relato de Lilian. «Me han asesinado».

Y entonces se dio cuenta de que lo había sabido desde el principio. Todo lo que había ocurrido desde que se paró por vez primera delante de la verja blanca había sido un preludio que la había conducido hasta ahí. Lilian había sido asesinada, y la señorita Purdy debía hablar de inmediato con la policía.

Después de devolver a su sitio la manta y la almohada que no había utilizado, cerró con llave ambas puertas, la principal y la de servicio, y volvió al coche. Estaba a punto de ponerse al volante cuando otro

automóvil entró por el camino a cierta velocidad y se detuvo delante de la verja con un frenazo brusco que lanzó por los aires un puñado de grava. La señorita Purdy bajó el pie del estribo y esperó el desarrollo de los acontecimientos. Se oyó el cierre de una puerta y Catherine echó a correr hacia ella.

No había nadie más con la chica.

Catherine estaba acalorada, respiraba con dificultad, y tenía un rostro pálido más que enrojecido. Sus ojos parecían tristes y transmitían cierta ansiedad.

—Señorita Purdy…

—¿Sí, querida?

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente bien —fue la tranquila respuesta.

La mano de la muchacha se apoyó en el coche para recuperar el equilibrio.

—Gracias al cielo, tenía mucho miedo… —Hizo una pausa y a continuación descargó una avalancha de palabras sobre la escritora —. Me disgustó mucho dejarla aquí ayer por la noche. No he sido capaz de pegar ojo porque me parecía que la habíamos abandonado. Mike dijo… —Volvió a detenerse.

—¿Qué ha dicho Mike? —preguntó la señorita Purdy, que de verdad quería saberlo.

Cathy bajó la cabeza como si no supiera cómo continuar.

La señorita Purdy esperó un momento y luego dijo con cierta brusquedad:

—Bueno, querida mía, eso es todo…, ha venido usted solo para tranquilizarse…

—No es todo. —Cathy suspiró profundamente—. Usted está… está distinta esta mañana. Su actitud no me parece tan cordial. ¿Por qué? ¿Es porque la dejamos sola ayer? ¿Porque Mike se enfadó?

—Para nada. Tenía todo el derecho a enfadarse, y me dejasteis sola porque yo quise.

—Pero… pero usted ha cambiado.

—No me había dado cuenta.

El tono de Cathy sonó ahora desesperado.

—Señorita Purdy, ¿qué ocurrió anoche? ¿Ha… ha obtenido algún resultado?

La señorita Purdy le clavó una mirada penetrante.

—¿No lo sabe?

—Por supuesto que no. ¿Cómo iba a saberlo? Ninguno de nosotros la ha visto desde… —Interrumpió de nuevo la respuesta mirando el coche y luego el sombrero de paja de la mujer como si tratara de relacionar ambas cosas por primera vez—. Pero… ¿se va usted?

—Mi querida niña…

—Entonces es que ha pasado algo. —La voz de Cathy subió de tono—. ¿Qué ha sido? ¿Qué le ha revelado ella? ¡Tiene que decírmelo, señorita Purdy!

—No tengo ninguna obligación de hacerlo —dijo bruscamente la escritora.

—Le suplico que me lo diga. Por favor…

—Lo siento, pero no puedo. Es un asunto que concierne solo a la policía.

El rostro de Catherine se quedó ceniciento, aunque no parecía asombrada. De hecho, parecía haber esperado esa respuesta. Alargó la mano y dijo con un susurro:

—No, no.

La señorita Purdy no cedió.

—Escúcheme, Catherine, ¿cuánta gente sabía lo que yo iba a hacer?

—Mike y yo.

—¿Nadie más?

—Bueno, lo comentamos durante la cena.

—Lo suponía —dijo la señorita Purdy con algo muy parecido a un arrebato—. ¿Y quién estaba a la mesa con vosotros?

—Solo la familia. Ah, y también Shane.

—¿El hombre con quien estuvo prometida un tiempo?

Catherine asintió con aire afligido.

—Vino ayer de Southbury.

—Tratemos de aclarar bien este asunto, por favor se lo pido. Cinco personas sabían que yo tenía intención de contactar con Lilian Kemp ayer noche: usted, su hermana Rosalie, Mike, el marido de Rosalie y Shane Gibbs. ¿Alguien más?

—El servicio… No, antes de comentarlo esperamos a que se retiraran. Nadie más. ¿Por qué?

—Alguien ha irrumpido en mi casa esta noche y ha robado lo que había escrito. —Catherine soltó un gemido—. Quizá —añadió la señorita Purdy— la palabra *irrumpir* es un poco fuerte, puesto que la puerta de entrada no estaba cerrada con llave. Quien se ha llevado esas hojas solo tuvo que entrar. Pero no creo que haya sido usted.

—Señorita Purdy —dijo Catherine alterada—, le juro que no.

—Pero no puedo descartar a Mike —continuó la señorita Purdy implacable—. Sé que él no tiene nada que ver con la muerte de Lilian porque no la conocía, pero usted, Catherine, me parece muy ansiosa por acallar todo este asunto, y Mike podría haber actuado por usted.

—Pero… pero usted vio lo asustado que se fue de la casa. No habría vuelto aquí ni siquiera por…

—No sin una razón válida, estoy de acuerdo. Pero ¿cómo de fuerte es esa motivación?

—No existe —dijo Catherine después de otro suspiro.

—Eso no es cierto, querida mía, y lo sabe. Su motivo no era otro que el de ayudarla. Y ahora yo le pregunto: ¿cuánto necesitaba usted su ayuda?

—No… no entiendo.

—Sin embargo, yo creo que sí entiende. —La señorita Purdy aguardó, pero Catherine no dijo nada. Pasados unos segundos, la escritora continuó hablando—. Esto no significa que haya sido Mike, claro. Pueden haber sido también Nicholas, Rosalie o el señor Gibbs. ¿Sería tan amable de contarme algo más del señor Gibbs?

—¿Qué quiere saber?

—Por qué rompió usted el compromiso, por ejemplo.

—No fui yo —dijo Cathy—. Nosotros…, es decir, fue una cosa

mutua.

—¿Por aquella noche?

—Sí…, no. En fin, supongo que sí, en cierta manera. Nos quedamos ambos muy afectados durante días, y en aquel momento Mike se mostró mucho más comprensivo y solidario que Shane. El hecho de que le hubiera dado un beso no significaba nada, pero Shane no era de la misma opinión. —Cathy apretó los puños—. Pero no me malinterprete. Ahora Shane no significa nada para mí.

—Y tampoco para mí, querida, salvo que esté relacionado de algún modo con la muerte de Lilian.

Cathy se encendió de golpe.

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto con usted? Usted no la conocía. Y tampoco a nosotros hasta ayer. La policía no tuvo dudas con el veredicto. ¿Qué derecho tiene usted a venir aquí a revolverlo todo?

—La casita…

—Si está embrujada, váyase. Nadie la obliga a vivir aquí. Vuélvase por donde ha venido y déjenos en paz.

—Es demasiado tarde —dijo sin alterarse la señorita Purdy.

En los brillantes ojos de Cathy apareció una expresión de estupor.

—¿Demasiado tarde? —dijo con la voz quebrada—. ¿Qué significa que es demasiado tarde?

—Significa que ahora ya sé cómo murió Lilian. Fue asesinada.

6

Norwich estaba abarrotado aquel jueves por la mañana. La señorita Purdy afrontó el tráfico con prudencia. Era muy consciente de que las autoridades con las que iba a hablar también eran personas del lugar, pero la perspectiva de confiar su relato, tan singular, a un torpe agente inmobiliario de pueblo o a ese rudo inspector de Wrexley, agresivo como un toro, la persuadió de dirigirse a alguien que le inspirara más confianza.

Aparcó el coche delante de la comisaría del condado y preguntó con tacto si era posible entrevistarse con el cargo que se ocupaba de…, la palabra escapó antes de poder controlarla…, homicidios.

El sargento de turno la miró. No ocurría todos los días que apareciera una tranquila señora pidiendo hablar con el superintendente.

—¿Homicidios, señora?

—Crímenes —precisó ella.

El agente resopló.

—Es lo que me había parecido entender. Escúcheme bien, señora, si esto es una broma…

—No he tenido menos ganas de bromear en toda mi vida.

—Ah, entendido, en ese caso…

El sargento le pidió el nombre, la dirección y otros particulares, luego le rogó que le contara la historia, pero ella se negó en redondo.

—Tengo que hablar con el superintendente, o al menos con un inspector que se ocupe de casos similares. Dígale que lo que debo referirle está relacionado con una muerte acaecida hace seis meses que en su momento se archivó como accidental.

—Escúcheme, señora…

—Lo siento mucho, pero debo insistir en hablar con uno de sus superiores.

Para ser una señora de modales tan cuidados, manifestaba una exagerada voluntad de hacer las cosas a su manera; así que, diez minutos después, fue admitida a ver al jefe Gilling.

El superintendente soltó en el escritorio los papeles que tenía entre manos y se levantó al entrar la señorita Purdy. Ella percibió de inmediato la autoridad de aquel hombre, el cual se acercó a estrecharle la mano como si fuera una vieja amiga.

—Señorita… Purdy, ¿digo bien?

—Exacto, señor superintendente.

—Siéntese, por favor, y dígame qué puedo hacer por usted.

La señorita Purdy se sentó e hizo una pausa. La situación se estaba poniendo difícil, pero nunca había sido persona de amilanarse ante la dificultad. Miró los ojos grises del policía y, un poco al azar, dijo:

—Dígame, superintendente, ¿cree usted en los espíritus?

Gilling estaba a punto de sacar su pitillera e invitarla a fumar, pero la mano se quedó paralizada en el aire y, durante un macabro instante, su expresión de bondad desapareció. Seguro que también era una de esas… ¡Ah, ya se lo cantaría después al zoquete del sargento! Entretanto, la mujer lo miraba con sus serenos ojos grises esperando una respuesta.

—¿Que si creo en los espíritus, señora? —dijo en un tono muy reflexivo—. ¿Me está preguntando que si creo en los espíritus? En fin, diría que ni que sí ni que no. ¿Fuma usted?

La señorita Purdy apartó la pitillera a un lado.

—No, gracias. Cuando digo «espíritus» no estoy hablando de apariciones, señor. Querría que esto quedara claro. Yo no he visto nada y no he oído nada.

—Por supuesto, señora —respondió Gilling, preguntándose de qué otro tipo de espíritus se trataba entonces. Se puso un cigarrillo en los labios, pensando que lo iba a necesitar.

Después de presentarse y de crear una suerte de atmósfera, la señorita Purdy volvió al punto de partida. Dijo que había alquilado

para tres meses Waterside Cottage, en Liddon Broad, porque tenía que escribir un nuevo libro.

—No hará falta que le diga que no conocía la reputación de esa casa. Debe de estar embrujada desde hace unos seis meses. Dos inquilinos distintos se han marchado de allí al día siguiente de llegar. El señor Capper, el agente de la inmobiliaria de Wrexley, podrá darle nombres y datos.

Gilling anotó escrupulosamente el nombre de Capper.

—Quiero que quede claro desde el principio —dijo la escritora mirándolo fijamente a los ojos—. Yo no sabía nada de lo ocurrido allí. Llegué a la casa desde Londres con la mente libre de prejuicios. Nunca había oído hablar de Lilian Kemp, ni conocía el ahogamiento que se produjo en el tramo de río que hay frente a la propiedad el pasado enero. Un accidente.

—Hum…, ¿ha dicho Lilian Kemp?

—Sí, justo ella. La chica que se ahogó.

Gilling lanzó una bocanada de humo y arrugó el entrecejo. Liddon Broad, sí, ahora lo recordaba. Un caso del que se ocupó la policía local, naturalmente. Una estúpida muchacha que salió en barca en plena madrugada y acabó en el agua. Un accidente, ¿eh? Bueno, podía ser, sí. Por otro lado, si se buscan problemas, salir en barca una noche de invierno era una forma perfecta de encontrarlos. Pero en cuanto a la hipótesis de un crimen…

—¿Debo entender, señora, que usted ha encontrado pruebas que permiten pensar que esa muerte no fue accidental?

La señorita Purdy asintió con vehemencia.

—Pero no se las puede llamar exactamente «pruebas».

—Bien, cuénteme todo y veremos —replicó él, resignado.

Ella le contó.

Él escuchó con creciente incredulidad.

—¿Me está diciendo que ese… ese fantasma lo escribió en su Corona?

—Sirviéndose de mis manos, por supuesto.

—Sirviéndose de sus…, sí, claro.

Qué extraño, pensó Gilling, la señora no parecía una chiflada. Es más, tenía pinta de estar sanísima desde el punto de vista mental. Pero ponerse a soltar rollos como ese…

La invitó a continuar, pero no consiguió hacerla dudar de sus convicciones. La señorita se había descubierto a sí misma escribiendo la palabra «ayuda» muchas veces sin saber nada de las circunstancias de la tragedia. Luego, había escrito «Dennis», y el mismo nombre apareció después dentro de un libro. La noche anterior, había llenado tres páginas completas sin saber qué estaba escribiendo, y a la mañana siguiente solo había sido capaz de recordar la primera frase. Tres palabras encendidas: «Me han asesinado».

—Las palabras más importantes de todas —precisó.

—¿No le parece raro recordar solo esas y nada más?

—No sé si *recordar* es la palabra exacta. También puede ser que lo que escribí fuera solo un pensamiento que provenía de Lilian y que se quedó fijado en mi mente.

—¿Telepatía?

—Algo así. Y quiero recordarle, superintendente, que aunque todo lo demás fuera una fantasía mía, ayer noche sí que ocurrió algo que no es para nada fantasía.

—¿Se refiere a la desaparición del mecanuscrito?

—Exactamente.

Él suspiró.

—Escúcheme, señorita Purdy, supongamos por un momento que usted de verdad se sentó a su máquina de escribir anoche, y que tuvo una especie de trance…

—¿Entonces?

—No sabía lo que estaba escribiendo, ¿no es así?

—No, ni siquiera era consciente de estar escribiendo.

—Lo que yo decía. Si admitimos eso, quizá no sea del todo imposible que usted hiciera otras cosas sin ser consciente. Destruir esas hojas, por ejemplo, lanzándolas al río, quemándolas o rompiéndolas. ¿No le parece probable?

—Bueno, sí, claro que eso también lo he pensado.

Es más que obvio que lo ha hecho, pensó Gilling.

—Pero me parecen todas hipótesis absurdas —dijo la señorita Purdy—. ¿Por qué iba a escribir esas páginas para luego destruirlas?

—De acuerdo, entonces no las ha destruido. Pero… ¿y si no las hubiera siquiera escrito? ¿Si solo hubiera sido un sueño?

—No fue un sueño —respondió ella categórica.

Gilling soltó otro largo suspiro.

—Hay sueños que pueden ser muy vívidos, ¿sabe?

—Lo sé, pero no fue un sueño.

—No tiene ninguna prueba que lo confirme.

—Soy consciente. Pero no le pido que crea mi palabra sobre el hecho de que Lilian Kemp fue asesinada. Le pido que investigue las circunstancias de su muerte.

—Las investigaciones ya se llevaron a cabo. Un jurado le dio la vuelta completa al caso como a un calcetín y…

—A la luz de los nuevos datos, quiero decir.

—¡Datos! Señorita Purdy, si pudiera traerme siquiera una minúscula prueba, una prueba que sirva en el tribunal de justicia…

—Yo no soy detective, superintendente. Le corresponde a usted encontrar las pruebas.

Testaruda como una mula, pensó Gilling desesperado. Probó por otro lado.

—¿Cree usted que la gente de la casona está intentando acallarlo todo?

—Yo no he dicho eso. No he sugerido ni la más mínima acusación contra nadie. Es más, creo que podrían incluso echarle una mano, pero le corresponde a usted descubrirlo.

—¿Ha hablado ya con esa gente?

—Solo con dos de ellos, dos jóvenes que me han parecido de lo más simpático.

—¿Y cómo cree que se cometió ese… ese homicidio?

—No sabría decirle, pero puedo intentar adivinarlo.

—De acuerdo, adelante.

Ella le dijo que la barca no mostraba ninguna señal de haber sido saboteada.

—Lilian pudo incluso no haber ido sola a bordo, cierto, pero en ese caso la policía habría encontrado signos de pelea, ¿no cree? Por eso podemos descartar también esa hipótesis. Personalmente, estoy convencida de que fue drogada o que la dejaron inconsciente antes de subir a la barca, y eso explicaría el delicado punto de por qué apareció en el río. Habría sido muy fácil dejar a la muchacha inconsciente a bordo, volcar la embarcación y ponerse a salvo nadando hasta la orilla.

—¿En pleno enero?

—No creo que un asesino se hubiera echado atrás por las condiciones meteorológicas.

Gilling le lanzó una mirada pensativa. Aquella mujer parecía no haber descuidado ni un solo detalle. En fin, las tramas eran su fuerte, claro. Casi a regañadientes tomó nota de algunas posibles pistas que seguir: quién de aquella gente sabía nadar; si alguien había visto ropas mojadas; la exhumación del cadáver…

Al pensar esa palabra volvió en sí con un estremecimiento. Estaba a un paso de que la señorita Purdy lo convenciera de la existencia de los espíritus.

—Bueno, todo muy interesante, señorita Purdy… —dijo desenvuelto —, pero…

—Pero no cree ni una palabra de todo lo que le acabo de contar —replicó ella con sagacidad.

—Vamos, vamos, no diga eso. Sin embargo, no tenemos nada que apoye sus suposiciones…

—Pero podrían encontrar algo, si se pusieran a buscar.

—¿Puede usted sugerirnos una posible línea de investigación?

La señorita Purdy estaba esperando esa pregunta.

—Claro. Averiguar quién es Dennis.

—¿Dennis?

—Sí, Dennis. A todas luces está involucrado en esta historia. Mi convicción —dijo la escritora con gran seguridad, pero quizá un poco

precipitadamente— es que él fue el asesino.

No, admitió, no estaba en disposición de aportar ninguna prueba para sostener una acusación tan grave. Quizá era solo intuición, palabra que estremeció al ya exhausto Gilling.

La señorita Purdy no dio signos de haber percibido la reacción del superintendente, pero se tomó la molestia de subrayar que «ayuda» y «Dennis» eran las pistas que Lilian había considerado fundamental comunicar desde el principio.

—Además —añadió mirando fijamente a Gilling como desafiándolo de nuevo a estremecerse—, creo que fui «guiada» a ese libro en concreto, el que tenía el nombre escrito dentro. Tuve la intensa sensación de que allí me esperaba un indicio, y en efecto así sucedió. Por desgracia, no entendí de inmediato su importancia, de lo contrario habría traído el libro. Pero no tengo duda alguna de que usted será capaz de dar con ese personaje a través del autor, que el tal Dennis llamaba «Bill».

Siguió hablando con el superintendente unos veinte minutos más, pero no llegó a convencerlo. De todas formas, consiguió arrancarle una cauta promesa que dependía de un hecho (considerado, no obstante, discutible por Gilling): si ella había escrito tres páginas a máquina, si alguien se había colado en la casa para robarlas, ese alguien, presumiblemente, debía ser una de las cinco personas presentes en la casona.

—¡Presumiblemente! —exclamó ella resentida—. ¿Acaso cabe alguna duda al respecto?

—Caben muchas. Usted admite que la puerta de su casa no estaba cerrada con llave. Un vagabundo de paso, quizá…

—Un vagabundo se habría llevado el dinero y las joyas, que en este caso quedaron intactos.

—De todas maneras —replicó Gilling capitulando—, quienquiera que haya sido no tenía que saber por fuerza lo que usted estaba haciendo. Encontrarse con los folios puede haber sido pura casualidad.

—¿De verdad piensa eso?

Debilitando así su posición, Gilling tuvo que admitir que no lo creía.

—Pero escuche, usted parte del presupuesto de que ha sido el asesino el que…

—No necesariamente. Puede haber sido también alguien que aprecia al asesino y no quiere que el caso se reabra.

—¿Y qué mal podían hacer esos folios? No son lo que se dice pruebas, ¿no? Aunque usted me los hubiera traído, tampoco habría tomado ninguna de las palabras allí escritas como la verdad suprema.

—Quizá. Pero puede que le hubieran aportado algún elemento sobre el que trabajar. Indicarle una línea de investigación.

Gilling guardó silencio. Quizá la señorita se había ganado un punto a su favor. Si aquellos papeles contenían un relato lógico y demostrable de un homicidio, él habría tenido por fuerza que tomar nota, con o sin fantasmas. E incluso si esa mujer lo hubiera inventado todo… En fin, pensándolo bien, siendo una escritora de novela policiaca, la cosa no sería tan rara, aunque en sus ojos grises podía percibirse una chispa de vergüenza por haber llegado tan lejos con semejantes suposiciones.

Pero, por mucho que la mujer creyese sinceramente en lo que acababa de contar, aquella historia sonaba del todo ridícula. Una casa embrujada, un espíritu que sabía escribir a máquina, cartas fantasmales que desaparecen en la noche…

El superintendente se levantó.

—Lo lamento, señorita Purdy, pero no veo más razones para alargar esta conversación.

—¿Quiere decir que no va a hacer nada al respecto? —dijo ella levantándose también.

—Trate de comprender mi posición. ¿Qué puedo hacer? No me ha traído ni la más mínima prueba. No puedo lanzar acusaciones infundadas e interrogar a personas inocentes basándome en…

—Si son inocentes, no tendrán ningún inconveniente en ayudarlo.

—No necesariamente. A nadie le gusta que lo acusen, ni siquiera a los inocentes.

La señorita Purdy lo miró un largo rato.

—¿Sería de ayuda si le dijese que mi vida puede estar en peligro?

—¿Qué? —El superintendente le lanzó una mirada seca—. Quiere decir que ese fantasma…

—Me refiero al asesino. Usted no puede estar seguro de que no haya leído lo que escribí anoche. Puede pensar que sé demasiado.

Gilling se rio jovialmente.

—¡Ay, vamos, estimada señorita! —Cruzó la mirada con la escritora y de repente no se sintió tan jovial—. En fin, claro, si de verdad está convencida… —Se detuvo justo a tiempo, porque incluso había pensado ofrecerle protección policial—. Le sugiero algo: diga con absoluta claridad a sus amigos que usted no llegó a leer esas hojas. Y diga también que la policía no la ha tomado en serio. Esto debería disipar cualquier…, ejem…, peligro.

—Pero hará parecer a la policía muy estúpida si al final se llegara a saber que de verdad fue un homicidio —replicó ella con sarcasmo.

—No tan estúpida como si nos pusiéramos a investigar y no apareciera nada nuevo —zanjó él, y a continuación llamó a un agente para que la acompañara fuera.

La señorita Purdy condujo hacia su casa a una velocidad ligeramente superior a la habitual, no porque quisiera llegar antes, sino porque sesenta millas ayudaban a descargar la tensión mejor que cincuenta.

Y tenía un buen motivo para sentirse frustrada. El superintendente Gilling, al que al principio había juzgado como alguien inteligente y cordial, había resultado un estúpido indiferente como la mayor parte de los policías del pueblo, incluso ese bruto inspector de Wrexley. La había escuchado con desgana y no tenía intención de mover un dedo por su caso. Era incluso posible que la considerara una chiflada. Para lo que le había servido la conversación, mejor habría sido quedarse en casa. El desplazamiento había sido una completa pérdida de tiempo.

Aunque quizá no, o no del todo. Al fin y al cabo, había conseguido

concretar sus convicciones. Pese a sus modales tranquilos, era obstinada cuando estaba segura de que su causa era justa, como había demostrado a Mike y Cathy la tarde anterior; y la posibilidad de correr un riesgo no hacía más que reforzar su tenacidad. No era broma lo que había dicho de que su vida podía correr peligro. Era perfectamente consciente de que ningún asesino duda ante la idea de cometer un segundo homicidio para garantizar su seguridad. Pero la certeza de llevar razón constituía en sí misma una forma de protección. Se sentía como un caballero preparado para ir a la batalla. Si la policía no se ocupaba de ahondar en la muerte de Lilian, lo haría ella. Se pondría a investigar por su cuenta y daría caza al asesino sin ayuda. No podía exhumar el cadáver para buscar restos de alguna substancia tóxica (como esperaba que la policía hubiera sugerido), pero siempre le quedaba la posibilidad de entrevistarse con la gente de la casona y averiguar más cosas. Luego, podía llevar a cabo alguna discreta indagación sobre el misterioso Dennis y —as en la manga— pedirle a Lilian que repitiera la información que le había dado. Esta vez estaría bien atenta a que los folios no desaparecieran. No tendría el alma en paz hasta que la verdad no saliera a la luz y el superintendente Gilling se hubiera tragado sus palabras.

Aunque su viaje a Norwich no hubiera servido para nada más, al menos la había transformado en una madura, y algo torpe, Juana de Arco.

Lo cierto es que algo de consuelo habría obtenido si hubiera presenciado lo que hizo el superintendente los minutos siguientes a su conversación. No volvió sin más a sus papeleos, sino que se quedó sentado durante un buen rato con la mirada perdida. Luego imprecó en voz baja, alargó la mano hacia el teléfono del escritorio y marcó el número de Bilby Heath.

Esa mujer…

Había sido tan lógica y persuasiva, con sus modales tranquilos, que

era difícil pensar que fuera una chiflada. Ese era el problema. Porque no podía ser otra cosa que una chiflada, claro. Mensajes mecanografiados por fantasmas… Gilling resopló.

Sin embargo, no conseguía borrar la desagradable sensación de que había algo de sumo interés en su relato. No respecto a los mensajes de los espíritus, porque eso era pura y simple locura, sino en la comprensión general de los acontecimientos que había demostrado. Gilling no recordaba mucho de la investigación, pero le parecía que sencillamente a la muchacha la sacaron sin vida del agua y allí acabó todo. Imposible que existieran móviles capaces de empujar a alguien al homicidio, de lo contrario las investigaciones habrían ido en esa dirección. Pero, y si esos móviles, igual que la muchacha, se hubieran ocultado bajo la superficie…

La comunicación telefónica se estableció justo entonces.

—¿Señora Walsh? Soy Gilling… Sí, de Norwich… Muy buen tiempo, sí, aunque a los jardines no les vendría mal un poco de lluvia… ¿Está su hermano ahí?

Lydia le pidió que aguardara en línea mientras iba a llamarlo.

Pensar en fantasmas y en casas embrujadas le había traído a la memoria Venners, la casa en Bilby Heath (a solo quince millas de allí) que el joven matrimonio Walsh, Philip y Lydia, habían heredado. Una casa de verdad embrujada, si es que existía alguna. Cierto, ahora todos los problemas eran agua pasada. Los crímenes fueron resueltos, y el atizador que usó el asesino para cometerlos acabó expuesto en el Museo Negro de Scotland Yard. En todo caso, recordó que John Crawford estaba con su hermana justo ahora, pasando sus vacaciones anuales. El inspector John Crawford, de New Scotland Yard, sentía un notable interés por los fantasmas, y fue él, con la ayuda de Lovick, naturalmente, quien resolvió el misterio de los crímenes del atizador. Quizá valía la pena cruzar un par de palabras sobre aquella mujer, la señorita Purdy. ¿Qué mal hacía? Además, ese tipo tenía cerebro, eso había que admitirlo.

—Dígame —habló una voz al teléfono—. Soy Crawford.

—Oh, estupendo —dijo Gilling—. ¿Qué tal vas con los fantasmas?

—Por el momento estoy de vacaciones. Pasando unos días agradables y tranquilos.

—Bueno, bueno, pues tengo un asuntillo para ti.

—¿Por casualidad tiene que ver con otro espíritu?

—Exacto. Uno que sabe escribir a máquina. Abre bien las orejas y escúchame.

7

La señorita Purdy paró en Wrexley a poner gasolina. Junto a la estación de servicio estaba el Wrexley Arms, un hotel de fachada encalada que tenía los amplios alféizares de las ventanas decorados con macetas de alegres geranios rojos. Mientras apreciaba el detalle, la señorita Purdy pensó que quizá podía comer allí, aunque era un poco temprano. El comedor, algo anticuado, daba a Wrexley Broad, y no tuvo ninguna dificultad en encontrar una mesa libre cerca de una ventana abierta, por la que podía contemplar el paisaje y recuperar su serenidad.

La vista del río que se disfrutaba desde allí era muy distinta de aquella a la que se había acostumbrado mirando por la ventana de la cocina de Waterside Cottage. Los únicos rasgos comunes eran el sol, el cielo y el agua, porque las cañas allí le habían cedido el lugar a un pulcro embarcadero y a unos modestos jardines, sin contar con que el tráfico en el río parecía no menos intenso que el que solía congestionar Piccadilly Circus. Se quedó un rato más admirando una barca con una vela blanca que surcaba el río y que iba gobernada con eficiencia por un par de señoritas bronceadas en bañador, acompañadas de un muchachito que no debía tener más de diez años. Había más barcas amarradas en el muelle, junto con un surtido de lanchas y casas flotantes. Algo más allá había también una o dos barcas de remos. El muelle estaba lleno de puestos que vendían fruta, pan y helados. En las dos riberas opuestas del río se veía gente paseando o haciendo pícnic. También distinguía varias casas grandes en el lado más alejado, cada una con sus rosales trepadores y sus propias barcas. Cerca del meandro, el gran campanario gris de una iglesia asomaba con eterna paciencia por encima de un noble grupo de olmos. Dos cisnes un poco altivos,

nadando despacio, completaban ese paisaje de postal. Al menos, pensó la señorita Purdy, allí no había espíritus.

Relajada y reconfortada por la comida, salió del restaurante poco antes de la una y pensó en comprar algunas provisiones en un comercio cercano lo bastante grande como para llamarlo almacén.

Mientras esperaba su turno junto a las pilas ordenadas de salmón y melocotones en lata, se preguntó por un instante cómo reaccionarían los antiguos habitantes del pueblo ante aquellos productos. Seguro que con entusiasmo, concluyó. Abrir una simple latita para la cena supondría una notable mejora comparado con las largas horas en barca para pescar algo que llevar a la mesa. Puede uno lamentarse del progreso y del utilitarismo, pero no cuando hay hambre.

Había dejado el coche cerca de la estación de servicio, y de vuelta con las compras se topó con el señor Capper, de camino al Wrexley Arms a comer, que se detuvo a saludarla con amabilidad.

—Mira a quién tenemos aquí, la señorita Purdy. Y además, por lo que veo, en plena forma, si me permite decirlo. —Notó cierta ansiedad en su voz—. ¿Todo bien en la casa, señorita? ¿Ninguna…, ejem…, complicación?

—Todo bien, gracias.

—Muy bien, muy muy bien. Hágame saber si…, quiero decir… —Un momento de confusión le impidió acabar la frase. Lo último que quería era encontrarse de nuevo con esa mujer en su despacho—. Disculpe, un amigo me espera —dijo inventando una excusa—. Un placer volver a verla. Buenos días.

—Buenos días también para usted —dijo la señorita Purdy divertida.

Secándose la frente, el agente inmobiliario salió disparado hacia el hotel dando gracias al cielo por la rapidez con la que había conseguido zafarse de lo que podía haber sido una engorrosa trampa. La señorita Purdy, sonriente por el encuentro, se apresuró a llegar al coche.

No los vio enseguida. Estaban al otro lado del vehículo, y Catherine

estaba sentada en el estribo retocándose con el lápiz de labios en uno de los retrovisores. A su lado, de pie, había dos hombres. Mike miraba en la dirección apropiada y fue el primero en reconocerla.

—¡Ey! Pero si es la señorita Purdy. Cathy tenía razón, este es su coche, entonces. Como ve, lo está usando como salón de belleza.

Le regaló una sonrisa arrolladora y la ayudó con las bolsas de las compras. No había ni rastro del malhumor del día anterior, constató felizmente la escritora, y tampoco de indignación o rencor por lo que Cathy debía de haberle contado del objetivo de su visita a Norwich. Y además, en el rostro del joven no se percibía ningún signo de remordimiento por haber cometido un homicidio, o por haberse introducido de manera furtiva en plena noche en casa de otra persona. Catherine, en cambio, parecía a todas luces tensa pese al maquillaje, y era evidente que había llorado poco antes.

—Tengo aquí a alguien que se moría de ganas de conocerla —dijo Mike—. Shane Gibbs, el abogado de Nick.

La señorita Purdy miró con interés al hombre mientras le tendía la mano. Era mayor que Mike —sobre los treinta y cinco, pensó—, y parecía una persona seria. Cabello oscuro y piel bronceada; en el rostro unas gafas de sol que dificultaban la lectura de su expresión. Era igual de alto que Mike, y los dos tenían parecida envergadura. Ambos vestían pantalones deportivos grises y camisas con el cuello abierto. La de Mike llevaba un estampado de fantasía, mientras que la de Shane era de un sobrio azul oscuro.

Advirtió cierta hostilidad en Shane mientras le estrechaba la mano.

Catherine guardó el colorete y la barra de labios y cerró el bolso.

—Espero que no se enfade, señorita Purdy —dijo, y se levantó para unirse a los otros—. No es un complot, créame. Hemos venido a hacer unas compras y, cuando he visto el coche, he recordado el número de la matrícula. Por eso hemos decidido esperarla y…

—Y llevarla con nosotros —intervino Mike—. No ha hecho nunca un pequeño crucero en barco, ¿verdad?

—¿En barco? —repitió la escritora.

—Hemos venido con el Nicola —explicó él—. El barco de Nick.

Entonces, ¿qué le parece la idea?

—Pero mi coche…

—Déjelo aquí. Pasaré yo más tarde a recuperarlo.

La señorita Purdy recorrió con la mirada a sus interlocutores, del rostro sonriente de Mike al tenso de Catherine, pasando por la máscara de controlada amabilidad que era el de Shane, y sintió un pellizco de pánico. A fin de cuentas, ¿qué sabía de todos ellos? ¿Y si fuera una trampa para atraparla, una astuta estratagema para interceptarla y obligarla, por las buenas o las malas, a dejar en paz el misterio de la muerte de Lilian? ¿Y si uno de los tres fuera el asesino? ¿Y si los otros lo supieran y estuvieran decididos a mantener secreta esa identidad a cualquier precio? ¿Y si…?

Pero no, era una tontería imaginar algo semejante. Aquella fue una oscura noche de invierno junto a un río sombrío y solitario. Ahora estaban al lado de un cauce de agua lleno de gente y con más tráfico que Piccadilly, en un precioso día de julio; un río lleno de gente de vacaciones y de embarcaciones de todo tipo. Solo tenía que gritar y…

También esa suposición era una tontería. Sabía bien que no habría ninguna necesidad de gritar. Eran gente decente, no una panda de ladrones. Lo que querían —y era comprensible, pues estaba claro que sabían de su visita a la policía— era saber exactamente qué había sucedido. Ella los informaría en el curso de una cordial conversación entre amigos y así se zanjaría el tema sin consecuencias desagradables para nadie.

—Acepto la invitación encantada —dijo la señorita Purdy.

Cathy le tendió el brazo.

—No sabe lo feliz que me hace. —La señorita Purdy notó alivio en la voz de la chica.

No le dieron pie a poder cambiar de idea. El Nicola estaba amarrado en el muelle a unos cincuenta metros. Al subir, se encontró con mucho que admirar. El barco era limpio, acogedor y cómodo. Su barniz blanco era de verdad blanco, y las ornamentaciones de latón resplandecían. La cabina era pequeña,

pero aprovechada de manera excelente, y parecía tener todos los accesorios necesarios. Y además, un delicioso toldo montado en la proa prometía una agradable sombra.

—¡Qué bonito! —exclamó la señorita Purdy.

Mike se puso al timón, Shane recogió el amarre y Cathy se acomodó en una tumbona al lado de su invitada. Llevaba un vestidito blanco con florecillas que la señorita Purdy encontró encantador. Le recordaba a un vestido que tuvo de pequeña. Pensó en un detalle curioso: bastaba con tener la paciencia de esperar un poco y algunas prendas volvían a ponerse de moda. Un año antes, nadie habría encontrado un vestido así, pero ahora se veían por todas partes. Se atusó el pelo, ahora ya gris, con un suspiro de nostalgia y decidió concentrarse en el paisaje.

Superaron aquel tramo de canal y entraron en el río, que, sin embargo, la decepcionó. Su falta de carácter era deprimente, pese a que Catherine dijera en tono de disculpa que más adelante mejoraba.

—Esta parte está llena de embarcaciones de recreo, y… —Hizo una pausa—. Mire, justo ahí llega una.

Casi como subrayando sus palabras, el Pride of Wrexley apuntó hacia ellos. Era una enorme barcaza llena de gente que había salido a hacer una excursión. Una de las personas a bordo lanzó un paquete de cigarrillos vacío hacia ellos mientras las dos barcas se cruzaban. El paquete aterrizó justo a los pies de la señorita Purdy, provocando gritos de júbilo de aquel patán y sus acompañantes.

—Hay personas que creen que estas cosas son divertidas —dijo Cathy disgustada.

El Nicola se balanceó un poco con la estela de la otra barca, pero solo un momento. Diez minutos después pasaron por debajo de un viejo puente de piedra y entraron en un afluente que los llevó a aguas más tranquilas. Ahora se cruzaban con otros barcos de vez en cuando, y la señorita Purdy reconoció que aquello era una clara mejoría.

—Espere a ver Belton Broad —dijo Cathy.

Cuando llegaron, Belton Broad estaba desierto, flanqueado por un alto cañaveral que parecía separarlo del resto del mundo, pero justo cuando se habría podido decir que no había ningún otro mundo más allá de esa barrera, las riberas se abrieron y el Nicola apareció de nuevo en aguas abiertas. Mike apagó el motor y dejó que el barco siguiera por inercia.

—Otro día la traeremos aquí con la barca —dijo con sobriedad—. O en uno de esos botes de fondo plano, que es lo ideal. Así podremos acercarnos un poco más a la orilla y disfrutará más del paisaje.

—¿Qué os parece si paramos un rato? —dijo de repente Shane.

—Estupendo. Hay un torrente un poco más adelante que nos llevará en la dirección adecuada.

El torrente estaba bordeado de sauces llorones. Pero había también muchos nenúfares, blancos y amarillos, y manchas de color rosa formadas por flores de las que la señorita Purdy no conocía el nombre.

Amarraron la barca en una zona de sombra, Catherine bajó a la bodega y volvió con una bandeja de bebidas frescas. La señorita Purdy eligió una limonada. Shane Gibbs se acomodó junto a ella con una cerveza y poco después se unió Mike, que sacó la pitillera.

—Usted no fuma, ¿verdad?

—No, pero fumen ustedes. El humo servirá para alejar a los mosquitos.

Los tres se encendieron un cigarrillo, la señorita Purdy tomó un sorbo de su limonada, y juntos se quedaron contemplando una libélula azul que resplandecía en el cañaveral con el reflejo del sol.

Entonces Catherine hizo un rápido movimiento, como si no pudiera esperar más.

—Por favor, señorita Purdy, ¿puede contarnos que ha ocurrido esta mañana? —Controlaba a duras penas la voz, pero no la desesperación de sus ojos—. ¿Ha… ha ido a la policía?

La señorita Purdy la miró con profunda compasión.

—Sí, querida mía, he ido.

—¿Y qué le han dicho?

Reinaba una paz perfecta bajo los sauces. Ninguna de las tres personas que vivían en la casona se movió. Esta es su oportunidad, pensó la señorita Purdy. Ahora podrían matarme y nadie llegaría a saberlo jamás. Podría yacer en el fondo de este río para toda la eternidad, bajo los sauces y los nenúfares.

Pero la escritora estaba empezando a ser muy hábil escondiendo sus propios pensamientos.

—No me han tomado en serio, me temo —dijo con abatimiento—. El superintendente es un tipo de verdad muy estúpido. Ha dicho que no podía actuar sin pruebas.

La vida volvió a fluir en el ambiente de forma casi imperceptible. Mike se inclinó para tirar la ceniza al agua. Shane dio una larga calada y exhaló despacio el humo. Cathy bebió un largo sorbo de su vaso. La libélula brilló una vez más antes de alejarse.

Mike cogió su vaso.

—Eso habría podido decírselo yo mismo, sin que tuviera que ir a la policía.

—Pero ¿qué les ha contado exactamente a esas personas? —preguntó Shane.

—Antes de responder a esa pregunta —dijo la señorita Purdy—, querría hacerles una yo. ¿Alguno de ustedes conoce a un tal Dennis?

Se hizo un denso silencio en el grupo.

Mike fue el primero en recuperar la voz.

—¿Dennis? ¿Está pensando en el nombre escrito en la hoja?

Ella asintió.

—¿En la hoja? —dijo enseguida Catherine—. ¿Se refiere a la noche pasada?

—No, a ayer por la mañana. ¿No se lo ha contado Mike?

—No. Me ha dicho algo sobre una petición de ayuda, pero…

—Esto ocurrió después. Estaba intentando decidir qué nombre dar a uno de mis personajes… para el libro en el que estoy trabajando, ¿sabe?…, y de repente, me encontré escribiendo un nombre,

«Dennis», sin ninguna razón posible.

Mike se pasó la mano por el abundante cabello castaño.

—Santo cielo, ¿se puede saber por qué todo esto a la fuerza tendría que significar algo? Usted estaba pensando en nombres y de golpe se le presentó ese, Dennis. ¿Y? ¿Qué tiene que ver eso con el otro asunto?

La señorita Purdy aclaró que las cosas no fueron exactamente así.

—Yo había elegido el nombre *Stephen* para mi inspector. Es necesario estar a gusto con los nombres, de lo contrario es imposible entrar en la piel de los personajes. Escribí «Stephen» para comprobar cómo quedaba en el papel. O al menos, creí haberlo escrito. Pero cuando acabé de teclear, me di cuenta de que había escrito «Dennis».

—Su mente corrió más de lo que usted misma podía imaginar, anticipando el movimiento —observó Shane.

—Quizá, pero lo dudo. Y las circunstancias en las que escribí el nombre son demasiado similares a las otras como para zanjar el asunto tan fácilmente. Además… —Se interrumpió un instante.

—¿Sí?

La señorita Purdy mencionó entonces las breves palabras que había encontrado en el libro, con la firma «Dennis».

—Eso prueba que es una persona de carne y hueso y que conocía a Lilian.

—¿Qué libro era?

—La historia de una fuga de un campo de prisioneros. No me fijé en el nombre del autor, pero no debe de ser difícil dar con él a través del editor y…

—¿Recuerda la editorial?

—No me fijé tampoco, pero en todo caso el libro sigue allí.

Mike liquidó el tema calificándolo de simple casualidad.

Ligeramente irritada, la señorita Purdy dijo que de todas formas la cuestión era muy fácil de aclarar.

—¿Alguno de ustedes conoce a un tal Dennis?

—Yo no —dijo Shane.

—¿Le importa decirme su nombre completo?

—Shane Rolleston Gibbs.

—Gracias —la escritora se volvió hacia Mike—. ¿Y el suyo?

—Michael John Stevens. Y el único Dennis del que he oído hablar es una estrella del cine… Dennis Price, ¿no? Puede sacar de la lista también a Catherine —añadió adelantándose, antes de que la chica pudiera intervenir—. Se apellida Ware, y sus nombres de bautismo son Catherine Mary. Como puede ver, no hay ningún Dennis entre nosotros.

—¿Qué me dice de su hermana y su marido, querida mía? —dijo la señorita Purdy mirando a la chica.

Shane salió al paso con una expresión molesta.

—Oiga, señorita Purdy, estamos tratando de ser razonables, pero…

Catherine dijo enseguida que no tenía ningún inconveniente en responder.

—¿Qué hay de malo? Nick es Nicholas Henry, y mi hermana, Rosalie Anne. No conozco a ningún Dennis y nunca he oído mencionar a nadie que se llame así entre nosotros. Esa es la pura y simple verdad, señorita Purdy.

—Gracias.

—¿Y ahora? —preguntó Mike, que estaba rellenando el vaso de Cathy.

Shane, con cierta ansiedad en la voz, les recordó que la señorita Purdy tenía que contarles lo que le había dicho a la policía.

Qué joven más grosero, pensó la escritora, casi de forma involuntaria. Grosero pero listo, mucho más listo que Mike. Con su cerebro de abogado, estaba intentando tenderle una trampa, poner punto final a aquel asunto de una vez por todas. Por eso mismo la habían invitado a ir con ellos. Tenía que estar muy atenta a lo que decía, porque ese hombre no dudaría en acusarla de difamación.

—Al superintendente Gilling no le he dicho nada que no le hubiera contado ya a Mike y a Catherine —respondió tan calmada y precisa como siempre—. Ustedes saben que anoche traté de ponerme en contacto con el espíritu de Lilian Kemp. Y digo «espíritu» porque no

se me ocurre una palabra mejor. La casa está colmada con su presencia, y estoy convencida de que tiene un mensaje que dar a alguien, y que no descansará hasta que no lo haya entregado. Parece que ha elegido la máquina de escribir como medio de comunicación, quizá porque también era escritora. De primeras me pidió ayuda, luego me sugirió el nombre «Dennis» y ayer por la noche…

—Eso —dijo Shane—, ¿qué ocurrió?

—Ayer por la noche me senté delante de mi Corona e invité deliberadamente a Lilian a manifestarse. Le pedí información de su vida. Buscaba elementos concretos para poder comprobar la autenticidad de sus palabras.

—¿Qué tipo de comprobación? Le habría bastado con recoger algunos hechos previos y…

—No era suficiente —replicó la señorita Purdy—. No sé nada de ella, salvo que era escritora, que vivió en la casita del río durante un año, que frecuentaba a la gente de la casona y que se ahogó delante de casa el pasado enero. Esperaba que pudiera revelarme algún detalle sobre su lugar de nacimiento, sobre los institutos a los que asistió, sobre sus relaciones y en general sobre su vida anterior…, informaciones que ignoro, pero que podría después comprobar.

—Pero cualquiera podría pensar que usted misma buscó esos datos previamente.

—No trato de convencer a los demás. Solo a mí misma.

—Me parece sensato, Shane —intervino Catherine, nerviosa.

—De acuerdo —concedió él—, continúe.

La señorita Purdy dio un sorbo a su limonada. Era difícil tener presente que estaban hablando de un crimen en aquel ambiente tan idílico. Soltó el vaso y dijo:

—Le pregunté también detalles de la noche en que murió, pero no sé si me los dio.

—Cathy ha hablado de tres hojas.

—Sí, pero no las leí.

—¿No las leyó? —Shane parecía incrédulo—. Después de…

—Estimado señor Gibbs, ¿sería tan amable de dejarme acabar? No las leí porque estaba muy cansada. Sin fuerzas, me atrevería a decir. Sé que también los médiums se sienten así después de un trance.

—Sí, pero…

—Solo puedo decir lo que sucedió. Leí alguna palabra, pero no las he recordado hasta esta mañana. Me acosté y me dormí de inmediato; y cuando las he querido leer, después de desayunar, las hojas habían desaparecido.

—Como ha dicho Cathy —observó Shane en tono mordaz—. ¿Y cree usted que uno de nosotros entró en la casa para llevárselo?

—Creo que es muy probable —convino la señorita Purdy.

—¿Se lo ha dicho a la policía?

—Le he dicho que nadie más sabía lo que yo iba a hacer.

—Comprendo. ¿Y nos ha acusado del crimen?

—No. Solo he sugerido que todos conocieron a Lilian y que podrían ayudar, pero no puedo ir más allá sin tener más elementos de juicio.

Shane observó, en tono cáustico, que la falta de elementos de juicio no le había impedido ir *bastante* más allá.

—¿Qué le hace pensar entonces que fue un homicidio?

—Lo dijo Lilian. Y esa parte la recuerdo muy bien.

—Una memoria muy selectiva.

La señorita Purdy lo fulminó con la mirada.

—¿Sabe que me parece usted muy desagradable? El superintendente no me ha creído, pero al menos no me ha acusado de inventarme cosas para meter a la gente en problemas.

—¿Y cuál es su objetivo, entonces, si de verdad no quiere meter en problemas a la gente?

—Descubrir la verdad y dar paz al espíritu de esa pobre mujer.

De forma totalmente inesperada, Mike intervino en su defensa.

—La señorita Purdy tiene razón. Y tu comportamiento está siendo ofensivo, Shane. Atengámonos a los hechos.

—¿Es un hecho que la chica fue asesinada?

—Es un hecho que la señorita Purdy está convencida de ello.

La escritora le dedicó una cálida sonrisa.

—Gracias, Mike. Debo reconocer que todo esto es agotador, pero tienen derecho a saber exactamente en qué terreno se mueven. Continúe, señor Gibbs. Pido disculpas por haber hablado de forma tan directa.

Shane se quitó las gafas y se puso a limpiar los cristales. Eso permitió a la señorita Purdy verle los ojos por vez primera. Eran oscuros y algo hundidos, pero sobre todo inescrutables. Sin embargo, le pareció que ya no mostraba esa actitud tan hostil que tenía hasta poco antes.

—Nos pide que creamos —dijo lentamente Gibbs— que recuerda ese detalle y ningún otro, ¿no es así?

—Es lo que Lilian dijo al principio, pero… —Hizo una pausa—. Desde entonces me estoy preguntando si *recordar* es la palabra exacta, o si las palabras solo se insinuaron en mi mente.

—¿Insinuadas por quién?

—Por Lilian, claro. Porque si de algo no tengo dudas es de que no me las he inventado.

—Entonces, ¿está usted segura de que la chica fue asesinada?

—Sí, señor Gibbs, estoy segura. —La señorita Purdy los observó a los tres de uno en uno—. Y lo más importante, estoy segura de que todos ustedes también lo están.

8

Shane Gibbs resumió la situación a beneficio de la defensa.

Empezó rechazando la última afirmación de la escritora, juzgándola ridícula. Insistió en el hecho de que la señorita Purdy se equivocaba de principio a fin. Concedió que sus motivos podían ser buenos; al fin y al cabo, como había observado Mike, ¿qué podía sacar a cambio?, pero en definitiva no había logrado ni media pista para sostener sus estrafalarias hipótesis. La señorita Purdy estaba cansada de escuchar aquella cantinela y lo dijo con cierta aspereza, pero él no se inmutó. La casa podía estar embrujada (cosa que Mike confirmó interviniendo con cierto fervor), pero lo que pudiera decir un espíritu no servía como prueba para un tribunal, y quizá tampoco para una persona normal. En cuanto al supuesto robo del mecanuscrito, ¿qué sentido tenía? La señorita Purdy podía obtener una copia de esas supuestas «revelaciones» en cuanto se lo propusiera, y no había razón para pensar en nuevos obstáculos que le impidieran leerlas entonces. Parecía poco probable que el ladrón fuera a perpetrar un robo cada día. La explicación más lógica, por tanto, era que lo había soñado todo.

—Lo que me interesa —concluyó Shane en tono ácido— es saber quién de nosotros, según usted, mató a la muchacha y por qué.

La señorita Purdy precisó que todavía no conocía a la señorita Rosalie y a Nicholas.

—Eso es fácil de remediar. Hoy Rosalie no se encuentra bien, pero si quiere pasar mañana…

—Así lo haré, gracias.

—Perfecto. Pregúnteles a los dos quién creen que es el asesino. Estoy seguro de que estarán encantados de decírselo.

—Tome otra limonada —dijo Mike hospitalario.

La señorita Purdy la rechazó dándole las gracias. La sensación general era que la fiesta había llegado a su fin. Mike arrancó el motor, salieron del afluente y entraron en un largo y estrecho canal que los llevó hasta Liddon Broad. La señorita Purdy no reconocía aquel tramo de río desde el insólito punto en el que se encontraba y contempló admirada durante casi medio minuto una pintoresca casita encalada en la parte más alejada antes de darse cuenta de que era la suya.

—Siento no poder llevarla directamente hasta allí —dijo Mike—. Hay demasiadas cañas, y necesitamos los postes para detener el barco.

Atracaron en el embarcadero de los Shaw que se veía desde la ventana de su cocina. La señorita Purdy se sintió feliz de volver a pisar tierra firme. Catherine le lanzó una mirada indecisa.

—Rosalie tiene una de sus habituales migrañas, como le ha dicho Shane, pero si quiere acercarse luego, a la hora del té…

—No, gracias, querida —dijo la escritora, advirtiendo una contracción en los labios de Cathy pese al esfuerzo por dominarse—. Me temo que ya hemos agotado la conversación por hoy.

Catherine no intentó convencerla.

—Mike la cruzará a su casa con la barca —le dijo.

Sin embargo, para su sorpresa, fue Shane Gibbs el que se encargó del viaje. Se pronunciaron las típicas fórmulas de cortesía, luego las compras de la señorita Purdy se cargaron a bordo y la mujer agradeció solemnemente a Catherine y a Mike el agradable paseo. Se sentó en la barca, en los cojines. Y mientras Shane empezaba a remar, le sonrió.

—Es un gesto muy amable por su parte, señor Gibbs, teniendo en cuenta lo antipática que le resulto.

Un destello divertido brilló en los ojos del abogado.

—No me dé las gracias. ¿Cómo sabe que no voy a soltarla en el cañaveral?

Ella ponderó la provocación.

—Oh, no lo creo probable. Otra muerte accidental por ahogamiento

creo que sería demasiado, incluso para el superintendente Gilling.

—Supongo que tiene razón. Recurriré entonces al cianuro o a una bala la próxima vez.

—Muy inteligente por su parte.

A la señorita Purdy le pareció más desagradable en ese instante que durante la tarde que llevaban juntos.

Shane entró en la casa con ella, cargando con las compras, que soltó en la mesa. Y cuando la señorita Purdy le preguntó si quería una taza de té, vaciló un segundo pero aceptó.

—Me gustaría ver el salón que tanto asustó a Mike —dijo.

Estuvo allí casi diez minutos. Cuando volvió, vio que la escritora estaba ocupada untando con mantequilla unas rebanadas de pan. Si la señorita Purdy esperaba que el abogado mostrara algún signo de miedo, seguramente se desilusionó, aunque lo notó menos imperturbable que antes. Shane admitió que le había parecido percibir «algo». Pero que quizá era fruto de su imaginación, se apresuró a añadir.

—Algo así esperaba, por supuesto, pero para nada algo tan inquietante como lo descrito por Mike.

—Comparto su opinión —dijo ella—, y estoy convencida de que Lilian no haría mal a nadie.

Shane la miró con curiosidad mientras se sentaba, pero se abstuvo de contestar. Solo cuando la señorita Purdy le tendió una taza de té, le preguntó por qué motivo estaba tan segura de que era exactamente Lilian.

—Quiero decir, en una casa tan antigua como esta…

Le contó que había comprobado lo del segundo nombre, «Cecily», aunque Gibbs replicó enseguida que esa prueba podía valerle a ella, pero que no convencería a nadie más. El libro estaba en la casa desde su llegada, por lo que podía haber reparado en el nombre de la chica en cualquier momento, y lo mismo valía para el otro, Dennis.

La señorita Purdy siguió sirviendo el té sin inmutarse.

—Y es precisamente ahí donde llevo ventaja, puesto que sé que no lo hice.

Mientras tomaban el té, acompañado por unos pastelillos además del pan con mantequilla y miel, la atmósfera entre los dos se fue haciendo un poco más cordial. Ella le dijo que creía que la descortesía que había demostrado a bordo del Nicola había sido una estrategia más que una cuestión de índole. Que creía, además, que él la consideraba una entrometida y que por eso su objetivo había sido atemorizarla o persuadirla de que se ocupara de sus asuntos. Pero también le dijo que en esa conversación se estaba sintiendo tentada a cambiar de opinión sobre él. Gibbs le agradeció —o al menos lo fingió— la franqueza y la imparcialidad con la que le estaba hablando, aunque siguiera convencido de que estaba del todo equivocada. ¿O acaso sabía que la señorita Purdy no se equivocaba en lo más mínimo? Ella habría dado cualquier cosa por saber qué pensaba de verdad el abogado detrás de aquellos ojos inescrutables.

La señorita Purdy le ofreció otro pastelillo.

—¿Usted conocía bien a Lilian? —preguntó solo por ponerlo a prueba.

Él la miró con expresión divertida.

—¿Sigue intentando curiosear?

—Digamos que trato de averiguar alguna cosa más.

—Bueno, tampoco pasa nada por hablar. —Se quedó en silencio un momento y luego le preguntó—: ¿Qué quiere saber?

—Algo más del pasado de la chica, el ambiente en que creció, la vida que llevaba antes de venir aquí. Me gustaría tener una imagen de ella como persona, no solo como un rostro bajo el agua. Por ejemplo, ¿tenía parientes?

—Una prima en Bristol. No estaban muy unidas, en todo caso, puesto que no se veían hacía años. La única vez que esa mujer vino aquí fue para participar en la investigación y llevarse las cosas de Lilian, al menos las que le interesaron.

—¿Cómo se llama esa prima?

—Ross, la señora Ross. Una mujer mucho mayor que Lilian, con una voz estridente como un taladro. Dejó libros y cuadros, pero se llevó la ropa y todo lo que pensó que podía tener valor. No los muebles, claro, porque pertenecen a la propietaria de la casa.

—¿Creyó que la muerte de su prima fue accidental?

—No pudo importarle menos. Lo único en lo que estaba interesada era en la cuenta bancaria de Lilian…, una cuenta bastante consistente, cabe decir.

—¿Cómo de consistente? ¿O no debería preguntar?

Shane se echó a reír.

—No debería, no, pero para evitar que vaya a curiosear por ahí le diré que en el banco Lilian tenía más de siete mil libras.

—¡Caramba! —exclamó la señorita Purdy con respeto—. ¿Todo ese dinero lo había ganado con los cuentos que publicaba en las revistas? Yo no he juntado nunca tanto.

—Ese dinero no provenía de su trabajo. Los padres tenían un negocio que se vendió tras su muerte en un accidente de tráfico. Lilian gestionaba su patrimonio con extrema mesura. Sin contar con que vivir aquí no suponía mucho gasto.

Una nota ligeramente ácida se insinuó en la voz de Shane. Ella le contó todo lo que Catherine le había confiado: «Dejaba siempre que Nick lo pagara todo». Aunque quizá Nick lo deseaba así…

La señorita Purdy probó por otro lado.

—¿Lilian nació en Bristol?

—No tengo ni idea. Vivía en Londres por su cuenta cuando Nick y yo la conocimos. Ellos dos llegaron a ser muy íntimos; antes de que él conociera a Rosalie, claro. Pero es mejor que le pregunte directamente a Nick, si quiere saber algún detalle más.

«Pero ya sabe qué respuesta obtendrá», decía la expresión de Gibbs. Ella lo sabía y suspiró.

De repente, el abogado apartó el plato.

—Oiga, señorita Purdy, aunque Lilian hubiera sido asesinada…

—Usted sabe que es así, señor Gibbs.

—Yo no sé nada de nada. Pero puesto que está muerta, y no

podemos devolverle la vida, ¿qué sentido tiene revolver de nuevo en el fango?

—El asesino…

—No estoy pensando en el asesino. Estoy pensando en nosotros. En los inocentes. ¿Cómo cree que se sentirá Cathy si se entera de que su familia está involucrada?

—Creo que ya lo sabe.

—Pero no es lo mismo que afrontar un juicio público que podría acabar en la horca. Ahora no hablo como abogado, señorita Purdy, pero desde… —Hizo una pausa—. Yo…, en fin…, le tengo mucho cariño a Cathy. Fuimos novios hace un tiempo, ¿lo sabía usted?

Ella asintió.

—Me lo dijo Catherine. Y también me dijo que discutieron. Discúlpeme por la pregunta, pero ¿fue a causa de Lilian?

—¿Insinúa usted que yo estaba enamorado de Lilian? Dios santo, no. Más bien todo lo contrario. Pensaba que era… —Se contuvo—. No, mejor me callo, de lo contrario se divertirá usted construyendo otro móvil para la historia del homicidio. No estaba enamorado de Lilian, se lo aseguro. Cathy era la única mujer para mí, y lo será siempre, pero ella descubrió que prefería a Mike y…, bueno, así fueron las cosas, lamentablemente. Nada siniestro ni sórdido, en todo caso, y sobre todo ningún rencor entre nosotros, créame.

La señorita Purdy respondió que le alegraba mucho oírle decir eso, porque significaba que Cathy no tenía ningún motivo para estar celosa de la relación…

Él la interrumpió amenazante, incorporándose hacia ella.

—No se le habrá pasado por la cabeza que Cathy pueda haber cometido un crimen, ¿no? No le haría daño a nadie. Sencillamente, al final ha decidido quedarse con Mike. Yo podría haberme enamorado de cincuenta Lilian distintas y ella no habría ni pestañeado.

La señorita Purdy lo dudaba, y mucho, pero guardó silencio. Sin embargo, dijo en tono pacífico:

—Pero Cathy sabe quién mató a la chica.

—Tonterías. Ninguno de nosotros había pensado nunca en la hipótesis del crimen hasta que usted…

—Eso no es cierto, señor Gibbs. —La voz de la escritora se endureció—. Esa idea siempre ha estado ahí, en la cabeza de Cathy, estoy segura. Yo me he limitado a hacerla emerger.

—Ahora está tratando de adivinar.

—Para nada. Si no estoy en lo cierto, entonces ¿por qué los dos se pusieron de inmediato a la defensiva en cuanto supieron que me había instalado aquí? ¿Y por qué se han puesto todos ustedes en mi contra? ¿Por qué no podemos comentar esta historia de forma natural e imparcial, en vez de estar siempre en posiciones opuestas?

Shane suspiró.

—Está bien, digamos que no nos apetece sacar este asunto de nuevo a la luz. Pero eso no significa que temamos una acusación de homicidio. Dice usted que todavía no conoce a Rosalie, ¿cierto?

—Lo haré mañana.

—Y descubrirá que ella no es como Cathy. Es mayor, y es también una mujer nerviosa y muy emotiva. Basta una nadería para provocarle una de sus proverbiales migrañas. Y Nicholas no es alguien demasiado dispuesto a colaborar. Seré sincero con usted: Rosalie pensaba que Nick sentía aún algo por Lilian, y que entre ellos había ya una fractura tan profunda como para llevarlos al divorcio. La reconciliación no llegó hasta la muerte de Lilian, pero puede imaginar cuánto daño le haría a Rosalie que todo esto volviera a salir a la luz. Y por eso Cathy está a la defensiva, y por eso estamos en contra de usted, con el objetivo de que esta historia acabe lo antes posible. ¿Lo entiende? Su matrimonio es aún muy frágil, y nosotros no queremos que Rosalie pierda del todo la cabeza.

Era plausible. Muy plausible… Por primera vez la señorita Purdy tuvo la sensación de que sus convicciones se tambaleaban. Si de verdad se había entrometido en un asunto puramente doméstico, su conducta habría sido imperdonable. No era de extrañar que todos estuvieran en contra, y aun así, lo sorprendente era que Cathy y Mike se hubieran mostrado tan dispuestos a debatir el tema con ella.

En el fondo, ¿qué tenía la señorita Purdy para seguir adelante? Solo la sensación de que la casa albergaba aún el espíritu de la chica muerta. Más un nombre —Dennis— que ella misma había escrito a máquina y que podía venir de su subconsciente, como a menudo ocurre a los escritores. Había también otro nombre —Cecily—, pero eso podía ser una pura y simple coincidencia. Y las tres páginas del mecanuscrito desaparecido quizá eran solo el producto de un sueño. Además de aquellas tres palabras —«me han asesinado»—, que, tal vez, eran el resultado de su obsesión con una muerte violenta.

No había ni media prueba en ninguna parte, tal y como el superintendente Gilling y Shane Gibbs se esforzaban en hacerle entender.

Estuvo sentada un buen rato después de que Shane se marchara.

Se había levantado una ligera brisa que erizaba la superficie plácida del río y hacía murmurar el cañaveral. El día estaba a punto de acabar y las sombras empezaban a alargarse. No lo escuches, pensó la señorita Purdy. Ha venido a eso, a defender su propia reconstrucción de los hechos y a desestabilizar tus convicciones. Es un abogado, y esas personas son sus amigos. Pero ¿y si él estuviera también involucrado? Solo tienes su palabra de que no estaba enamorado de Lilian. Y no olvides la primera impresión que tuviste de él: un tipo duro, hostil, peligroso.

Por fin se levantó, sintiéndose cansada y torpe, y fue a quitar la mesa y a lavar los platos. Lo hizo de forma metódica, como siempre, pero sus acciones fueron puramente automáticas. Un tipo duro, hostil, peligroso. Esas palabras resonaron dentro de ella como la lección de un libro de texto. Duro, hostil, peligroso. Y, como una lección, se imprimieron en su mente.

Le costó un enorme esfuerzo apartarlas a un lado y volver al problema que aún no había resuelto. ¿Qué fundamento tenían sus sospechas? ¿Estaba arriesgándose en vano con su empeño? En todo caso, le parecía que no obtendría una respuesta a menos que

profundizara más…, pero si no descubriera nada el daño causado podría resultar devastador.

Siempre puedo ponerme en contacto con Lilian, pensó, y pedirle que repita la historia. Eso no puede hacerle mal a nadie, y ya decidiré qué hago cuando la haya leído.

Una vez tomada esta decisión, trató de aligerar su pensamiento saliendo a dar un paseo. La rodilla todavía estaba resentida pero no le dolía, y un poco de ejercicio le vendría bien.

Decidió que por ese día ya había tenido suficiente agua, así que echó a andar en la otra dirección, siguiendo la muralla de un terraplén a lo largo del pantano durante casi media milla sin cruzarse con ningún ser humano. La soledad de aquel lugar era de verdad terrorífica. En comparación, Wrexley parecía una gran ciudad, pensó volviendo sobre sus pasos. ¡Debo tener un espíritu más gregario de lo que pensaba!

La soledad la envolvió completamente en cuanto llegó a casa. Por primera vez fue consciente de lo muy aislada que estaba. Catherine le había dado a entender que había más casas a lo largo del sendero, pero seguramente estaban bastante alejadas. El pueblo de Liddon, en dirección opuesta, estaba a una milla larga de distancia. El pantano, como había visto, se extendía varias millas hacia el este, y en cuanto a la casona, siempre estaba la posibilidad de alcanzarla en barca, supuso; probablemente había también un sendero que rodeaba el río, si alguien se hubiera preocupado de decírselo, pero en caso de necesitar ayuda era como si estuviera en la luna. Y lo peor era que acababa de recordar que su coche estaba todavía en Wrexley, por lo que no estaba disponible ni como refugio ni como medio de escape. Y en la casa no había teléfono…

Pero tampoco había teléfono la otra noche, pensó, y puesto que no hubo necesidad de usar el coche, tampoco creo que esta vez me haga falta. No ha cambiado nada, salvo el hecho de que ahora sé algunos detalles más. Por eso, compórtate como una persona adulta y no dejes que cunda el pánico.

Sin embargo, había cambiado algo más, y era que los demás

también sabían. Sabían que había ido a la policía y podía volver a hacerlo, y con resultados más efectivos, a no ser que alguien lo impidiera antes. Mejor no pensarlo.

Cenó rápidamente, con menos apetito que de costumbre. Quería sentarse ante la máquina de escribir mientras quedara algo de luz en el cielo, y en ese momento ya habían dado las ocho hacía un rato. Le parecía notar cierto helor en la casa, esa tarde, además de una especie de hostilidad que antes no había percibido, pero quizá se lo estaba imaginando. Después de poner la cafetera al fuego, subió a por un cárdigan y se sintió reconfortada. Estaba a punto de servirse un café cuando…

Cuando oyó llamar a la puerta principal.

Por un instante, sin motivo aparente, creyó que se desmayaba. La salida de la absoluta soledad había sido muy repentina. ¿Quién…?

No podía ser Cathy, y tampoco Mike, pensó algo aturdida. Ellos usaban la puerta de la cocina y habrían entrado sin tanta ceremonia.

Nicholas, quizá, o Rosalie. Desde luego, no tenía la menor gana de ver a ninguno de los dos, al menos esa tarde. Al día siguiente sí, cuando hubiera tenido tiempo de repasar todos sus argumentos, a la luz del sol y no en una casa solitaria llena de sombras, donde no podría pedir ayuda a nadie.

Además, tenía miedo de Nicholas y Rosalie….

Al fin la razón tomó las riendas. Lo que le había dicho a Shane poco antes seguía vigente. No podían permitirse otro homicidio. Su visita a la policía le había garantizado al menos eso. Admitiendo, claro está, que hubieran cometido ya uno, lo que aún no se había demostrado. Se estaba comportando como una escolar asustada incluso antes de saber si había algo de lo que asustarse.

Avergonzada por su flaqueza pasajera, se dio un momento para recomponerse, luego se dirigió a la puerta y abrió.

En el umbral no estaban ni Rosalie ni Nicholas, sino un desconocido, joven y alto, con un aire de serena autoridad, que se

presentó como John Crawford.

—Soy inspector de Scotland Yard —dijo con una sonrisa que humanizó de inmediato su aspecto severo—, pero no se preocupe, la visita no es oficial. Vengo en calidad de amigo del superintendente Gilling.

Ella miró el vehículo aparcado detrás del inspector y se sintió como un náufrago que avista la lancha de salvamento.

—Encantada de conocerle —respondió con cierto apuro—. Pase, por favor.

Él lo hizo, y cerró la puerta.

Comparada con Venners, la amplia y hermosa casa de su hermana, aquella estancia le pareció angosta, anónima y oprimente. Y oscura. Fuera, la luz del día era aún visible, aunque cada vez más tenue. Dentro, las sombras iban creciendo deprisa y los rincones estaban ya sumidos en la penumbra. También la señorita Purdy lo percibió. Seguro que era más tarde de lo que creía.

—La lámpara está en la cocina —dijo—. Allí se puede disfrutar de los últimos rayos de sol, y estaba preparando café. Si quiere acompañarme y le apetece una taza…

—Gracias.

Mientras calentaba la leche, cayó en la cuenta de que la cocina se estaba convirtiendo en el punto neurálgico de sus conversaciones.

El inspector le echó un rápido vistazo al río.

—Este tramo de agua es privado, ¿cierto? Esta casita es de verdad un lugar encantador.

La señorita Purdy, sin embargo, observó que, al menos según la opinión de algunas personas, su presencia allí no había contribuido a mejorar ese encanto.

Él se volvió para mirarla.

—Se refiere a su teoría del homicidio, ¿no? Ya, no me cuesta imaginar que no haya sido recibida precisamente con entusiasmo. Gilling me ha contado el meollo de la historia por teléfono. —Se sentó y cogió la taza de café que ella le ofrecía—. Será mejor que le explique por qué Gilling ha pensado en mí. Verá, en este momento

soy huésped de mi hermana, en Bilby Heath. ¿Sabe dónde está?

Ella asintió.

—Bien, es un pueblo a unas diez millas de aquí. La finca se llama Venners, y Lydia padeció el mismo problema que ahora la aflige a usted. El de una casa embrujada.

—Embrujada… ¿por una aparición?

—Una aparición e incluso un *poltergeist*. No le faltó de nada. Tampoco un crimen.

La señorita Purdy lo miró con admiración.

—¿Y su hermana vive todavía allí?

—Ya lo creo. Ahora el peligro ya ha pasado, salvo algún ruido de pasos esporádico que no hace ningún mal. Es increíble a lo que puede llegar uno a acostumbrarse… De todas formas, esa es la razón por la que Gilling me ha avisado. Él no sabe cómo interpretar su historia, al menos de forma oficial, pero es un hombre concienzudo, créame, así que ha decidido llamarme y pedirme que viniera a hablar con usted. Por supuesto, tiene todo el derecho a pedirme que me marche…

—No se me ocurriría —lo tranquilizó ella.

Él sonrió de nuevo.

—Me gustaría ayudarla, si puedo. Tiene usted mucho valor para quedarse aquí sola.

La señorita Purdy se ruborizó.

—¿Valor? Tonterías. No es del fantasma de quien tengo miedo, sino, en todo caso…

Como la vio dudar, Crawford completó la frase por ella.

—¿Del asesino?

—Suponiendo que haya un asesino —dijo ella despacio—. Ya no estoy tan segura como al principio.

—¿Qué le ha hecho cambiar de idea?

Le contó la historia desde el principio. Él escuchó con atención, sin rastro del escepticismo de Gilling. La creía sin reservas, o eso parecía. Pero al final del relato ocurrió algo extraño. Fue cuando llegó al punto en que Shane la había acompañado a casa. La voz de

la escritora vaciló de golpe y bajó de tono. El inspector se le acercó y vio una expresión ausente en los ojos claros de la mujer. Pero ella siguió hablando.

—Shane Gibbs es un hombre peligroso. Duro, hostil y peligroso. Ha tratado de fingir que todo estaba bien. Y por eso ha venido hasta aquí, para convencerme de que estoy equivocada y ponerme una venda en los ojos. Esas personas son sus amigos, y él no quiere que se pongan nerviosos. Me ha hablado de la salud de Rosalie. ¡La salud! Menuda guasa. Esa mujer es fuerte como un caballo, y sus migrañas son una excusa para obrar como le venga en gana. Los celos, ese es el problema. Los celos y el hecho de que es una mujer consentida. Y todos a su alrededor no hacen más que consentirla, Nickie, Cathy, Shane… —Su voz subió de tono—. Pero todo cambiará cuando la verdad salga a la luz y…

—¡Señorita Purdy!

Ella se calló de golpe, desconcertada. Sacudió la cabeza como un perro al salir del agua.

—¿Qué? ¿Dónde me he quedado?…

—En el momento en que Shane la acompañó a casa.

—Shane… —Ella cerró los ojos y la cabeza le cayó sobre el pecho.

El inspector se levantó acto seguido y la obligó a salir por la puerta de servicio a la luz agonizante. Casi la arrastró hasta la orilla del río, lejos de la casa.

—Señorita Purdy, ¿se encuentra bien? —La tomó por el mentón y la forzó a levantar la cabeza.

Ella lo miró con el estupor de una niña.

—¿Si estoy bien? Claro que estoy bien. ¿Por qué me ha traído aquí?

—Dejémoslo. Siga con su historia. Desde el momento en que Shane la acompañó a casa.

—Pero… aquí fuera tengo frío. —La escritora estaba temblando.

—Póngase esto. —Crawford se quitó la chaqueta de *tweed* y se la puso por los hombros—. Volvamos a Shane…

—Shane… —Necesitó unos segundos para poner en orden sus

ideas, luego asintió cruzándose la chaqueta en el pecho—. Como le decía, me ha acompañado a casa con la barca. Luego se ha quedado a tomar el té y hemos tenido una larga charla. Valoro mucho sus palabras, porque me ha mostrado todo el asunto desde otro punto de vista. Sepa, inspector, que lo que más contribuyó a convencerme de mi teoría desde el principio fue el comportamiento de Cathy y Mike. Creía que ocultaban algo, pero Shane me ha contado que solo se preocupan por Rosalie, por su salud y su matrimonio.

—Creía que Rosalie era fuerte como un caballo.

La señorita Purdy lo miró sorprendida.

—¿Qué le ha sugerido esa impresión? Yo no la conozco todavía, pero Shane y los demás me han dicho que tiene una salud muy delicada. Una mujer nerviosa y emotiva, sometida a dolores de cabeza crónicos.

—¿Ellos la consienten?

—¿Cómo iba a saberlo? Creo que la cuidan mucho, pero no es lo mismo.

—¿Cuál es el nombre del marido de Rosalie?

—Nicholas.

—¿Tiene algún apodo?

—Ellos lo llaman a menudo Nick, pero…

—¿Y también Nickie?

Ella negó.

—No, no les he oído nunca llamarlo así, y no me parece siquiera plausible. ¿Se puede saber por qué me hace estas preguntas, inspector?

—Sencillísimo —respondió él con el rostro sombrío—. Creo que su fantasma es muy peligroso.

9

Incluso a la débil luz del crepúsculo, pudo ver el rostro de la señorita Purdy palidecer de forma drástica.

—¿Peligroso? —repitió ella—. ¿En qué sentido?

—Usted le ha concedido pleno control de su mente. Ahora ya no necesita una máquina de escribir, sino que puede intervenir de forma directa. Ella es la que piensa, pero habla a través de su boca.

—Pero… eso es absurdo.

—Es lo que acaba de ocurrir.

—¿Qué… qué ha dicho?

—Que Rosalie es una celosa consentida. Que es fuerte como un caballo. Que Shane Gibbs es…, cómo lo ha dicho… Ah, sí, que es duro, hostil y peligroso.

Duro, hostil y peligroso. Las palabras que estaba repitiendo justo antes de que llegara el inspector. La lección que había aprendido.

—¿Cómo ha sabido que no era yo la que hablaba? —preguntó al fin.

—Por su aspecto. También su voz ha cambiado. Y aunque usted no ha visto nunca a Rosalie, hablaba de ella como si la conociera bien. Y en tono de desprecio, además, y no me ha parecido que ese tono concuerde con su carácter.

—Tampoco me parece que ese sea el carácter de Lilian.

—Quizá me equivoco en eso, pero de lo que estoy seguro es de que el espíritu de Lilian es peligroso. —Crawford suspiró—. Está tomando posesión de su persona, señorita Purdy, y cada vez que lo hace le resulta más fácil. Si no estuviera yo aquí, le habría metido en la cabeza un montón de ideas durante la noche. Por el momento, me importan un comino los errores o razones de su muerte, así como su posible carácter. Nadie, ni vivo ni muerto, tiene derecho a apropiarse

de la mente de otra persona como lo está haciendo esta Lilian con usted, y cuanto antes se libre de su influencia, mejor para todos.

Como lo está haciendo esta Lilian con usted…

La señorita Purdy recordó que la primera vez que ocurrió lo sintió como una afrenta. Una agresión a su intimidad y a su dignidad como ser humano, y que se sintió humillada y ofendida. Pero no sintió lo mismo cuando le cedió su mente de forma espontánea; y tampoco ahora, cuando aparentemente se la había entregado a Lilian sin darse cuenta, sin notar ninguna intromisión.

Se volvió para mirar la casa y pensó que nunca había percibido con tanta fuerza el mensaje que le mandaba. Lilian estaba suplicándole que volviera, que no creyera al inspector, que no la abandonara.

La señorita Purdy miró a Crawford.

—Se equivoca usted, inspector —dijo con tranquilidad—. Se equivoca mucho. Lilian no me hará ningún mal. Necesita mi ayuda. Depende de mí. Si me voy ahora, no estaré jamás en paz conmigo misma.

—Escúcheme bien, señorita Purdy…

—No, le ruego que me deje acabar. A mí ella nunca me ha dado miedo. Quizá sentí un poco de temor por haber entrado en contacto con un espíritu, pero eso es otra historia. Lo sobrenatural siempre es inquietante. Pero Lilian nunca me haría daño, de eso estoy segura.

—Pero usted estaba asustada cuando llegué hace un rato.

—Pero no por Lilian, ya se lo he dicho. Por el asesino. Acababa de reparar en lo aislada que estoy aquí. No tengo teléfono y mi coche se ha quedado en Wrexley. Mi reacción es comprensible, ¿no le parece?

—Ha dicho usted «asesino», ¿significa eso que ya no tiene dudas?

—Sí, inspector, así es. Me pregunto cómo he podido dudarlo. Shane ha sido muy convincente, cierto, pero en el fondo es su trabajo. No debí fiarme de ese hombre.

—En otras palabras, se ha arrojado usted a los brazos de Lilian, por decirlo de algún modo.

—Creo en lo que ella está tratando de decirme, sí.

También Crawford miró la casa y de golpe sintió una sensación de triunfo que lo invadió como una ola. Con repentina violencia dijo:

—Señorita Purdy, esta noche no puede dormir aquí.

El tono del inspector la sobresaltó.

—¿Teme que vuelva la persona que mató a Lilian?

—No, temo que vuelva… Lilian. Lo que quiero decir es que usted no sabe dónde se está metiendo.

—Pero ya le he dicho…

—Señorita Purdy, créame, se lo ruego, no es seguro que se quede aquí.

—¿Y a dónde voy a ir? Los hoteles están llenos en esta época del año.

—Venga a Venners, conmigo.

—¿A casa de su hermana? Es muy amable por su parte, inspector, pero…

—No se trata de amabilidad, sino de sentido común. ¿Ha experimentado alguna vez antes lo sobrenatural?

Ella admitió que no.

—Entonces, quizá Lydia podrá contarle un par de cosas sobre el tema —dijo él en tono abatido—. Por otra parte, mi hermana estará encantada de hospedarla. Mañana por la mañana volveremos a Liddon y visitaremos la casona juntos. ¿Le parece bien?

Fue necesario un buen rato de argumentación antes de que la señorita Purdy se dejara convencer, pero al final izó la bandera blanca.

—Con una condición —dijo con firmeza—. Antes tiene que dejarme volver a intentarlo con la máquina de escribir.

—Oiga, señorita… —dijo él con desesperación.

—¿No lo entiende? Es vital saber la historia de Lilian antes de enfrentarnos mañana a la gente de la casona, de lo contrario daremos palos de ciego. Y no puede haber ningún peligro mientras esté usted conmigo.

—Hay peligro cada vez que Lilian ejerce su influencia sobre usted.

—No estoy de acuerdo.

A regañadientes, Crawford tuvo que ceder. Sentía una fuerte simpatía por la escritora y una antipatía no menos fuerte por Waterside Cottage y todo lo que representaba. Su experiencia en Venners le había mostrado la fuerza de lo sobrenatural y los peligros de relacionarse con ciertos poderes oscuros. Le parecía que esa mujer tranquila y a todas luces sincera se estaba buscando problemas incluso peores que el crimen originario, suponiendo que este se hubiera cometido de verdad, cosa que el superintendente Gilling no era propenso a aceptar sin pruebas sólidas. Pero Crawford era sobre todo un policía, y no cabía duda de que, si el mecanuscrito de la noche anterior existía realmente, las informaciones que contenía serían muy interesantes desde cualquier punto de vista. Por eso su deseo de echarle un vistazo no era menos fuerte que el de la señorita Purdy. Y si existía una posibilidad de conseguirlo sin que la experiencia se repitiera…

—De acuerdo —dijo él por fin, pese a la notable reticencia—. Pero la detendré en cuanto vea que algo va mal.

Cuando llevaron la lámpara al salón y levantaron la funda de la máquina de escribir, vieron que la Corona estaba destrozada.

Al menos el inspector no podía echarle la culpa a Lilian, como hizo notar la señorita Purdy una vez superado el estupor. Solo había una certeza: unas manos humanas, y no fuerzas sobrenaturales, habían arrancado la mitad de las varillas con las letras de su soporte. Y eso confirmaba que ella decía la verdad desde el principio. Existía *verdaderamente* un mecanuscrito que contenía información comprometedora para alguien o su círculo, y ese individuo no se había limitado a llevarse los folios, sino que había manipulado la máquina para impedir que el experimento se repitiera.

—Una verdadera estupidez —fue el comentario de John—. Porque de esta manera el autor de semejante vandalismo se ha puesto en evidencia sin ganar nada. Necesitará una máquina nueva para su trabajo, pero no le será difícil alquilar una mientras reparan la suya,

así nuestro personaje volverá a la casilla de salida.

—¿No es posible, quizá, que se trate solo de una advertencia?

—Eh, sí, es posible. Una lección a la metomentodo. Pero me parece que esto no es obra de un lunático o de un aficionado asustado. Y si hasta el momento la policía no ha querido escucharla, ahora no le va a quedar otro remedio que levantar acta de estos nuevos acontecimientos.

Ella guardó silencio un momento.

—¿Hay algo que pueda demostrar que no he sido yo?

—¿Para reforzar su teoría? Una forma un poco complicada de hacerlo, puesto que usted no puede sacar ningún provecho.

—Oh, pero sí que puedo.

Él le lanzó una rápida mirada.

—¿Cómo?

La señorita Purdy le recordó que era escritora.

—De novela policiaca, además. Y hay muy buenos recursos publicitarios en este campo si la historia se maneja de forma adecuada.

Los rasgos severos del inspector se relajaron en una expresión de verdadera diversión.

—Pero ¿usted de qué parte está? ¿De la suya o de la del presunto asesino?

—De la mía, espero. Pero no creo que quienquiera que haya hecho esto sea tan estúpido como sugiere usted. Y no le sería difícil retorcer este acto vandálico en mi contra.

—Bueno, nos llevaremos la máquina para ver si se puede obtener alguna huella.

Su intención era sacar a la señorita Purdy de la casa lo antes posible. Crawford tenía los nervios de acero, pero no había estado nunca en un lugar que le gustara menos.

Llevó la Corona hasta el coche tratando de tocarla lo estrictamente necesario. La señorita Purdy subió a preparar una bolsa con sus cosas. La casa estaba muy silenciosa. Ella tenía la sensación de que Lilian se había retirado un poco, pero que los seguía observando y

necesitaba que alguien la tranquilizara.

—Volveré —dijo en voz alta—. No se preocupe. Volveré.

Se quitó la ropa de algodón y el cárdigan y se puso un bonito vestido gris. Completó la indumentaria con su sombrerito preferido, uno de fieltro color ciruela que compró en primavera para asistir a un congreso de escritores. Después de dudar un instante, sacó su abrigo de piel del guardarropa. John la miró con sorpresa cuando bajó las escaleras con aquella prenda de vestir plegada en un brazo, pero le sonrió con un destello de humor.

—No estoy anticipando nieve o hielo, inspector, pero esta es la primera prenda de piel que he podido permitirme y no quiero que acabe como la máquina de escribir.

—Muy de acuerdo —convino él, aliviado de que no se le hubiera ido la cabeza.

Crawford recorrió toda la casa, comprobando bien todas las puertas y ventanas. Mientras bajaba de los dormitorios, recordó el libro que contenía el mensaje de Dennis. Vale la pena que nos lo llevemos, pensó, puesto que era la única pista de la que disponían.

Crawford entró al salón donde la señorita Purdy lo esperaba y cogió la bolsa de la mujer.

—Ese libro… —empezó a decir—. Si me dice dónde… —Se calló de golpe.

La señorita Purdy estaba de pie en el centro de la estancia, rígida, y no lo miraba.

—Se lo ha llevado Shane —dijo con la misma extraña voz de antes —. Shane es mi enemigo. No puedo fiarme de él. Lo ha cogido…

La bolsa cayó al suelo y ella volvió en sí con un sobresalto. La lámpara parpadeó como por efecto de una repentina ráfaga de viento y las sombras se adueñaron de las esquinas del saloncito. John recogió la bolsa y empujó a la señorita Purdy hacia la puerta después de apagar la lámpara del todo. Volvió a respirar con tranquilidad en cuanto la puerta se cerró con llave y los dos estuvieron en el coche.

Ya habían recorrido la mitad del trayecto hacia Liddon cuando él se

dio cuenta de que, al final, había olvidado el libro. Pero, pese a ser policía, no sugirió volver atrás a recuperarlo.

Llegados a Liddon, Crawford paró el coche para llamar por teléfono a su hermana y avisarla de que tendrían una invitada.

—Todo perfecto —dijo en cuanto estuvo de nuevo al volante—. Mi hermana está deseando conocerla. Llegaremos en unos veinte minutos.

Dio la vuelta en Southbury Road. Quedaba aún algo de luz, pero las estrellas empezaban a aparecer y, al este, un resplandor en el cielo anunciaba la inminente aparición de la luna. Habían dejado atrás la zona pantanosa, y el paisaje ante ellos era una enorme llanura. Mientras cruzaban el río por un puentecillo lomo de asno, él mencionó de nuevo la máquina de escribir.

—¿No la ha usado desde ayer por la noche?

—No, ni siquiera la he tocado.

—¿La dejó con su funda puesta?

Ella dudó.

—No creo. Estaba tan cansada que reuní los folios y los dejé allí, como suelo hacer cuando escribo. Pero la funda estaba puesta cuando bajé esta mañana, por eso a lo mejor estoy equivocada.

—¿No miró debajo? De ser así, no puede estar segura de que el daño no estuviera ya hecho.

—Pero… —La señorita Purdy hizo una pausa—. ¿Quiere decir que otra persona pudo haber entrado durante el día? Es posible, sí, puesto que yo he estado fuera toda la mañana y la mayor parte de la tarde. Pero eso significa que quien ha entrado tiene una llave. ¿No sería más lógico deducir que el sabotaje de la máquina haya sido por la noche, en el mismo momento en que se sustrajeron los folios?

—Sería más simple, quizá, pero a mí me gustaría estar seguro. Repítame todo lo que ha hecho hoy.

—Estaba en Norwich sobre las nueve o poco después. Catherine llegó justo cuando me disponía a subir a mi coche.

—¿Ha entrado ella hoy en la casa?

La señorita Purdy negó con la cabeza, pero tuvo que admitir que nada se lo habría impedido después de que ella se fuera, así como nada le había impedido avisar a los demás de su ausencia.

—De hecho, estoy segura de que los informó, porque me estaban esperando en Wrexley al salir de la comisaría.

—¿La esperaban intencionadamente?

—Estoy casi segura de que sí, aunque han tratado de no dar esa impresión. Catherine ha dicho que estaban ahí para hacer unas compras y que habían reconocido mi coche. Creo que sabían que pasaría por Wrexley, porque me han invitado a volver en su barco.

—Para enterarse de lo que le había contado usted a Gilling, supongo.

—O de lo que él me había dicho a mí —dijo ella con un guiño de humor—. Pero no han mostrado ninguna descortesía, salvo alguna flecha lanzada por el señor Gibbs. Es más, debo admitir que he disfrutado mucho del viaje. ¿Ha visto alguna vez los nenúfares de Belton Broad?

Él le dijo que no.

—¿Y por qué ha sido Gibbs el que la ha acompañado con la barca?

—Quería ver la habitación donde Mike… —Se interrumpió.

—¿Y lo ha dejado allí dentro solo?

Ella asintió.

—Casi diez minutos.

—Está insinuando que…

La señorita Purdy soltó un largo suspiro.

—No, no insinúo nada, pero en ese momento yo andaba entrando y saliendo de la despensa para preparar el té. ¿Cree que puede haber sido él quien…?

—Partir las varillas de la máquina de escribir de una en una no requiere una fuerza excesiva, no habría hecho un ruido significativo.

—Me acabo de acordar —dijo lentamente ella— de que ha sido precisamente Shane quien ha observado que no me sería difícil reescribir el mensaje de Lilian en cualquier momento.

—Entonces, quizá por eso ha vuelto con usted —dijo John—. Para asegurarse de que no pudiera hacerlo.

Pese a que el avance de la oscuridad ocultaba la mayor parte de los detalles, la señorita Purdy pensó que no había visto nunca una casa más bonita que Venners. Trescientos años de historia le habían suavizado las formas, pero sin añadir detalles estridentes o cambiar las proporciones esenciales. No era una residencia muy grande, pero el perfil del tejado a dos aguas y de las altas chimeneas dibujadas contra las estrellas era de verdad bello, y la luz que se filtraba por las ventanas enrejadas a ambos lados de la puerta de entrada transmitía una calidez y simpatía que hacía difícil pensar en las siniestras implicaciones de la casa.

Lydia salió a saludar a la huésped; la luz del vestíbulo iluminaba su cabello cobrizo.

—Entre, señorita Purdy, por favor —dijo—. Philip y yo estamos deseosos de que nos cuente todo.

Philip, como la escritora descubrió en cuanto la hicieron pasar a un amplio salón con techo bajo, tenía al menos una cosa en común con ella, aparte de una casa embrujada: la familiaridad con las teclas de una máquina de escribir. El hombre se levantó de un gran y antiguo escritorio para estrecharle la mano y ella lo miró con respeto.

—¡Philip Walsh! No había caído en que… ¿Usted fue el que escribió *Orquídeas quemadas*? Vi su obra en el teatro, hace algún tiempo, y más recientemente en televisión.

—Y yo he leído alguno de sus libros con gran placer, así que estamos en tablas.

El apretón de manos que se dieron fue de lo más cordial.

Qué bonita pareja, pensó ella sentándose en una cómoda butaca. No podía ser más afortunada. Miró a su alrededor con interés.

Lydia fue a la cocina y volvió enseguida con el té y unos sándwiches, que la señorita Purdy aceptó con agradecimiento. Entretanto, después de meter el coche en el garaje, John estaba de

vuelta con la máquina de escribir vandalizada, manejándola con cuidado, aunque fuera un modelo muy moderno.

Philip la miró con interés.

—¿Nos está permitido saber qué ha pasado?

Por cuarta vez ese día, la señorita Purdy repitió su historia. La contó sin nerviosismo, y John constató que no se apartaba en absoluto de los hechos que le había narrado Gilling. Estaba acostumbrado a discrepancias y contradicciones en los testimonios más inocentes y simples, y fue una grata novedad para él escuchar los hechos relatados con calma y lucidez.

Su equipo oficial, como es lógico, lo tenía en Scotland Yard, pero siempre llevaba consigo una pequeña bolsa con los instrumentos más esenciales, y de esta sacó una ampolla llena de polvo y un insuflador. La señorita Purdy lo observó fascinada espolvorear la máquina de escribir y la funda con el contenido de la ampolla en busca de huellas dactilares. Había descrito a menudo el procedimiento en sus libros, pero no lo había visto nunca en directo.

—Necesitará tomarme las huellas para comparar, ¿verdad? —preguntó ella con inteligencia.

John apretó los labios.

—Se lo diré en un instante.

Philip quiso saber si su cuñado tenía derecho a hacer esas pesquisas, puesto que no se ocupaba oficialmente del caso.

John admitió que, siendo rigurosos, lo suyo era una total y absoluta intromisión de campo.

—No debería siquiera haber traído la Corona, pero detesto dejar sin vigilancia posibles pruebas; y además, cabía la posibilidad de que quien fuera se acordase de las huellas y volviera a borrarlas.

—Podrías haber avisado a un guardia local para que vigilara la casa.

—¿Sabe quién es el policía local?

—No, ¿quién es?

—Lovick. Lo han trasladado de Southbury a Wrexley.

Philip soltó un silbido.

—Lovick, ¿eh? Por eso no querías presentarte allí con otra historia de fantasmas.

La señorita Purdy tosió con delicadeza. Lydia le recogió la taza y le explicó que el inspector Lovick se había ocupado de su problema meses atrás. Hasta el último momento había mantenido su discurso de que hablar de espíritus no era más que un enorme disparate. Que él no había visto nada en Venners que no se pudiera explicar con un mínimo de sentido común, y que quien pensara lo contrario es que estaba un poco chiflado.

—¿Por casualidad es un tipo grande y grueso, con el rostro enrojecido, los ojos azules y una voz muy sonora? —preguntó la señorita Purdy esperándose lo peor.

—¿Por qué? ¿Lo conoce?

—Me temo que le di un pequeño susto el otro día, con el coche. Y por eso mismo decidí saltármelo e ir directamente a ver a su superior, en Norwich, el superintendente Gilling. Me dio la impresión de que ese inspector…, eh…

—Lovick.

—Gracias. Pues eso, que me dio la impresión de que ese hombre reaccionaría a mi historia de forma poco favorable.

—Bueno, dicho así es un eufemismo —dijo Philip, recordando todo lo padecido a causa del inspector—. Ese hombre es un completo idiota.

Pero John lo contradijo.

—Atormentado, Philip, quizá un poco, pero no es un completo idiota. Al contrario, yo creo que es astuto a su manera. En todo caso, quiero tener pruebas más concretas de que en efecto se ha cometido un homicidio antes de que la señorita Purdy se dirija a él.

—¿Esta máquina de escribir no es una prueba? —preguntó Lydia.

John recogió sus instrumentos.

—Podría haberlo sido si hubiera tenido huellas, pero está perfectamente limpia.

—Pero también eso es una prueba —insistió ella—. Porque demuestra, como mínimo, que alguien ha entrado y…

—No necesariamente. La señorita Purdy ya me ha avisado de que puede haber sido ella misma.

—¡Señorita Purdy! Pero…

—Lo siento, querida —dijo la escritora con tono de disculpa mientras Lydia la miraba con incredulidad—. Son cosas que pasan a fuerza de trabajar demasiado con tramas policiacas. ¿Puedo tomar otro sándwich, por favor?

10

—A propósito de este fantasma… —dijo Philip.

—No es un fantasma —lo corrigió la señorita Purdy dando otro sorbo a su tercera taza de té—. Lo digo porque yo no he visto ni he oído nada. Prefiero llamarlo un influjo, una supervivencia de la personalidad. En ese sentido, se puede afirmar que la casita está en efecto embrujada.

—Después de nuestra experiencia, estoy dispuesto a creerlo todo.

—¿El vuestro era un fantasma?

—Bueno, lo oíamos, y a veces todavía lo hacemos. Es el hombre que construyó la casa en la época de Cromwell. Mató a su amante y al hermano de ella a golpes de atizador, y luego los enterró en el jardín. —Señaló la pared junto a la chimenea, ahora ocupada por una vieja cómoda—. Ahí había una puerta que daba a un invernadero, construido solo con el fin de guardar sus cuerpos para siempre. Demolimos el invernadero y tapiamos la puerta, y ya no tenemos ningún problema.

—Y los…, en fin…, ¿los huesos?

—Se enterraron en el cementerio local. Luego hicimos exorcizar la casa como precaución final, y el atizador acabó en el Museo Negro.

Lydia señaló un gancho vacío al lado de la amplia chimenea de ladrillo.

—Antes estaba colgado allí.

—Muy interesante —dijo la señorita Purdy mirando el espacio vacío con cierta fascinación.

Se acostó poco después en la acogedora habitación que Lydia le había preparado.

—Tina le traerá el té por la mañana. Trabaja aquí como aprendiz de camarera. Su tía es nuestra gobernanta. Espero que descanse bien.

—Estoy segura de ello —dijo la señorita Purdy.

Se despertó una sola vez con la impresión de haber oído los pasos de una persona cojeando delante de su puerta, pero al momento decidió que se había confundido.

Tina llegó antes de las ocho con una bandeja con el té y unas galletas. Era una muchachita sencilla, aseada y con el cabello rubio recogido en una cola de caballo. Su cuerpo ágil podía confundirse con el de una niña de doce años, pero una expresión sorprendentemente madura en su pálido rostro revelaba que tendría al menos tres años más. Vestía un gracioso vestido de algodón con un delantal.

La señorita Purdy le sonrió mientras ella soltaba la bandeja en la mesita.

—Buenos días, Tina. Qué agradable despertar. ¿Qué tal el tiempo fuera?

—Estupendo, señorita —respondió Tina abriendo las cortinas de *chintz* floreado—. Hoy también hará calor.

Se incorporó hasta sentarse y contempló el paisaje. Tres álamos plateados en equilibrio, como bailarinas de piernas esbeltas, interrumpían la línea del horizonte.

—Tienes mucha suerte de estar aquí —observó la escritora.

Tina asintió, pero añadió que sin embargo no se entusiasmó demasiado cuando la señora Walsh le pidió que volviera.

—¿Volver? —repitió la señorita Purdy perpleja.

—Yo estaba aquí cuando los crímenes y todo lo demás, el pasado octubre. —La voz de la chiquilla se infló de orgullo—. La señora dijo que fui yo la que atrajo a los *polti*…, bueno, lo que sea. Porque yo soy una virgen devota.

—¿Quieres decir adolescente? —respondió la señorita Purdy parpadeando.

—¿Por qué? ¿Se dice así? —preguntó Tina dudando.

La señorita Purdy suspiró hondo.

—Y esos *polti* a los que te referías antes son los *poltergeists*, imagino.

Tina abandonó los misterios del lenguaje de los adultos.

—Exacto. A esos les gusta tener cerca chicas como yo. Eran ellos los que estrellaban los platos y tocaban las campanas. Tenía que haber oído el ruido que hacían, era para romper los tímpanos.

—Espero de verdad que no os veáis obligados a tener que echarlos de nuevo —dijo con aprensión la señorita Purdy.

—Ah, no —fue la respuesta tranquilizadora—. El párroco estuvo aquí y los *ejercitó*. Se dice así, ¿no? De lo contrario, mamá no me habría dejado volver. También papá estuvo de acuerdo, siempre que mi tía estuviera aquí también.

—Comprendo.

Tina fue directa al grano.

—Ya le tengo preparado el baño, señorita, y el desayuno se sirve a las nueve en punto. Abajo, salvo que prefiera desayunar aquí.

—Oh, no, no, bajaré.

—Bien. Entonces me marcho, el baño está al final del pasillo, y esta mañana en el desayuno hay salchichas. Pero también hay tomates, si quiere.

La chica estaba a punto de salir cuando la señorita Purdy la llamó.

—Eh, Tina…

—¿Sí, señorita? —dijo ella volviéndose en el umbral.

—¿Hay alguien en la casa que cojee?

Los dientes irregulares de Tina aparecieron en una amplia sonrisa.

—Santo cielo, señorita, no, nadie. Solo Cain, nuestro fantasma. Pero no se preocupe por *él*.

El primer avistamiento que tuvo la señorita Purdy de la temible tía de Tina fue en el desayuno. Se encontró delante de una mujerona de pecho amplio con delantal y en las manos una bandeja de salchichas, panceta y tomates.

La señora Drewe observó a la huésped con evidente curiosidad y asintió en señal de aprobación casi de manera inconsciente.

—No he conocido nunca a una señora tan distinguida en toda mi

vida —le dijo más tarde en la cocina a Lydia—. Se expresa de un modo impecable y tiene una sonrisa que embelesa. Tina le ha cogido un repentino afecto. Quién iba a pensar que fuera a inmiscuirse en un crimen, ¿eh?

A media comida, el teléfono sonó en la entrada.

—Voy yo —dijo Philip levantándose. Volvió segundos después—. Es para ti, John. Es Gilling.

—¡Gilling! —Los ojos de John se cruzaron con los de la señorita Purdy un instante, luego se disculpó y salió cerrando la puerta.

Philip volvió a sentarse.

—Es justo lo que se merece —dijo— por haber secuestrado las pruebas y haberse puesto a buscar huellas sin tener autoridad.

—Ay, cómo lo siento —dijo la señorita Purdy con tono culpable—. Si se refiere a mi máquina de escribir…

Él sonrió.

—Vamos, solo estaba bromeando. No creo que la llamada tenga que ver con eso para nada. Y de todas formas, Gilling no ha dicho nada a nadie.

Pero por supuesto la llamada sí que tenía que ver con la señorita Purdy. John volvió a los pocos minutos con una expresión torva y muy oficial.

—Tenemos que volver a Liddon lo antes posible, señorita Purdy. Todos los coches de la policía de la zona la están buscando.

—¿Buscándome a mí? —Se incorporó de medias de la silla y la servilleta cayó al suelo—. ¿Por qué?

—Nadie sabía dónde estaba. Han encontrado la casa desierta y han pensado que se había largado. Lovick se ha puesto en contacto con Gilling y él…

—¡Largarme! —La señorita Purdy se levantó agarrándose a la mesa —. ¿Por qué iba yo a escaparme? ¿Y qué hacía la policía en mi casa? Inspector, le ruego…

—¿Qué ha pasado, John? —preguntó Lydia alarmada.

—Han sacado a Rosalie Shaw del río esta mañana al alba —respondió el inspector—. Muerta.

Era como revivir el caso anterior. Una barca a remos volcada del revés, un rostro exánime bajo la superficie del agua, el cabello ondeando sinuoso entre las algas. Solo el escenario había cambiado: del viento frío y los charcos cubiertos de escarcha de enero, con el macabro crujir de las cañas heladas tocando su réquiem, a los exuberantes prados de julio y el coro de los pajarillos.

La habían sacado a tierra en el punto más cercano, que era Waterside Cottage, y ahora estaba tendida en el banco de trabajo del cobertizo a la espera de que llegara la ambulancia para llevarla al depósito. La casa parecía extraña, como si fuera más pequeña, con todos aquellos policías por allí.

Cuando se acercó a Rosalie, el rostro de la señorita Purdy estaba más pálido que el de la muerta. Si yo no hubiera venido, pensó, estaría aún viva. De no ser por mi intromisión…

Había pedido ver el cadáver, como si con aquel acto esperase de algún modo disculparse. Pero ahora era demasiado tarde para excusas. El día anterior, Rosalie Shaw tenía un terrible dolor de cabeza, pero ahora sus migrañas habían acabado de una vez por todas. El día anterior, la señorita Purdy podía haber pasado a verla y hablar, quizá tomando un té, pero ahora ya no tenían nada que decirse.

El cabello de la muerta era más oscuro que el de Catherine, su cuerpo más esbelto, y el carmín, de un rojo más intenso, estaba corrido en sus labios. Sin embargo, en aquel momento era difícil decir si la mujer había sido guapa o fea, elegante o descuidada, brillante o aburrida, pues el agua había puesto fin a todas esas distinciones. Vestía lo que el día anterior había sido un traje de cóctel de seda negra, que ya nadie más podría ponerse. Una de sus medias de nailon se había roto y en un pie faltaba un zapato.

Finalmente, la señorita Purdy se volvió, y al inspector Crawford le pareció más vulnerable que nunca.

—Si no hubiera sido por mi curiosidad…

No obstante, en cuanto salieron, en la orilla del río y a la luz del sol, pese a estar aún muy pálida, volvió a ser la mujer competente y lúcida de siempre, preparada para aplazar hasta mejor momento las emociones personales. En tono comedido dijo que quizá el inspector Lovick querría hablar con ella.

John le respondió que su colega estaba dentro de la casa con el forense.

—Señorita Purdy —dijo con voz afligida—, sé que ha recibido un duro golpe, aunque no conociera personalmente a la víctima, pero le ruego que no sea muy severa consigo misma. El fango y lo que este ocultaba estaban ya aquí antes de que usted llegara. Usted solo ha arrojado luz a lo que otros habían enterrado.

La mujer lo miró muy seria.

—Pero… ¿ha sido un suicidio, inspector?

—Es posible. Por lo que sabemos, también puede haber sido un accidente.

—¿Como el otro? —respondió con ligera ironía.

Crawford no respondió.

Se reunió con el inspector Lovick en el salón de la casa y estuvieron allí un rato antes de hacer pasar a la señorita Purdy. Lovick no estaba de un humor precisamente conciliador. Pensaba, con cierto fundamento, que su autoridad había quedado en entredicho, por no decir brutalmente pisoteada. En primer lugar, de haber averiguado algo sospechoso, la escritora debió dirigirse a él en vez de saltárselo y pasar directamente a Gilling; en segundo lugar, si Gilling hubiera creído que el testimonio de ella era digno de tener en cuenta, debía haberla redirigido hacia el canal apropiado, que desde luego no era Scotland Yard.

—Pero él no creyó que hubiera nada relevante en esa historia —intervino John—, y considera que yo no represento a Scotland Yard en este momento. Soy simplemente un ciudadano de a pie interesado en la parapsicología y…

Lovick se encendió hasta la coronilla.

—Escúcheme bien, Crawford, si vuelve otra vez con sus historias

de espíritus…

—No soy yo el que ha empezado. Están ya aquí. ¿Nadie le ha avisado de que esta casa está embrujada?

Pese a sus esfuerzos por mantenerse impasible, Lovick sintió que se le erizaban los pelos del cogote. Con una inmensa fuerza de voluntad consiguió controlarse y se volvió a mirar a otro lado. Pero la consciencia de su propia vulnerabilidad no hizo más que enervar un humor ya tenso. Así como la mención de la señorita Purdy no hizo más que despertar otro motivo de rencor: Lovick se había convertido en objeto de burlas por mandar una alerta a todas las comisarías de la zona para encontrar a una mujer que, en cambio, descansaba tranquilamente bajo la égida de Scotland Yard a menos de doce millas de allí. Incluso había pensado dragar el río para encontrarla; y si lo hubiera ordenado, cosa que había estado a punto de suceder, se habría convertido en el hazmerreír de las fuerzas del orden de todo el país. Aquella máquina de escribir, además…

—¿Cómo es que se ha llevado la prueba?

—Me la llevé para impedir que fuera manipulada —dijo John.

—Esa no es la cuestión. Si alguien entró aquí para destruir la máquina, deberían habérmelo dicho a mí. De todas las irregularidades… —Lovick expresó aquí su airada opinión con todo lujo de detalles y después, cuando se hubo calmado un poco, volvió a la investigación—. ¿Había huellas?

—No —respondió John.

Lovick soltó un gruñido.

—Ahora dígame todo lo que sepa.

Diez minutos más tarde, la señorita Purdy fue llamada, tras un vano intento de John por interrogarla en cualquier sitio menos en la casa.

Lovick preguntó de inmediato por qué.

—Porque la casa ejerce una especie de influencia sobre ella —respondió John—. Es una influencia peligrosa, en mi opinión. Estando allí es posible que caiga en trance en cualquier momento sin

darse cuenta.

En la expresión de Lovick se leía todo su escepticismo.

John renunció a insistir.

La señorita Purdy entró en la habitación con paso decidido. Lovick la miró un instante y soltó el lápiz.

—Así que es usted. Me sonaba la dirección, pero esperaba que… —Sin terminar la frase cogió de nuevo el lápiz—. Muy bien, señorita, siéntese y empecemos por el principio. Pero se lo advierto, no me hable de fantasmas. Me dan dolor de estómago.

Ella le dijo que se llamaba Frances Louise Purdy, y especificó también su domicilio: Rose Street, Putney. Luego lo informó de que su trabajo era el de escritora de novelas policiacas, una circunstancia que provocó en Lovick un inmediato gruñido muy poco empático. La señorita Purdy continuó contando que había alquilado Waterside Cottage para asegurarse un mínimo de paz y de aislamiento para escribir su próximo libro.

—La última inquilina —la interrumpió él—. La señorita Kemp. ¿Sabía algo de ella antes de venir aquí?

—No, no conocía a ninguno de ellos. Yo nací en Norfolk, en Coltishall para ser exactos, pero mis padres se mudaron a Londres cuando yo tenía cinco años y toda la relación con la zona se cortó hasta la semana pasada.

—Muy bien. Y ¿por qué se dirigió usted al superintendente Gilling?

—Porque estoy convencida de que Lilian fue asesinada.

—Eso ya lo sé. Lo que le pregunto es qué fue lo que la convenció.

La señorita Purdy hizo una pausa y, de golpe, tuvo la sensación de que Lilian estaba allí con ellos, a la espera, en el limbo entre los dos mundos. Lovick se pasó un dedo por el cuello de la camisa preguntándose cómo podía hacer tanto calor allí de repente si las ventanas estaban abiertas. También John sintió lo mismo, y la señorita Purdy vio que su rostro se tensaba. Ella hizo un extraño movimiento con la mano, y en sus ojos, mientras miraba a Crawford, había una expresión de súplica y de miedo.

—Señor Crawford, páreme si ve que…

—No se preocupe. —El tono de John era sereno y tranquilizador.

Lilian retrocedió. No mucho, pues siguió aún presente, pero se mantuvo un poco alejada. La respiración de la señorita Purdy volvió poco a poco a ser regular, pero tuvo que sacar el pañuelo impregnado con agua de colonia para refrescarse la frente antes de continuar.

Lovick había percibido la mirada de súplica que la mujer le había lanzado a John, pero por supuesto la interpretó de forma errónea.

—Deje a Crawford —sentenció—. Ya he escuchado la versión de mi colega, ahora quiero la suya. ¿Qué le ha hecho pensar que aquella chica fue asesinada?

La escritora lo miró con intensidad.

—Me lo ha dicho Lilian.

Lovick abrió mucho los ojos. Por un instante pareció tener alguna dificultad para hablar, luego estalló en una retahíla de exabruptos vehementes que habría aterrorizado a un interlocutor más frágil. Pero la señorita Purdy, ahora recuperada, no se dejó intimidar. Es más, la presencia de Lilian se había convertido ahora en un punto de apoyo. Recordó su común propósito de averiguar qué había ocurrido de verdad aquella noche de enero, y procedió a intervenir con sus habituales modales suaves.

—Escúcheme, inspector. Le estoy diciendo la verdad. Nunca he querido ser una médium y nunca he tenido contacto con ese tipo de experiencias en toda mi vida, pero supe que en esta casa ocurría algo extraño desde la primera vez que la vi.

—¿Y por qué la alquiló?

—Porque me convenía, me encantó su ubicación y pensé que mi imaginación me había traicionado. Pero enseguida descubrí que mis primeras impresiones eran acertadas. Cada vez que he intentado trabajar, me he encontrado escribiendo palabras que no quería, palabras de las que no entendía el significado hasta que no terminaba de escribirlas.

—Como cuando uno se despierta y descubre que se ha casado —respondió Lovick con una broma de mal gusto.

La señorita Purdy le clavó una elocuente mirada gracias a la cual, tal vez, él se dio cuenta de que no había sido para nada gracioso.

—Por si piensa que estaba bebida, le diré que jamás me acerco al alcohol de ningún tipo —dijo ella en tono crispado—. ¿Puedo continuar?

—Se lo ruego.

Entonces le contó que la primera vez que oyó el nombre de Lilian fue de boca del agente inmobiliario, al día siguiente de instalarse.

—Gracias a Capper me enteré de que había muerto ahogada. Aquella tarde, me senté delante de mi Corona y escribí tres páginas que, según creo, trataban sobre su muerte.

—¿Cómo puede estar segura, si esas páginas han desaparecido?

—Me acordé de las palabras con las que empezaba, a la mañana siguiente.

—¿Qué palabras?

—«Me han asesinado», decían esas palabras.

Él la miró con cierto escepticismo.

—¿Y a eso lo llama «prueba»?

—No, por supuesto que no. Pero el hecho de que alguien se haya molestado en robar esas páginas es en sí mismo una prueba, ¿no le parece?

—Suponiendo que hayan existido alguna vez.

—¿Se le ocurre alguna otra razón por la que alguien haya querido destrozarme la máquina de escribir?

Lovick no respondió.

—¿Por qué no denunció de inmediato el robo?

—Lo hice. Hablé con el superintendente Gilling.

Lovick no respondió tampoco esta vez, aunque mostró cierto fastidio.

—Muy bien. Ahora dígame qué relación tiene todo esto con la mujer que acaba de morir.

—Se refiere a Rosalie Shaw…

—Es obvio que me refiero a ella.

La señorita Purdy le lanzó esta vez una mirada gélida, para que

entendiera sin palabras lo que pensaba de sus modales. Y se limitó a decir que, claro, su trabajo de inspector lo obligaba a buscar todas las relaciones posibles e imaginables.

—¿Quién sabía que existían esas páginas mecanuscritas? —preguntó él con la respiración un poco afanosa.

—En la casona, todos excepto el servicio. Cualquiera de ellos pudo colarse aquí de noche, así como el señor Gibbs, el abogado del señor Shaw. No llegué a conocer a Rosalie, por lo que no puedo saber si entraba mejor en el papel de ladrón que los otros.

—¿Cree que ella mató a la señorita Kemp?

—No tengo modo de saberlo, a menos que usted me pida que se lo pregunte directamente a Lilian Kemp.

Él la miró con cierta agresividad, pero el rostro de la escritora siguió imperturbable.

—Respecto a ese Dennis… —volvió al ataque Lovick.

—¿Quién se lo ha mencionado? —respondió ella entornando los ojos.

Lovick señaló con el dedo a John.

La señorita Purdy asintió comprensiva y miró con una sonrisa amable a su protector.

—En ese caso, dígame, inspector Lovick.

Este último mostró una comprensible irritación por el hecho de sentirse menos apreciado que su colega.

—¿Qué sabe de él?

—¿Del inspector Crawford? Solo sé que…

—De Dennis.

—Ah, Dennis. De él no sé nada —dijo la señorita Purdy, y John habría jurado que vio un fugaz destello en sus ojos—. Por el momento, para mí solo es un nombre.

—Otra de las cosas que ha escrito a máquina en sueños —comentó Lovick sarcástico.

—Si prefiere verlo así. Pero en este caso existe una pequeña confirmación. —Y le contó lo del mensaje en el libro.

—Enséñemelo —exclamó él; luego añadió un «por favor» con

evidente retraso.

Ella se levantó enseguida y se dirigió a la estantería. Alargó el brazo y se quedó paralizada… El libro que buscaba había desaparecido.

Con visible preocupación, recorrió toda la librería con la vista, de arriba abajo. Un libro verde, estaba segura, sin sobrecubierta. El título…, no, no se acordaba del título exacto, pero había leído algo de la nota de presentación y supo que trataba de una huida vertiginosa a través de la Francia ocupada. Pero allí no había ningún libro relacionado con la guerra. Luego le vinieron a la memoria unas palabras que pronunció de forma instintiva.

—Se lo ha llevado Shane.

John apartó la silla y se acercó raudo a la escritora.

—¡Señorita Purdy!

Ella parpadeó y lo miró, pero tardó un poco en enfocar la vista.

—¿Sí?

—¿No está el libro? —preguntó con un profundo suspiro.

—Parece que no.

John imprecó en voz baja. Si se lo hubiera llevado la noche anterior, o si al menos hubiera comprobado si seguía allí…

Lovick se levantó y se acercó a la escritora.

—Si esta es otra de sus extravagantes desapariciones… —El tono de voz era de todo menos tranquilizador.

Ella lo miró, y en sus ojos grises brillaba una luz que algunos de sus alumnos, treinta años antes, habrían reconocido como una señal poco prometedora.

—Inspector Lovick, estoy muy cansada de sus modales. No sé si esta desaparición es o no extravagante, pero sé con seguridad que no me la he imaginado, si es eso lo que está insinuando. El libro estaba aquí ayer por la mañana, y yo se lo comenté a los residentes de la casona ayer por la tarde. Probablemente ignoraban su existencia o lo habían olvidado, de lo contrario dudo que lo hubieran dejado aquí todos estos meses. Alguien tuvo que venir a por él ayer por la noche…

Lovick saltó como un muelle, dejando a un lado sus prejuicios.

—¡Esa mujer! ¡La Shaw! Es ella la relación. Los otros se lo contaron, como es lógico, y ella vino a hacerse con el libro porque no quería que el tal Dennis apareciera.

—¿Ella y… quién más? —preguntó John.

Lovick lo miró un instante, luego se volvió de nuevo a la señorita Purdy.

—¿Qué es lo que ha dicho antes de Shane?

—¿De Shane? —dijo ella asombrada—. No tengo la más mínima idea.

11

Así pues, la mente tras sus palabras había sido la de Lilian, como había supuesto John. Y eso, obviamente, las inutilizaba desde el punto de vista práctico.

De todas formas, para él lo más probable es que fueran ciertas. Shane había tenido una excelente ocasión de sustraer el libro durante los diez minutos en los que se quedó solo allí, antes de tomar el té. Y de ser así, había tenido también todo el tiempo del mundo para quemarlo o tirarlo al cañaveral. Shane era un tipo listo como para dejarse pillar con el libro encima, sin contar con que había tenido casi dieciocho horas para deshacerse de él.

Después de una severa reprimenda a la señorita Purdy por la imprudencia de revelar la existencia de ese libro a la gente de la casona, y por haberlo dejado sin vigilancia, permitiéndoles que lo robaran con toda facilidad, Lovick declaró que aun así estaba convencido de que había sido Rosalie la que lo había hecho desaparecer. Por otra parte, aún no habían descubierto ningún motivo que justificase su presencia en esa orilla del río, al menos hasta el momento, y él se mostraba reacio a abandonar esa pista.

Una cuestión, en todo caso, sobresalía con claridad por encima de todo, admitió Lovick: la importancia de Dennis. Quienquiera que fuera el que se había llevado el libro, no quería que identificáramos a ese hombre. Y como el libro ofrecía una posible pista, ha sido rápidamente eliminado.

Lovick se concentró de nuevo en la señorita Purdy.

—Dígame exactamente qué había escrito en aquella dedicatoria.

Ella se lo repitió como mejor pudo, precisando, no obstante, que las palabras exactas no tenían importancia.

—La cuestión es que él conoce personalmente al autor del libro y,

por tanto, el autor lo conoce a él. Por eso, si conseguimos contactar con ese tal Bill…

—¿Y cómo cree usted que podríamos hacerlo si no recuerda su apellido, el título del libro o al menos la editorial? —preguntó Lovick no sin cierta razón.

Ella suspiró contrariada.

—Lo siento. Sé que debería haber prestado más atención, pero…

—¿¡Atención!? —exclamó él levantando los brazos—. Habría bastado con un poco de sentido común.

—Quizá si se lo pregunto a Lilian…

—¡No! —exclamó John—. Lo encontraremos sin su ayuda.

En los últimos minutos, la señorita Purdy estaba percibiendo mentalmente varios ruidos de fondo, arriba y abajo, como si en la casa se estuviera llevando a cabo un registro en ese momento. Alguien tosió discretamente en el umbral, y Lovick se volvió molesto.

—¿Sí, Potter? ¿Qué ocurre?

El sargento Potter dijo que quería enseñarle algo.

La señorita Purdy y John entraron en la cocina, y ella se sentó en la silla más cercana, feliz por esa pequeña tregua. Durante un instante de confusión, el rostro anguloso de Shane y el exánime de Rosalie invadieron su mente.

—Ha sido asesinada, ¿verdad? —preguntó ella.

John la miró de reojo.

—Sí, pero ¿cómo lo ha sabido?

—Por algo que ha dicho usted, inspector, aunque ahora no consigo recordar qué ha sido.

Luego, de repente, lo recordó. John había dicho: «Ella y… ¿quién más?». No habría dicho algo así si no supiera que estaba implicado alguien más. La policía estaba convencida de que fueron dos personas las que estuvieron en la casa la noche anterior. Rosalie y…

¿Quién más?

¿Shane? ¿Nicholas? ¿Catherine? ¿Mike?

¿El misterioso Dennis?

—No podemos estar seguros de que Rosalie llegara hasta la casa

—dijo ella pensando en voz alta—. El hecho de que haya aparecido en esta parte del río puede deberse también a las corrientes, y…

—Pero entonces, ¿cómo ha acabado en la barca de la casa?

La barca de la casa.

Naturalmente, la barca que habían encontrado volcada en el agua era la de Waterside Cottage, la misma que llevó a la muerte a Lilian. La señorita Purdy la había visto pocos minutos antes, arrastrada a la orilla y aún empapada, con un policía de guardia que no le quitaba ojo.

Por tanto, Rosalie llegó al menos al cobertizo de las barcas de la casa.

—¿Cómo cree que vino? —preguntó ella—. ¿En coche o…?

—Esa es una de las cosas que tendrá que averiguar Lovick.

—¿Cree que vino alguien más con ella?

—Bueno, aquí ha estado alguien más, pero no sabemos si vino con ella o no. Puede haberla acompañado con la barca desde la casona y…

Ella recordó algo repente.

—No, eso es imposible.

—¿Por qué?

—Rosalie odiaba las barcas, sobre todo las de remos. Le daban terror. No habría subido nunca a una por propia voluntad.

—¿Porque Lilian murió así?

—Eso pudo ayudar, pero creo que las razones eran más profundas. Catherine me dijo que su hermana casi se ahoga de pequeña.

Él se quedó en silencio unos segundos.

La señorita Purdy hizo lo mismo. Rosalie no habría subido nunca voluntariamente a la barca de la casona, pero quizá le impidieron oponerse, quizá la mataron antes y la transportaron hasta allí sin vida, para repetir el esquema de la otra muerte y escenificar una deliberada distracción.

—¿Y dónde entran en la historia Dennis y el libro?

El libro, en efecto, era importante solo porque conducía a Dennis, y precisamente por eso no podía perderse. Lilian no lo permitiría, pues

quería a toda costa que encontraran a Dennis. Ya se había introducido dos veces en la mente de la escritora y había usado su voz para decir que había sido Shane el que había robado el libro, y que por tanto era a través de él como encontrarían a Dennis.

¿Por qué? ¿Por qué Dennis era tan importante? La señorita Purdy solo tenía una respuesta a esa pregunta. Porque era él quien había matado a Lilian, y los otros habían hecho frente común para protegerlo. Si las cosas eran así, además…

La llegada de Lovick interrumpió sus pensamientos. Los ojos claros del inspector relampagueaban, señal inequívoca de que había descubierto algo. Traía una hoja de papel en la que se veían restos de lo que parecía tierra del jardín.

—Mire esto —le dijo a John.

—Parece tierra —dijo él.

—Exactamente. El suelo junto a la puerta de servicio está lleno, pero no han sido las suelas de nadie las que la han introducido. —Lovick escrutó a la señorita Purdy—. No habrá sido usted la que la vertió ahí, ¿verdad? Quizá trabajando con las semillas y los parterres.

—Si hubiera sido yo, lo habría limpiado enseguida.

—Exactamente, lo que yo pensaba. —Lovick se dirigió de nuevo a John—. ¿Esto le sugiere algo?

—Una especie de porra —respondió John.

—Exacto. Un calcetín lleno de tierra, como ha sugerido el forense. En el calcetín había un agujero, o quizá se rompió después del golpe, y la tierra cayó al suelo.

La señorita Purdy se levantó muy pálida.

—Lo lamento, pero no me encuentro bien. No puedo dejar de pensar que si el señor Crawford no me hubiera sacado de aquí anoche…

Lovick asintió. Por primera vez su voz ya no sonaba intimidante.

—Digamos que ha tenido suerte, señorita, porque es probable que ese golpe fuera destinado a usted. Sin embargo, apareció Rosalie y…, en fin, llegado ese punto nuestro desconocido no podía

arriesgarse a que lo descubrieran, ¿no?

—Entonces, ¿la mataron de un golpe? ¿No se ahogó?

—A ver, se ahogó, sí, pero la porra se usó para dejarla inconsciente. Tiene un golpe fuerte en la nuca, aunque la piel no se llegó a desgarrar. Y por eso sabemos que hubo alguien más. Ese alguien la oyó llegar y esperó tras la puerta de servicio. Luego, cuando ella abrió…

—Pero ¿cómo entró? Nos aseguramos de dejar todo bien cerrado con llave.

—Había una llave en la puerta trasera, cuando llegamos esta mañana. Quizá el asesino tenía una, de cuando se veía con la señorita Kemp.

Y eso, pensó la señorita Purdy, apuntaba las sospechas hacia Nicholas. Quizá existían razones concretas para ese divorcio, al fin y al cabo. A menos que Shane hubiera mentido cuando negó sentir algo especial por Lilian; y que Catherine tuviera un motivo mejor para romper su compromiso que el que ambos estaban dispuestos a admitir.

Lovick no había terminado aún con la señorita Purdy.

Le hizo repetir la historia desde el principio, pero esta vez sin ese escepticismo en sus modales tan difícil de soportar. No es que ahora creyera en fantasmas, por supuesto, y así se lo hizo saber. Pero estaba dispuesto a aceptar la idea de que el nombre «Dennis» se le hubiera aparecido en la mente por una feliz coincidencia…, «además, usted estaba precisamente pensando en nombres para su personaje, ¿no?». Luego estaban las páginas robadas del mecanuscrito, continuó Lovick. Ahora estaba dispuesto a admitir que la señorita Purdy no las había soñado, quizá porque parecían guardar relación con todo lo demás, y estaba claro que la máquina de escribir no se había roto sola. Pero en cuanto a que la chica muerta tuviera voz en todo lo escrito…

—¡Uff! —resopló con vehemencia—. No estoy insinuando que quiera engañarnos deliberadamente, señorita, pero es usted autora de novelas policiacas y tiene la mente siempre inmersa en líos de

homicidios. Por lo que no sería tan sorprendente que una trama para una futura novela apareciera sobre el papel sin que usted fuera consciente. Al fin y al cabo, ¿qué ha escrito? Usted misma admite que no lo recuerda, salvo el fragmento inicial que se refería a un crimen. Y en resumidas cuentas, sería extraordinario que a estas alturas no fuera así. Pero quizá, en definitiva, usted no ha hecho más que escribir un planteamiento para su siguiente libro, con o sin Dennis.

—Entonces, ¿por qué han robado el libro?

—Porque a nuestro amigo no le dio tiempo de leerlo *in situ*, porque estaba usted allí y podía escucharlo en todo momento. No quiso correr riesgos. Cuidado, no quiero decir que usted no haya topado con algún tema escabroso, aunque sea de forma accidental. Alguien tiene la conciencia intranquila, de lo contrario no se habría tomado la molestia de venir hasta aquí; y ese tal Dennis está implicado de alguna forma, si el libro ha desaparecido. Pero en cuanto a los fantasmas… —Zanjó el mundo de los espíritus con un gesto de la mano—. Intentemos ser concretos, señorita, y atengámonos a los hechos.

La señorita Purdy experimentó un instante de triunfo. Era innegable que la muerte de Rosalie había repetido el mismo esquema que había teorizado para la de Lilian: una pérdida de sentido seguida de un ahogamiento escenificado. Y les confirmó que eso fue lo que le había contado al superintendente Gilling.

Lovick la miró de cerca.

—No me diga. Me parece que usted sabe un montón de cosas sobre esta historia para no haber estado aquí nunca hasta la semana pasada.

John observó con cierta ironía que no todos tienen la oportunidad de conversar con la víctima de un homicidio, pero Lovick se limitó a resoplar.

—No volvamos a los fantasmas o me voy.

Luego llamó al sargento Potter y le pidió que sacara las huellas de las estanterías de libros.

—Tome primero las de la señorita Purdy, que son las únicas que tienen derecho a aparecer allí. Quizá nuestro huidizo sospechoso ya sabía qué libro buscar, o quizá no. Así que compruébelo todo.

—Sí, señor.

El sargento Potter no parecía entusiasmado con el encargo, y la señorita Purdy, reparando en sus pómulos marcados, los ojos azules y el cabello negro, creyó saber por qué. Sugirió con simpatía que el sargento debía tener sangre céltica en sus venas. Potter admitió que era de abuela escocesa, pero Lovick los miró a ambos con consternación.

—¿Qué demonios tiene que ver la abuela de Potter con la búsqueda de huellas en esos libros?

—¿No le parece un poco desconsiderado hacerlo trabajar en una casa embrujada? —preguntó la señorita Purdy en tono de reprobación—. Con los antepasados que tiene…

Pasaron unos segundos antes de que Lovick pudiera recuperar el aliento, y a continuación le dijo al sargento de la forma más clara y tajante posible lo que podía hacer con sus antepasados.

—Sí, señor —dijo Potter, y se puso de inmediato manos a la obra.

Lovick decidió que había llegado el momento de hacer una visita a la residencia de los Shaw.

—Será mejor que nos acompañe usted —dijo mirando a la escritora —. ¿Cómo se llega?

—Bueno, podemos coger la barca y…

—Eso está descartado. Aquí solo hay una barca y no pienso utilizarla…

Tampoco es que la señorita Purdy fuera partidaria de hacerlo, aunque más por discreción que por otra cosa. Sugirió entonces ir en coche, pero el sargento intervino para decir que había un sendero que bordeaba el río y les permitiría ahorrarse una milla, y se ofreció a indicarles de dónde partía.

El sendero salía a la izquierda del cobertizo para las

embarcaciones. En origen fue trazado por los jornaleros de la casona para llevar los rebaños desde la zona pantanosa hacia el este. Aun en la estación seca, su cercanía con el pantano lo mantenía fangoso en algunos tramos, y Lovick pidió a todos precaución y que estuvieran atentos a posibles huellas. Él encabezaba el grupo, con John y la señorita Purdy detrás, y un agente cerrando la fila.

Cinco minutos después, Lovick se paró de golpe.

—Pasó por aquí, no cabe duda —dijo señalando el suelo.

En un trecho fangoso vieron las primeras y claras huellas de una mujer en dirección a la casita. Y no había otras que fueran en dirección contraria.

—Debía estar ya oscuro cuando dejó estas huellas —dijo Lovick con satisfacción—, de lo contrario habría intentado evitar el fango. ¿Tiene el zapato, Stratton?

El agente Stratton le entregó un zapato de tacón, empapado, que debía proceder del pie de la víctima, pensó la señorita Purdy con cierto malestar. Lovick lo manejó de forma prosaica, agachándose para probarlo en las pisadas del barro. Encajaba a la perfección.

—Iba sola —dijo John—. Y nadie la seguía.

Lovick asintió incorporándose.

—Quizá nuestro hombre llegó en barca. Habrá que echar un buen vistazo a todas las embarcaciones que haya en la casona.

En el camino no había pisadas de nadie más, y con casi toda seguridad nadie había pasado por allí desde hacía semanas hasta la noche anterior. Localizaron más huellas de los tacones de Rosalie, pero en muchos tramos la vegetación era tan densa que no se había conservado ninguna marca reconocible.

Al poco rato llegaron a la zona pantanosa llena de alisos que, desde la casa, tapaban casi toda la vista de la casona salvo las chimeneas. Allí el camino se dividía. Una parte, la más accidentada, llevaba a un área encharcada y a los heniles de detrás de la residencia, mientras que la otra, en mejores condiciones, acababa en una empalizada de mimbre abierta y, bordeando el río, conducía al cobertizo de embarcaciones y al amarradero de la casona. La

señorita Purdy miró hacia su casita y se preguntó cómo le estaría yendo al sargento Potter.

Lovick se encaminó directo al cobertizo, que era más grande que el de Waterside Cottage. El Nicola se balanceaba dulcemente bajo el chamizo de cañas, pero el detalle que llamó la atención del inspector fue la barca que había a su lado, precisamente la que había usado Gibbs para acompañar a la escritora la tarde anterior.

El inspector la miró con los ojos entornados. Los remos, pese a que no goteaban, estaban claramente húmedos. Estaba pensando en ese detalle concreto cuando el agente Stratton se aclaró la voz.

—Debo advertir de que esa barca se ha utilizado esta mañana. Primero la señorita Ware ha descubierto la otra barca volcada, y luego los señores Shaw y Stevens han tenido que acercarse remando para recuperar el cuerpo y han vuelto a tierra para llamarme por teléfono.

—O sea, que no hay nada que demuestre que la barca salió ayer por la noche.

—No, señor.

—Salvo esto —dijo John señalando con el índice.

Siguiendo la dirección del dedo, Lovick soltó una exclamación ahogada. Uno de los cojines rojos presentaba una inconfundible mancha de tierra.

Encontraron tierra también en la cubierta barnizada. Lovick sugirió que, al menos en su opinión, el calcetín que perdía —o lo que sea que utilizaran— estuvo depositado un rato en el asiento. La cantidad de tierra vertida no era mucha, y del todo insuficiente para llamar la atención de Mike y Nicholas, que en aquel momento debían estar en un trance de tremendo nerviosismo. Evidentemente, también el asesino se dio cuenta del derrame y, durante el retorno, previó deshacerse cuanto antes del arma tirándola al agua.

—Ya lo tenemos —dijo Lovick metiendo una muestra de tierra en una bolsita limpia—. O al menos podemos demostrar que venía de la casona. Pediremos a los de laboratorio que comparen esta muestra de tierra con la que hemos encontrado en la cocina de la casa.

—Ay, pobre de mí —dijo la señorita Purdy muy disgustada.

Lovick la miró.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Pero en realidad estaba pensando en Catherine, acababa de descubrir la diferencia entre un homicidio como problema abstracto y un homicidio como un hecho crudo y real que afectaba a personas que ella conocía y apreciaba. Es todo culpa mía, pensaba compungida. Si no me hubiera entrometido…

Quizá, pero ya era tarde.

Lovick siguió el sendero a través de la arboleda que conducía a la casona, y un momento después la señorita Purdy vio por fin y por primera vez la antigua y señorial residencia. No era tan grande como esperaba, aunque era a todas luces más desahogada que Venners. Los ladrillos rojos estaban adornados por una exuberante glicinia en su segunda floración. La construcción tenía dos alas, cada una con sus altas bíforas, y la puerta principal estaba coronada por un escudo heráldico tallado en piedra. Las chimeneas, en cambio, las consideraba ya viejas amigas.

Un mayordomo que debía tener casi ochenta años los acompañó a una enorme sala cubierta con paneles de roble, a la derecha del imponente vestíbulo. Allí, las ventanas disponían de anchos y cómodos alféizares que se asomaban a un pintoresco tramo del río no visible desde la casita. Poco después, entraron Catherine y Mike.

El rostro de la chica estaba regado de lágrimas y parecía tener cierta dificultad para caminar sin la ayuda de Mike.

—Querida mía… —exclamó la señorita Purdy.

Catherine se detuvo de golpe y la miró furiosa.

—Usted tiene… tiene el valor de presentarse aquí después de todo lo sucedido, cuando de no ser por su intromisión…

—¡Cathy! —protestó Mike.

Pero ella lo apartó de su lado. Su ira estaba centrada en la escritora.

—Usted la ha matado, ¿lo sabe? De no ser por usted, Rosalie

estaría aún viva. Espero que no lo olvide nunca hasta el último día de su vida. Y espero también que esa carga le pese en la conciencia hasta enloquecerla. No quiso escucharnos, ¿no es así? Le dijimos que esto no era de su incumbencia, pero usted no quiso hacernos caso. No nos conocía, tampoco a Lilian, y no tenía ningún derecho a venir aquí a revolver nuestras vidas. Pero usted hizo oídos sordos y ahora ha muerto también Rosalie. Rosalie… —Se calló de repente—. Échala de aquí, Mike —susurró—. Échala.

—Óigame bien, señorita —intervino bruscamente Lovick—. Estamos dispuestos a comprender el estado de nervios en que se encuentra, pero todo tiene un límite.

—¡Échenla!

—Soy oficial de policía y le comunico que la señorita Purdy se quedará aquí. Usted es la señorita Ware, supongo. Y usted, el señor… —Se volvió mirando a Mike.

—Mike Stevens —respondió el chico, que tenía el rostro alterado—. Nosotros estamos prometidos y a punto de casarnos.

—¿Residen aquí?

—Sí.

—Le sugiero que traiga algo de beber para la señorita. Y si pudiera hablar con el señor Shaw…

—Si es indispensable —irrumpió una voz brusca y cansada desde la puerta.

La señorita Purdy se volvió despacio y vio entrar a Nicholas Shaw.

12

Pese a la impresión por la agresión verbal de Catherine, la señorita Purdy trató de mostrar interés por el testimonio del marido de luto. Él y Shane entraron juntos. Shane, cauteloso, miró a todos por encima sin dar señal de haberla reconocido. Nada podía demostrarle mejor que ahora era una suerte de paria en aquella casa. El aspecto de Nicholas, sin embargo, la sorprendió. Esperaba una personalidad saturnina y peligrosa, pero se encontró con un hombre delgado, algo encorvado y un poco calvo, posiblemente cercano a los cincuenta. Y pese a mostrar signos visibles de tensión, parecía perfectamente dueño de sí mismo. Aguardaba junto a la silla de Catherine a que Mike le sirviera un brandi.

—Creo que todos podríamos beber algo, Mike —dijo. Luego miró a la señorita Purdy sin la menor expresión—. ¿Le apetece una taza de té?

La habría aceptado con gusto, pero negó con la cabeza. Era incapaz de tomarse el té de Rosalie delante de Catherine. También los demás rechazaron la oferta, y a continuación Lovick manifestó sus formales condolencias por lo ocurrido.

—Como comprenderá, señor, debo hacerle algunas preguntas. Si prefiere esperar hasta recuperarse un poco de la primera impresión…

—No, no, adelante, inspector. Mejor terminar cuanto antes. Él es Gibbs, por cierto, mi abogado.

Subrayó con cierto énfasis la última palabra, y Lovick se preguntó si aquello era una advertencia para que fuera con cuidado con las preguntas. Asintió a Shane y luego clavó los ojos azules en Catherine, que había tomado un poco de brandi y se agarraba a los reposabrazos de la silla con crispación.

—Antes que nada —dijo Lovick—, querría saber por qué motivo la señorita Ware considera a la señorita Purdy responsable de la muerte de su hermana.

Mike hizo un movimiento brusco.

—Disculpe, inspector, eso no es del todo correcto. Cathy estaba fuera de sí hace un momento. No sabía lo que estaba diciendo.

—Te equivocas, Mike —dijo Catherine—. No me retracto de una sola palabra.

—Pero no puedes pensar que…

—Lo repetiré si es lo que quieren. Ha sido la intromisión de la señorita Purdy la que ha matado a Rosalie. El hecho de que fuera a la policía a revolverlo todo la asustó y le hizo perder la cabeza. ¿Qué creen que le provocó la migraña ayer? La preocupación, claro. Luego, por la noche, no aguantó más y… y… —Le temblaban los labios y tuvo que interrumpir su discurso.

—¿Debo colegir, señorita, que según usted su hermana se ha suicidado? —preguntó Lovick con los ojos muy brillantes.

—Claro. ¿Qué si no…? —Catherine volvió a callar y por un instante sus ojos se abrieron de par en par con horror, pero al fin sacudió la cabeza como si quisiera apartar los pensamientos que la atormentaban—. No, no puede ser más que un suicidio. Por culpa de la señorita Purdy, Rosalie perdió la cabeza. Precisamente cuando ya estábamos convencidos de que la anterior desgracia estaba ya superada…

—¿Se refiere a la muerte de la señorita Kemp?

—¿A qué si no?

Shane se había acercado a la silla de la chica, y le estrechó una mano con fuerza.

—Cathy, por amor del cielo…

Lovick lo interrumpió.

—Y ahora, señorita Ware, quizá podría decirme por qué la muerte de la señorita Kemp preocupaba a su hermana hasta el punto de empujarla al suicidio.

Catherine lo miró horrorizada, dándose cuenta demasiado tarde de

la trampa en que había caído.

Nicholas soltó el vaso, que tintineó.

—¿Le parece una pregunta apropiada, inspector?

—En absoluto —farfulló Mike entre dientes—, y si Gibbs fuera un abogado competente habríamos impedido que Cathy abriera la boca.

—Me parece que ya había hablado demasiado antes de llegar yo —replicó secamente Shane.

Lovick, expectante, no dijo nada.

Catherine tragó con esfuerzo. La señorita Purdy la observó mientras la muchacha buscaba desesperadamente una vía de escape.

—Rosalie era… era amiga de Lilian. Y como es comprensible, todo este discurso sobre homicidios le ha afectado.

—¿Hasta el punto de empujarla a suicidarse?

Mike intervino de nuevo.

—Pero ¿estamos seguros de que ha sido un suicidio? Rosalie no estaba bien, no conseguía dormir, así que, como muchas otras veces, salió a tomar un poco el aire. Lo hacía a menudo, no era nada extraordinario. Le gustaba pasear de noche.

—Es cierto —dijo Nicholas.

—Bien. Estuvo caminando por la orilla del río y…

—¿Y cogió prestada la barca de la señorita Purdy para volver a casa? —insinuó Lovick, que continuaba escrutando a Catherine.

—¿Por qué descartarlo? —replicó Mike—. No había muchas posibilidades de que la señorita Purdy fuera a usarla, ¿no? Luego, en la maldita barca se habrá abierto una vía, o se le habrá enganchado un remo en las algas…

—O sea, que usted defiende que ha sido un accidente.

—No me parece que haya ningún elemento que lo contradiga, al menos por el momento.

—Salvo que ella tenía terror a las barcas —intervino John.

Los ojos de Mike se cruzaron con los de la señorita Purdy.

—Le ha contado todo a las autoridades, ¿eh? —le dijo afable—. En fin, eso no era más que una cuestión anímica. Rosalie habría

utilizado una barca si hubiera necesitado volver a casa con urgencia, créame.

—¿Y usted, señor? —le preguntó Lovick a Nicholas.

—¿Cómo?

—¿Usted no se ha formado ninguna opinión acerca de la muerte de su mujer?

Nicholas estaba rellenando el vaso en ese momento. Soltó la frasca y miró a su abogado.

—Habla tú primero, Shane.

—Yo no adelanto nunca hipótesis sin tener en la mano hechos concretos —dijo Gibbs.

—Muy sabio —convino Nicholas—. Aun así, una suposición yo sí me atrevo a hacer. —Hizo una pausa. Luego sus labios delgados se crisparon en una rara expresión—. Si quiere saber quién ha matado a Rosalie, se lo digo ahora mismo, inspector.

—¿Y bien?

—Ha sido Lilian.

Lovick puso los ojos en blanco.

—¿Se refiere a Lilian Kemp?

Nicholas asintió.

—Vamos a ver… —El inspector se recompuso—. Está hablando en sentido figurado, ¿no es así?

—¿Eso cree?

Lovick enrojeció.

—No estará acaso tratando de venderme una historia de fantasmas, ¿no?

—No estoy tratando de venderle nada. Atengámonos a la especialidad de Shane, es decir, los hechos. Es un hecho que Waterside Cottage ejercía una suerte de fascinación enfermiza en Rosalie. ¿No es así, Cathy?

Cathy asintió, tratando de evitar con cuidado la mirada de la señorita Purdy.

—¿Debido a la muerte de Lilian? —preguntó John.

Nicholas lo miró.

—Exacto. No cabe duda de que, al menos para Rosalie, Waterside Cottage estaba embrujada. Creo que tenía una llave que utilizaba para ir ella sola a la casa de vez en cuando. Y al volver, tenía un aspecto horrible. Una vez, Cathy la siguió preocupada por ese lugar que tanto afectaba a su hermana, donde pudo comprobar que en verdad era así, y como recompensa se llevó una buena bofetada. Rosalie le ordenó que la dejara en paz o que se buscara otro lugar donde vivir.

La mano de Cathy bajó.

—Nick, no…

—Lo lamento, querida, pero esto demuestra cómo era Rosalie. Y es verdad —continuó, ahora mirando a Lovick— que luego se arrepintió, cuando volvió del todo en sí, y estoy seguro de que se habría sentido muy perdida sin Cathy. Nosotros, Rosalie y yo, nos habíamos distanciado, y no supe cómo ayudarla, pero ahora eso ya no importa. —Hizo una pausa—. Sin embargo, creo que Mike tiene razón, al menos en parte. Creo que Rosalie fue a la casita ayer por la noche.

—¿Aun sabiendo que la señorita Purdy podía estar allí?

—Quizá fue *precisamente* porque la encontraría allí. Quizá quería hablar con ella en privado. Y cuando vio que no estaba…, pues…, supongo que decidió volver a casa; y en ese punto es donde entra Lilian. Creo… —Nicholas suspiró profundamente—. Creo que Lilian la indujo a subir a la barca y a volver por el río. O quizá Rosalie estaba convencida de que lo lograría, lo que es casi lo mismo. En otras circunstancias jamás habría elegido la barca. Lo que sucedió después no es ni más ni menos que una cuestión de psicología. Rosalie esperaba la repetición de todo lo que ocurrió en el pasado y, como un calco, la tragedia se ha producido de nuevo. Y por eso creo que ha sido Lilian quien la ha matado.

—¿Autohipnosis? —sugirió John.

—Algo así —respondió Nicholas asintiendo.

Lovick dijo con cierto fastidio que todo era interesante, muy interesante.

—¿Y qué hacía su mujer en la casita en sus pequeñas excursiones, señor Shaw?

—Quién sabe. Quizá sesiones de espiritismo, según creo. Intentaba ponerse en contacto con Lilian, supongo.

—¿Ella sola?

—Nunca he tenido conocimiento de que hubiera más personas con ella.

—¿Y por qué quería ponerse en contacto con Lilian?

—Eso no lo sé. No me hacía partícipe de sus confidencias.

Pero no era difícil intuirlo, pensó la señorita Purdy. Rosalie había estado muy celosa de la relación entre Lilian y Nick. Lilian había muerto, quizá por un accidente o quizá no. Rosalie, a su manera, y para recuperar la serenidad de ánimo, estaba tratando de descubrir la verdad. Quizá la noche anterior por fin la había encontrado.

Y no fue precisamente bueno para ella encontrarla.

Lovick cambió un poco el enfoque.

—¿Alguno de ustedes estuvo en la casa ayer por la noche?

Mike lo miró.

—¿Quiere saber si alguno de nosotros la siguió?

—Eso o si alguien decidió ir allí por iniciativa propia.

—Yo no. Y para ser sincero, dormí mejor que cualquiera de las noches pasadas. Y estoy seguro de que también Cathy…

—Deje responder a la señorita.

Cathy movió la cabeza sin decir nada.

—¿Y usted, señor? —Lovick se dirigió a Nicholas.

—No, cómo se le ocurre.

—Usted no podía ignorar que su mujer había salido, ¿no?

—En realidad, dormíamos en habitaciones separadas desde…, en fin, desde hace un tiempo. Ella se retiró a su dormitorio a su hora, sobre las diez, diría, y esa fue la última vez que la vi.

—¿Y usted, señor Gibbs? —dijo el inspector mirando al abogado.

—Yo no estaba —respondió Shane—, me fui a mi casa, a Southbury.

—Pero siempre pudo volver atrás con el coche y…

—Pude, pero no lo hice.

Lovick los miró a todos, de uno en uno: el abogado, un tipo de aspecto impecable; el marido, que parecía oprimido por un gran peso, aunque quizá no de naturaleza emocional; el joven Romeo, una persona como es debido, al menos en apariencia; y al fin, Catherine, una muchacha más proclive a hablar en pleno ataque de furia que cuando conseguía mantener la sangre fría. Y quién sabe, quizá ella también tenía un móvil, teniendo en cuenta que su agitada existencia dependía en buena parte de los caprichos de su hermana neurótica. Todos dormían solos, se podía presumir, así que todos tuvieron la oportunidad. Cualquiera habría podido llenar de tierra un calcetín y usarlo como arma para golpear la cabeza de una mujer que no sospechaba nada. Y si había sido alguno de ellos quien mató a Lilian Kemp, o si conocía la identidad del asesino, de nada servía buscar un móvil sólido: Rosalie sorprendió al intruso buscando el libro en la casa y sucedió lo inevitable. Todos sabían que ese libro era una pista. Ahora Lovick no tenía más que descubrir quién era Dennis, y qué papel tenía en la tragedia, aunque…

—¿Por qué ha hecho esa pregunta? —preguntó de repente Catherine.

Lovick se esforzó en recordar a qué pregunta se estaba refiriendo la chica. Ah, ya, a la de si alguno de ellos había ido a la casa la noche anterior.

—Porque quiero saber la verdad, señorita, por eso —le explicó.

—Pero es una idea absurda. De haber sabido que Rosalie iba a la casa, la habríamos detenido. Y de encontrarla allí, habríamos… —Justo en ese momento le vino a la mente la idea que se había negado a admitir poco antes. Pero esta vez no podía zanjarla de un manotazo. Miró al inspector horrorizada y aferró con fuerza los reposabrazos de la silla—. No. —La palabra sonó como poco más

que un susurro horrorizado—. No.

Shane tradujo aquel susurro a palabras audibles.

—¿Acaso está sugiriendo, inspector, que Rosalie fue asesinada?

—Exactamente —dijo Lovick.

—Y supongo que tiene buenísimas razones para afirmar algo así.

—Como es natural, sí.

—¿Podemos saber cuáles son?

Lovick los miró de nuevo de uno en uno. En sus rostros pasmados había una expresión de incredulidad. Gibbs parecía el único del grupo capaz de hablar. Uno de ellos es un actor malditamente bueno, pensó Lovick. Salvo que todos sean inocentes, claro.

Pero eso no lo creía ni de lejos.

Los dejó esperando así unos segundos, luego pasó a explicarles las conclusiones del forense.

—La señora fue golpeada en la cabeza antes de caer al agua. Tiene un hematoma en la nuca, justo detrás de la oreja derecha.

Mike recuperó la voz.

—¿Y no es posible que el golpe fuera después…, contra la barca?…

—No, señor Stevens, imposible. La señora fue golpeada dentro de la casa, justo al entrar, de hecho. Con algo suave; un calcetín lleno de tierra, en mi opinión, sobre todo porque hemos encontrado restos de tierra en el suelo de la cocina. —La voz del inspector se endureció —. De manera que ya pueden ir todos olvidando sus fantasiosas hipótesis de que es un suicidio, de hipnosis y demás. Esto es un crimen puro y duro, y uno de los más feos en los que haya trabajado. Así que partiremos de ahí.

La reacción de Nicholas fue incandescente.

—¿Por qué tiene que concluir que ha sido uno de nosotros?

—Pues porque, señor Shaw, hemos encontrado también tierra en la barca de la casona. Por eso.

—¿¡En la barca!? —exclamó Nicholas sorprendido—. Entonces piensa que uno de nosotros cogió la barca y…

—Exactamente eso es lo que pienso.

—Escúcheme bien —interrumpió Shane con brusquedad—. El cobertizo no está cerrado con llave, y tampoco la finca. Cualquiera pudo haber entrado y cogido la barca.

—¿Quién, por ejemplo?

—No sé, un vagabundo, un cazador furtivo…

—O Dennis —dijo la señorita Purdy.

En ese momento incluso Catherine la miró.

A la señorita Purdy no se le escapó la rápida mirada que cruzaron Shane y Nicholas. Entonces estuvo segura de que ese nombre significaba algo para ambos, y no menos segura de que ninguno de los dos lo iba a admitir.

—Muy bien —dijo Lovick—, ahora mismo iba a por ese personaje. ¿Alguno de ustedes tiene información que aportar al respecto? —Esperó. Nadie abrió la boca—. De acuerdo, entonces procedamos sin más demora—. Señaló con el dedo—. Usted, señor Shaw, ¿conoce a alguien que se llame Dennis?

Ahora Nicholas tenía la situación bajo control, y en sus ojos se insinuó una expresión prudente que hasta un momento antes no tenía.

—¿Dennis? Teníamos un jardinero con ese nombre hace tiempo, pero…

—¿Alguna relación con la señorita Kemp?

—Lo dudo. Era un hombre del pueblo, nacido y crecido aquí. Recogía cañas y limpiaba los canales de drenaje antes de empezar a trabajar para nosotros. No creo que en toda su vida saliera más allá de Norwich o de Yarmouth.

—¡En toda su vida! ¿Quiere decir que está muerto?

—Hará unos treinta años —dijo Nicholas—, cuando yo era aún un chiquillo. Y pensándolo bien, no se llamaba Dennis, sino Daynes.

La señorita Purdy pensó que un médico debería supervisar la tensión arterial al inspector. No era bueno para la investigación que cada mínimo detalle lo alterase tanto.

Luego se dio cuenta de que Shane la estaba mirando, y dedujo que

él también tenía problemas. Si las miradas mataran, desde luego no habría médico que la pudiera salvar. No solo por el hecho de haber sacado a colación el nombre de Dennis, sino porque de no ser por ella ese nombre no habría aparecido jamás en la investigación. Sin embargo, de alguna forma, pensó la señorita Purdy perpleja, Dennis era una especie de escapatoria para todos. Porque si fue Dennis quien mató a Lilian y ahora a Rosalie, los demás quedaban descartados de inmediato. Entonces, ¿por qué estaban tan empeñados en ocultar ese nombre?

—Parece que la señorita Purdy ha hecho los deberes —dijo Shane —. Nos preguntó por él ayer por la tarde.

—¿Y qué le dijeron?

—Que no habíamos oído jamás hablar de él.

—¿Todos?

Parecía que sí.

—Si es importante —dijo Nicholas—, ¿por qué no preguntar a los amigos de Lilian? Al fin y al cabo, el libro estaba en la casa, ¿no?

—¿Cómo sabe usted del libro? —intervino John—. Usted no iba a bordo del Nicola la otra tarde, ¿no?

—Bueno, durante la cena no hablamos de otra cosa.

—¿Su mujer estaba presente?

—No. Se había retirado a descansar al piso de arriba y… —Nicholas se interrumpió—. Oiga, ¿de verdad es tan importante esta historia? ¿Sospecha usted que el asesino es el misterioso Dennis?

Lovick respondió de inmediato que aún no sabían quién era el asesino.

—Pero si la señorita Purdy está en lo cierto, el libro que podría ayudarnos a dar con él ha desaparecido, y es muy posible que lo cogiera precisamente usted la otra noche. Usted o uno de sus amigos. Su mujer se involucró con esa persona y la han hecho callar definitivamente. Eso, sin embargo, solo señala a uno de ustedes, porque nadie más sabía que el libro estaba allí, o como mínimo que la señorita Purdy lo había encontrado.

—Pero ¿por qué…?

—Hubo otra muerte aquí hace seis meses, ¿o ya lo han olvidado?

—Pero aquello fue un accidente.

—También la policía puede equivocarse. Exhumaremos el cuerpo, si es necesario, y comprobaremos si la cabeza de aquella pobrecita también sufrió daños parecidos.

—¿Cuántas veces tenemos que repetirlo? —exclamó Catherine con voz crispada—. No conocemos a nadie que se llame Dennis.

—Es cierto que me lo han repetido un montón de veces —dijo Lovick—. Ahora solo tengo que descubrir quién de ustedes miente.

A continuación, el inspector decidió interrogarlos de uno en uno, y para eso utilizó una sala pequeña que había al otro lado del vestíbulo. Aunque a veces se sintiera valiente, a la señorita Purdy no le gustaba tener que seguir en la casa con los demás; y como parecía improbable que Lovick fuera a invitarla a asistir al interrogatorio, decidió salir un rato al jardín.

Ya casi había cumplido lo que le prometió a Lilian, pensó, y ahora todo estaba en manos de la policía. Mejor volverse a Londres, porque ya no podía quedarse en la casita y seguir haciendo sufrir a Catherine. Se sentía muy deprimida mientras vagaba entre los arbustos rodeando un colorido parterre muy bien cuidado. Amaba las flores y tenía ciertos conocimientos de plantas, pero aquel día, el parterre que tenía delante, aun siendo admirable, no le parecía para nada extraordinario.

Luego, de repente, vio una caléndula marchita. Una nota que desentonaba en toda aquella perfección.

La señorita Purdy se agachó con el impulso de arrancar esa flor discordante, pero su sentido de la lógica y su curiosidad tomaron el mando. Aquella caléndula había florecido como las demás que tenía al lado, pero algo la había estropeado. Y le bastó un instante para comprender lo ocurrido. Alguien había sacado un puñado de tierra justo detrás de la flor, afectando a las raíces.

La señorita Purdy se incorporó con gran malestar. Sabía con

seguridad dónde había acabado aquel puñado de tierra, y no era un pensamiento agradable. Miró hacia la casa, parada ante la puerta lateral que tenía enfrente. Alguien salió por allí, la noche anterior, con un calcetín en la mano o algo parecido, luego fue al parterre de las caléndulas y…

Alguien que no necesariamente tuvo que dormir allí. Shane Gibbs, por ejemplo, se quedó un buen rato después de la cena, y pudo deslizarse afuera en cualquier momento a preparar su cachiporra improvisada. Y quizá no fue directamente a casa, sino que aparcó el coche en algún lugar escondido y volvió sin ser visto al cobertizo de las barcas. Luego…

La señorita Purdy fue consciente entonces de lo sola y vulnerable que se encontraba, a plena vista desde cualquier ventana de ese lado de la casa. El descubrimiento que acababa de hacer, aun sin ser decisivo, representaba una pieza más para relacionar al asesino de Rosalie con la casona… y quizás en ese mismo momento el culpable estaba pensando que con su intromisión ya había descubierto bastante. Recordó entonces la expresión de rabia y antipatía que acababa de ver en los ojos de Catherine poco antes. Y luego Shane, que la había mirado con un gesto de amargo resentimiento; Mike, con su rostro afligido y cargado de tensión; Nick, que le había parecido cansado y atormentado. Todos estarían encantados de perderla de vista, pensó.

Sintió un escalofrío de pánico cuando oyó que se abría la puerta lateral.

13

Era Mike.

El impulso inmediato de la señorita Purdy fue echar a correr. A toda prisa, lejos de aquella gente. Pero recuperó el control y decidió esperar con una expresión circunspecta y, esa era al menos su esperanza, del todo inocua. No es que hubiera un verdadero peligro allí fuera, a la luz del sol y a la vista de los que estaban dentro. Y aunque los sospechosos no estuvieran bajo vigilancia en aquel momento, sus movimientos podían reconocerse al instante, por lo que nadie se arriesgaría a cometer un homicidio en aquellas condiciones. Y menos que nadie, Mike, que le parecía tan simpático. Él no llegó a conocer a Lilian y se estaba preparando para casarse con Cathy, cosa que lo excluía de forma automática del papel de malvado de aquella historia.

Así que la señorita Purdy esperó.

El hermoso rostro del joven tenía una expresión tan afligida que le impresionó.

—Señorita Purdy —dijo él—, quisiera hablar con usted un momento.

—De acuerdo —dijo ella sorprendida y agradecida de que alguien de la casona quisiera dirigirle la palabra—. ¿Ellos…, en fin, ya lo han…?

—¿Quiere decir si me han interrogado? Sí, han acabado, al menos conmigo. Así que me han dicho que me quitara del medio y han ido a hablar con los demás. —Dio un golpecito a unas hierbas con la punta del pie—. Parecen estar bastante seguros de que todo está relacionado con Lilian, y como yo no la conocí no he podido ayudarles mucho. Pero quisiera hablarle de Cathy. Quiero dejar claro que ella… —Interrumpió la frase de golpe y se quedó mirando la

caléndula marchita. Por un instante pareció confundido, porque había comprendido el significado de aquella flor mucho más rápido que ella. Pero se recompuso casi al instante y continuó con lo que estaba diciendo—. Quería asegurarme de que usted no sospecha de Cathy. En la muerte de Rosalie, quiero decir. Comprendo que de un modo u otro todos podemos ser sospechosos, pero pensar que Cathy…, en fin, me parece del todo ridículo. Ella es la hermana… —Volvió a callarse.

—¿Se querían? —preguntó la señorita Purdy.

—Se adoraban, aunque… Bueno, ya ha oído cómo era Rosalie, ¿no? Irascible, neurótica, siempre atormentada por lo de Nick y Lilian. Era un infierno vivir con ella, y si me lo pregunta…

—Sí, precisamente quería preguntárselo, señor Stevens.

Él sonrió de repente.

—Hasta ayer era Mike, ¿recuerda?

—Mike, entonces.

—Bien, eso facilita las cosas. —El joven siguió dando pequeños puntapiés a la hierba—. Si me lo pregunta, decía, Nick tiene un móvil más fuerte que cualquier otro para querer quitársela de en medio. Y la verdad es que no podría enfadarme con él, si realmente lo ha hecho. Rosalie lo ha torturado hasta lo insoportable estos últimos meses.

—¿De qué manera?

—Pues no lograba quitarse de la cabeza que entre Nick y Lilian había ocurrido algo. Shane trató de hacerlos desistir de la idea de divorciarse porque no había ninguna prueba de adulterio, pero ella seguía mortificándose. La muerte de la chica no hizo más que empeorar la situación. Fue como si creyera que Lilian se le había escapado de alguna forma y empezó a desahogarse con Nick, que no volvió a tener sosiego. Pero cuando creíamos que la situación se estaba calmando, llegó usted y lo puso todo patas arriba. —Mike miró la caléndula—. Ayer discutieron encendidamente. Y fue esa discusión la que provocó la migraña de Rosalie. ¿Comprende ahora por qué Cathy está enfadada con usted?

—Sin embargo, creo que ha demostrado un notable autocontrol —observó ella.

Mike sonrió de nuevo.

—Señorita Purdy, me resulta usted muy simpática, pero le advierto que por aquí soy el único que le cae así. Siga mi consejo y márchese lo antes posible; ya desenredaremos nosotros solos esta maraña. No me malinterprete, por favor, le hablo como amigo.

—Estoy segura de ello y aprecio sus sentimientos, pero…

—¿No quiere marcharse?

—No creo que me lo vayan a permitir, al menos hasta que esta historia esté resuelta.

—Bueno, yo lo he intentado. No querría que le sucediera algo, pero si insiste en seguir curioseando…

—¿Cree usted que estoy en peligro?

—Creo que estamos todos en peligro —dijo él abatido—, y que usted es la única que puede escapar.

Siguieron hablando un poco más. La señorita Purdy pensó que al joven se le veía infeliz y que la muerte de Rosalie no era su única preocupación. Estaba inquieto, incómodo, confundido; y por la forma en que se le había ensombrecido la mirada al mencionar a Shane, intuyó que no estaba seguro ni siquiera de Catherine. Y al final, fue el propio Mike el que lo admitió en un amargo desahogo.

—Me gustaría que ese tipo no estuviera siempre de por medio. Pero, claro, como es el abogado de Nick, nadie puede echarlo, aunque no puedo quitarme de la cabeza que durante un tiempo él y Cathy fueron… —No acabó la frase.

—A usted no le gusta este sitio, ¿no es así, Mike?

Él respondió con franqueza que allí se sentía como pez fuera del agua.

—Yo no soy como esta gente. Para mí la vida ha sido difícil. Si hace veinte años usted me hubiera dicho que andaría frecuentando villas nobles y personas con traje de noche, me había reído en su cara. O escupido, más probablemente —dijo con una sonrisa—. Yo no he sido nunca lo que se dice un buen chico.

A ella le pareció difícil de creer.

—¿Dónde nació usted?

—En Wapping. Mi padre era un marinero que se emborrachaba a menudo y mi madre…, en fin, dejémoslo correr. ¿Le sorprende?

—Sí. ¿A Cathy también?

—No lo sé. Nunca se lo he contado. Ella cree que mi padre era empleado de banco, el trabajo más respetable que se me ocurrió en aquel momento. Y los empleados de banco siempre están casados legalmente, claro. De todas formas, nunca le he contado la verdad a Cathy sobre mi pasado.

La señorita Purdy le sugirió con amabilidad que cometía un error.

—Siempre es un error engañar a la gente, y es todavía peor seguir haciéndolo sin rectificar el error.

—Pero en esta ocasión no. Hay demasiada competencia, ¿sabe? Ella no tardaría nada en volver con Gibbs.

La señorita Purdy no respondió a ese punto.

—¿Cómo se gana usted la vida?

—Dibujo tiras cómicas. Como profesional autónomo. Siempre me ha gustado dibujar, ¿sabe? Puede ver mis obras en *Punch*.

Admitió con ciertos remordimientos que no leía una de esas revistas desde hacía casi dos años, cuando hojeó una por última vez en la sala de espera del dentista.

—Ah, vaya —dijo él tomándoselo con filosofía—, en ese momento aún no colaboraba con ellos.

—¿Qué hacía antes?

El rostro del joven se ensombreció.

—Pues… andaba de acá para allá. Antes estuve en el ejército, claro, luego aceptaba cualquier trabajillo que me saliera, incluso de friegaplatos. Poco después empecé a salir con algunos artistas y dibujantes, más o menos en la época que conocí a Gibbs. Él me presentó a Cathy y…, en fin, nos entendimos.

La señorita Purdy se tomó tan en serio la advertencia de Mike que

decidió marcharse de la residencia de los Shaw sin más demora y volverse a Waterside Cottage. Mandó una nota a Lovick para justificarse, añadiendo algunas palabras sobre la caléndula marchita.

Su primera intención fue volver a pasar por el camino por el que había venido, pero luego recordó que ese sendero aislado quedaba oculto a cualquier mirada en gran parte de su recorrido, y eso planteaba la ocasión perfecta para un posible agresor. De manera que decidió, no sin cierto pesar, coger prestada la barca y ponerse a remar. Esa barca ya había sido utilizada una vez después del homicidio, por lo que sería imposible dañar supuestas pruebas. Y una vez en el agua, el único peligro que iba a correr era el de su impericia como remera.

Hacía al menos veinte años que no subía a una barca sola, y durante los primeros y precarios segundos no estuvo tan segura de que fuera menos peligrosa que el sendero solitario. Pero una vez sobrevivió a los movimientos preliminares, empezó a sentir incluso cierta euforia. Aunque, para ser sinceros, habría sido mejor no llevar puesto su mejor vestido, así como el sombrerito color ciruela, que tampoco era la mejor elección para echarse a remar. Por suerte, corría una brisa nocturna y el agua estaba en calma. Con esas condiciones era muy difícil fracasar en su aventura incluso para una soltera de cincuenta y cinco años, en baja forma y vestida de un modo del todo inapropiado.

Difícil o no, consiguió llegar a la orilla de la casa, donde el agua apenas cubría poco más de medio metro. Las ovas entre el limo ondeaban en una suerte de madeja cercana a la superficie, y fue justo en una de esas marañas donde se le enganchó un remo. La sacudida hizo que se le cayera de la mano y, para recuperarlo, su peso hizo balancearse tanto la barca que por poco vuelca. Pasó casi un minuto hasta que la señorita Purdy se sintió de nuevo en condiciones de seguir remando, y en cuanto alcanzó tierra firme se prometió que aquel había sido su último intento de conducir una embarcación. No la ayudó nada recordar que justo allí, en aquella zona de aguas poco profundas, habían muerto Lilian y Rosalie.

El policía de guardia en la casa lo había visto todo, y tendió la mano para ayudarla desde el poste de amarre.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Bien, gracias —lo tranquilizó—. Pero será mejor que en el futuro deje este tipo de actividades a los jóvenes.

El agente se secó la frente después de ponerla a salvo, y estuvo muy de acuerdo con lo que ella acababa de decir. Había sido un momento complicado, pensó. El agua está bien si uno va en traje de baño, no de uniforme, y no le habría gustado nada la idea de tener que saltar al río para salvar a la mujer. Debía de ser una mujer fuerte, pensó mientras la observaba recolocarse el sombrerito. Casi todas las mujeres que conocía habrían sufrido un ataque de nervios en esa situación.

—Creo que me haré una taza de té —dijo la señorita Purdy—. Pondré el agua al fuego y… —Dio un respingo cuando la puerta de la cocina se abrió dando un golpe contra la pared—. Santo cielo, ¿qué es…?

Se volvieron ambos y vieron al sargento Potter saliendo de la casa con un cuaderno de notas en una mano y palpando a ciegas con la otra, o eso parecía, ante ellos.

El corazón de la escritora empezó a latir de forma alarmante. Olvidándose del té, se dirigió enseguida hacia el hombre.

—Sargento Potter, ¿qué ha ocurrido? —Lo cogió de un brazo y el cuaderno cayó a la hierba.

El sudor corría por el delgado rostro del policía, que respiraba con dificultad.

—Ella me ha… me ha cogido. Ella, ella…

La señorita Purdy lo zarandeó con fuerza.

—Tranquilícese, aquí está a salvo.

El sargento Potter la miró como miraría un ciego, luego se soltó y dio algunos pasos tambaleándose por la hierba hasta que al final se desplomó. Empezó a temblar y luchó por controlarse, mientras el otro agente, alarmado, sacaba una petaca de brandi. La señorita Purdy, mientras, se había agachado a recoger el cuaderno, que

contenía muchas páginas transcritas y otras redactadas a bolígrafo con una caligrafía firme y legible. Pero la última página, aunque escrita con el mismo bolígrafo, presentaba una caligrafía distinta, fatigosa, casi escolar, como si su autor hubiera perdido la práctica de escribir hacía mucho tiempo. La señorita Purdy reconoció enseguida esa caligrafía. Era la misma de la portadilla del libro.

Lilian había logrado escribir dos palabras usando la mano y el bolígrafo del sargento Potter antes de que él, en pleno ataque de pánico, se precipitara afuera, al aire libre.

Y las dos palabras eran: «Shane también».

Cuando regresaron Lovick y Crawford, poco después, el sargento ya casi había vuelto en sí, y pese a los chistes mordaces de Lovick, Potter se negó rotundamente a entrar de nuevo en la casa.

La señorita Purdy, en cambio, entró con toda tranquilidad y salió al momento con un libro. Lo abrió por la portadilla y señaló el nombre escrito, «Lilian Cecily Kemp».

—¿Lo ve, inspector? Las dos caligrafías son muy parecidas.

Lovick se quedó un poco aturdido, pero solo un momento.

—¿Y qué? Usted no niega haber escrito esas palabras, ¿no?

—Pero no sabía que las estaba escribiendo —dijo Potter muy serio —. Se lo juro, señor. No recuerdo siquiera haber cogido el bolígrafo. Cuando lo he visto en mi mano y escribiendo cosas en las que ni siquiera había pensado…, en fin, por poco me da un ataque. —Se estremeció—. Por eso, señor, puede degradarme si quiere, pero yo a esa casa no entro más. Ni por un millón libras, señor.

John intervino antes de que Lovick pudiera replicar.

—Oiga, Potter, ¿cómo se llama el nuevo abogado de Southbury?

Potter lo miró parpadeando.

—No tengo ni la más remota idea. Yo nací y crecí en Wrexley. En Southbury solo he estado una vez y fue hace muchos años.

—¿El apellido Gibbs le dice algo?

El sargento negó en silencio.

—Entonces, ¿qué cree usted que significan esas dos palabras?

Potter negó de nuevo con ademán inerme.

—Ni siquiera soy consciente de haberlas escrito. De verdad, señor, cuando me he visto con ese bolígrafo en la mano, yo…

—Está bien —interrumpió Lovick contrariado—. Vale ya con esa cantinela. ¿A dónde quiere ir a parar, Crawford?

—Dice la verdad —respondió John—. No sabía lo que estaba escribiendo. Estaba en trance, como le pasó a la señorita Purdy ante su máquina de escribir. Pero en cuanto al significado de esas palabras… —Miró la página arrugando el gesto—. «Shane también». Quién sabe, quizá es una premonición de que Gibbs puede acabar de la misma forma que Rosalie. O… —Entonces soltó una repentina exclamación—: ¡Claro! «Shane también», es decir, «Shane too». ¿Ven ustedes ese trazo interrumpido encima de la segunda *o*, como si el bolígrafo se hubiera caído? Ha sido justo el momento en que Potter se ha despertado.

—¿Despertado?

—Del trance. Antes de acabar la frase. «Shane took it», eso es lo que iba a escribir. «Se lo ha llevado Shane». Lilian volvía a referirse al libro.

—Pero Gibbs jura que no lo ha tocado.

—Creo que miente.

Lovick volvió a dirigirse al sargento.

—¿Qué me dice de las huellas?

Ahí el sargento pisaba el cómodo terreno oficial. Dijo que las de la señorita Purdy no eran las únicas aparecidas en la librería. Otra persona había manipulado varios libros y dejado huellas claras.

—Gibbs —dijo John convencido—. Estaba buscando el libro. Cuando tomaron el té, antes de que se empezara a investigar un segundo homicidio. Si fuera el asesino, habría sido más cuidadoso.

Lovick no estaba tan seguro.

—Con ese puñado de aficionados no se puede estar seguro de nada. De todas formas, lo descubriremos enseguida. —Miró con poco afecto a Potter—. ¿Se siente usted ya mejor?

—Sí, señor.

Pero todavía quedaba una idea rondando la cabeza de Lovick.

—¿Qué es lo que le despertó justo a media palabra?

—Creo que puedo responder yo a esa pregunta —intervino la señorita Purdy—. Yo…, en fin, estaba en problemas en el río y estoy casi segura de que el agente de guardia me gritó algo. Sin duda fue eso lo que despertó al sargento.

Lovick la miró.

—Tiene usted respuesta para todo, ¿eh? —Pero en su tono de voz no había rencor.

Animada por la relativa bondad del inspector, la señorita Purdy preguntó si había recibido el mensaje sobre la caléndula. Lovick le dijo que no habían encontrado ninguna flor marchita, sino los restos de un tallo recién cortado. Y también que alguien había tratado de nivelar el terreno. Añadió, algo abatido, que lo había hablado con Mike.

—Ha sido muy sincero. Ha admitido enseguida que había visto la flor marchita mientras hablaba con usted y que la había arrancado y nivelado la tierra, justo después de que usted se fuera. Le gusta la jardinería, dice. Una especie de segunda naturaleza para él.

—Lo que podría ser cierto —observó la señorita Purdy.

Lovick soltó un gruñido.

—Solo puedo decir que no me parece que fuera el momento oportuno para ponerse con la jardinería. Aunque, claro, esto no prueba que fuera él quien cogió la tierra para llenar el calcetín. Puede estar encubriendo a otra persona. Quizá a ese Dennis, quién sabe. En mi opinión es alguien de la residencia de los Shaw. —Se volvió otra vez hacia Potter—. Vaya allí y tome las huellas a todos. En cuanto sepamos quién se llevó el libro, podremos interrogarlo a conciencia.

—Sí, señor —dijo Potter, y se marchó lleno de gratitud.

Lovick y John acompañaron a la señorita Purdy a Wrexley, en parte

porque Lovick quería una declaración firmada, pero sobre todo porque ninguno de los dos sabía qué más hacer con ella. La escritora habría sido feliz quedándose en casa y comiendo sola, pero John se opuso de inmediato a la idea; y puesto que la comida en la casona estaba descartada, a la señorita Purdy no le quedó más remedio que quedarse con los dos policías, le gustara o no.

Después de hacer la declaración y firmarla, la dejaron un rato en una triste salita de espera de la comisaría, mientras Lovick se ocupaba de las órdenes y registros que había que poner en marcha para abrir varias líneas de investigación. El inspector aprovechó también la ocasión para echar un vistazo al dosier de Lilian Kemp.

Eran casi las dos cuando entraron juntos al Wrexley Arms a comer algo rápido.

Para entonces, Lovick ya se había reconciliado con la señorita Purdy y toleraba con gusto su compañía. Estaba incluso dispuesto a aceptar que, a la postre, su aportación había sido importante. Adoptó además una actitud casi paternal que ella encontró irritante, sobre todo porque esa suerte de *camaraderie* forzada con la policía la hacía sentir más que nunca una chismosa. No necesitaba oír toda la ayuda que había prestado a esos policías. Tenía muy presente la antipatía suscitada en la casona por haber metido las narices en el asunto, y no conseguía apartar de su cabeza la mirada airada, acusatoria, de Cathy. Sin contar con que el comportamiento a la mesa de Lovick la ponía bastante nerviosa.

—Veamos qué tenemos hasta ahora —dijo el inspector, jovial, pinchando un trozo de su suculento bistec—. En mi opinión hay tres posibilidades. Primera: la señora Shaw ha sido asesinada porque alguien, pongamos que su marido, la quería muerta, para lo cual el culpable la atrajo hacia el río y la golpeó deliberadamente con la esperanza de que todo el revuelo sobre la señorita Kemp sirviera de cortina de humo. Segunda: el revuelo no es en efecto infundado, y la señora Shaw sorprendió a alguien buscando el libro, el cual se vio obligado a matarla para que no lo delatara. Tercera: las suposiciones de la señorita Purdy se estaban acercando peligrosamente a la

verdad, y la señora Shaw ha resultado ser el perfecto chivo expiatorio.

—Porque el asesino esperaba hacernos creer que fue ella quien mató a Lilian —dijo John pensativo—, y que se ha suicidado porque ya no era capaz de soportar el peso de la culpa, ahora que ha salido todo de nuevo a la luz.

—Bueno, no me parece imposible. Y en el fondo la señora Shaw tenía un móvil más sólido que todos los demás para desear la muerte de Lilian Kemp.

—Lo que está claro es que hay que profundizar más en el caso de Lilian antes de seguir en cualquier dirección.

Lovick estuvo de acuerdo.

—Exacto —dijo engullendo un buen bocado de cebolla frita—. Vamos a hacer un repaso de su caso. El veredicto de entonces fue muerte accidental, y puede que también acabe siéndolo ahora, aunque tengamos más de una duda. Cuidado, no estoy formulando ninguna hipótesis *a priori*, pero visto el panorama tiendo a creer que no estamos ante una muerte accidental. Pero lo que tienda a creer yo no es una prueba, como tampoco lo es el mensaje de vuestro fantasma. Lo único que sabemos con seguridad es que Lilian murió ahogada. Pero no sabemos si estaba consciente o no cuando acabó en el agua; solo que aún no estaba muerta.

—¿Se mencionó algún tipo de hematoma en el informe? —preguntó John.

—No, pero el forense fue el veterano Jones, que estaba ya un poco viejete.

«Igual que mi predecesor, el inspector Wolfe», pareció insinuar su tono de voz. La consecuencia era que ahora, con su llegada al puesto, todo iba a ser diferente. De ahí en adelante, el inspector continuó de forma más ecuánime.

—No es que quiera criticar a nadie, que quede claro. En realidad, la muerta no tenía enemigos y el móvil nunca se supo. Es más, no había nada que pudiera sugerir un acto criminal.

—¿Y lo que se ha dicho sobre el divorcio de los Shaw?

—En fin, los interrogados se cerraron en banda respecto a ese tema. Y descartaron también la idea de un posible suicidio. Juraron que la señorita Kemp estaba siempre de buen humor, gozaba de buena salud y no tenía problemas económicos. Además, iba a asistir a un baile. Shane Gibbs fue a recogerla esa misma noche.

—¿Shane? —preguntó la señorita Purdy de inmediato.

—Exacto. Se presentó allí sobre las seis y media para los últimos preparativos del baile.

—Parece muy apegado a esa familia —comentó John.

—Bueno, en aquel momento era el novio de la señorita Ware —le recordó Lovick—. Y también residía en la casona, a la espera de que estuviera listo su piso de Southbury. ¿Le he dicho ya que sustituyó al viejo Burton?

—No, no me lo había dicho.

—En todo caso, se presentó en la casa y Lilian le pidió que la acompañara al pueblo a hacer una visita al médico. Gibbs la dejó delante del consultorio y se volvió a la casona. Esa fue la última vez, por lo que sabemos, que se la vio con vida. En cualquier caso, podemos asegurar que volvió a casa sana y salva.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque los platos del té estaban fregados y colocados. Gibbs los vio en la mesa antes de salir juntos, pero ya no estaban la mañana siguiente. Y todo lo demás estaba en perfecto orden.

—¿A qué hora murió?

—No se sabe. El cuerpo estaba muy rígido cuando lo sacaron del agua. Pudo haber muerto en cualquier momento de la noche en adelante.

—¿Cómo explicaron el hecho de que apareciera en el río?

—No se explicó. Shaw, de todas formas, dijo que ella solía hacer locuras.

—¿Como por ejemplo remar por el río una noche de invierno para librarse de una molesta tos? —dijo John incrédulo.

—Bueno, lo que quiso decir es que Lilian no tenía inconveniente en darse un chapuzón incluso de noche si le apetecía, tal y como ocurre

en el Serpentine cuando la gente se baña en Navidad. Además, salía a menudo con la barca, porque decía que la ayudaba a coger el sueño. Al final, no obstante, Shaw admitió que lo más probable es que Lilian se dirigiera a la casona por alguna razón.

—¿Qué razón?

—No supo decirlo, pero tuvo que ser algo que ocurrió de repente, porque Gibbs la había dejado poco antes. Y también tan urgente como para empujarla a desplazarse por el río con aquel frío. Aun así, todos sabían que estaba un poco chiflada. O al menos eso fue lo que dijo la policía. Shaw además precisó que ese invierno el sendero estaba impracticable en sus casi tres millas de recorrido. Ella no tenía ni coche ni teléfono, y Shaw dijo que él también se habría arriesgado a coger la barca en esas circunstancias.

—¿Qué noche hacía?

—Gélida. No lo bastante para congelar el agua, pero entre las cañas había hielo. Se veían estrellas, pero no la luna. Y el aire era cortante como la hoja de un cuchillo. Podía haberlo conseguido, pese a todo, siempre que hubiera sido capaz de soportar el frío.

—¿Qué creen que ocurrió?

—Que un remo se enredó en las algas. Además, uno de ellos tenía restos cuando consiguieron recuperarlo. Y con eso, por decirlo así, se zanjó el asunto.

—¿No podría tratarse de una pista elaborada a conciencia?

—Claro que sí, pero el jurado no tenía la mente tan suspicaz que tiene la señorita Purdy.

La escritora no entró al trapo.

Pensaba en el riesgo que había corrido esa misma mañana, en la barca, y se preguntaba cuál habría sido su destino en una noche de enero, si el remo hubiera topado con un sólido obstáculo y si en la orilla no hubiera habido un policía dispuesto a darle la mano.

14

Pero Lilian no murió así, recordó. Fue asesinada, y ahora tenía también la palabra de la difunta sobre eso.

La señorita Purdy tenía la sensación de que las dos muertes habían ocurrido de la misma manera, y que si el doctor Jones no hubiera estado un poco «viejete», como decía Lovick, habría encontrado también un golpe bajo el cabello de Lilian. Tenía que haber un sentido en ese patrón, pensó, y había que averiguarlo. A ambas mujeres las dejaron inconscientes, las subieron a una barca y luego…

¿Y luego qué? ¿Cómo se las arregló el asesino para alejarlas de la orilla? No pudo ser con un simple empujón, porque aparecieron muy lejos de tierra como para aceptar esa hipótesis. ¿Remaría él mismo con los cuerpos de las mujeres a bordo y después de alejarse lo suficiente se volvió a nado? ¿En enero? Aparte de la amenaza del cañaveral y la de coger una pulmonía, estaba el riesgo de que alguien lo viera con la ropa mojada, lo que habría requerido dar más de una explicación. Habría sido mucho más fácil usar la barca de la casona para remolcar la otra, llevándola a una distancia aceptable y luego volcándola. De esa forma habría evitado mojarse y se habría ahorrado preguntas engorrosas al respecto.

Sí, seguro que sucedió así, pensó la señorita Purdy satisfecha por haber despejado las dudas que la inquietaban.

Pero si ella era capaz de razonar de esa forma, también la gente de la casona podría llegar a esa conclusión, lo que significaba que el segundo crimen era una copia deliberada del primero, y que un asesino distinto podía haber usado el mismo modelo. Nicholas Shaw, por ejemplo.

Nicholas podría haber matado sin dificultad a su mujer, y también a

la misma Lilian. Como había recordado Mike, Rosalie no había hecho más que maltratarlo en los últimos seis meses, después de un año entero víctima de los celos y las sospechas. Y el día anterior tuvieron una discusión que provocó una migraña a Rosalie. Seguramente llegó al límite de lo soportable. En semejantes circunstancias, la reapertura del antiguo caso le habría supuesto una vía de escape, la cobertura ideal para un segundo homicidio. Bastaría con repasar todos los detalles del primer crimen, al menos los que conocía él.

Y quién sabe, a lo mejor los conocía incluso demasiado bien, pensó la señorita Purdy. Al menos hasta donde podría conocerlos el asesino de Lilian…

Pero esa hipótesis, aun siendo plausible, dejaba fuera de juego a Dennis y al libro robado.

—¿Qué sabemos de las coartadas? —preguntó de repente la señorita Purdy—. En la muerte de Lilian, quiero decir.

Lovick respondió que nadie se había preocupado de comprobarlas en profundidad, puesto que se concluyó que fue una muerte accidental. Según las declaraciones de los principales interesados, los cinco estuvieron cenando juntos en la casona. Gibbs llegó a esa cena después de dejar a Lilian en el consultorio. Mike llegó más tarde, porque se había perdido por las carreteras oscuras y poco familiares de Norfolk. Llegó justo cuando los demás terminaban de cenar.

—¿Era su primera visita a la casona? —dijo John.

—Era la primera vez que venía a Norfolk, o eso dijo él. Ya conocía a Catherine y a Gibbs, pero no a los Shaw ni a Lilian Kemp.

—¿Qué hicieron después de la cena?

—Vieron la televisión y después se acostaron. Todos en habitaciones distintas. Por lo que nada impedía a ninguno de ellos salir en barca y cruzar el río, como en el caso de hoy. Ni llevarse un calcetín lleno de tierra, claro.

—¿Quién hizo el descubrimiento?

—Catherine. A la mañana siguiente. Quería llevar a Mike a dar una vuelta en coche y presentarle a Lilian, puesto que él iba a ser su

acompañante en el baile. Catherine bajó a la orilla para avisarla de que iban para allá, pero entonces vio la barca volcada y dio la voz de alarma.

La camarera trajo tarta de manzana para los dos caballeros, y helado de fresa para la señorita Purdy.

Lovick atacó su ración con gusto.

—Es extraño, los homicidios siempre me abren el apetito. Y encima, esta tarta es una verdadera delicia.

John jugaba con la cucharilla.

—Si todos tuvieron el medio y la oportunidad, eso nos lleva directamente al móvil.

—No hubo ningún móvil, como creo que ya he dicho.

—Ninguno que sepamos, para ser exactos. Pero ese asunto del divorcio…

—Oh, pero entonces está pensando en Rosalie…

—En todos salvo en Stevens. Y también en Rosalie, claro, porque era una mujer celosa y un poco desequilibrada. Si pensó de verdad que su marido había perdido la cabeza por Lilian…

—Pero siempre podía divorciarse, ¿no? ¿Qué necesidad había de matar a la chica?

—El camino del divorcio no era transitable, según lo que dijo Gibbs. No había bastantes pruebas. Y además Shaw no quería, lo que significa que la chica era un estorbo para él. Ese es su móvil.

—¿Y Catherine? ¿No pensarán que…?

—Ella pudo creer que la única forma de aplacar a su hermana era matar a la chica.

—¿Y Gibbs?

—Estaba enamorado de Catherine, y podría haber llevado a cabo el crimen por amor. O quizá había algo entre él y Lilian que no sabemos. Algo lo bastante grave como para romper su compromiso.

—Y sigue estando Dennis.

Lovick refunfuñó y se sacó un poco de tarta de entre los dientes.

La señorita Purdy se dio cuenta de que, gracias a los interrogatorios, habían reunido mucha información sobre los

habitantes de la casona desde que salieran de allí por la mañana. Nicholas, según parecía, era el único nacido en Liddon. Su familia era propietaria de tierras en la parte más alejada del río desde hacía siglos. Las dos hermanas Ware, en cambio, no tenían raíces en el lugar, pero eran las hijas de un oscuro párroco de campo, titular de una pequeña prebenda en un rincón remoto de Cotswolds. Después de su muerte, cuatro años atrás, las hijas alquilaron un apartamento en Chelsea. El dinero no era problema, puesto que una tía acaudalada, que murió providencialmente, les dejó una buena suma a las dos herederas. Aquel giro afortunado afectó a Rosalie. Ella siempre había aspirado a un estilo de vida lujoso, y esa fue su oportunidad. Durante una distinguida fiesta conoció a Nicholas, y los dos se casaron después de un noviazgo de apenas tres semanas. Según Catherine, ella esperaba que el marido quisiera seguir con ese tipo de vida mundana, pero las cosas tomaron un rumbo distinto.

—Él quería acomodarse y formar una familia, así que la trajo a vivir aquí cortando casi de inmediato toda relación con Londres. Ella no estaba de acuerdo, claro, así que me llamó. Me pidió que dejara el piso de Londres y me viniera a vivir aquí con ellos, como su dama de compañía. Yo acepté, puesto que Rosalie me necesitaba, pero luego… —Catherine echó una mirada melancólica hacia la ventana—, a mí me gusta este sitio. Ojalá le hubiera gustado también a Rosalie, pero por desgracia ella no fue nunca feliz en Liddon. Nick cometió un error al traerla aquí y ponerle bridas.

—¿Cómo entró la señorita Kemp en todo esto? —le había preguntado Lovick.

Catherine palideció de golpe.

—Nick la conoció en Londres, no sé con cuánta intimidad, luego la vio otra vez a principios del año pasado y ella le dijo que estaba buscando una casa en el campo. La de enfrente estaba vacía, y Lilian se trasladó casi de inmediato. A mi hermana no le entusiasmó la idea, debo decir.

—¿Fue eso lo que provocó el distanciamiento entre ella y su marido?

—Creo que sí. Rosalie estaba furiosa, aunque estaba segura de que ya no había nada entre Nick y Lilian. Yo vi cómo la miraba algunas veces. Era como si…

—¿Como si quisiera librarse de ella? —sugirió Lovick.

—Si lo que quiere decir es que habría querido echarla, la respuesta es sí. Y lo intentó, de hecho, una vez incluso le mandó a Shane con una oferta de dinero, pero Lilian la rechazó. Nick no podía obligarla a irse, puesto que Waterside Cottage no era de su propiedad. Se dirigió también a la anciana propietaria de Norwich, pero Lilian había estado allí antes y ya se había ganado la simpatía de la mujer, por lo que aquel intento fue en vano. Y no había nada más que él pudiera hacer.

Salvo matarla, pensó Lovick, pero guardó silencio.

—¿Usted qué sentía por aquella chica? —le preguntó a Catherine.

—Me daba pena, en cierto sentido, pero no me gustaba lo que le estaba haciendo a mi hermana. Antes de su llegada, Rosalie y yo íbamos a la ciudad, a veces incluso nos quedábamos una o dos semanas. Hacíamos compras e íbamos al teatro, y eso hacía feliz a Rosalie. Pero después de llegar Lilian, mi hermana no quería dejar a Nick ni un instante, imaginen durante todo un día. Lo vigilaba como un halcón. En aquel periodo, por otra parte, sufrió también un desafortunado aborto, lo que vino a complicar la situación.

—Su cuñado no me parece alguien que acepte que lo traten así sin reaccionar.

—En efecto. Es cierto que discutían a menudo, lo admito, pero eso no significa que la haya matado. Nick no dejó nunca de amarla. Y no quería el divorcio. Es más, hizo todo lo que pudo para que razonara. Sabía que Rosalie era una mujer hipersensible y extremadamente nerviosa. —Catherine suspiró profundamente—. Solo con que Lilian se hubiera marchado…

—¿Por qué no lo hizo?

—Le gustaba estar aquí, y siempre decía que no era responsabilidad suya que Rosalie se dejara afectar por sus fantasías. Eso era verdad, en cierto modo, pero ella podía actuar, mientras que

nosotros estábamos impotentes. Era una situación realmente insostenible. Visitarnos, salir juntos, fingir que todo iba bien, y sin embargo…

—¿Tan insostenible que alguien pensó ponerle fin?

Ella lo miró con expresión desolada.

—Rosalie…, no sé, yo llegue a creer que fue obra suya. Cuando Lilian murió, pensé que no podía haber sido un accidente.

Y ese era el peso con el que Catherine había cargado todos aquellos meses, concluyó la señorita Purdy con inmensa compasión. No existían pruebas de homicidio y nadie conocía la verdad de lo ocurrido aquella noche; sin embargo, la pobre estaba convencida de que su hermana había puesto fin a su infierno del único modo posible. Y por eso Catherine no se había casado ni con Shane ni con Mike. Por eso le dio pánico pensar en una posible reapertura del caso. Y, en definitiva, por eso había concluido enseguida que Rosalie, temiendo ser descubierta, se había suicidado.

Lovick tenía una última pregunta para ella.

—¿Quién es Dennis?

Pero sobre ese punto no obtuvo ningún resultado. Ella no conocía a ningún Dennis y no se le ocurría qué relación podía tener esa persona con el caso.

Los demás, confirmó Lovick, habían contado las mismas cosas con distintas palabras. Nicholas fue el más categórico.

—¿Por qué diablos sigue saliendo a colación Dennis? No saben siquiera si existe, más allá de los delirios de la escritora chiflada.

—El libro…

—¿De verdad existe ese libro?

—¿Qué razón iba a tener la señorita Purdy para inventárselo?

—Pues para darse publicidad, me parece obvio. Espere a que salga en los periódicos del domingo y sus libros se venderán como rosquillas.

Shane mantenía mejor la calma, aunque estaba igual de abatido.

—La señorita Purdy es una amenaza. Puede que tenga buenas intenciones, pero solo va a conseguir hacer daño. Sin contar con que

ninguno de nosotros había oído hablar de ese Dennis antes de su llegada.

—¿Cogió usted ese libro de la estantería?

—No.

—Pero conocía a Lilian Kemp de Londres, ¿no es así?

—Sí, pero nunca oí que mencionara a ningún Dennis. Si pudiera localizarse a este Dennis y colgarle un par de homicidios, estaría contentísimo, pero francamente tengo mis dudas.

Mike estuvo de acuerdo con Nick, aunque de una forma un poco más amable.

—Creo que la señorita Purdy ha cometido un error. No examinó con atención el libro y admite que no recuerda los detalles. Con el nombre de Dennis ya presente en su cabeza, es probable.

—Pero entonces, cómo se explica el robo del libro.

—Quizá la señorita Purdy se equivoca también en eso. ¿No es posible que lo haya soñado todo? Debe de tener una buena imaginación, al fin y al cabo; de lo contrario, no podría escribir los libros que escribe.

Lovick no le refirió esa conversación a la señorita Purdy palabra por palabra, pero ella entendió lo suficiente para darse cuenta de que en la casona la consideraban una auténtica entrometida.

—Creía que se alegrarían de poder utilizar al susodicho Dennis como una vía de escape—dijo ella con tono infeliz.

—No olvide este detalle —dijo John—. El tal Dennis no habría podido enterarse de lo que estaba ocurriendo sino a través de alguno de ellos, y eso lo convierte como mínimo en cómplice, sea quien sea. Personalmente, no creo que Dennis sea el asesino. Pero si logramos averiguar quién es, obtendremos un móvil para el primer homicidio pese a la oposición de los residentes de la casona.

Lovick apartó el plato de delante.

—En mi opinión, el cerebro de ese grupito es Gibbs.

John estuvo de acuerdo.

—Pero me pregunto hasta dónde está implicado desde un punto de vista personal, porque estoy bastante seguro de que fue él quien se

llevó el libro.

La señorita Purdy preguntó qué sabían de la vida de ese hombre. Lovick le contó que se había licenciado en Oxford gracias a una beca y que después pasó varios años en el bufete de un abogado de Londres. Allí fue donde conoció a Nicholas y más tarde a Lilian. Después de colegiarse formó una sociedad con otro abogado y, poco antes de Navidad, se quedó con la vacante que dejó el difunto Ludovic Burton en Southbury.

La nariz de la señorita Purdy experimentó una súbita contracción.

—¿Tiene un socio?

Lovick se echó a reír.

—Sí, pero no se llama Dennis, si es eso lo que está pensando. He hablado con él, además. Es A. J. Lassary, y su despacho legal lleva el nombre de ambos. Según me ha parecido, creo que les va bastante bien. Y sí, creo que Gibbs es alguien con bastante cabeza.

—¿Le ha preguntado por qué Catherine y él decidieron romper su compromiso?

—No fue por Lilian, o al menos eso dice él. ¿Por qué? ¿Tiene usted otra idea?

—No, pero creo que Catherine aún está un poco enamorada de ese hombre.

—Pero si está comprometida con el otro.

—Comprometida, sí, pero no casada —dijo amablemente la señorita Purdy.

Lovick arrugó la frente.

—¿Cree usted que la señorita Ware…?

—Creo que, al sospechar de su hermana, no vio oportuno meter a Shane en la familia, sobre todo porque un escándalo podría haber comprometido su carrera. Y Mike es por encima de todo un buen chico, más tranquilizador que Shane en situaciones de tensión. Esa es mi interpretación de los hechos.

—Me parece que está jugando un poco a adivinar, ¿no es así?

Ella lo reconoció.

—Sin embargo, la chica se niega a poner una fecha concreta para

la boda, por lo que creo que no ando muy desencaminada de la verdad. Solo quiero asegurarme de no pasar por alto otros detalles misteriosos de su comportamiento que, por ahora, se me escapan.

—Bueno, pero no creo que todo eso sea importante para la investigación. —Lovick hizo un gesto a la camarera—: Señorita, tenemos que marcharnos enseguida, dese prisa con los cafés.

—¿Y las coartadas para el crimen de Rosalie? —preguntó la señorita Purdy.

John contó que habían interrogado al servicio, pero sin ningún resultado. Nadie había visto nada ni oído a nadie moverse durante la noche. Rosalie salió de la casa sin que nadie se diera cuenta…, a menos que la viera el asesino, claro. Utilizaría la puerta lateral, porque desde ahí parte el sendero que conduce directamente a la empalizada de mimbre y a la zona pantanosa. También el asesino salió por esa puerta, y llenó el calcetín de tierra en cuanto vio la ocasión.

—Lo que nos deja tres posibilidades —dijo Lovick echando azúcar al café—. O el asesino salió antes y cogió la barca, dejando a la mujer la única opción de ir por el sendero si quería seguirlo; o fue *él* quien la siguió a *ella* y eligió con acierto atajar por el bosquecillo de alisos y después coger la barca, en vez de pasar por el sendero y dejar huellas; o bien ninguno de los dos sabía del otro y cada uno se dirigió a la casita por su cuenta.

—Siempre suponiendo que el hombre no fuera Shane Gibbs —dijo John—, porque ya se había marchado.

—Exacto —dijo Lovick.

Shane, como sabían, había declarado que a última hora de la tarde se volvió a Southbury y que estuvo en casa hasta la mañana siguiente, cuando una llamada por teléfono de Nicholas lo hizo volver a toda prisa después de desayunar.

—¿Puede demostrarlo? —preguntó ella.

Lovick esbozó una sonrisa burlona.

—No. Vive solo en el apartamento que tiene encima del despacho. El socio está casado y vive en una casa nueva en la carretera de

Norwich. Preguntaremos a los vecinos si vieron luces en casa, el coche o algo así, pero será un milagro que consigamos algún dato.

—¿Cuándo murió Rosalie?

—Es difícil de concretar. El forense ha estimado que el deceso se produjo entre medianoche y las cuatro de la madrugada. No ha dicho mucho más.

—Y ella se retiró a la cama a las diez —dijo lentamente la señorita Purdy, tratando de imaginar bien la situación—. Esperó a que todos durmieran, luego se vistió, se escabulló fuera de la casa y recorrió el sendero hasta la casita.

—¿Por qué? Eso es lo que quisiera yo saber.

—Bueno, quizá seguía a alguien, o quizá quería hablar conmigo. Catherine estaba convencida de que Rosalie mató a Lilian, pero quizá se equivocaba. En ese caso, ¿de quién podía sospechar Rosalie?

—De su marido —dijo Lovick.

La señorita Purdy asintió.

—Precisamente. Ella había llevado la situación hasta el punto de que Nicholas o se libraba de Lilian o iniciaba los trámites de divorcio. Que luego matara o no a Lilian en esa primera fase es irrelevante.

—¡Claro, un detalle sin importancia! —exclamó Lovick sarcástico.

—Quiero decir que no importa para el objetivo de esta reflexión. El caso es que Rosalie pensaba que el asesino era él, e imagino que eso explica su nerviosismo en los últimos meses. Se sentía moralmente responsable del homicidio, y… —La escritora soltó la taza—. Veo a menudo que tendemos a odiar a las personas de cuyas fechorías nos sentimos responsables. Y es una sensación muy incómoda. No sé si ella lo acusó manifiestamente de haber cometido el crimen o no, pero no me cabe duda de que estuvo angustiada en todo momento por la sospecha.

—Vale, de acuerdo, estuvo muy angustiada —dijo Lovick con impaciencia—, pero ahora responda a mi pregunta.

—Le acabo de dar la respuesta, inspector. El hecho es que Rosalie sospechaba del marido. Al margen de lo que sintiera por él en el

terreno personal, no quería que lo arrestaran por aquel homicidio. Y tampoco quería discutirlo conmigo al día siguiente delante de todos los demás. Así, la otra noche, no le quedaba otra opción que venir sola a hablarme para suplicarme que dejara de indagar en el asunto. Y quizá incluso a amenazarme si yo no hubiera aceptado.

—¿Estaba dispuesta a sacarla de la cama en plena noche?

—¿Por qué no? Así, al menos, estaba segura de que nadie nos interrumpiría.

—Solo que usted no estaba —dijo John—, y el asesino sí.

—Exacto.

La señorita Purdy no volvió con los dos policías a Liddon. Se quedó sola, reflexionando, mientras el local se vaciaba y las camareras empezaban a mirarla de reojo. Cuanto más pensaba en la situación, más se convencía de que la clave de ambos crímenes era el misterioso Dennis.

De todas formas, por el momento parecía improbable que Dennis fuera el asesino, al menos de Rosalie. Ese segundo homicidio lo había cometido alguien que vivía allí, y el agente Stratton, que conocía la zona minuciosamente, como todos los policías de pueblo, no había oído nunca mencionar a ningún Dennis en los alrededores, excepto un respetable viudo con cinco hijos que hacía algún que otro trabajillo para la mujer del párroco y de vez en cuando echaba una mano en el *pub*. Por otra parte, habría sido poco inteligente por parte de Nicholas y de los demás negar que lo conocían, cuando este podía aparecer en cualquier momento en la puerta de casa.

Era mucho más probable, pensó la señorita Purdy, que Dennis tuviera conocimiento de algún detalle relacionado con el primer homicidio, y si consiguieran dar con él, quizá identificarían a la persona que buscaban… Quizá era simplemente un cómplice. O quizá solo un testigo. Un testimonio fortuito que…

El corazón se le subió a la garganta.

… que se había dedicado a chantajear al asesino durante todos

esos meses.

Por eso nadie de la casona, excepto Lilian, quería que apareciese en escena.

Ay, qué tonta soy, pensó la señorita Purdy, ¿por qué no se me ha ocurrido la hipótesis del chantaje mientras el inspector Lovick estaba aún aquí? No será muy difícil examinar las cuentas bancarias de esa gente y averiguar quién de ellos ha estado pagando dinero para hacer callar al chantajista.

Con la vaga idea de ir a ver al inspector, se incorporó de la silla (despertando esperanzas injustificadas en la camarera que la vigilaba), pero luego pensó que no le apetecía ir a hacer de chivata de la policía y volvió a sentarse. No le correspondía a ella señalar al asesino, pero lo que sí podía hacer era seguir reflexionando sobre la situación; bastaba con no comunicar sus conclusiones al inspector Lovick. Como también podía seguir investigando sobre Dennis, si encontrara el modo de hacerlo, y parar antes de entregarlo a la policía.

Pero encontrar a Dennis era un verdadero problema. Quizá la policía acabaría dando con él en algún momento, pero para entonces podría ser ya demasiado tarde. Alguien lo avisaría, y desaparecería. Así nadie creería que esa persona hubiera existido fuera de la mente de la señorita Purdy. Por eso tenía que dar con él lo antes posible, fuera como fuera. Se jugaba su propia credibilidad.

Pero ¿por dónde empezar?

El libro era la única pista que conocía, y había desaparecido. Shane negaba haberlo cogido la tarde anterior, pero tanto John como Lilian pensaban que mentía, y ella estaba convencida de que tenían razón, a menos que con las huellas digitales se pudiera demostrar lo contrario. Muy bien, ¿y si los dos tuvieran razón? Entonces, o el libro ha sido destruido, o Shane se lo llevó a Southbury. La señorita Purdy ya se veía personándose en el despacho y haciendo salir al señor Lassary o a su empleado con una excusa convincente para poder buscar el libro sin miradas indiscretas. Pero esa imagen se desvaneció enseguida. Era improbable que Shane hubiera escondido

un objeto tan comprometedor en un despacho abierto al público; y aunque la señorita Purdy no habría dudado en enviar al inspector Stephen Liddon, el protagonista de su nueva novela, a buscar el libro en el apartamento de Gibbs, no veía claro llevar a cabo algo así ella misma. Pero siempre quedaba Lovick y sus órdenes de registro…

¿Qué otra cosa podía hacer?

La respuesta era obvia. Si Dennis no era alguien del lugar, entonces pertenecía al pasado de Lilian, y la clave para llegar a su identidad había que buscarla en Londres. Si al menos pudiera averiguar la dirección de Lilian anterior a su traslado a Liddon…

De pronto cayó en que la había tenido en las manos apenas dos noches antes. Uno de los libros que estuvo hojeando tenía las iniciales de Lilian y una dirección de… ¿Hampstead? No, era Highgate. De todas formas, como no recordaba ni la calle ni el número, tampoco le servía de mucho. Podía volver a la casa y buscar el libro, claro, pero entonces tendría que explicar sus intenciones al inspector Lovick y, como bien sabía, la orden era que se mantuviera alejada de la casa y que no interfiriera en la investigación. ¿Cómo podía conseguir esa dirección? Nicholas tenía que saberla, claro, pero…

Apretó los labios con una mueca. Ella era la última persona a la que Nicholas revelaría esa información. Ya había metido las narices bastante en aquel asunto, pensaría Nicholas con toda seguridad. Y no solo eso; Rosalie, quizá, estaba convencida de que su marido era el asesino, por lo que él mantendría la boca bien cerrada. Salvo que…

Salvo que creyera estar hablando con alguien que no tenía ninguna relación con el caso.

Una luminosa idea atravesó la fértil imaginación de la señorita Purdy. Trató de reprimirla, pero era una intuición demasiado brillante para descartarla. Si funcionaba, si su estrategia la llevaba a dar con Dennis, entonces no solo se vengaría a sí misma, sino también a Lilian. Fue ese último pensamiento el que la hizo decidirse. Lilian deseaba que Dennis apareciera y confiaba en ella para eso. No podía

decepcionarla.

—¡Caray! Por fin se levanta esa señora tan pesada —dijo la camarera a su compañera, suspirando de alivio—. Ya creía que iba a pasar aquí la noche.

—No tan deprisa —dijo la otra mirando la puerta abierta junto a la entrada—, me parece que solo va a la cabina telefónica.

15

En la cabina telefónica la señorita Purdy encontró el número de la casona y llamó a la operadora. Lo que estaba a punto de hacer violaba muchos de sus sagrados principios. Se disponía a mentir, y eso no era algo que le gustara hacer. Seguía comportándose como una entrometida, y tampoco eso le entusiasmaba, pensaran lo que pensaran los demás. Por supuesto, siempre podía echarse atrás antes de ir demasiado lejos, pero sabía bien que no lo haría.

Cuando la pusieron en línea con la casona, respondió la voz de una sirvienta. La señorita Purdy pidió hablar con el señor Shaw. «Suponiendo que esté en casa», añadió con astucia, para no dar la impresión de saber que el inspector Lovick le había prohibido estar en cualquier otro lugar.

Después de lo que le pareció una espera interminable, Nicholas se puso al teléfono.

—¿Quién habla? —dijo una voz cansada.

La señorita Purdy tragó saliva y se lanzó a su primera mentira…. Una mentira, por cierto, que pronunció con una voz áspera, muy distinta de la suya.

—No sé si se acuerda usted de mí, señor Shaw.

—Quizá, si supiera cuál es su nombre.

—Ross, señora Ross. Estuve en Liddon el pasado enero, y…

—¿Ross? No recuerdo…

—La prima de Lilian Kemp. Estuve presente en el interrogatorio.

Sucedió una minúscula pausa durante la cual la señorita Purdy esperó tensa, preguntándose si había metido la pata. Entonces oyó de nuevo la voz de Nicholas.

—¿Desde dónde llama?

La señorita Purdy tragó de nuevo.

—Desde Londres. Le había prometido a la antigua casera de Lilian que pasaría a tomar el té la próxima vez que visitara Bristol. En Highgate, ¿sabe?, solo que he perdido la dirección y no sabía a quién preguntar hasta que me he acordado de usted. Sé que puedo parecer un poco atrevida, pero como usted y Lilian eran viejos amigos…

—¿Cómo es que ha elegido justo el día de hoy?

—Se lo he dicho, acabo de llegar a Londres para pasar unos días y…

—Está bien, está bien. Lime Street 26. Y dígale a la señora… —Para enorme decepción de la señorita Purdy, se calló antes de pronunciar el nombre—. Un momento, ¿por qué no me dice *usted* cómo se llama la señora?

—¿Cómo? Disculpe, no lo oigo bien —dijo la señorita Purdy intentando ganar tiempo.

—Digo que me gustaría que me dijera usted el nombre de la señora. No habrá olvidado eso también, ¿no?

—La línea tiene interferencias. Creía que había dicho… —La señorita Purdy colgó a media frase, esperando que él pensara en una avería. Nunca se habría imaginado comportándose de una forma tan desprejuiciada.

Nicholas dio un par de golpecitos en el teléfono y acto seguido se puso en contacto con la operadora.

—¿De dónde venía la llamada? —preguntó en tono brusco.

—De Wrexley.

Colgó imprecando a voces. Otra vez esa maldita escritora. La sospecha le había llegado con dos segundos de retraso. Si hubiera pensado un momento antes de darle esa dirección…

Dennis. Eso es lo que está buscando esa mujer. Un vínculo entre Lilian y Dennis.

Shane y Mike entraron juntos en la habitación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Shane.

—Otra vez la señorita Purdy —dijo Nicholas enfadado—. Quería la dirección de Londres de Lilian. Y como un idiota, se la he dado.

—¿Es tan importante? No hay nadie allí que pueda decirle nada.

—Es importante porque odio a los entrometidos.

Lime Street, Highgate, resultó ser una bonita calle bordeada de árboles y de sólidas casas victorianas, muchas de las cuales habían sido divididas en apartamentos. El número 26 no era ni mejor ni peor que otros edificios. La pintura necesitaba cierta atención, pero los altos ventanales y los grandes escalones de la entrada se veían muy limpios, y la señorita Purdy pensó que las cortinas de lunares de las ventanas de la planta baja eran elegantes y acogedoras.

Había utilizado el coche desde Wrexley, pero se detuvo en la estación de Thorpe, en Norwich, pensando que sería más rápido acabar el viaje en tren. Estaba un poco cansada, pero su valor y optimismo no habían menguado. Subió los escalones y llamó al timbre con confianza, sin saber que Nicholas no se había quedado de brazos cruzados.

La casera fue a abrirle en persona.

Era una señorona alrededor de los sesenta años que parecía a punto de entrar en combate. Y de hecho, en cuanto repasó a la visitante con una rápida mirada, pasó a la acción.

—Si es usted la señorita Purdy, ya puede irse por donde ha venido. No quiero cotillas en esta casa. Vivo aquí desde hace veinticinco años y le aseguro que si hubiera ocurrido algo poco respetable, de inmediato habría echado al responsable agarrándolo de las orejas. Como supongo que sabe bien, existe una ley que castiga las calumnias, y si se atreve a soltar aunque sea una sola palabra…

—¡Un momento, se lo ruego! —dijo la señorita Purdy recuperando el habla—. ¿Quién le ha dicho que me llamo Purdy?

La mujer pareció sorprendida.

—En fin, ¿no es así?

—Por supuesto que no —dijo tajantemente—. Yo…, esto…, me llamo Frances. —Y al menos eso era verdad, pensó. Decidida a presentar batalla en el campo enemigo, miró a la mujer a los ojos—.

Y discúlpeme, pero no tengo ni idea de lo que está usted hablando. Si trataba de decir que esta no es una casa decente…

Un suspiro ultrajado la interrumpió.

—¡No he dicho en ningún momento algo así! Es que la tal Purdy…

—Me alegra oírlo porque… —La señorita Purdy inspiró profundamente. Ya metida en faena, solo podía seguir hasta el final —. Porque he venido para comprobar si por casualidad tiene alguna habitación disponible. Este lugar me lo ha recomendado encarecidamente una querida amiga mía, que ha elogiado su residencia describiéndola como limpia y acogedora. Mi intención es instalarme de forma indefinida, por lo que…

—¡Claro que sí, señora, claro que sí! Pase, por favor se lo pido, pase.

Una capitulación total.

Ruborizada por el triunfo, la señorita Purdy cruzó el umbral.

La dueña de la casa le confesó que había tenido mucha suerte.

—Hay una joven que se marcha precisamente mañana y que deja libre una de las mejores habitaciones del segundo piso, con vistas al jardín. Lamento mucho la confusión de hace un momento, es que cuando el señor Shaw me ha llamado…

La señorita Purdy empezó a atar cabos.

—¿El señor Shaw?

—Sí. Todo un caballero. Me ha avisado de que esa Purdy estaba a punto de llegar y de que no debía decirle nada. Una verdadera entrometida, me ha dicho, una tipa que escribe para un periódico sensacionalista y que va siempre en busca de chismes. Me ha dicho que incluso podría publicar cualquier falsedad sobre mi casa, ¡imagínese! —La mujerona infló el pecho—. Pero como me la encuentre se va a enterar, ¡créame!

—No se preocupe, la creo sin más —dijo la señorita Purdy, feliz de haber controlado la situación desde el principio.

Fue acompañada hasta un salón muy acogedor por la señora Curtis (el nombre de la dueña, como supo poco después) y fue invitada a sentarse, una oferta que aceptó con particular gratitud. Habría

estado mucho más agradecida si le hubieran ofrecido una taza de té, pero luego pensó que esa era una esperanza excesiva.

—Si me espera un momento aquí, subo rápido a ver si está Genny —dijo la señora Curtis en tono afable—. Genny es la joven que le he dicho, la que está a punto de marcharse. Confieso que me disgusta mucho que se vaya. Es secretaria y la empresa para la que trabaja quiere mandarla a una de sus delegaciones en Nairobi. A decir verdad, su viaje estaba previsto para el mes pasado, pero le dio un ataque de apendicitis y tuvieron que operarla de urgencia. De todas formas, ahora ya está bien y, como suele decirse, más vale tarde que nunca. Estoy segura de que no tendrá inconveniente en enseñarle la habitación, pero hay que avisarla antes. —Hizo una pausa en el umbral—. A propósito, ¿decía usted que venía recomendada por alguien?

—Cierto. Por una amiga cuya prima estuvo aquí un tiempo. No sé si llegó usted a conocer a la señora Ross, su prima se llamaba…

—¡Lilian Kemp! —completó la señora Curtis encantada—. ¡Qué pequeño es el mundo! Esa pobre chica no dio nunca un problema, y además era amiga de Genny. Cuando supimos la terrible tragedia nos echamos a llorar las dos, se lo aseguro. —Unas muy oportunas lágrimas hicieron acto de presencia al rememorar aquella emotiva escena—. Y pensar en el final tan feo que tuvo, pobrecita. Era tan encantadora y delicada. Como un hada, me pareció siempre. Y esa desgracia no le habría ocurrido si se hubiera quedado aquí, como queríamos todos. Pero está claro que uno no puede escapar de su destino, ¿no cree?

La señorita Purdy estuvo de acuerdo.

—¿Cómo se enteró de la noticia?

—Bueno, nos la comunicó el señor Gibbs. Es abogado y vive por allí, ahora. Se tomó la molestia de viajar hasta aquí solo para traernos un detallito a cada una de nosotras; un broche para mí y un collar para Genny. Mire, ¿ve? Es justo el que llevo puesto. —La señorita Purdy ya había reparado en el gran broche de camafeo prendido en el desbordante pecho de la señora—. Fue de verdad

muy amable de tomarse todas esas molestias para venir a informarnos, pero el señor Gibbs nos dijo que Lilian lo habría querido así y que no había supuesto ningún problema para él. Con broche o sin él, fue bonito volver a verlo. Y Genny está de acuerdo conmigo.

—¿Había estado aquí antes?

—Sí, claro. Él y el señor Shaw venían a menudo por aquí…, pero antes de que el señor Shaw se casara, por supuesto. Eran un bonito cuarteto, él, Shaw, Lilian y Genny. El señor Shaw y Lilian hacían una preciosa pareja, pero al final las cosas no fueron así. Y la pobre Lilian lo único que se mereció fue una tumba, pobrecita. —Se oprimió de nuevo los ojos para contener las lágrimas—. Es curioso cómo suceden a veces las cosas, ¿no le parece? Él me llama y usted se presenta aquí en la misma tarde. Siempre llueve sobre mojado, como digo yo. El teléfono suena de repente justo cuando usted, con toda seguridad, está ya de camino hacia aquí, ¿no es así?

—El destino —dijo la señorita Purdy.

La señora Curtis asintió con énfasis.

—Nunca se han pronunciado palabras más ciertas. En fin, subo a ver si Genny está en casa, y puedo anticiparle lo que dirá: «Cualquier amiga de Lilian es bienvenida como flor de mayo». Eso es lo que dirá, estoy segura.

La señorita Purdy no supo nunca si Genevieve Flynn utilizó exactamente esas palabras o no, pero sin duda la chica estuvo muy interesada en verla.

El *jardín* al que daba la ventana de la habitación del segundo piso era una escena deprimente que incluía un pequeño prado agostado, un sendero de cemento, un manzano raquítico y una cuerda para tender la ropa que lo cruzaba, pero la habitación en sí era agradable, pese a que la chimenea estaba rodeada de unas baldosas azules feísimas y la alfombra había vivido sus mejores días mucho antes de la guerra. Dos maletas junto a la puerta recordaron a la señorita Purdy la inminente partida de la chica.

Genevieve era delgada y tenía el cabello oscuro. Rondaba los treinta años, y parecía una persona muy capaz de cuidar de sí misma. La señorita Purdy percibió una nota de humor en su mirada.

—Es un verdadero placer conocer a una amiga de Lilian, querida —dijo con gran sinceridad mientras se acercaba a estrecharle la mano —. Espero no estar molestándola mientras termina sus preparativos.

—No se preocupe, ya está todo hecho. ¿Conocía usted a Lilian? Nunca la oí hablar de usted, señorita… Frances, ¿no es así?

—Conozco mejor a su prima, la señora Ross, ¿sabe? Éramos vecinas en Bristol.

—¿Clifton?

La señorita Purdy asintió sin dudar.

Genny se volvió de repente hacia su casera.

—Estoy segura de que a la señorita Frances le apetece una taza de té. ¿No sería un detalle ir a prepararlo? Hablaremos de la habitación después. —Genny cerró la puerta cuando salió la señora Curtis y se volvió a mirar a la visitante. La miró con un brillo especial en los ojos, pero sin un ápice de humor—. Y ahora, señorita Purdy, ¿sería tan amable de decirme a qué está jugando?

—Ay, qué desastre —dijo la escritora—. No era Clifton, ¿verdad?

—No. Bedminster.

—Y usted, ¿cómo sabe mi nombre?

—La señora Curtis me ha contado la llamada de Nick. Parece que soy mejor que ella sumando dos más dos. Además, no creo en las coincidencias.

—Quizá será mejor que se lo cuente todo. —Y empezó su historia, sentándose en la cama.

Genevieve escuchó con atención, interrumpiendo de vez en cuando para aclarar algún punto, pero como conocía a la mayor parte de las personas involucradas, pudo seguir todo el relato sin dificultad. A media historia apareció la señora Curtis con el té, pero por suerte estaba llegando el chico de la panadería para entregar el pedido y solo se detuvo a soltar la bandeja. Genny sirvió el té y la invitada tomó un sorbo, agradecida, rechazando sin embargo la tarta. Tantas

emociones le habían secado la garganta.

—Pobre Rosalie —dijo por fin Genny—. La conocí en la fiesta que dio Nick para celebrar su compromiso y me pareció muy hermosa. Llevaba un maravilloso vestido oscuro, para nada barato. Cuidado, no estoy diciendo que me cayera simpática, era un poco quisquillosa para mi gusto. La manera de mirarnos a Lilian y a mí de arriba abajo…, en fin, dejémoslo estar. Catherine, en cambio, es distinta. No tan elegante como su hermana, pero muy dulce. Ella y Shane estaban terriblemente enamorados el uno del otro.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Oh, casi dos años ya. Y yo no he vuelto a ver a Nick desde su boda. Naturalmente —dijo Genny—, Rosalie tenía todo el derecho a mirar mal a Lilian, y en efecto su presencia allí era extraña, teniendo en cuenta el motivo de la fiesta. Creo que Rosalie estaba al tanto de la historia entre Nick y Lilian.

—Pero… ¿hubo de verdad una… historia?

—Oh, ya lo creo, aunque para entonces ya había acabado. No se podía culpar a Nick por la presencia de Lilian en la fiesta, puesto que ella se coló allí a escondidas.

—¿A escondidas? —La señorita Purdy pensó en el retrato mental que se había hecho de Lilian, la chica tímida de cabello rubio ceniza, encorvada sobre su máquina de escribir, y luego lo comparó con el que le acababa de dar la señora Curtis, de una criatura encantadora y delicada, una especie de hada que no daba el menor problema—. No me parece muy propio de ella.

Genny la miró de forma enigmática.

—¿Todavía piensa en Lilian según la imagen que ella daba de sí misma?

—Yo no la conocí —le recordó la señorita Purdy—, entonces no sé qué imagen quería dar de sí misma. Pero si pienso en ella, me imagino una chica tranquila y amable, del todo inofensiva.

—Sí, inofensiva como una serpiente de cascabel —dijo Genny—. Siento desilusionarla, pero no llegará a resolver nunca este caso si no se quita las anteojeras. Dice usted que ha sentido la presencia de

Lilian en la casita de campo…

La escritora se sintió de repente como un pez fuera del agua, una suerte de marioneta inerme y suplicante.

—Es el mejor argumento a favor de la supervivencia de la personalidad después de la muerte que he escuchado jamás. Lilian parecía indefensa y enternecedora en apariencia, pero no era más que otra de sus muchas estratagemas. Era fría como el hielo. Se ganó la simpatía de la señora Curtis y a mí me tuvo engañada durante ocho meses enteros. Y créame, no soy para nada alguien que se deje engañar fácilmente. Luego echó el anzuelo a Nick, que cayó en la trampa casi sin darse cuenta. Poco después intentó lo mismo con Shane, y si él y Catherine rompieron, apostaría hasta mi último penique que fue por culpa de Lilian. Y ahora la ha subyugado también a usted. En fin, cuanto antes rompa usted el hechizo, mejor será. No sé cuál es su objetivo, quizá venganza, pero estoy segura de que la ha elegido a usted como su instrumento, por eso se lo digo, para que luego no diga que nadie la avisó.

La señorita Purdy quiso hablar, pero no consiguió decir nada. Se sentía como si habiendo ido a cazar un ratón se hubiera topado con un tigre.

Genevieve siguió hablando con voz tranquila.

—Rosalie no tenía ninguna posibilidad de éxito frente a ella. Azúcar, crema y trozos de vidrio, así era Lilian. Cuando la conocías, siempre acababas sangrando por dentro, casi sin darte cuenta. Rosalie era una mujer celosa e inestable, y Lilian supo aprovecharlo con habilidad para mantener abierta una antigua herida. Todo con la más arrolladora amabilidad, porque ella utilizaba solo los mejores venenos. ¿Y sabe por qué Nick se lo permitió?

—No —respondió la señorita Purdy con un hilo de voz.

—Chantaje —dijo Genny—. Ella tenía unas cartas de Nick que habrían destruido su matrimonio. Nick cometió el error desde el principio de minimizar su historia con Lilian, jurando que entre ellos solo hubo una simple amistad. Quizá se habría salvado con una confesión a tiempo, pero después de que Rosalie sospechara, la

aparición de esas cartas habría sido el golpe de gracia.

—Pero… ¿también chantaje?

—Sí, pero ella no pedía dinero, sino que hacía que Nick la llevara a todas partes, sabiendo que a Rosalie le molestaba, y mucho. Lo que quería de verdad era mortificarlos de vez en cuando, tenerlos a su merced. Había otras personas interesadas en la casita, por ejemplo, pero ella le pidió a Nick que usara toda su influencia con el agente inmobiliario, o de lo contrario le enseñaría las cartas a Rosalie. Y él cedió, claro. Luego ella lo tranquilizó diciéndole que solo quería un rinconcito tranquilo para trabajar y que no diría nada que pudiera hacer daño a Rosalie. ¿Por qué no podían ser todos buenos amigos? Pero en cuanto se instaló allí, Nick no tuvo escapatoria. Lilian utilizaba las cartas para obligarlo a ser amistoso con ella, y mientras, Rosalie sufría imaginando vaya usted a saber qué.

—Pero él sabía lo que se podía esperar, ¿no?

—En la situación en que se encontraba, solo podía esperar más que saber. Estaba obligado a elegir entre un riesgo y una certeza. Y, la verdad, si al final perdió los papeles y la tiró al río, diría que actuó de la forma acertada y no podría más que desearle buena suerte. Su único error habría sido no hacerlo antes.

—¿Y usted cómo ha sabido todo esto —preguntó la señorita Purdy —, si no volvió a ver a Nicholas desde que se casó?

—Porque he visto a Shane. Vino aquí a por las cartas.

—¿Las cartas?

—Las que le acabo de mencionar, las cartas con las que Lilian lo amenazaba. Shane estaba al corriente de todo, puesto que es el abogado de Nick además de su íntimo amigo. Después de la muerte de Lilian, registraron a fondo la casita, porque no querían que la señora Ross se quedara con las cartas. Pero no las encontraron, así que Shane vino aquí con la excusa de traernos un regalito. La señora Curtis picó de inmediato, en cuanto vio el broche, pero yo no me lo tragué. Shane quería saber si Lilian nos había dejado algo en custodia, a mí o a la señora Curtis.

—¿Y lo hizo?

—Por supuesto que sí. La señora Curtis recordó entonces una maleta cerrada con llave en el desván que aceptó guardar hasta que Lilian volviera a por ella. Dentro había sobre todo viejos mecanuscritos, papeles y las cartas escondidas en el fondo. Shane se llevó la maleta y me llamó después de examinarla con meticulosa atención. No me fue muy difícil sonsacarle toda la historia. Soy muy hábil con estas cosas, ¿sabe?

—Me he dado cuenta, sí —dijo la escritora.

—Así que, ya sabe. Lilian era una pequeña y ávida aprovechada, y será mejor que base todas sus hipótesis en ese simple hecho de ahora en adelante.

La señorita Purdy se notaba la boca seca como si hubiera tragado polvo, y la culpa era de la tarta que por fin Genny le había obligado a probar. Debo de ser la primera persona de la historia, pensó afligida, que ha sido engañada deliberadamente por un fantasma. Creía que estaba ayudando a Lilian a encontrar descanso, pero en realidad solo quería venganza. La imagen que me hice de ella no tiene ninguna relación con la realidad. Más de una vez he advertido cierta sensación de amenaza, cuando ella ha exagerado un poco su puesta en escena; sin embargo, el inspector Crawford notó enseguida que esa presencia era peligrosa.

—¿Cómo llamaba ella al señor Shaw? —preguntó de repente la señorita Purdy.

—¿Lilian? Siempre y solo «Nickie». Él detestaba ese apodo, y esa era una de las cosas que más irritaban a Rosalie.

La señorita Purdy suspiró profundamente.

—He sido increíblemente estúpida. Y Lilian me ha utilizado como a una marioneta.

—Era su manera de actuar. Un leopardo, aunque muerto, no puede borrar las manchas de su cuerpo.

La señorita Purdy se acabó el té de un trago, pero aún notaba la boca seca. Bien pensado, había tenido muchos indicios de que el espíritu de la casa ejercía un influjo maligno. El sargento Potter, Shane, Mike…

Sobre todo, Mike.

—Debería haber escuchado a Mike —dijo en tono melancólico.

—¿Mike?

—Mike Stevens, el joven con el que está prometida Catherine. Él no llegó a conocer a Lilian, pero sabía que era una persona malvada y lo percibió incluso antes de poner un pie en la casa.

—¿Es guapo?

—Mucho.

—¿Guapo como Shane?

Genny se había expresado con cierta indiferencia, pero algo en su tono llevó a la señorita Purdy a mirarla con más atención. ¿Acaso albergaba Genevieve Flynn, en apariencia tan fría y distante, una secreta pasión por Shane Gibbs?

Genny cruzó la mirada con la señorita Purdy y se echó a reír.

—No se preocupe, sé reconocer mi derrota. Shane no se ha dignado mirarme jamás. Cuando vino a por las cartas, le dije que me marchaba a Nairobi al poco tiempo, y él ni pestañeó. Se limitó a desearme buena suerte y me pidió que le mandara una postal. Se casará con Catherine o con nadie, estoy segura.

—Querida… —La señorita Purdy no encontraba palabras.

—No ha contestado a mi pregunta —le recordó Genny.

—¿Si Mike es tan guapo como Shane? Pues Cathy parece estar convencida.

—Entonces es una tonta.

—Puede, pero si me disculpa, no he venido hasta aquí para hablar de esos dos, he venido para averiguar algo sobre…

—Sobre Dennis Brant.

—¡Brant! ¿Ese es el apellido?

—Era el marido de Lilian —dijo Genny.

16

El marido de Lilian. Una figura tridimensional al fin. No solo un nombre mecanografiado o una firma en la portadilla de un libro desaparecido, sino una persona con nombre y apellido, y una identidad, un hombre que otras personas conocían y con el que habían hablado, un hombre que…

Que fue el marido de Lilian.

Pero ese hombre aún no tenía rostro. Genny no lo había conocido nunca y tampoco lo había visto en fotografía, por eso no tenía ni idea de su aspecto.

—Pero sé que su matrimonio duró solo unos meses. Según ella, era un tipo horrible, un calzonazos, un parásito, todo encanto por fuera, pero por dentro podrido del todo. Se casaron cuando Lilian era muy joven; ocho o nueve años atrás, creo.

—¿Por qué decidieron separarse?

—Ella lo sorprendió robando dinero del cajón.

—¿Robando?

—Hay muchas cosas de Lilian que aún no sabe —dijo Genny disfrutando de la expresión de sorpresa dibujada en el rostro de la señorita Purdy—. Una de ellas es que le importaba mucho su dinero. Tenía un poco en el banco, no mucho, pero bastante para que él creyera que había hecho un buen negocio casándose con ella. Y como estaba sin empleo y no tenía ahorros, era siempre ella la que lo pagaba todo, incluso la boda. Pero no tardó mucho en abrir los ojos. Pasado el primer momento de euforia, empezó a cuidar cada penique como si fuera un diamante. Y al otro no le gustó nada tener que estar como un perrillo a la espera de que le cayese el siguiente bocado. Un día ella lo pilló cogiendo dinero del cajón donde lo guardaba y ese fue el fin.

—¿Lo denunció?

—No, lo mandó a paseo. Vendió el apartamento con todo lo que había dentro y se fue a Francia, con cuidado de borrar bien todo rastro. Luego volvió a Londres y se puso a escribir, como siempre había deseado, pero solo consiguió vender algún relato a revistas, que además pagaban poco.

—¿Se divorciaron?

—No. Y hubiera sido mejor que lo hicieran, porque un buen divorcio habría refrescado el ambiente. Al principio, Lilian no podía pedirlo porque había sido ella la que lo había abandonado, téngalo presente. Pero creo que no le habría sido difícil encontrar una buena justificación de haberlo intentado. De todas formas, al final no lo hizo. Quizá porque, de esa manera, él se vería obligado a trabajar para ganarse la vida, y no podría volver a casarse sin incurrir en bigamia.

—Entonces, se limitó a apartarlo de su vida y…

—Exacto. Tiró incluso el anillo y llegó a convencerse de que aquel hombre no había existido nunca. Tampoco su prima lo conocía, porque en aquel tiempo ellas no se escribían y en adelante Lilian no lo mencionó jamás. Pero siempre pensaba en él. Temía que pudiera dar con ella y sacarle más dinero. Se convirtió en una obsesión para ella.

—Nadie podría obligarla a darle dinero.

—Sí, pero quizá Lilian le habría tenido que pagar para convencerlo de que se fuera. Créame, para ella ese hombre se volvió una verdadera pesadilla. Por eso buscó refugio en Norfolk. En Londres vivía con el temor constante de encontrárselo de frente antes o después, quizá por sorpresa, en la calle.

—¿Nicholas sabía que ella estaba casada?

—Cuando se veían, no. Quizá entonces Lilian pensó en el divorcio, pero luego, antes de poder hacer algo al respecto, entró en escena Rosalie y…, en fin, en ese momento la partida estaba perdida para ella. Tampoco yo supe de ese matrimonio hasta mucho después, y me enteré por pura casualidad. Un día, mirando sus libros, me topé

precisamente con ese que ahora ha desaparecido. Le pregunté enseguida quiénes eran Bill y Dennis. Al principio se puso hecha una furia, luego se calmó y me contó toda la historia. Era la primera vez que hablaba de ello en casi ocho años. Y creo que confiarse a alguien le sentó muy bien.

—¿Cuándo descubrió Shane a Dennis?

—Un mes o dos antes de la muerte de Lilian. El pasado octubre, creo. Me lo encontré en Regent Street y fuimos a comer juntos. Me habló de la influencia que ejercía Lilian en el matrimonio de Nick, y yo le dije que ella también estaba casada. Sí, lo sé, violé la promesa de guardar el secreto, pero en el fondo Lilian se lo merecía.

La señorita Purdy empujó la taza vacía hacia su interlocutora.

—¿Puede servirme otro té?

Se sentía muy débil. Ahora sabía, o creía saber, cuál era la relación entre Dennis y el homicidio de Lilian. Shane buscaba un modo de debilitar las defensas de Lilian, y Genny, consciente o no, le dio justo lo que necesitaba. En ese punto, él solo tenía que dar con el marido de Lilian y hacerle saber dónde estaba su mujer. Un avistamiento de Dennis en Waterside Cottage y Lilian —si Genny estaba en lo cierto — desaparecería de inmediato y con toda naturalidad. Un plan sencillísimo amén de ingenioso, puesto que se podía llevar a cabo de forma totalmente anónima. Solo que algo salió mal. Lilian no consiguió esfumarse, sino que fue asesinada.

Genny no tenía dudas.

—Fue Dennis quien la mató. Ellos lo mandaron allí, Lilian perdió los papeles y él la quitó de en medio. Sencillo, ¿no?

—¿Y la muerte de Rosalie?

Genny hizo una pausa. Parecía preocupada.

—Bueno, no me sorprendería que hubiera sido Nick. Por lo que me dijo Shane, ella le estaba haciendo pasar un infierno. Quizá llegó un momento en que ya no pudo más y…

Fue entonces cuando Mike llamó por teléfono para decir que la policía había efectuado un arresto.

La señora Curtis entró de golpe y sin llamar, con la cara roja y sin aliento, en parte por haber subido corriendo dos tramos de escalera y en parte por la sensación de engaño, si no de verdadera indignación.

—¡No había visto jamás en mi vida semejante desfachatez! Sabe usted perfectamente que su nombre es Purdy. La ropa que me han descrito se corresponde perfectamente, incluso ese lunar en…

—¿Con quién ha hablado? —la interrumpió Genny.

—Pues con el tipo del teléfono. ¿Con quién si no? Me ha preguntado si la señorita Purdy estaba aquí, imagínese. Y yo le he dicho que esa mujer solo entraría aquí por encima de mi cadáver. ¡Usted y sus periódicos sensacionalistas! Esta es una casa respetable, le he dicho enseguida a ese señor, y si alguien se atreviera a decir lo contrario le caería una buena denuncia.

—Pero la señorita Purdy es una persona decente y también amiga mía. Creo que todo ha sido una broma. El hombre que ha llamado, ¿le ha dicho su nombre?

—No, pero si no hubiera especificado que se trataba de un asunto urgente y no lo hubiera notado tan preocupado, le habría colgado sin pensármelo dos veces.

—Por casualidad ¿no estará aún en línea? —preguntó entonces la señorita Purdy. Y cuando la señora Curtis le dijo que sí, ella exclamó que tenía que bajar de inmediato.

—El teléfono está a la entrada —dijo Genny—. Muy bien, señora Curtis, usted quédese aquí. Y no tema, la señorita Purdy no huirá con la plata.

La escritora no bajó a toda velocidad, pero sí todo lo rápido que pudo. Tenía el feo presentimiento de que había problemas a la vista. Pero ¿quién estaba intentando ponerse en contacto con ella? Seguro que Nicholas no era, porque la señora Curtis habría reconocido su voz. Entonces, ¿el inspector Lovick? ¿O acaso John Crawford?

Se precipitó a la entrada y cogió el auricular.

—Diga. Al habla la señorita Purdy.

Era Mike.

—¡Gracias al cielo, señorita Purdy! —Por la voz del joven coligió que estaba muy alterado. Era como si el mundo que lo rodeaba se hubiera venido abajo—. Tengo que verla cuanto antes. Vuelva aquí, se lo suplico, es que…

—Mike, ¿qué demonios ha ocurrido?

—Han arrestado a Cathy.

La señorita Purdy se apoyó en la silla de la entrada con la mano libre. Cathy…

Pensó en el rostro pálido y afligido de Catherine con el que la había visto por última vez. ¿Esa chiquilla, una asesina?

No, imposible. Su dolor por la muerte de su hermana era sincero, y su preocupación por la de Lilian tenía toda la pinta de ser auténtica. No, alguien, en alguna parte, había cometido un error terrible.

—Señorita Purdy, ¿sigue ahí?

—Sí, sí, estoy aquí.

—He pensado por un momento que usted… —Mike trató de recomponerse—. Escúcheme, usted es la única que puede ayudarme. Tengo que verla antes de que lo haga la policía. ¿Puede volver ahora mismo?

—Claro, cogeré el primer tren.

—¿El primer tren? ¿Dónde ha dejado el coche?

—En la estación de Thorpe.

—¿En Norwich?

—Sí.

—Un segundo, déjeme pensar… Iría a recogerla allí, pero no me permiten salir de la casa. De todas formas, intentaré escabullirme de alguna forma y luego usted puede recogerme en la carretera. No entre a Wrexley, podrían interceptarla.

—¿Quién?

—La policía, pero también Nick y Shane. No me fío de ninguno salvo de usted y de Cathy. ¿Ha descubierto algo sobre Dennis?

—Diría que sí.

—Entonces, por lo que más quiera, no vuelva a la casona. La están buscando todos, y uno de ellos es el verdadero asesino. Esto es lo que debe hacer: coja la carretera de Southbury y gire a la izquierda al final de High Street. A menos de una milla verá la señal que indica Liddon. Está poco después del puente, no tiene pérdida. ¿Cuándo llega su tren?

—Sobre las nueve y media.

—Bien, entonces ya estará oscuro cuando llegue a Southbury. Deténgase en la señal y espéreme allí si no he llegado, trataré de darme prisa. ¿Entendido?

—Sí, pero antes debo avisar al inspector Crawford, porque él espera que volvamos juntos a casa de su hermana.

—Yo me ocuparé. Le diré que he reservado una habitación para usted en el Wrexley Arms, ¿le parece bien?

—De acuerdo. Créame, Mike, haría casi cualquier cosa por ayudar a Cathy —dijo la señorita Purdy con absoluta sinceridad.

Genny la miró en cuanto entró a la habitación y de inmediato mandó a la señora Curtis a por otro té. Luego escuchó las últimas novedades con expresión de total incredulidad.

—¿Catherine matando a su hermana? ¡Eso es absurdo! ¿Qué motivo iba a tener?

—Ninguno, por supuesto —dijo ella—, pero el inspector Lovick es un hombre muy estúpido en ciertos aspectos. No se preocupe, querida, estoy segura de que Mike y yo conseguiremos arreglar la situación.

Pero en realidad no se sentía tan optimista como trataba de aparentar. Sentada en el rincón solitario de su compartimento de segunda clase, tenía un aspecto de verdad desolado. El inspector Lovick podía ser muy obtuso en general, pero seguro que no era un novato en las cuestiones que concernían a su trabajo. Si había procedido al arresto de Cathy, tenía que haber un motivo fundamentado para semejante decisión. O al menos un motivo que para él fuera válido. Y como se vio obligada a admitir, no existía

nada que pudiera desmentir la culpabilidad de Cathy, al menos por lo que ella sabía. Lo que Genny le había revelado sobre Dennis era inútil, porque podría haber sido precisamente Cathy quien lo hubiera buscado y enviado a la casa de Lilian.

—No —se dijo la señorita Purdy—, no puedo creerlo. No quiero creerlo. No puede haber sido Cathy.

Pero el inspector Lovick sí lo creía, de lo contrario no la habría arrestado.

Eran las nueve y treinta y cinco cuando la señorita Purdy, tras bajar en la estación de Thorpe, subió a su coche y se dirigió hacia Southbury. Pocos minutos después se vio obligada a encender los faros. No le gustaba conducir de noche, pero por la carretera circulaban muy pocos vehículos y la High Street estaba casi desierta. El giro a la izquierda que le había indicado Mike la introdujo en la calle por la que John y ella habían pasado la noche anterior de camino a Venners. ¿La noche anterior? Le parecía que habían pasado años. Y Rosalie aún no estaba muerta. Al poco, distinguió el puente lomo de asno bajo el que discurría el río que, con aquella oscuridad, parecía una cinta de terciopelo blanco. Un poco más adelante estaba la señal viaria, que tenía toda la pinta de un cadalso contra la luz de la luna. Paró el coche en el arcén, apagó el motor y esperó.

Una vez más, toda la soledad de aquella zona pantanosa se cerró sobre ella como un puño. Había algo primordial en aquella vasta extensión desierta. Norfolk, recordó, era un condado lleno de leyendas, la mayor parte de las cuales tenían que ver con el diablo. Aunque desde luego ese no era el mejor momento para pensar en ello. Los jirones de niebla blanquecina que se desplazaban por el cauce escondido del río podían ser perfectamente espíritus, y la sombra fluctuante entre ella y el cielo nocturno parecía la personificación de Drácula. Sobre su cabeza, el áspero grito de la lechuza hizo temblar el aire, y desde algún punto no muy lejano le

llegó el rumor del agua que discurría por un canal. La señorita Purdy era valerosa, pero no lo suficiente como para luchar contra los demonios. Ay de mí, pensó, como Mike no llegue pronto…

Por fin apareció. Salió de entre las tinieblas con la respiración entrecortada por la carrera, y la voz le salía a trompicones.

—Perdone el retraso, pero no ha sido fácil escapar de aquella gente. —Abrió la puerta del conductor y se apoyó jadeando—. Gibbs me ha oído cuando la llamé por teléfono. No creo que se haya enterado de mucho, pero desde ese momento no me quitaba ojo de encima. Sin tregua. He tenido que fingir que me iba a la cama para escapar de su vigilancia. Luego he salido por la ventana, he pasado por el techo de la cocina, y aquí estoy. —Sonrió—. ¿Le importa si conduzco yo?

Ella se cambió al lado del pasajero.

—¿Adónde vamos?

—Ahora entenderá por qué quería verla. —Mike se puso al volante y apagó los faros—. Cualquier luz en los pantanos se ve desde millas de distancia, ¿no lo ha pensado? ¿Y si yo hubiera tardado y se hubiera encontrado de frente con Shane o Nick armados con una escopeta?

—¿Cree usted… que esos dos…?

—No pienso correr el menor riesgo. —Mike sacó un paquete de cigarrillos y ella, fijándose en él, pensó que se le veía cansado y demacrado a la luz de las estrellas. El encendedor brilló, mostrando los ojos hundidos del joven y las mejillas en sombra, casi negras. Aquella expresión de chiquillo que al principio le pareció tan atractiva casi había desaparecido. En diez horas había envejecido diez años. Debía amar a Cathy muchísimo, pensó ella, y se sintió embargada por una intensa emoción.

—Si quiere decirme de qué manera puedo ayudarlo —susurró la señorita Purdy.

Él la miró con una expresión en la que, más allá de la angustia, se podía percibir incluso cierto humor.

—Siempre tan altruista, ¿eh? —Guardó silencio unos segundos y

luego se volvió hacia ella de golpe—. Sí, claro que puede ayudarme, y por eso estamos aquí. ¿Qué ha descubierto de Dennis?

—Que era el marido de Lilian. Un calzonazos, un parásito, así me lo han descrito. Ella lo dejó poco después de su boda y vivía con el terror de que apareciera de nuevo a pedirle dinero. Creo que Shane consiguió dar con él y lo mandó a Waterside Cottage para asustarla y que se marchara. Pero lo que ocurrió después no lo sé.

—Pero Nick y Shane lo saben, eso es obvio. ¿Quién les contó todo eso? ¿La señora…? ¿Cómo se llama…?

—Curtis. No, no fue ella. Fue una chica que vivía en su pensión. Genevieve Flynn, una amiga de Lilian.

—Flynn… —la voz de Mike se endureció—. He oído mencionar ese nombre, Nick temía que esa chica pudiera traicionarlo, pero Shane estaba seguro de que se había ido al extranjero, a Kenia o un sitio así. El mes pasado, creo recordar.

—Sí, pero se puso enferma y tuvo que quedarse. Se marcha mañana.

—¿La policía ha hablado con ella?

—No.

Él apretó los labios.

—Bueno, eso puede esperar. Se lo contaremos después de poner en práctica mi idea.

—¿Qué idea, Mike?

—Ir a su casa a preguntarle a Lilian.

—¿Preguntarle a…? —No llegó a terminar la frase.

—Quiero pedirle que nos diga la verdad, claro. Es la única forma de llegar deprisa a una conclusión. Si Cathy tiene que pasar la noche en el calabozo… —La voz de Mike se rompió—. No me mire así. Usted ya lo ha hecho, ¿no? Entonces puede repetirlo y esta vez nos aseguraremos de que lo que escriba no lo robe nadie.

—Pero la máquina de escribir…

—Bueno, esta mañana el sargento lo consiguió con lápiz y papel, ¿no?

La señorita Purdy no logró hacer otra cosa que mirarlo. El día

anterior no habría dudado, porque en el fondo lo que le estaba sugiriendo era lo mismo que ella quiso hacer: sentarse a la máquina de escribir y pedirle a Lilian que repitiera toda la historia. Pero ahora…

Ahora la idea de ponerse de nuevo a merced de la chica muerta la llenó de un terror frío. Porque Lilian no era el alma indefensa y triste que había creído, sino un espíritu calculador, hipócrita y vengativo, un ser malvado que quería tomar posesión de su mente para ensuciarla y contaminarla hasta que fuera imposible que recuperara su pureza.

La señorita Purdy alargó una mano.

—Mike, no, no…

—Pero si ya lo ha hecho antes.

—Entonces era distinto. Yo…, a mí me parecía simpática. Pero ahora no puedo hacerlo, Mike. Lo que sea menos eso.

—¿Qué la ha hecho cambiar de idea?

—Saber quién era realmente Lilian. Saber sus malas intenciones. Saber que me está utilizando para algo malvado.

—¿Sacar de la cárcel a Cathy le parece malvado?

—Habrá otra forma, ¿no?

—No tan rápida. Tenemos que actuar deprisa. Hasta que no sepamos qué ocurrió, no podremos hacer nada para demostrarlo. Y cada minuto que Cathy pasa encerrada seguro que le dejará una marca. Solo pensarlo me vuelve loco. Aunque tenga que enfrentarme al diablo en persona, esta noche iré a esa casa y usted vendrá conmigo. No puede echarse atrás precisamente ahora.

—Mike, Mike…

Pero ese no era el Mike que ella conocía, el que tenía delante era un desconocido duro y despiadado.

—Ha sido usted la que la ha metido en la cárcel, ¿recuerda? Usted y su maldita intromisión. Y ahora le toca sacarla. Y lo hará, ya lo creo que lo hará, aunque tenga que llevarla a esa casa a la fuerza.

Arrancó el motor y quitó el freno de mano. Conducía deprisa, con los faros apagados, y la señorita Purdy solo podía rezar para no

acabar en una zanja. La luna recién salida vertía una luz sombría e incierta que no alcanzaba a disipar las tinieblas, pero parecía suficiente para que él condujera sin perder el control.

Mike habló unos minutos después, nervioso, como si quisiera disculparse.

—Siento lo que le he dicho. No debería. Si de verdad no quiere hacerlo, dígamelo y me paro aquí.

—¿Lo haría de verdad?

Mike la miró de reojo.

—Bueno, no, pero porque no creo que usted me lo pida.

Y tenía razón. La señorita Purdy no podía hacerlo. Pero eso no significaba que se hubiera reconciliado con la idea. Es más, no había hecho nada en su vida que le gustara menos.

Poco después, Mike paró a una cierta distancia de Waterside Cottage y ocultó el coche en una zona de alisos.

—No creo que hayan dejado a un policía de guardia, pero mejor ir despacio y sin hablar. ¿Tiene su llave?

Ella la sacó de su bolso y Mike le dijo que esa era precisamente una de las pruebas que la policía había usado contra Cathy: que tuviera una llave de la casa.

Cogiéndola por el codo, la guio a través de la hierba alta. Se notaba un intenso relente que no facilitó el recorrido, y más de una vez acabaron metiendo los pies en un charco fangoso o tropezaron con la maleza. A su derecha, las aguas de Liddon Broad brillaban entre las cañas. Una neblina casi imperceptible que ascendía del río había enfriado el aire, y la señorita Purdy sintió un escalofrío con su vestido ligero. Pero Mike la llevó adelante sin la mínima vacilación, y enseguida estuvieron delante de la puerta de la casa.

—Espere aquí —susurró él y se deslizó despacio como una sombra a dar la vuelta a la construcción.

Y allí, sola, bajo el voladizo, la señorita Purdy sintió el terror por dentro como algo vivo, advirtió una oleada de pánico que le paralizó músculos y cerebro dejándola del todo vacía. No era solo el lógico miedo humano a lo sobrenatural, sino el terrible presentimiento de

algo diabólico a punto de manifestarse, la conciencia devastadora de que si entraba en esa casa no tendría salvación. No era el valor lo que le impedía huir, sino la absoluta incapacidad de moverse. Si no escapo ahora mismo de aquí, pensó, será demasiado tarde. Ahora, antes de que llegue Mike…

Pero ya era demasiado tarde. Mike apareció por la esquina. Toda posibilidad de escapatoria se desvaneció.

Él le dijo que todo estaba en calma. Ningún indicio de presencia policial o de otro tipo. Estaban solo ellos dos.

—Mike —murmuró ella, pero él no la oyó siquiera. Respiraba con ansiedad. Cogió la llave, la metió en la cerradura y la giró. La señorita Purdy podía haber huido en ese momento, pero Mike la cogió del codo y entraron juntos.

Ella percibió enseguida que Lilian estaba allí, a la espera. El ambiente se notaba cargado y olía a cerrado. A sus espaldas, la puerta se cerró de golpe como si la hubiera empujado el viento, aunque no había ninguna corriente de aire en la habitación, solo un silencio asfixiante.

—La lámpara —dijo Mike con una voz tan tensa que sonó irreconocible—. Enciéndala, por favor se lo pido. No, espere. No queremos delatar nuestra presencia aquí, ¿no?

Tropezando hasta la ventana, cerró las cortinas, borrando el último reflejo de claridad que entraba de fuera. La señorita Purdy quiso gritar, pero ¿de qué habría servido?

La lámpara…

Con los dedos temblorosos encontró los fósforos. Después de encenderla, la dejó en la mesa. La luz que daba era extraña, débil, irregular, ¿o era el miedo de la señorita Purdy lo que daba esa sensación? Miró a Mike y comprobó que tenía la frente ligeramente sudada.

—Un papel —dijo él con voz ronca—. Y por el amor del cielo, démonos prisa.

Los folios estaban aún sobre la mesa. Mike casi la empujó a sentarse y le puso un lápiz en la mano.

—Y ahora escriba: *Soy Lilian Kemp. Me han asesinado. Fue Shane Gibbs quien…*

Ella había llegado hasta ahí cuando se dio cuenta de que no estaba siendo Lilian quien dictaba las palabras, sino el propio Mike. Levantó la mirada y lo que vio en el rostro del joven le heló el corazón.

Mike…

Fue un instante de conmoción y también de revelación. Ella levantó la mano como si fuera a parar un golpe físico.

—Mike, tú no… Tú no…

Después vio el calcetín lleno de tierra balanceándose en la mano de Mike.

—¡Continúe, maldita sea! —dijo él entre dientes—. ¡Escriba!

La señorita Purdy escribió porque no tenía elección, porque él estaba detrás con el arma que había usado ya para matar dos veces. Mike sacó del bolsillo los tres folios mecanuscritos (así que fue él quien los robó) y los usó para dictar, sustituyendo muy oportunamente su nombre por el de Shane. La señorita Purdy escribió:

> Me han asesinado, fue Shane Gibbs quien me mató. Me golpeó la cabeza, luego me dejó en la barca para que me ahogara. El agua estaba muy fría y oscura. Abrí los ojos y vi las estrellas; pensaba en el frío, así que dejé mi cuerpo allí y volví a la casa. Pero el frío ya me había entrado en el alma.
>
> Me quedé sentada sola bastante rato, recordando mi cuerpo en el agua. Incluso intenté volver atrás para recuperarlo, pero las estrellas seguían danzando y no paraban, y oía voces a mi alrededor, voces que no entendía, así que volví a entrar en la casa y no salí más.
>
> Las estrellas y las voces me asustaban, y decidí quedarme allí, donde me sentía segura. Luego llegaron Shane y Nick. Vi que buscaban las cartas, pero sabía que no las encontrarían, y eso me hizo sentir de verdad feliz.
>
> Traté de hablarle a mi prima de la maleta. Quería que le hiciera llegar las cartas a Rosalie, no soportaba la idea de que Nick y Shane se salieran con la suya. Pero era una tonta y en su cabeza solo había sitio para el dinero.
>
> Odiaba a Shane cada vez más por lo que me había hecho, lo quería muerto.

Sabía que no encontraría paz hasta que se reuniera conmigo.

Otras personas han venido a vivir a la casa después de mí y he tratado de hablar con todas ellas de Dennis, de la manera en que me mató, pero también resultaron tremendamente estúpidos, así que…

Mike se detuvo, con la voz sacudida por la furia.

—¡Dennis no!, ¡Shane!

La señorita Purdy no respondió, pero continuó escribiendo sin que él dictase.

… no conseguí que entendieran. Todos se asustaban y se marchaban al poco de llegar. Ya había perdido toda esperanza de…

Mike la cogió por el hombro.

—Ahora recuerde —dijo. Ella vio sus ojos. Crueles, llenos de odio, triunfantes. Tan distintos de los suyos. Ella nunca podría poner esa expresión.

El mecanuscrito cayó al suelo, y la señorita Purdy, Lilian, continuó escribiendo.

Ya había perdido toda esperanza de que alguien me comprendiera, pero entonces llegó una mujer y supe que era mi última oportunidad. No era estúpida como los demás, y no quería asustarla porque temía que se fuera, así que intenté inspirarle compasión.

No fue difícil, y al final quería de verdad ayudarme. Se sentó a escribir y supe lo que debía hacer. Me introduje en su mente y…

—¡Basta, basta! —gritó Mike.

Y escribí el nombre de mi asesino. Dennis, Dennis, Dennis. Fue Dennis quien me mató. Díganselo a la policía, que lo encierren. Dennis, Dennis, Dennis…

En ese momento la porra cayó sobre la cabeza de la señorita Purdy y su espíritu revoloteó libre en la inmensa oscuridad.

17

—¿Cree que vale la pena mandar las patrullas a buscarla? —preguntó Lovick en tono burlón.

John Crawford se dio la vuelta desde la ventana, donde llevaba un rato mirando cómo el cielo se oscurecía.

—Esto no es tan gracioso como parece, Lovick. Mi hermana la esperaba en Venners esta noche.

—¿Y? ¿Me está diciendo que se le romperá el corazón por algo así? ¡Diantres, hasta ayer ni siquiera la conocía!

—No es eso. El problema es que la señorita Purdy está desaparecida desde la hora de comer y ya son las nueve pasadas. Nadie la ha visto desde que la dejamos en el Wrexley Arms. No ha vuelto a la casa y en la casona no se sabe nada de ella. Y hay más: su coche ha desaparecido.

—Quizá ha ido a Norwich a hacer compras y se ha parado a ver una película.

—¿Sin avisarnos ni a mí ni a mi hermana?

—Bueno, es una mujer libre, ¿no?

—Sigue usted sin entender. La señorita Purdy es de la vieja escuela, alguien como ella preferiría morir antes que incumplir las normas de cortesía. ¡Eso es!, morir… —Se interrumpió de golpe y se volvió a la ventana—. Debimos llevarla con nosotros. A cualquiera de aquellas personas le gustaría apuñalarla.

Lovick tamborileó con los dedos en la mesa. Se hallaban en su despacho en la comisaría de Wrexley. Estaba exhausto después de una jornada agotadora, y la dichosa señorita Purdy parecía tener el don de estar siempre en medio en todas las ocasiones.

—Bien, ¿qué quiere que haga? —preguntó por fin, abatido.

—Por lo que a mí respecta —dijo John—, creo que voy a empezar

por el principio, es decir, el Wrexley Arms.

Dejó a Lovick y salió a la calle, directo al hotel. En cuanto llegó, cruzó dos palabras con el director y fue al comedor a preguntarle a la camarera que les había servido la comida.

Tuvo que esperar a que soltara los platos de pescado y patatas fritas en una mesa donde se sentaban ocho personas, pero consiguió interceptarla de camino a otra mesa a tomar nota. Tenía la cara roja y no mostró una actitud abierta. Aquella era la peor hora, la de las cenas, y como los clientes de la mesa cercana estaban esperando desde hacía diez minutos, lo más probable es que fueran a quejarse al director.

—Sí, ¿qué ocurre? —exclamó la camarera.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó John.

—No. Tengo mejores cosas que hacer que… —Paró en seco. Quizá lo había juzgado mal. No parecía alguien que quisiera coquetear. Oh, claro, ahora se acordaba. Había comido allí con el inspector de policía y la señora que luego se quedó en la mesa una eternidad—. ¿De qué se trata? —preguntó suspicaz—. Si es por la cuenta…

—No, no es por la cuenta. Estoy buscando a la señora que estaba conmigo.

—Ah, esa. Bueno, ahora no está. No la he visto desde que se fue a mediodía. Y ahora si me disculpa…

—¿Por casualidad no habrá hablado con ella? ¿No le habrá dicho si tenía que hacer alguna compra o algo así?

—No, simplemente salió y… Bueno, antes de irse utilizó el teléfono de la entrada, por si le sirve de ayuda.

—Es de gran ayuda —dijo John—. Gracias.

Le deslizó un par de monedas en la mano, completó aquel acto de conquista con una de sus escasas sonrisas y salió para telefonear a su vez. Diez minutos después se reunió con Lovick en comisaría. Lovick estaba a punto de irse a casa y se le veía comprensiblemente irritado.

—¿Usted no deja nunca de trabajar? Como le digo, habrá ido a Norwich, con toda probabilidad, y…

—No. Es más, en la casona han mentido al decir que no sabían nada de ella. Acabo de localizar una llamada que la señorita Purdy hizo justo después de comer.

—¿A quién?

—A Nicholas Shaw.

Lovick maldijo, pero era un buen policía y no le costaba admitir una derrota.

—Está bien, vamos para allá y presionemos a ese hombre.

Utilizaron el coche del policía y llegaron a su destino en apenas diez minutos. El anciano mayordomo los condujo a la salita que Lovick había empleado esa misma mañana para los interrogatorios y confirmó que Nicholas había recibido una llamada de la señorita Purdy después de comer. El dueño de la casa entró casi de inmediato, a toda prisa y con un vaso de *whisky* en la mano. No estaba bebido, pero había tomado lo suficiente para parecerlo.

—¿Qué demonios quieren saber ahora? —Agitó el vaso de *whisky* y se vertió un poco en el suelo—. ¿Es que no tenemos derecho a que nos dejen en paz? Soy un marido de luto, ¿o no lo entienden? Un marido que…

Shane, que lo había seguido, le puso una mano apaciguadora sobre el brazo. El abogado era frío y prudente, como siempre.

—Cálmate, Nick, quizá sea algo importante. Oigamos qué tienen que decirnos.

Lovick los miró a ambos. La vista del vaso de *whisky* le trajo a la mente uno de sus planes truncados de ese día, y no contribuyó nada a ablandar la actitud del inspector. Dijo secamente que estaban buscando a la señorita Purdy.

—Bien, pues yo no sé dónde está —dijo Nicholas en tono ofensivo —. Si se ha perdido, que siga así. Es más, quizá sea lo mejor.

—Cuando le preguntamos antes, señor, usted nos dijo de manera categórica que no sabía nada de los movimientos de la señorita Purdy después de comer.

—Yo no hablo nunca de forma categórica. De hecho, es una palabra que no utilizo jamás.

Shane intervino de inmediato.

—En todo caso, no es cierto. Él se limitó a decir que no la había vuelto a ver después de la comida. No es lo mismo.

—No veo la diferencia, teniendo en cuenta que nos ha ocultado la llamada de la señorita Purdy.

Nicholas tragó lo que quedaba en el vaso y lo soltó en la mesa.

—¿Quién les ha hablado de la llamada de esa mujer?

—¿Es que no es así?

—Absolutamente no.

John hizo un movimiento brusco.

—Escúcheme bien, Shaw…

—Señor Shaw, para usted, gracias.

John le contó que habían localizado la llamada que se había hecho justo a ese número.

—El mayordomo nos acaba de confirmar que usted la atendió. Y aun así sostiene…

—No era la señorita Purdy.

—¿Entonces quién era?

Shane intentó hablar, pero Nicholas se adelantó.

—Una tal señora Ross.

—¡Ross! Pero quién diablos…

Nicholas eligió las palabras con cuidado.

—Dijo que se llamaba así, que era una prima de Bristol. Quería pasar a ver a la casera de Lilian en Highgate, pero había perdido la dirección.

—¿Se la ha dado?

—No tenía ninguna razón para no hacerlo. No es un secreto, ¿no?

—Y ¿no se ha dado cuenta de que esa persona era en realidad…?

—¿Por qué debería? Tampoco estaba obligado a hacerlo, ¿no le parece?

Lovick se apresuró a preguntarle cómo es que la señorita Purdy necesitaba esa dirección. Para meter de nuevo las narices donde no le importa, por supuesto, contestó Nicholas con repentino hastío, añadiendo que antes o después alguien se las rompería, y que

esperaba estar presente para contemplar el espectáculo. No, no sabía que la señorita Purdy hubiera ido a la ciudad.

—Y me importa un comino, así que, si tienen la amabilidad de quitarse de mi vista…

—¿Puedo usar el teléfono? —dijo John.

—¿Por qué? ¿No tienen teléfono en su maldita comisaría?

Shane intervino raudo.

—Adelante, inspector, no se preocupe por Nick. Supongo que imagina el estado en que se encuentra.

Nicholas hizo ademán de añadir algo más, y John, tras cruzar una mirada fugaz con Lovick, se encaminó al teléfono de la entrada. Habían buscado la dirección de Highgate esa misma mañana, y no se le escapó que el listín telefónico estaba abierto precisamente por esa página.

La señora Curtis respondió y dijo que estaba a punto de meterse en la cama. Un minuto más, añadió, y la habría pillado poniéndose el camisón.

—Así que tenga por seguro que no me gustaría nada tener que subir tres tramos de escaleras para avisar a alguien, con la tensión como la tengo. Hay personas que no se hacen cargo de los problemas a los que se enfrentan los demás para atenderlos. En fin, dígame, ¿con quién quiere hablar?

—Con usted —dijo John—. Quisiera saber si la señorita Purdy la ha visitado esta tarde.

—¡Purdy! ¿Se refiere a esa mujer que trabaja para un periódico?…

—¿Un periódico?

—Oh, ya sé que Genny ha dicho que no, pero yo dormiría mejor si pudiera estar segura, porque esa tipa dijo que se llamaba Frances, y nadie da un nombre falso a no ser que tenga una mala idea en la cabeza. Y si todo era una broma, como me ha dicho Genny, lo cierto es que era de muy mal gusto, en mi opinión. De hecho, tengo intención de escribirle al señor Nick para decirle lo que pienso. ¡Y que una casa poco respetable…! Usted sabe bien que eso no es así y…

—¿Se refiere a Nicholas Shaw?

—Claro, él me llamó avisándome de que no dejara entrar a la tal Purdy, porque escribía en periódicos sensacionalistas y quería publicar un artículo sobre casas de dudosa reputación. Pero cuando la señora me dijo que no era esa Purdy, sino la señorita Frances, yo…, es decir, ¿cómo iba a saber que me estaba tomando el pelo? Por otra parte, tenía un aspecto muy respetable, de lo contrario no la habría dejado entrar en mi casa. Y pensar que no me habría enterado de nada de esto si el otro tipo no hubiera llamado describiéndomela…

—¿Qué otro tipo?

—Pues uno que llamó a la hora del té. Quería que esa mujer volviera en el primer tren disponible porque habían arrestado a una cierta señorita.

—¿Cómo se llamaba la persona que llamó?

—No lo dijo. Pero Genny debe de saberlo, si es algo importante.

—¿Genny?

—Una de mis inquilinas. Se llama Genny Flynn y es un verdadero encanto. La echaré mucho de menos, mañana se marcha a Nairobi, ¿sabe usted?

—¿La señorita Purdy ha hablado con ella?

—Sí, han tomado el té juntas, pero…

—¿Sería posible hablar con esa señorita? Dígale que es muy importante.

Pero Genny había salido a despedirse de algunas amigas y no volvería como mínimo hasta pasada una hora. Después de dejarle mensaje para que lo llamara, John colgó y se reunió con los demás.

Nicholas se había llenado de nuevo el vaso y se había repantingado en una butaca. Ya no parecía tan ebrio como antes, pero sus ojos brillantes todavía traslucían peligro. Lovick estaba interrogando a Shane sobre el libro robado, no porque esperase inducirlo a confesar, sino porque el tipo no le caía nada simpático y prefería aprovechar el tiempo apretándole las tuercas.

—Óigame —dijo Shane—, ¿cuántas veces tendré que repetir que

yo no me llevé el maldito libro? Ha registrado mi casa, ¿no? ¿No le basta con eso?

—No, no me basta. Sus huellas han aparecido en otros libros.

—¿Y qué importancia tiene eso? Admito que cogí dos o tres de las estanterías, por pura curiosidad.

—¿Espera que le crea?

—Tendrá que esforzarse mucho para demostrar lo contrario.

Lovick lo sabía. Los dos se volvieron con expresión de alivio cuando entró John.

—¿Y bien? —dijo Lovick.

—La señorita Purdy dejó la ciudad poco después de las seis para coger el tren a Norwich. —John miró con dureza a Nicholas—. Usted sabía muy bien que había ido a Londres. Y que fue ella la que llamó después de comer.

—Perdone que le corrija —dijo Nicholas—. Yo no sabía. Solo he tratado de impedírselo por si acaso era ella.

—¿No la llamó a Highgate a la hora del té?

—¿Por qué demonios iba a llamarla? —dijo Nicholas mirándolo fijamente.

—¿No lo ha hecho?

—No. Tengo otras cosas en que emplear mi tiempo y mi dinero que con una… —y añadió un apelativo desagradable sobre los padres de la señorita Purdy.

John se volvió al abogado.

—¿La llamó usted?

Shane negó con la cabeza.

—No, la única llamada que he hecho ha sido a mi despacho, para decir que hoy no volvería.

—¿Dónde está Mike Stevens?

—Acostado. Subió hace más de una hora diciendo que no se encontraba muy bien.

—Veamos si se ha recuperado lo suficiente como para bajar.

Shane abrió la boca, miró a Nicholas, pensó que no valía la pena decir nada y salió sin pronunciar palabra.

Los ojos de Lovick estaban encendidos.

—¿Qué es toda esta historia?

John se la contó con toda la precisión posible.

—Por supuesto, también es posible que Gibbs mienta —observó—, puesto que nada le impedía hacer una segunda llamada.

—O que mienta también el señor Shaw —dijo Lovick—, pese a tener mejores cosas que hacer con su tiempo y con su dinero.

Nicholas se incorporó en la butaca.

—Ya le he dicho que…

—Lo que nos ha dicho no es una prueba, señor, como usted sabe bien.

La réplica de Nicholas quedó inexpresada porque Shane volvió en ese momento e informó a todos de que la habitación de Mike estaba vacía.

—Como estaba cerrada con llave y no he conseguido que me contestara, he cogido la llave de la otra puerta y he entrado. La cama está intacta y la ventana abierta. Habrá saltado por ahí utilizando el canalón. Si no me creen, vayan ustedes a comprobarlo.

Las huellas aún frescas en el alféizar y en el canalón confirmaron el relato de Gibbs. Mike se había escapado por la ventana, pese al hombre que Lovick había dejado vigilando. Se había ido a pie porque su coche seguía en el garaje, y tanto el Nicola como la barca estaban en el amarradero.

—De todas formas, no habría podido coger la barca sin que Stratton se diera cuenta —dijo Lovick saliendo del cobertizo y mirando la orilla opuesta—. Lo he dejado de guardia con el fin concreto de vigilar también esta orilla. ¿Ha visto algo, Bloomfield?

—No, señor —respondió el agente.

La luna, aún muy baja en el cielo, era lo bastante luminosa como para dificultar que alguien pudiera esconderse. Y pese a la leve bruma, ninguna embarcación podría haber pasado por el río sin ser vista desde ambas orillas. No había rastro del agente Stratton, que

debía de estar detrás de la casita o en el cobertizo. La noche estaba silenciosa. El único ruido era el chapoteo del agua contra los palos del amarradero.

—Ahora le pego un grito —dijo Lovick refunfuñando—. Quizá él…

—No, espera —dijo John cogiéndolo del brazo alarmado—. ¿Qué es aquello?

En el aire inmóvil oyeron claramente la puerta de atrás de la casita abrirse con un chirrido. La luz llenó la rendija. No era la luz de la cocina, sino un resplandor procedente de la habitación contigua. Perfilado un instante contra ese resplandor, vieron a un hombre que se apoyaba en el marco y luego echaba a correr hacia la orilla del río como si lo persiguieran todos los demonios del infierno.

—¡Pero qué diantres…! —exclamó Lovick.

—La barca —dijo John.

La vieron al mismo tiempo: la barca de la casita amarrada en la orilla, en vez de en el cobertizo, donde debería estar si el agente Stratton hubiera respetado las órdenes recibidas. Pero casi antes de ver la barca, el hombre de la otra orilla ya había saltado dentro y remaba hacia ellos como un poseso.

—¿Será Stratton? —dijo Lovick—. O quizá…

—Creo que es Stevens.

—Entonces, ¿a qué está jugando Stratton? —La voz de Lovick subió de tono—. Lo ha dejado escapar con…

—La barca. Rápido. Ese hombre está en peligro.

John se precipitó al cobertizo de la casona con Lovick y Bloomfield pisándole los talones.

Entretanto, el avance de Mike era muy lento. Un remo se atascó en una zanja y la barca se tambaleó de forma espantosa mientras él trataba de soltarlo.

—¡Párese! —gritaba Lovick mientras la barca con Bloomfield a los remos avanzaba hacia él.

Pero a Mike, ahora incapaz de razonar, le parecía que el remo estaba sujeto por dos manos, las manos de una muerta, y el único pensamiento que cruzaba su mente enloquecida era el de liberarlo

de su trampa.

De pie, tambaleándose, continuaba tirando con frenesí, intentando soltar el remo.

—Suéltalo, suéltalo, maldición —sollozaba.

—Pero mira ese idiota —exclamó Lovick—, acabará por caerse al agua.

Luego la situación se precipitó. Mike consiguió liberar el remo, pero perdió el equilibrio y se cayó. Un instante después, su grito loco de pánico fue engullido por las aguas.

—¡Rápido, rápido! —gritó Lovick.

Bloomfield hizo lo que pudo por obedecer, aunque sus potentes músculos estaban ya al borde del espasmo. Quedaban aún muchos metros que recorrer. Vieron a Mike salir a la superficie a cierta distancia de la barca, que se había volcado de forma siniestra. Lo vieron nadar hacia el casco, pero luego levantó un brazo y se estremeció deteniendo su avance.

—Las algas —dijo John.

El enredo de las algas en el tobillo de Mike parecía el agarre de los dedos de una mujer. Trató de soltarse, pero cada movimiento no hacía más que reforzar la presión de aquellos tentáculos.

—¡Suéltame, suéltame! —balbuceaba Mike—. ¡Maldita seas, Lilian, suéltame!

Pero ella lo estaba arrastrando al fondo. Lilian lo estaba arrastrando al fondo. Estaba muerta pero también viva, y lo estaba arrastrando al fondo. El agua le cubría el rostro. Mike luchó para soltarse de aquellas manos, jadeando y sollozando.

—¡Vete! ¡Vete de aquí! —gritó.

Pero la mano en el tobillo no se rendía. Mike volvió a hundirse y esta vez, ante sus ojos, se materializó la oscura tiniebla de la muerte. Las estrellas danzaban en el cielo y un rumor de voces lo envolvía, voces que Mike no conseguía entender. Solo veía a Lilian y a Rosalie. Lilian le sonreía, su rostro blanco como un lirio y los cabellos mojados ondulantes sobre la cabeza como la aureola de un demonio. Y también estaba Rosalie, que lo miraba con sus ojos

tristes y atormentados, pero era Lilian la que tiraba de él hacia las profundidades. Lilian, Lilian…

John se lanzó al agua entonces, y consiguió soltarlo. Lo llevaron hasta la orilla de la casita, pero su corazón ya no latía. Por orden de Lovick, Bloomfield se quitó la chaqueta e intentó reanimarlo.

Fue entonces cuando percibieron el olor a quemado.

—¡Por todos los…! —gritó Lovick—. ¡Este maldito lugar está en llamas!

John estaba ya a medio camino. Cuando llegó a la puerta, retrocedió un paso casi asfixiado por una oleada densa de humo acre, pero se recompuso y no dudó en entrar. Llegó al salón y vio que la lámpara de aceite estaba en el suelo, en la alfombra, que ardía con rapidez, y largas lenguas de fuego lamían ya los muebles. El resto de la sala estaba lleno de humo, pero John, a duras penas, consiguió distinguir una figura inerte echada en la mesa. Con una oración involuntaria, la levantó en brazos y con aquella pesada carga salió a trompicones por la puerta de la cocina.

—¿Muerta? —preguntó Lovick.

—No lo sé. Las llamas no la habían alcanzado.

—¿Y Stratton?…

—No lo he visto.

Lovick se volvió hacia Waterside Cottage, que se estaba convirtiendo rápidamente en un infierno. Si Stratton estaba dentro…

Lovick tenía muchos defectos, pero la mezquindad no era uno de ellos. Si Stratton estaba dentro, posiblemente ya habría muerto, pero, si existía una única posibilidad de lo contrario, había que intentar salvarlo. Gritando y maldiciendo, el inspector se lanzó hacia la entrada en llamas, pero lo detuvo el avistamiento del mismísimo Stratton, que venía tambaleándose desde el cobertizo con las manos en la cabeza.

El alivio de Lovick (no solo por la aparición del agente) estalló en un alarido de furia repentina.

—¡Stratton! ¿Pero qué diantres estaba haciendo allí? ¿Por qué no estaba usted…?

—Me han golpeado, señor —jadeó el policía, y a continuación sufrió unas violentas náuseas.

La señorita Purdy no estaba muerta. El fuego pudo haberla matado, pero no el fuerte golpe en la cabeza. Abrió los ojos doloridos mientras el aire frío de la noche le soplaba en el rostro bajo la luz de una luna neblinosa. Oía el ruido de los remos goteando en sus toletes. Por un instante se preguntó si Caronte la estaba llevando por la Estigia, luego el rostro de Caronte se disolvió transformándose en el de John Crawford, y se dio cuenta de que la Estigia se parecía un poco a Liddon Broad. Pero ese extraño resplandor rosa en el cielo…

Levantó la cabeza.

—No lo haga. Quédese quieta —dijo John—. Ahora la llevaré a la casona.

—Pero esa luz…

—Es la casa. Se está quemando. Nos hemos librado de ella de una vez por todas, y no me parece nada mal.

—Bueno. Al menos mi abrigo de piel se quedó en Venners —dijo con lucidez la señorita Purdy.

Y se desmayó.

18

La señorita Purdy se despertó en un dormitorio desconocido cuando casi era de día. Tenía un tremendo dolor de cabeza, y además del dolor y los mareos se le aparecían ante los ojos imágenes sueltas de una caléndula marchita, de Cathy en una celda, de una franja de alfombra roja, de una libélula bailando al sol, de una máquina de escribir destrozada y de un resplandor en el cielo que podía representar el crepúsculo, pero que, inexplicablemente, tenía algo que ver con su abrigo de piel… Luego la puerta se abrió y entró Cathy, que le llevaba un ramo de rosas.

—Querida mía —consiguió decir la señorita Purdy, desconcertada.

Cathy soltó las flores y se acercó al lecho. El traje oscuro que vestía acentuaba su palidez, y su piel parecía casi transparente. Había llorado, como era obvio, pero de todos modos parecía haber dejado atrás las tempestades. No quedaba rastro de amargura o reproche en su rostro mientras se sentaba en el borde de la cama y tomaba la mano de la señorita Purdy.

—Veo que se ha despertado. Y eso es fantástico. ¿Cómo se encuentra?

—¿Dónde estoy? —preguntó la escritora como un personaje de sus novelas.

—En la residencia de los Shaw.

—¡Oh, santo cielo! Nicholas…

—Ahora que todo está aclarado estamos felices de tenerla aquí con nosotros. —Las palabras de la chica sonaron del todo sinceras.

La señorita Purdy se echó a llorar, una debilidad que por lo general detestaba.

—¿Cuándo la soltaron?

—¿Soltarme? ¿De dónde?

—De prisión.

—¿De prisión? —La chica se preguntó si su huésped no estaría delirando.

Al ver su expresión, la señorita Purdy empezó a preguntarse lo mismo.

—No irá a decirme que me lo he imaginado todo, ¿no? Pero no, no es posible, él me llamó precisamente por eso. Mike, quiero decir. Quería informarme de que la habían arrestado.

Catherine volvió la cabeza.

—Y de esa manera consiguió que usted fuera a la casa.

—Sí. Nos encontramos en la carretera y… —Hizo una pausa porque recordó aquellos últimos minutos en la casa y fue un segundo golpe para ella—. Querida, lo siento mucho, pero fue Mike el que…

—Lo sé —dijo Cathy.

La señorita Purdy se pasó la mano por la cabeza dolorida.

—Entonces, ¿no era verdad? ¿No la habían arrestado?

—No. Yo dormía anoche cuando llegaron el inspector Lovick y su colega. Sospechaban de Shane, al menos hasta que Mike… —Cathy se levantó de repente—. Mike ha muerto. ¿Le importa si llamo al señor Crawford? Él le explicará todo mejor que yo. A menos que se sienta demasiado mal, por supuesto.

—No, me encantaría verlo.

—Le ha salvado la vida, ¿sabe? —dijo Cathy—. La lámpara se cayó al suelo y la casa estaba en llamas, pero él entró para sacarla.

La chica salió deprisa.

Pocos minutos después, John llamó a la puerta y entró. Después de acercar una silla a la cama, también le preguntó a la señorita Purdy cómo se encontraba.

—Le estoy muy agradecida —dijo ella, y no bromeaba.

Él esbozó una de sus escasas sonrisas.

—Bien, eso significa que se está recuperando.

—Cuéntemelo todo, por favor. No he estado tan confusa en toda mi vida. Cathy dice que no la habían arrestado.

—Claro que no, como debió deducir también usted cuando Mike la

llamó.

—¿En qué sentido?

—Según la señorita Flynn, él le dijo que no la podía ver en público porque tenía prohibido abandonar la casa.

—¿Y entonces?

—Querida señorita Purdy, si Lovick hubiera hecho un arresto, los demás habrían sido libres de ir a donde quisieran.

—Qué razón tiene, he sido una estúpida. Pero había algo más. La llave de la casita. Él dijo que la tenía Cathy.

—Tonterías. Era Rosalie la que guardaba la única otra llave de la que teníamos conocimiento, no Cathy.

—Sin embargo, Mike fue tan convincente…

—Claro que fue convincente —observó John—, puesto que tenía que detenerla antes de que pudiera contarle a alguien lo que había averiguado sobre Dennis. Quería pillarla desprevenida, y quizá pensó que, si estaba preocupada por Cathy, haría lo que él dijera sin protestar.

—Y así es como sucedió —confesó ella con un suspiro—. Incluso accedí a hacer otra sesión con Lilian. No le digo cuánto me horripilaba semejante idea, pero si era por Cathy…

—¿Quiere decir que entró de nuevo en trance?

—¿No han encontrado lo que escribí?

—No, no hemos encontrado nada. Solo hubo tiempo para sacarla a usted. Y la casa ardió completamente antes de que llegaran los bomberos.

Ella le dijo que Mike tenía el mecanuscrito original en el bolsillo.

—Quería que lo repitiera, pero poniendo a Shane en vez de a Dennis como asesino. La idea, supongo, era que yo volviera a la casa a entrar en contacto otra vez con Lilian. Así que empezó a dictarme lo que había escrito en las páginas, pero no contó con Lilian.

—¿En qué sentido?

—Ella estaba presente, y me di cuenta en cuanto llegamos. En el escalón de la entrada, él me dejó sola un momento para echar un

vistazo alrededor.

—Debió de ser entonces cuando…

—¿Cuándo qué?

—Cuando golpeó al agente Stratton y lo metió en el cobertizo.

La señorita Purdy volvió a suspirar profundamente.

—No lo sabía. Solo percibí una enorme sensación de maldad. Poco me faltó para salir huyendo, pero él llegó enseguida. Quería ahogarme como a las otras, ¿verdad?

John negó con la cabeza.

—No creo. Por la puesta en escena que orquestó, parece que tenía intención de dejarla en la casa. Y por eso mantuvo las apariencias con usted lo más que pudo. No quería señales de pelea. Deseaba que todo pareciera auténtico. Usted moriría, como es lógico, porque Mike no podía permitir que contara por ahí que todo lo que llevaba escrito era falso. Y considerando el miedo que le daba aquel salón, no tenía sentido representar el papel a menos que fuera vital para su plan.

—Que era el de implicar a Shane.

—Exacto. Y no habría sido una prueba concluyente, por supuesto, pero las huellas de Shane estaban en los libros y nosotros estábamos bastante seguros de que él se había llevado el que faltaba. Si esta mañana la hubiéramos encontrado muerta, derrumbada sobre la mesa, con el lápiz en la mano, y si el falso mensaje de Lilian hubiera aparecido en manos de Shane…

—¿De forma fraudulenta, quiere decir?

—Sí. Para él habría sido un problema salir indemne del lío.

—¿Y Nick no le habría podido facilitar una coartada?

—Sí, porque ahora sabemos las horas exactas, pero Mike contaba con que la encontráramos esta mañana. Y entonces habría sido muy difícil establecer la hora de la muerte.

—Pero, puesto que teníamos que encontrarnos en la señal de la carretera, la coartada habría abarcado también ese punto, ¿no es así?

—Solo *usted* estaría en disposición de decir cuánto esperó allí. Y

tampoco hubiera sido evidente que ambos se encontraran allí de verdad. Usted pudo perfectamente cansarse de esperar y volver a la casa sola. Y probablemente es eso lo que él quería que pareciera.

La señorita Purdy trató de detectar posibles incoherencias.

—La llamada de teléfono…

—Con usted muerta, ¿quién podía asegurar que no había sido Shane quien la llamó?

—Estaba Genny.

—La chica solo habría podido repetir lo que le dijo usted, y siempre cabía la posibilidad de que usted, señorita, hubiera sido engañada. En todo caso, ahora la señorita Flynn está viajando a Nairobi, y hemos tenido mucha suerte de que pudiera declarar antes de partir. —John volvió a los hechos acaecidos en la casa—. ¿Qué recuerda de lo que escribió?

Ella hizo un rápido resumen.

—Pero no conseguí avanzar mucho antes de que Lilian tomara el control. No recuerdo nada de después, aunque creo que seguí escribiendo. No lo que me dictaba él, sino la verdad.

John asintió.

—Hasta que Mike, al ver que la situación estaba empeorando, decidió dejarla inconsciente con la porra improvisada. Luego salió corriendo de la casa y nosotros lo vimos. En ese momento estaba en pleno ataque de pánico.

—Tenía un miedo terrible de Lilian —dijo la señorita Purdy—. ¿Cree que volcó la lámpara adrede?

—Esa es una de las cosas que no sabremos nunca. Puede incluso que fuera usted, quizá con un movimiento involuntario durante su confusión mental.

—O quizá Lilian.

—Bueno, no saquemos a colación la telequinesis. Piense en la tensión de Lovick.

Se miraron los dos asintiendo y entonces ella le dijo:

—¿Sabe que Dennis Brant era el marido de Lilian?

—Sí, está escrito en la declaración de la señorita Flynn.

—Y Mike…

—Mike —dijo John quitándole las palabras de la boca—, Mike era Dennis Brant.

Nicholas y Shane lo confesaron todo. Shane admitió que se enteró de la existencia del marido de Lilian el día en que se encontró por casualidad con Genny en Regent Street, y que entendió enseguida que aquello era un regalo del cielo que serviría para obligar a Lilian a abandonar la casa.

—Cuidado, ese no era precisamente el método que hubiéramos elegido —les dijo a John y a Lovick—, pero lo habíamos intentado todo sin ningún resultado. Además, ella tampoco merecía que la trataran con guantes de seda. Nick se ofreció a comprarle una casa en el campo con tal de que no fuera en Norfolk, pero Lilian se negó. Quería quedarse aquí solo con el fin de divertirse a nuestra costa. Si hay alguien que de verdad se lo ha buscado, es ella.

—Aun así, nosotros no queríamos matarla —precisó Nicholas—; contrariamente a sus sospechas, inspector Lovick, la hipótesis del homicidio no entró jamás en nuestros planes. No digo que tarde o temprano no lo hubiéramos pensado, de alargarse mucho la situación… Porque ¿a usted le gustaría ver a su mujer enloquecer poco a poco con el paso de los días? Antes de llegar a una solución semejante, le habría hablado de las cartas a Rosalie. Es más, ahora me arrepiento de no haberlo hecho al principio, porque el disgusto no habría sido peor que la lenta tortura a la que quedó sometida. Ahora me doy cuenta, pero entonces solo pensaba en salvar nuestro matrimonio.

Encontrar a Bill había sido bastante simple, puesto que Genny le dio su nombre completo y también el título del libro. Shane le había escrito una carta llena de admiración y se la mandó al editor. El libro había vendido tan poco que el autor, desilusionado, sintió un enorme agradecimiento por ese tributo a su obra casi olvidada. Así que, a los pocos días, le respondió a Shane con una carta de agradecimiento, y

le dio su dirección particular.

El abogado fue enseguida a verlo. Los días de gloria de Bill habían pasado, y ahora tenía un trabajo de oficina en la ciudad. Había conocido a Dennis Brant durante la guerra y se cruzó con él tres o cuatro años después, en Brighton, donde Dennis, entre todas las posibilidades imaginables, se encontraba de viaje de novios. Se hospedaban en el mismo hotel.

—Tomamos unas copas juntos y recuerdo que tenía una bonita esposa. ¿Cómo se llamaba? ¿Lily? ¿Lizabeth? En fin, era un nombre así. Pero solo la vi esa vez. Brant era un tipo extraño; se llevaba bien con todo el mundo, pero no puedo decir que me fiara del todo de él. Cabe decir, eso sí, que era muy bueno dibujando. Tengo todavía por ahí un retrato que me hizo una tarde en el campo. Lo vi varias veces desde entonces, hay un restaurante en el Soho que nos gustaba a los dos. Nos veíamos a menudo allí. Sí, creo que le di un ejemplar de mi libro. En Brighton, si recuerdo bien, pero esa vez iba solo. Me dijo que se lo mandaría a su mujer, que al ser escritora lo apreciaría más que él. Y creo que su matrimonio terminó poco después. ¿Cuándo fue la última vez que lo vi?… Ah, sí, hace unos meses en Tonio, el restaurante del que le acabo de hablar. Iba con una chica de escándalo, bailarina en un musical, y tuve enseguida la sensación de estar de más. Me pareció que estaba bien colocado, en cuanto a dinero, y pensé que por fin la suerte le sonreía. El año anterior se había quedado sin trabajo y estuvo buscando infatigablemente por todas partes sin ningún éxito. Él quería ser dibujante, pero entonces no era fácil entrar en ese tipo de mercado. ¿Cómo? ¿Me está diciendo que su mujer quiere que vuelva con ella? Vale, se lo diré. Me gustaría que volvieran juntos. Deme la dirección y se la pasaré la próxima vez que lo vea. Luego, será él quien decida, por supuesto. ¿Está bien escrita? ¿Waterside Cottage, Liddon, Norfolk? Perfecto. Trataré de pasarme por Tonio esta noche.

Esa conversación tuvo lugar en octubre.

Luego llegó Navidad, y Shane y Nicholas no sabían aún si ese hombre había conseguido ver a Dennis Brant. Pero cuando Lilian

apareció en el río, en enero, estuvieron seguros.

—No sé explicarle lo que sentimos en aquel momento —dijo Shane —. Los dos sabíamos que no podía haber sido un accidente. O si lo había sido, que Dennis debió de haberla asustado de alguna forma y obligado a coger la barca para venir a buscarnos. De cualquier forma, nosotros éramos responsables de su muerte. Yo volví a ver a Bill para intentar obtener alguna información; él me dijo que vio a Dennis a los pocos días de nuestro encuentro y que le pasó la dirección. Eso zanjaba la situación. La muerte de Lilian no podía ser una coincidencia.

—¿Por qué no lo dijeron en la investigación?

—Póngase en nuestro lugar. No teníamos ninguna prueba de que Dennis se hubiera acercado a Lilian, y por supuesto no estábamos precisamente orgullosos de lo que habíamos hecho. Yo estaba empezando mi nuevo trabajo con Lassary, ¿qué cree que habría pasado si todo esto hubiera salido a la luz en un tribunal? Para eso, mejor era dejarlo. Sin contar con que habríamos tenido que sacar a la luz lo de las cartas, lo único que debía seguir en secreto por el bien de Rosalie. Y también habríamos tenido que hablar de Lilian como lo que era, añadiendo más fango a un caso ya de por sí feo. No, era mucho más sencillo dejar las cosas como estaban.

Después de recuperar y quemar las cartas del escándalo, Shane y Nicholas creyeron que por fin todo había terminado. Shane se entregó a su nueva carrera de abogado en Southbury, y Nicholas trató, sin mucho éxito, de remendar los rotos de su matrimonio.

—Pero esos dos no sabían lo que se les venía encima —dijo John a la señorita Purdy—. Solo podemos tratar de adivinar, naturalmente, pero en el fondo no es muy difícil atar cabos.

Su hipótesis, y también la de Lovick, era que la repentina revelación de la dirección de Lilian desató desde el principio las sospechas de Dennis. Él no creía que su mujer quisiera una reconciliación, puesto que sabía mejor que nadie cuánto lo detestaba. Y con el paso del tiempo, era muy probable que aquel odio hubiera crecido hasta hacerse patológico.

Y tampoco él quería una reconciliación. Le estaba yendo bastante bien en ese momento y ya casi la había olvidado. El vínculo legal no le preocupaba, es más, era casi una medida de protección que le evitaba repetir el error. Una Lilian en la vida era más que suficiente para él. Además, estaba alcanzando cierta fama como dibujante de viñetas, aunque no con su verdadero nombre. Eligió llamarse Mike Stevens por motivos profesionales tiempo atrás, y ese era el nombre con el que la gente lo conocía. Personas como Bill, que lo conocieron cuando aún era Dennis Brant, el parásito y calzonazos, estaban ya fuera de su entorno habitual.

Como sentía curiosidad, decidió llegar hasta el fondo del asunto de la dirección y, después de interrogar a Bill a fondo, estuvo indagando sobre Shane Gibbs antes de hacer cualquier movimiento respecto a Lilian. No le costó dar con gente que los conociera a ambos en Londres y entablar amistad con el abogado. Cabe también la posibilidad de que incluso estuviera controlando la situación en Norfolk, quizá a través de un detective privado. Luego, las circunstancias dieron un giro inesperado cuando le presentaron a Cathy.

—Estoy segura de que estaba de verdad enamorado de la chica —dijo la señorita Purdy.

Por otro lado, observó John, Cathy era una especie de aristócrata para ese chaval de Wapping, y la perspectiva de ser aceptado sin discriminación en la casona le debió parecer muy atrayente. Sin contar con que Cathy tenía una pequeña fortuna a su disposición.

—Supongamos que sí, que se enamoró. Y a ella el joven le gustaba, sobre todo porque no podemos negar que tenía buenos modales. Pero con Lilian cerca, no podía sentirse seguro. Aparte del hecho de que aún seguían casados, y lo más lógico es que ella hablara enseguida con Cathy para pintárselo de la peor manera posible.

La señorita Purdy recordó que Mike llegó tarde a la cena aquella noche de enero, alegando que se había perdido en la oscuridad.

—Pero en realidad, supongo que estuvo visitando a Lilian y

tratando de llegar a algún acuerdo con ella.

—Tenía que hacer algo por fuerza, pues al día siguiente se lo encontraría como Mike Stevens. De todas formas, no veo a qué acuerdo habrían podido llegar, sobre todo porque Lilian jamás habría consentido facilitarle las cosas. Él solo podía prometerle que se marcharía, pero eso era lo único que no podía hacer si quería ganarse la simpatía de Cathy. Y aunque hubiera conseguido echarla de allí por miedo, como esperaban Shane y Nicholas, siempre estarían unidos desde el punto de vista jurídico. Y si Lilian no se había divorciado antes, era improbable que lo hiciera ahora solo para hacerle un favor.

—Pero él podría haber pedido el divorcio por abandono del domicilio conyugal o por la relación de ella con Nicholas, ¿no?

—Sí, pero entonces todo habría salido a la luz, y no habría tenido la más mínima oportunidad de conquistar a Cathy como Dennis Brant. Para empezar, Lilian habría cantado a los cuatro vientos el motivo por el que lo había abandonado, y eso no lo dejaba en muy buen lugar. Y además, hay que tener en cuenta también a Gibbs. Él se habría retirado en favor de Mike Stevens de estar seguro de que la felicidad de Cathy dependía de ello, pero no habría dado un paso atrás para complacer al exmarido de Lilian.

—¿Cree que Mike planeó matarla entonces, antes de que ella pudiera delatarlo?

—Bueno, para ser un poco piadosos, diremos que primero trató de hacerla entrar en razón. También puede ser que hubiera una pelea y que, tal vez, ella quedara inconsciente de forma accidental. La idea del ahogamiento se le pudo ocurrir después.

—Y Rosalie…

—Un error, como es obvio, y en más de un sentido, pero a esas alturas ya no podía permitir que lo desenmascararan si quería salvar el pellejo. Ya me ha dicho que había robado el mecanuscrito en el que aparecía como asesino. Es probable que destruyera también la máquina de escribir en esa misma ocasión, así usted no podría volver a utilizarla para seguir fisgando. Luego cayó la bomba del

libro; él no se dio cuenta de que el ejemplar estaba aún entre las cosas de Lilian. Ya había servido para que lo localizaran una vez, y la policía, con el libro en su poder, no tardaría ni cinco minutos en descubrir su verdadera identidad. No podía arriesgarse a que apareciera, así que esa noche fue a por él.

—Pero ¿no se lo había llevado Shane a la hora del té?

—Sí, pero Mike no lo sabía, porque en ese momento todavía no se había ganado su confianza. Shane tenía sus razones para llevárselo, claro, porque no quería que su papel y el de Nicholas en la muerte de Lilian salieran a la luz. Si recuerda, entonces no se planteó la posibilidad de un segundo homicidio. El problema era solo acallar el primero.

La señorita Purdy suspiró profundamente.

—Por eso Mike creía que el libro estaba aún aquí la noche que vino con la barca.

—Exacto. Y se trajo la porra improvisada, por si acaso usted estaba despierta. No tenía la llave, pero la cerradura era vieja y con una horquilla se habría apañado. Encontrarse la casita vacía debió ser muy agradable para él, pero cuando oyó el ruido de la llave en la puerta de servicio…

—Pensó que yo estaba de vuelta, claro.

—Fuera quien fuera, no podía permitir que lo encontraran allí. Era la única persona del grupo de quien nadie sospechaba, y quería mantener esa ventaja. Por eso golpeó primero y después comprobó de quién se trataba.

—¿Y no podía haberse quedado escondido hasta que se despejara el panorama?

—Dudo que fuera capaz de razonar en aquel trance. ¿Recuerda el terror que le daban tanto la casa como Lilian? Por eso no se le puede juzgar en un momento como aquel con parámetros normales. Y además…, en fin, seguro que no le gustó nada tener que acabar matando a la hermana de Cathy, pero tenía que rematar el trabajo para que no lo reconocieran. Sin embargo, no estaba tan fuera de sí como para no ver que repetir punto por punto el crimen anterior le

ofrecía muchas ventajas, entre ellas cubrirse las espaldas.

—Y pensar que me parecía tan simpático —dijo la señorita Purdy realmente consternada.

—No creo que nadie pudiera ser siempre simpático estando en su piel.

—Pero inculpar al pobre Shane…

—Desde su punto de vista todo el problema era culpa de Shane. Fue él quien lo empezó todo, cuando se puso en contacto con Bill. De todas formas, Mike sabía que Cathy estaba aún enamorada de él, y que la ruptura de su noviazgo fue solo el resultado de la presión a la que estaba sometida la muchacha. La sospecha no lo habría encarcelado, pero sí habría ofuscado el juicio de Cathy hasta el punto de destruir cualquier idea de reconciliación con su ex. Y ella difícilmente se habría casado con un hombre que, según las apariencias, podía ser el asesino de su hermana.

—¿Y por qué Shane y Nicholas no dijeron la verdad sobre Dennis? Sobre todo después del asesinato de la mujer de Nicholas.

—De haber estado seguros de que Dennis era el responsable de la muerte, seguro que la habrían dicho, pero estaban convencidos, como Lovick, de que el culpable estaba entre ellos.

—Sospechaban el uno del otro, imagino.

—Sí, pero jamás se habrían delatado mutuamente. Creo que Nicholas había llegado a un punto en el que la muerte de su mujer era un alivio, y no estaba animado por fervientes deseos de venganza. Lo extraño es que ambos se reunieron para decidir si hablar o no de Dennis con la policía, e incluyeron a Mike como juez imparcial. Imagino que se rio a gusto. Shane quería confesarlo todo, pero Nicholas se oponía. No quería revivir un viejo escándalo, sobre todo porque no le veía la utilidad. Y Mike, naturalmente, se puso con firmeza de parte de Nick.

—Pero si uno de ellos hubiera sido arrestado…

—Dudo que Lovick hubiera hecho un arresto. No había ni media prueba contra ninguno de ellos. Habría tenido que ahondar en el pasado de Lilian, descubrir el matrimonio y finalmente identificar a

Mike con Dennis, pero en realidad no había pruebas más convincentes contra Mike que contra los demás, y en ese momento quizá pensó que era mejor relajarse y asegurarse.

La señorita Purdy volvió a suspirar.

—Y ahora Cathy se casará con Shane, como debió hacer desde un principio.

John se echó a reír.

—Así que sus intromisiones al menos han dado un feliz resultado, como ve. Tenga en cuenta eso cuando haga el balance final.

La señorita Purdy solo durmió esa noche en la casona. Se había recuperado de los peores efectos del golpe, y como se sentía la verdadera causa de la muerte de Rosalie, al menos en cierta forma, no le parecía de buen gusto quedarse allí durante los preparativos del funeral. De manera que aceptó con gratitud la invitación de Lydia a quedarse en Venners, al menos hasta que acabara la investigación.

Esta fue otro calvario, sobre todo por las continuas menciones de Lovick a la ayuda desinteresada que le había prestado a la policía. ¡Cómo deseaba que el inspector cerrara la boca!

Fiel a sus principios, Lovick rechazó de forma categórica cualquier sugerencia de que Waterside Cottage estuviera embrujada. Según él, el indicio de Bill del libro habría aparecido tarde o temprano; y una vez que la señorita Purdy lo hubiera mencionado, Mike habría entendido de inmediato que si no destruía el ejemplar estaba en peligro.

—Pero el inspector no ha dicho que el nombre de Dennis no habría significado nada si Lilian lo hubiera mencionado entonces —observó Lydia mientras las dos mujeres y John discutían el caso en Venners.

—No ha dicho muchas otras cosas —intervino John. Y les recordó que Lovick, por el bien de Cathy, porque también él tenía hijas, evitó mencionar las cartas o las dificultades de Nicholas con Lilian, dando a entender que el encuentro de Shane con Bill fue puramente desinteresado—. Lovick se ha comportado bien —añadió John—.

Perro ladrador, poco mordedor, me atrevería a decir. —Miró pensativo a la escritora—. ¿Qué planes tiene ahora, señorita Purdy? ¿Piensa volver a Londres o buscará otra casita de campo?

La escritora le recordó que le había prestado su apartamento durante tres meses a una prima que venía de la India.

—Y no me apetece la idea de tener que compartirlo con ella. Me siento tentada a coger la habitación de Genny en Highgate. La señora Curtis es un daño colateral, claro, pero creo que podría neutralizarla. ¿Usted qué me aconseja?

—Creía que necesitaba un entorno campestre para trabajar en su nuevo libro.

—El campo es demasiado inquietante —dijo la señorita Purdy—. Será mejor que vuelva a Londres, si quiero tener un poco de paz y tranquilidad.